PHAVY PRIETO



SAGA ORDINALES

EL PRIMER BESO

S A G A O R D I N A L E S

EL PRIMER BESO

PHAVY PRIETO

A mi querida Ani Chamorro.
Porque hay familia que no se impone, se escoge.

Gracias por ser esa alma cándida en un día gris,
por las sonrisas, el cariño y la gentileza que siempre desprendes, por
iluminar incluso los momentos más sencillos
y convertirlos en algo especial.
Gracias por recordarme que la bondad
aún tiene un lugar inmenso en este mundo.

Un abrazo infinito.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Marzo 2026

ISBN: 9798252872537

Sello: Independently published

"El amor no mira con los ojos, sino con el alma"

William Shakespeare

Aviso importante: Esta novela está basada en un contexto histórico ficticio. Todos sus personajes, así como su historia, nombres y relaciones son inventados pese a que los lugares y la situación tengan matices históricos reales.

Dicho esto, espero que puedas disfrutar enormemente de la lectura ;)

ACERCA DE LA AUTORA

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde

La Octava Condición

El Séptimo Pecado

El Sexto Sentido

La Quinta Esencia

La Cuarta Institutriz

El Tercer Secreto

La Segunda Consorte

CAPÍTULO1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

EPÍLOGO

NOTA DE AUTORA

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, con un máster de creación literaria es una joven andaluza a la que siempre le han apasionado los libros.

Su incursión en el mundo editorial inició en una plataforma de lectura alcanzando los trescientos mil seguidores y millones de visualizaciones. Entre sus publicaciones más conocidas destacan la *Serie ordinales* de ámbito histórico, *La Belleza de la Bestia* inspirada en el cuento clásico o *De Plebeya a princesa por una noche en las vegas* una comedia romántica.

En 2024 inició con su primera publicación a través de editorial arrancando con *Inmemorial*, una novela romántica inspiracional que conquistó a sus seguidores y a la que le sigue *Infinito*.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras, síguela en sus redes sociales.



phavyprieto



Phavy Prieto



www.phavyprieto.com

ANTECEDENTES

La Novena Hija del Conde



Lady Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole rememorar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que

sienten el uno hacia el otro.

La Octava Condición



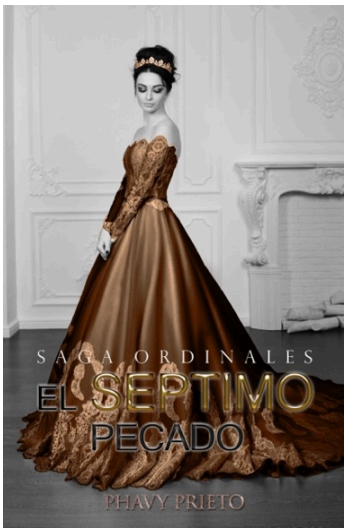
David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordádselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediablemente vinculados. Sus familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir.

El Séptimo Pecado



La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la

señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.

El Sexto Sentido



Susan Brandon es una joven de gran belleza que sueña con encontrar el verdadero amor desde que era pequeña y a pesar de recibir numerosas propuestas de matrimonio se ha negado a todas ellas por su persistente búsqueda de ese sentimiento conmovedor. Prefiere ser una solterona antes que estar al lado de un hombre por el que no siente absolutamente nada, solo que su razonamiento no coincide con el de su padre que está viendo como su única hija esta al borde de convertirse en una florero.

El duque de Buccleuch ha perdido dos esposas, las cuáles han muerto en circunstancias atroces mientras daban a luz a sus hijas... porque tenía dos hijas, ese era su principal problema y por el que debía volver a casarse. Necesitaba un heredero al ducado y la hija de su vecino, el señor Brandon, le parecía una candidata tan válida como otra cualquiera. Después de perder a dos esposas, no estaba dispuesto a volver a sentir algo por otra dama, no se permitiría encariñarse de nuevo para después perderla. Solo necesitaba un hijo de la señorita Brandon y era lo único que iba a obtener de ella.

La Quinta Esencia



Robert Benedict es un joven apuesto que desea crecer en el mundo de los negocios y aspira a convertirse en uno de los caballeros más influyentes de la sociedad inglesa. El azar y el destino se unirán para convertirle en el siguiente heredero al ducado de Savegner, un título ligado a bienes completamente en ruinas, pero quizá no todo esté perdido, puesto que la fortuna de la familia reside en la dote de la única hija con vida del duque.

Lady Violette Andersen ha pasado toda su vida recluida en un convento. No conoce el mundo exterior y jamás ha recibido una educación propia de una dama. Solo desea que algún día su infierno termine y un apuesto caballero acuda a rescatarla, pero a veces los sueños no se manifiestan de la forma en la que uno desea.

La Cuarta Institutriz

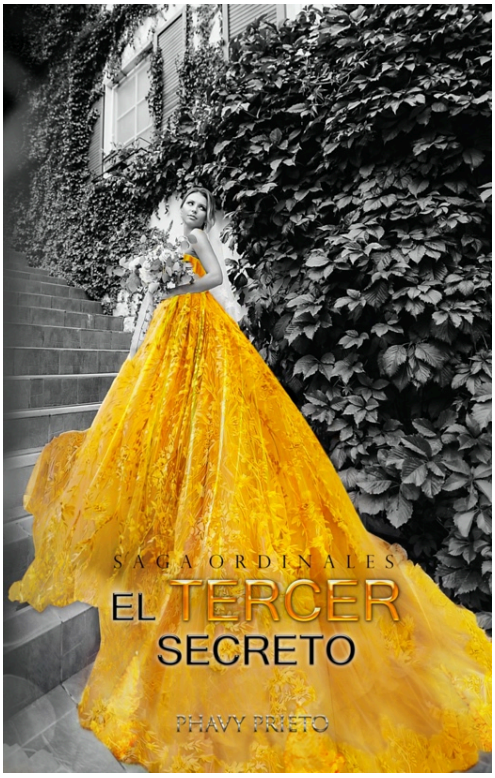


Lady Amelia Barston es una joven de gran belleza que ha decidido entregar su vida a la enseñanza convirtiéndose en una joven institutriz. Oculta bajo un aspecto sencillo y modesto decide aceptar un empleo lejos de su ciudad para huir de las cicatrices del pasado que la atormentan.

Lord Edward Leinster, regresa a casa tras la trágica muerte de su hermano mayor teniendo que ocupar su lugar como heredero al ducado de Leinster. No solo debe afrontar los pormenores de su herencia, sino que también se convertirá en el tutor de sus rebeldes sobrinas. Desesperado por encontrar alguien que se haga cargo de las pequeñas, acepta a una joven institutriz sin referencias cuya belleza le deja sin aliento.

Él sabe que ella oculta su pasado. Ella es consciente de que jamás podría amarlo, pero la atracción que despiertan el uno hacia el otro se vuelve cegadora para ambos.

El Tercer Secreto



Lord Guicciardini ha pasado toda su vida seduciendo a las mujeres más bellas de todo el mundo. Su porte, elegancia y don de palabra han provocado que ninguna mujer se resista a sus encantos y eso le ha convertido en el ser petulante y ególatra que Lady Camelia odia con todo su ser.

Dicen que del odio al amor solo hay un paso, pero desde luego no será en este caso.

Ella es todo lo opuesto a lo que él buscaría en una dama. Obstinada, perspicaz y atrevida, lo suficiente para plantarle cara y sacarle de sus casillas.

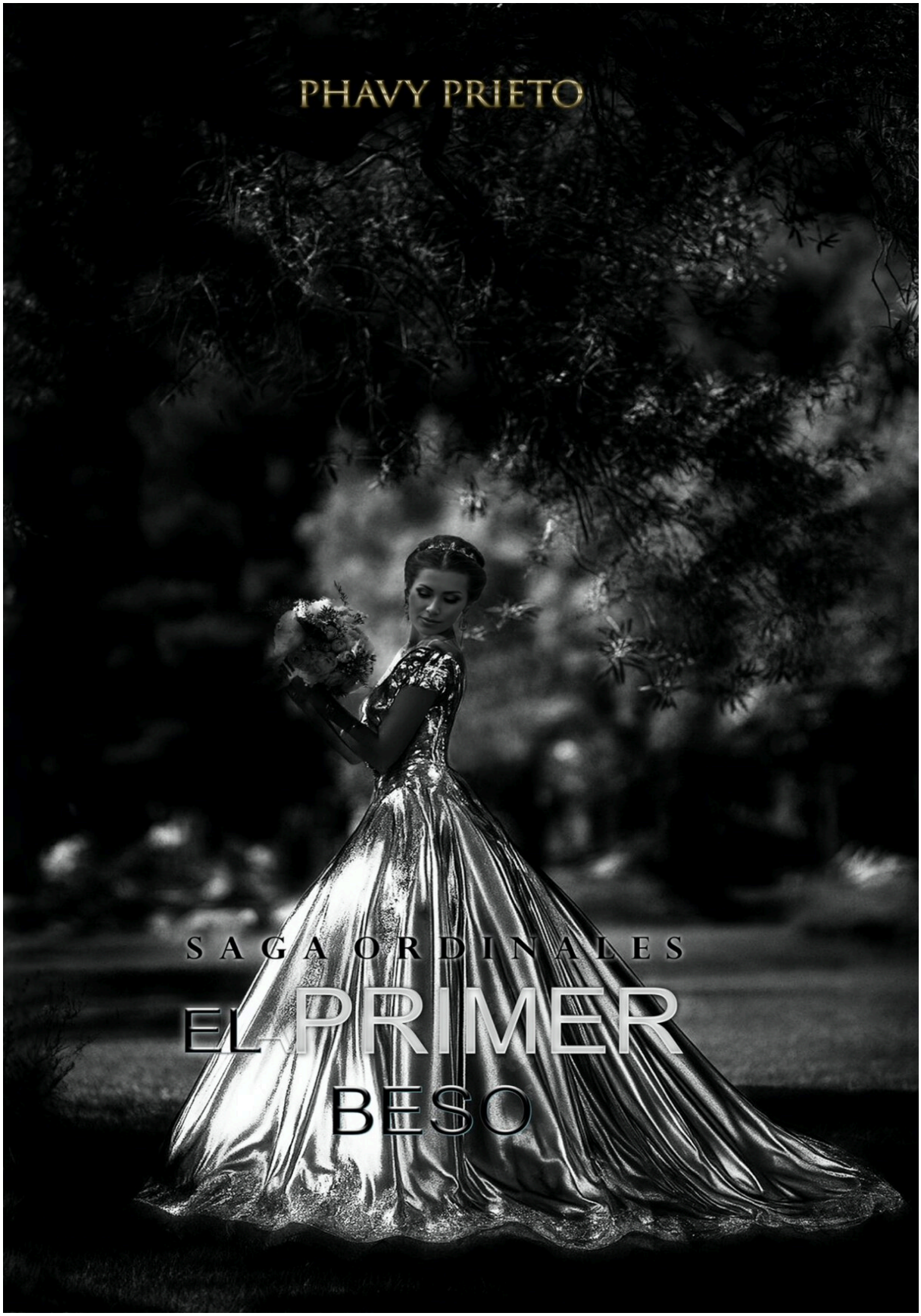
Pero… ¿No es eso precisamente lo que le ha despertado un refrescante interés en la joven? Quizá influya el hecho de que ella es la primera mujer que lo detesta y quiera o no reconocerlo necesita saber cuáles son sus razones para hacerlo.

La Segunda Consorte



Lady Catherine Sylverston aguardaba impaciente su primera temporada en la alta sociedad. A sus diecisiete años, anhelaba descubrir un amor tan profundo y efímero como el que tenían sus padres, pero ser la única hija legítima del afamado duque de Sylverston la convierte en un aliciente demasiado tentador para sus futuros pretendientes y teme que lo único que pueda hallar, solo sea el interés que conlleva su cuantiosa dote.

Una citación real para acudir en nombre de la corona inglesa al aniversario de la proclamación del zar Nikolai I le da la oportunidad perfecta de asistir a un baile antes de su presentación. El protocolo dice que todas las damas sin excepción deben aguardar la elección del recién soberano para su primer vals, pero al verla, el emperador de todas las Rusias desea mucho más que un único baile.


PHAVY PRIETO
SAGA ORDINALES
EL PRIMER
BESO

Sinopsis:

Lady Linette pensó que su boda sería el comienzo de una nueva vida, pero la noche que debía consumarse su unión descubrió lo que ella más temía. Su esposo la había engañado y utilizado para obtener su dote y la riqueza del barón de Brighdawn que ella había heredado. Desterrada en una finca olvidada, queda bajo el mismo techo que Alexander, duque de Nordville y hermanastro del hombre que traicionó su confianza.

Alexander vive apartado, envuelto en un silencio impenetrable y marcado por un secreto que nadie puede descubrir. Su soledad es un refugio, hasta que la esposa de su hermanastro irrumpe en ella con la fuerza de una verdad imposible de ignorar.

Entre los muros de aquella casa campestre y las sombras del pasado ciñéndose sobre ellos, nace algo prohibido: una pasión que se alimenta de miradas furtivas, palabras que jamás deberían pronunciarse y deseos difíciles de controlar. Todo cambiará el día en que sus labios se rocen, descubriendo que les une una verdad que al mismo tiempo les separará para siempre.

Capítulo1

La tercera temporada para una joven debutante era como un último baile antes de que la música se apagara. Aún podía deslumbrar, pero el brillo empezaría a mezclarse con la sombra de las preguntas incómodas: ¿Por qué no se ha comprometido?, ¿Tendrá alguna enfermedad?, ¿Es quizá caprichosa e insolente? O, como en el caso de lady Linette: ¿No creéis que guarda un parecido asombroso con su padrastro?

Su padre, al menos el que figuraba en su apellido era el difunto barón de Bridghdawn, solo que su apariencia era bastante parecida a la del duque de Sylverston y no pasaba desapercibido para nadie, tampoco para los caballeros que buscaban esposa entre las jóvenes debutantes.

Ella no era novedad fresca del primer año, ni la promesa expectante del segundo. A los ojos de la sociedad, podría ser una joya que había pasado por demasiados escaparates sin encontrar un comprador.

No era falta de belleza, menos aún de dote puesto que con ambos cumplía sobradamente, pero sus exigencias eran muy distintas a las de otras debutantes.

Por si eso fuera poco, tenía una hermana menor casada con un emperador, que además ya tenía un hijo y esperaba otro en camino, así que la presión sobre contraer matrimonio había pasado

de ser una opción a una necesidad a la que no podía renunciar. Tenía que encontrar un esposo y, debía tener un hijo varón para que heredase la baronía, sus riquezas y todas las posesiones ligadas al título.

Siempre había pensado que, a diferencia de su hermana menor Catherine, tendría más fácil la elección ya que una gran cantidad de candidatos sin título, estarían deseosos de formar parte de la alta nobleza a través de un heredero. La hijastra del duque de Sylverston con una dote digna de una reina y un título nobiliario bajo el brazo.

Si. Los candidatos habían llegado, pero ella fue incapaz de decidirse por alguno de ellos. Probablemente era más fácil dejar la elección en manos de su padre, el duque, pero lo cierto es que lord Sylverston había desechado todas las ofertas y ella, simplemente lo había aceptado porque ninguno de esos candidatos había logrado captar su atención.

¿Qué buscaba realmente en un caballero? Ni siquiera lo sabía porque todos sus miedos se concentraban en la idea de que solo la quisieran por la dote, el título y aquello que aportaba al matrimonio sin contar realmente quien era ella o cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

Esa temporada estaba decidida a que dicha elección estuviera en sus manos y, aunque no sintiera el vínculo que su madre o hermana habían llegado a sentir por sus respectivos esposos, ver como Catherine se había casado con el zar del imperio ruso sin siquiera conocerle o tener una conversación previa la llenaba de esperanza.

—Esta noche estás radiante, querida —dijo su madre a través del espejo del tocador donde su doncella Ingrid le había terminado de hacer un peinado sofisticado.

A diferencia de la mayoría de las jóvenes que debutaban en Londres, las hijas de lady Emily Sylverston lucían las sedas y brocados más refinados y, por descontado, su madre no realizaba vestidos a ninguna otra dama que tuvieran el mismo diseño, patrón

o género. Era el privilegio de ser las hijas de la modista más afamada y de mayor prestigio de la ciudad, aunque no lo hiciera por dinero, sino porque realmente sentía pasión por ello.

—Gracias, madre —sonrió a través del espejo.

A diferencia de Catherine o su propia madre, la belleza de Linette era etérea, habiendo heredado los rasgos de los Sylverston, sus ojos plateados eran fríos en apariencia, pero capaces de ocultar sentimientos profundos. Su piel era clara como el primer rayo de sol filtrándose entre la neblina invernal, frágil y luminosa, pero al mismo tiempo desprendía luz propia. Sus cabellos eran de un castaño muy claro que brillaban con lucidez al sol, insípidos en un primer momento, pero tan finos y sedosos como el tejido de su vestido.

No le disgustaba su apariencia, aunque habría preferido poseer los rasgos de su hermana, tal vez, porque de ese modo no se habrían despertado los rumores sobre quien podría ser su verdadero padre.

—Tengo el presentimiento de que esta será tu temporada —indicó Emily zarandeando con delicadeza los hombros descubiertos de su hija mayor como si eso pudiera reforzar sus palabras.

—Yo también lo presiento —contestó forzando una sonrisa, pero más que presentirlo, es que estaba determinada a encontrar un marido.

Aceptaría la primera propuesta del primer caballero al que le complaciera la idea de vivir lejos de Londres.

Puede que, entre todas las propuestas recibidas hasta la fecha, hubiera encontrado la felicidad en al menos una decena de ellas. Sus pretensiones se habían reducido drásticamente desde que sentía las miradas furtivas y los cuchicheos mucho más incesantes que en su debut en sociedad. La certeza de que nadie se hubiera casado con ella estuviera ligada a las dudas sobre su paternidad, solo incrementaba su deseo de marcharse lejos de allí, apartarse de toda esa sociedad llena de apariencia y lujo, para vivir una vida apacible y en calma.

¿Existiría ahí fuera un caballero honorable que rechazara las apariencias y la quisiera por como era? Todos y cada uno de los hombres que le habían propuesto matrimonio ya estaban casados a esas alturas, al igual que casi todas las debutantes que habían formado parte del mismo año en que lo hizo ella. Así que, sentir que era el centro de miradas mientras centenares de ojos la observaban no auguraba un buen comienzo de temporada.

—Tu padre ha indicado que te acerques, Linette —dijo su madre en voz baja y ella alzó la vista para divisar al grupo de caballeros en el que se encontraba su progenitor.

Habían asistido esa noche a una fiesta privada, una de tantas a las que acudiría a lo largo de aquella temporada así que se acerco con lentitud y manteniendo los hombros erguidos mientras el carné de baile rozaba su falda y sujetaba su abanico en la otra.

—Lord Sylverston —se inclinó sabiendo que en actos de ese tipo, no estaba bien visto que lo llamara padre.

—Os presento a mi hijastra, lady Linette, señor Reishart, debe preguntarle a ella si desea concederle el próximo baile —indicó el duque provocando que las mejillas de Linette se tiñeran de un color rosáceo.

—Perdonadme, lady Linette. Quería asegurarme de que contaba con la aprobación de vuestro tutor antes de pediros que me concedáis el próximo vals. Principalmente porque desconozco el resto de piezas —sonrió y su sinceridad provocó que Linette también lo hiciera.

—Será un placer para mí, señor Reishart. ¿Es nuevo en la ciudad? —indicó estando muy segura de que un rostro como el suyo no podría olvidarlo.

Era apuesto, con el cabello y ojos casi tan negros como la noche que contrastaban con la piel clara y un rostro muy masculino de rasgos duros. Había algo en sus facciones severas que no la complacía, pero no era dada a dejarse guiar por las apariencias, sobre todo teniendo en cuenta lo que podrían opinar sobre ella.

—He vivido siempre a las afueras de la ciudad, mi hermano es el duque de Nordville, todo el condado es de su propiedad —afirmó con solemnidad.

—Encuentro realmente encantador poder vivir en la campiña. ¿Lo cree usted también?

—Estoy completamente de acuerdo. Si no fuera porque deseo compartir mi vida al lado de una esposa, me habría quedado en la placidez que ofrece el campo.

Saber que el señor Reishart no deseaba vivir en la ciudad y que para ella era un requisito fundamental, hizo que la primera de sus barreras cayera, encontrando que aquellos ojos de un negro profundo, pudieran ser los que le trajeran la más absoluta felicidad.

—Creo que ese es nuestro vals, señor Reishart —sonrió Linette y comprobó como su acompañante realizaba una reverencia antes de ofrecerle su mano y la escoltaba hasta la pista de baile donde no sería la única pieza que bailasen juntos.

Quizá sí podía tener una verdadera esperanza sobre encontrar matrimonio en esa temporada y, que después de haber esperado tanto, no tuviera que renunciar a lo que realmente deseaba.

Capítulo 2

Linette escuchó los suaves golpes en la puerta de su habitación, supuso que debía ser la doncella para avisarla de su inminente visita. Esa misma mañana había recibido una misiva del señor Reishart solicitando acompañarla a dar un paseo por Park Lane y obviamente, ella había respondido de inmediato aceptando su propuesta.

Aunque estaba preparada desde hacía una hora e intentaba calmar su ansiedad por aquella cita con un libro en el que no lograba concentrarse, no podía evitar pensar que aquel interés por parte de ese misterioso hombre era un golpe de fortuna, aún más cuando la temporada había iniciado apenas unas semanas atrás.

—El señor Reishart —susurró antes de que, efectivamente, su doncella abriera la puerta e indicara con una sonrisa que su pretendiente la aguardaba.

¿Era demasiado pronto para llamarlo pretendiente?, ¿Tal vez el señor Reishart solo buscaba en ella una amistad? Pero no podía evitar recordar su conversación la noche anterior, donde había dejado muy clara su intención de buscar una esposa y la vida apacible que le aguardaba en la campiña.

El señor Reishart podía representar todo lo que ella deseaba en aquel momento. Era un hombre apuesto, quizá no le había impactado a primera vista, pero reconocía la belleza en sus rasgos

marcados, su porte y aquella forma de sonreír los suavizaba, así como la forma que tenía de envolverla en sus brazos cuando bailaban o la atención que le había prestado en todo momento.

Apreciaba que un caballero deseara escuchar lo que tenía que decir. Así que debía conocerle un poco más, saber si su interés en ella podía llegar a ser real, pero a diferencia de otros caballeros que la habían pretendido, sentía que el señor Reishart podría amarla, que realmente podía existir una conexión real entre ambos que produjera un matrimonio apacible y beneficioso para ambos. Aunque cierto era que sus circunstancias en ese momento eran muy distintas a su primera temporada.

Ella no buscaba títulos o riqueza, ni siquiera estaba interesada en un matrimonio ventajoso, solo le interesaba un hombre con un interés real, que pudiera ver quien era, que le interesara su opinión y, sobre todo, que la llevase lejos de aquella ciudad.

Linette cerró el libro al que apenas había prestado atención y sonrió conforme salía de su habitación y recogía el sombrero que le ofrecía su doncella. Sabía que esta la acompañaría como carabina durante su cita, pero cuando comenzó a descender la escalinata de la mansión Sylverston divisando la figura que aguardaba en el hall de entrada, por primera vez sintió que realmente contemplaba la posibilidad de casarse con ese hombre, de que podría estar frente a la persona que cambiaría por completo su vida.

No era su primera cita para estar nerviosa, ni siquiera una de las primeras. Había conocido a muchos caballeros, incluso algunos de ellos muy distinguidos o de mejor posición que el señor Reishart cuya única distinción era ser el hermano menor de un duque.

—A la luz del día luce usted mucho más bella, lady Linette — dijo el señor Reishart nada más verla.

—¿Eso significa que anoche consideró que no lo era? — respondió con una mayor sonrisa.

—En absoluto —contestó rápidamente—. Anoche vislumbre que era una mujer hermosa, ahora solo compruebo que esa belleza

era aún más profunda y que el brillo de sus ojos es capaz de derretir la nieve más espesa.

Linette sintió como aquellos ojos oscuros la miraban con intensidad y súbitamente, percibió esa sensación de inquietud en su estómago. Quizá no era el primer caballero que le proporcionaba un halago, pero sí había sido el primero en hacerlo sin ningún reparo, sin ninguna cohibición, sin importarle a donde llegaran sus palabras.

Le gustó.

La sensación de sentir que realmente le importaba a alguien. Le gustaba a alguien. Le atraía a alguien, fue mucho más poderosa que la barrera para conocer el límite entre la caballerosidad y la indecencia. Quizá, por esa misma razón permitió dejar que las palabras del señor Reishart profundizaran en ella, así como sus halagos constantes.

—¿Vive en Nordville junto a su hermano, señor Reishart? —preguntó de forma inconsciente.

Había advertido desde la noche anterior, que su pretendiente era alguien muy capaz de llenar los espacios en silencio, pero al mismo tiempo, no hablaba de sí mismo o de sus circunstancias.

—Por supuesto. Nordville es un lugar maravilloso. Grandes bosques en los que cazar, llanuras lejanas en las que cabalgar y unos impresionantes atardeceres que estoy seguro le encantaría plasmar. Sin duda se enamoraría por completo del lugar y sus gentes.

—Estoy segura de que sería así tal y como lo describe. Probablemente Londres le ofrece un repertorio muy amplio de actividades, pero por su emoción al hablar sobre ese lugar diría que lo echa en falta. Me resulta extraño no haber visitado u oído hasta ahora algo sobre condado de Nordville.

—Sería un placer para mi poder poner solución a ello, lady Linette. Es sin duda la joven más hermosa que he visto y, no lamento mi sinceridad, aunque eso la perturbe, pero me gustaría cortejarla formalmente si me lo permite. Mis intenciones son honestas, se que, tal vez mi posición no sea brillante, pero le hablo

desde lo más profundo de mi corazón al confesarle que, desde la primera vez que la vi, no pude apartar ni un solo instante la mirada. Usted no solo eclipsa con su belleza, sino que además es tan dulce como su apariencia.

Linette sintió que se sonrojaba ante tal confesión. Afirmar que las palabras del señor Reishart no solo la abrumaban, sino que, además la complacían porque era lo que realmente ansiaba, suponía mucho más que cualquier otro pretendiente que también había confesado sus intenciones.

—Acepto su cortejo, señor Reishart —contestó sin siquiera pensar en la posibilidad de consultarlo con su padre.

No estaba aceptando a su pretendiente en matrimonio, simplemente aceptaba abiertamente conocerle con esta intención y, aunque parecía apresurado, lo cierto es que no deseaba desperdiciar la oportunidad rechazándole o dándole a entender que era demasiado pronto. Algo le hacía pensar que el señor Reishart deseaba casarse lo antes posible para regresar a Nordville y eso era algo que, en su situación, la beneficiaba más que perjudicarla.

Linette comprobó que él parecía complacido con su respuesta e inmediatamente estrechó su mano entre la suya para inclinarse y depositar un cálido beso antes de volver a mirarla fijamente a los ojos.

Aquella oscuridad la inquietaba, penetraba en capas de ella provocando una débil frialdad que desconocía, pero, que al mismo tiempo acallaba porque únicamente pensaba que se debía a su reticencia. Esa misma reticencia que la había llevado a no confiar, a dejar pasar todos esos pretendientes frente a ella sin una firme decisión. No estaba dispuesta a permitirlo de nuevo. No deseaba, ni quería dejar que esa falta de confianza la convirtiera en una solterona de por vida.

Capítulo 3

Aparte de sus lecciones diarias de francés e iniciación de ruso ahora que su hermana era la emperatriz del imperio. Linette practicaba piano, dibujo, danza y formación en aritmética, en historia, botánica, geografía, etiqueta y conversación. También practicaba el bordado cuatro veces en semana y aprendía la gestión de un hogar al igual que lo había hecho su hermana. El resto de su tiempo libre lo dedicaba a sus dos pasiones; la lectura y el dibujo.

Su formación era tan rigurosa que le dejaba poco espacio para su afición por las novelas y la poesía, las únicas capaces de transportarla a otros mundos muy lejos de allí. En parte y a pesar de que no lo había visto así desde un principio, envidaba la posición de su hermana menor. No solo había logrado formar una preciosa familia junto al emperador ruso, sino que era feliz, estaba enamorada y además se hallaba lejos de una sociedad oprimente. Quizá no le entusiasmaba la idea de que estuviera tan lejos, pero su ausencia la había llevado a desear con mayor fervor marcharse de Londres a pesar de que echaría demasiado en falta a sus padres.

El señor Reishart le ofrecía esa posibilidad, un lugar que no estaba demasiado lejos de su entorno, un lugar al que sabía que sus padres la visitarían con frecuencia y que, ella también podría venir a visitarlos a menudo.

—¿Me ha llamado, padre? —preguntó Linette en cuanto entró en el despacho del duque de Sylverston.

A pesar de la edad, su padre seguía siendo un hombre apuesto y, pese a crecer sabiendo que él y no el cuarto barón de Brighdawn era quien le había dado la vida, tuvo que reprimir durante años tener que llamarle como tal en público.

Crecer sabiendo que era la hija ilegítima del duque no había sido fácil y aceptarlo aún menos, pero sabía reconocer el dolor de su padre cuando le confesó que las consecuencias de afrontar su legitimidad eran aún peores que confrontar los rumores. No solo se trataba de perder el legado del barón de Brighdawn al cual su madre le había prometido que continuaría a través de ella si era reconocida, sino que el mismo hombre que le había dado su apellido y que había sido un amigo y compañero leal de su madre, la había amado a pesar de no ser su hija, ofreciéndole todo lo que poseía para asegurar su porvenir.

No podía deshonrar su nombre de ese modo, aunque no le recordara porque falleció siendo ella aún muy pequeña.

Conocía la historia de sus padres sin detalles escabrosos. A diferencia de Catherine, su madre no tuvo reparos en contarle que intimó con el duque porque realmente le amaba y pensaba que él le ofrecería matrimonio cuando no fue así. Durante años, pensó en como habría sido su vida si el barón de Brighdawn no hubiera fallecido, si él hubiera sido la única figura paternal que hubiera conocido. Eso habría dispersado los rumores, aunque también habría provocado que sus hermanos no existieran, al menos no como los conocía. La sensación de estar agradecida a un hombre al que jamás había conocido era demasiado extraña y, en parte, también provocaba que se sintiera una impostora, una farsante, alguien cuya verdad escondía a pesar de que fuera un grito anunciado.

—Si. Siéntate por favor —dijo con amabilidad mientras apartaba algunos documentos y se dejaba caer en el sillón tras la mesa de su despacho.

Era inusual que su padre la convocara a aquel despacho, recordaba las contadas ocasiones en las que había sido, un par de ellas para informarla de que había rechazado la petición de matrimonio de algunos candidatos y conocer su opinión, aunque sabía que había otros a los que había rechazado sin informarla.

Linette tomó asiento en silencio algo nerviosa, no podía haber recibido la proposición de matrimonio del señor Reishart, no cuando esa misma mañana había solicitado cortejarla formalmente, así que dudaba que la reunión con su padre fuera por ese motivo.

—¿Ha recibido noticias de Catherine?, ¿Ella está bien? —preguntó sabiendo que su hermana esperaba a su segundo hijo en la próxima primavera y eso podría significar la interrupción de su tercera temporada en sociedad, dado que aún no tenía un compromiso formal, sabía la situación complicada a la que se enfrentaban sus padres.

—No te he pedido llamar por Catherine, hasta donde sé todo está bien —aclaró formalmente—. Quería aclarar el asunto referente al señor Reishart. He recibido una misiva esta tarde en la que afirma que has aceptado su cortejo formal y, solicita frecuentar la mansión Sylverston para visitarte tres veces por semana. ¿Realmente te interesa el señor Reishart?

—Me parece un hombre agradable, amable y atento. He aceptado porque me interesa la idea de conocerle en mayor profundidad, padre.

—No tengo referencias del señor Reishart, de hecho, es extraño que nadie sepa nada de él en la ciudad, pero afirma ser el hermano del duque de Nordville, una familia de intachable moral.

—¿Conoces al duque de Nordville? —preguntó curiosa.

—Conocí al antiguo duque de Nordville, pero nadie ha visto al actual, desde que murió su antecesor se ha desvinculado de la sociedad. ¿Te ha mencionado el señor Reishart las razones por las que su hermano no abandona el condado?

—Ciertamente no. El señor Reishart habla sobre lo maravilloso que es el Nordville, pero nunca ha mencionado a su hermano,

probablemente es una persona solitaria y muy contraria al carácter noble del señor Reishart si nunca sale de allí. Ni siquiera me he atrevido a preguntarle porqué carece de título al ser el hermano menor del duque.

—Se que la duquesa viuda se casó poco después de enviudar con el señor Reishart, hasta donde recuerdo era un amigo del difunto duque. El padre del señor Reishart no ostentaba títulos nobiliarios, así que su parentesco con el actual duque debe provenir únicamente por vía materna.

No debía ser fácil ser el hermano menor del duque, crecer en su mismo hogar y no tener tierras o títulos propios. ¿Era posible que el señor Reishart la buscara por su dote y el linaje que podría aportar? Ciertamente ese había sido siempre su temor, pero… ¿Y si a pesar de ese interés podía amarla de verdad? Había visto en él algo más… sus palabras, su afecto, su forma de hablar no podía ser solo fingida. Al menos ella anhelaba fervientemente que no lo fuera.

—Temes que el señor Reishart solo tenga interés en mi dote… —susurró Linette.

—Eso es algo que podría sospechar de cada caballero que tuviera interés en ti, Linette.

—Creo que el señor Reishart es un hombre correcto y sincero. Tal vez necesite conocerlo un poco más, pero es la primera vez que un caballero se comporta de forma honesta y declara sus intenciones con formalidad. Quiero darle una oportunidad real, padre. Y me gustaría que respetara mi decisión. Puede que exista una motivación principal por mi dote, pero eso no excluye la posibilidad de que también pueda amarme.

—Por supuesto —advirtió el duque de Sylverston con una débil sonrisa—. Habría que ser un necio para no hacerlo.

—Prométame que no se entrometerá, le investigará y respetará mi decisión llegado el momento.

Aquella petición le pareció extraña cuanto menos al duque, sobre todo teniendo presente que la dote de su primogénita ligada al título que transmitiría a su primogénito podría ser un aliciente muy

poderoso para bribones sin escrúpulos. No sabía nada en referencia al señor Reishart más allá de su parentesco con una familia respetable. ¿Era eso suficiente?, ¿Podría respetar la decisión de su hija?

—Es mi deber como…

—No —negó Linette—. Estamos hablando de mi futuro. De mi matrimonio. De mis hijos. De un legado que no es el vuestro, padre. —Puede que sus palabras fueran hirientes, pero necesitaba quitarse esa espina que llevaba años clavada en su pecho—. Eres mi padre, pero debes actuar solo como mi tutor y soy mayor de edad, puedo decidir con quien deseo pasar el resto de mi vida. No deseo que tu opinión afecte de algún modo a mi relación sobre el señor Reishart. Quiero ser libre de decidir si realmente me gusta o no, si deseo de verdad compartir mi futuro a su lado y quiero ser la única responsable de ello tanto si me equivoco como si no. Así que te agradecería que no te entrometieras en este asunto, puede que el señor Reishart sea mi última posibilidad para no convertirme en un hazmerreír de esta sociedad y los dos sabemos cual es la razón.

Linette notó que su padre iba a abrir los labios para contraatacar, pero inmediatamente después cerró los puños y asintió, como si no tuviera nada que replicar a su argumento, como si aceptara abiertamente que era consciente de los rumores que se expandían sobre la identidad real del padre de su primogénita.

—Respetaré tu decisión, sea cual sea, tienes mi palabra.

Linette expiró el aire que tenía contenido al ser la primera conversación en la que hablaba directamente de las repercusiones sobre el desliz de sus padres antes de su matrimonio. Era algo que evitaba, principalmente porque, tal como había comprobado, la culpabilidad en el rostro y mirada del duque la afectaba.

Sus padres no podían cambiar el pasado, no podían modificar lo sucedido, pero ella había tenido que vivir sus consecuencias y a día de hoy las seguía pagando.

Puede que la influencia de su padre acallara las voces y no evitara su acceso a los círculos más renombrados, pero la envidia

era demasiado fuerte en una sociedad marcada por el poder y la ambición y, que su familia tuviera tanta influencia solo provocaba que, bajo aquella capa de fina apariencia, todas las miradas contuvieran un veneno silencioso. Puede que nadie se atreviera a acusarla públicamente de ser la hija ilegítima del duque de Sylverston y que no tenía derecho a que su hijo heredase la baronía de Brighdawn, pero nadie se atrevería a ir en contra de su verdadero padre y del poder que éste ejercía sobre la cámara de lores.

Había nacido dentro de un matrimonio, aunque no fuese el correspondiente, pero era la prueba viviente del desliz de sus padres, del error que cometieron antes de que el barón muriese y se casaran convirtiéndose en uno de los matrimonios más importantes de toda la nobleza, así que las habladurías sobre su ilícito romance eran un cotilleo anunciado que había cobrado más sentido con su parecido al duque.

Quería desaparecer, marcharse y dejar de sentir de nuevo esas miradas, esa sensación de los demás al sentirse superior a ella por ser una bastarda a pesar de haber sido reconocida por un hombre bueno y generoso que le ofreció todo lo que tenía cuando su verdadero padre se comportó como un canalla egoísta.

No podía acusar al duque de Sylverston de no ejercer como un padre ejemplar. Ni siquiera tenía una sola queja de su amor o protección hacia ella y de que le había todo cuando estaba en su mano para que fuera feliz, pero su arrepentimiento llegó demasiado tarde y, a pesar de que su madre lo hubiera perdonado y fueran una pareja que se amaba profundamente, pero no era la que vivía marcada por sus errores y, por ende, tampoco la que debía sufrir las consecuencias de ser juzgada llevándola a que predominaran los miedos.

Miedo a que el hombre que se fijara en ella solo quisiera aprovecharse de su vulnerabilidad como en su momento hizo su padre con una mujer a la que amaba realmente y aún así provocó que se casara con otro hombre para no ser juzgada. Miedo a que su título y fortuna fueran la única razón de que un caballero se acercase a ella. Miedo a no poder demostrar que era mucho más

que ese apellido, título y riquezas que aportaba. Miedo a no ser realmente amada, a sufrir la decepción, a que la condición de su nacimiento pudiera afectar de algún modo al caballero con el que decidiera compartir su vida.

¿Podría el señor Reishart ser ese hombre?, ¿Admiraba más su belleza o su dote? Era algo que debía averiguar y lo debía hacer cuanto antes. Sabía que el señor Reishart evitaba hablar de sí mismo, como si desviara su atención con previa intención. ¿Quizá le avergonzaba no poseer títulos, tierras y fortuna como su propio hermano mayor? Tal parecía que vivía a la sombra del duque de Nordville y no podía culparle de querer buscar su propio camino, aunque este fuera a través de ella.

Capítulo 4

Durante las siguientes semanas, el señor Reishart visitó la mansión de Sylverston rigurosamente cada lunes, miércoles y viernes a la misma hora. Sus visitas eran de excepcional puntualidad y no las alargaba más de lo estrictamente debido por las normas sociales. Linette comprobó rápidamente que, al mismo tiempo que mostraba un carácter afable y cercano el cual le invitaba a conocerlo aún más, mantenía prudentemente las distancias como si respetase las normas establecidas y no quisiera importunarla.

Se mostraba buen oyente cuando ella hablaba sobre su última lectura, incluso le realizaba preguntas debidas mostrando un gran interés en sus gustos personales. Con cada visita, reafirmaba el hecho de que sus caracteres podían complementarse y que, si él terminaba proponiéndole matrimonio, podría llegar a ser feliz a su lado. Sabía que un hombre como Reishart le permitiría ciertas libertades sin exigirle nada a cambio y, a pesar de que tenía demasiadas cuestiones sin resolver en cuanto a la vida del señor Reishart, estas minimizaban sobre la posibilidad de que su futuro cambiara muy pronto.

—Me resultó extraño no verle en el baile de los Foster el pasado sábado —mencionó Linette tras quedar en silencio—. Lady Foster me aseguro que le había hecho llegar la invitación.

—Eso es porque he estado fuera de la ciudad. Tuve que partir hacia Nordville para resolver un pequeño asunto familiar. Nada grave.

El hecho de que no entrara en detalles sobre aquel asunto comenzaba a ser algo muy frecuente en el señor Reishart y Linette sospechaba que la relación con su hermano no era especialmente estrecha.

¿Quizá el duque de Nordville era lo suficiente distante y egocéntrico para que el señor Reishart no se sintiera cómodo hablando de él? Resultaba extraño que en todos sus encuentros nunca lo hubiera mencionado, ni una sola vez, ni siquiera cuando le preguntó si vivía junto a él.

—Imagino que se trata de su hermano —confesó Linette intrigada en averiguar qué tipo de relación mantenía con el duque.

¿Estaría bajo sus órdenes?, ¿Percibiría una manutención por su parte o tal vez su propio padre había podido proveerle? Ciertamente el señor Reishart no tenía un oficio y, a juzgar por su educación, vestimenta y conocimiento, estaba claro que su fuente de ingresos debía ser estable.

—Por supuesto —afirmó ejerciendo una leve mueca que dejaba entrever sus dientes, pero sin añadir nada más.

—Espero que tanto el duque como su familia se encuentren bien —adujo Linette sin saber exactamente cual había sido el motivo principal de la ausencia del señor Reishart durante el fin de semana.

—Lo cierto es que el duque de Nordville goza de una salud privilegiada a pesar de su particular carácter —mencionó sorprendiendo a Linette por ser la primera vez que hacía referencia a su hermano—, pero no deseo fatigarla con mis inquietudes personales. Convertiría mis visitas en un encuentro aburrido y le aseguro que es el último de mis deseos.

—¡Oh, por favor! —exclamó Linette verdaderamente conmovida—. Puede confiar en mí, le aseguro que no haré ningún juicio equivocado ante su sinceridad y me conmovería saber que se fía de mi amistad.

El señor Reishart sonrió con la mirada baja para después levantar la vista y fijarla en sus ojos color plata.

—No es su amistad lo que me interesa, aunque aprecio que me estime lo suficiente para catalogarme como amigo lady Linette. Mi interés hacia usted es mucho más profundo y sincero, pero temo que al revelar mis circunstancias éstas puedan alejarme de vos.

—¿Tan grave es? —exclamó asustada.

—Podría llegar a serlo, supongo —confesó entrelazando las manos en su espalda—. Mi hermano posee un carácter estricto, disciplinado y lo suficiente egoísta para pretender que todo, y todos formamos parte de una simple posesión más de su grandeza —advirtió con la mirada hacia otro lugar como si guardase cierto rencor hacia el duque—. Antes de morir nuestra madre, en su lecho de muerte le hizo prometer que sería mi benefactor y que, tras finalizar los estudios y tener una esposa, podría tomar las órdenes como clérigo y hacerme cargo de la rectoría de Nordville, donde podría llevar una vida apacible y tranquila en el que considero mi hogar.

—¿Le interesa el camino religioso? —preguntó Linette extrañada, pero curiosa por la respuesta del señor Reishart.

No se había planteado ser la esposa de un clérigo, pero era algo que tampoco rechazaba, es más, le parecía honorable por su parte esa vocación religiosa.

—Desde luego que si —afirmó sin un atisbo de duda—. He crecido en un lugar lleno de riqueza siendo consciente de que nada me pertenecía. La libertad de ser yo mismo sin la necesidad de ser alguien impuesto me ha llevado a profundizar sobre qué misión tendría Dios para mí y, por ende, comprender que quizá mi camino estaba ligado a la oración y ayudar al prójimo.

—Es muy honorable por su parte, señor Reishart, pero no comprendo entonces porqué cree que esta confesión podría apartarme de usted, más bien sería lo contrario —afirmó siendo consciente de que el señor Reishart no estaba interesado en su dote o el título y posesiones que transmitiría a su primogénito.

—Me llegaron rumores de que el duque, es decir, mi hermano, había decidido otorgarle la rectoría a otro clérigo —afirmó con pesadumbre—. Fui hasta Nordville con la idea de que se trataba de un malentendido, de que quizá la persona que me había avisado de dichos rumores estaba mal informada, pero cuando enfrenté a mi hermano, éste no solo corroboró los hechos, sino que además, me advirtió de que dejaría de sustentar mis gastos, puesto que ya no estaba en la obligación de hacerlo al frecuentar una dama bien posicionada con la que iba a contraer matrimonio.

—Es horrible… —jadeó Linette al comprender que, improvisamente el señor Reishart se había encontrado en la más absoluta pobreza de un día para otro y quizá solo era debido al hecho de que la estaba cortejando.

—Comprenderé que pierda el interés en un hombre que, aparte de sinceridad y profesarle un sentimiento honesto, no puede ofrecerle mucho más.

Que el señor Reishart se hubiera atrevido a confesar su situación, decía mucho más de su honorabilidad y desinterés que cualquier otro caballero. A ella no le importaba si él no poseía títulos o riqueza, apreciaba aquella sinceridad y sobre todo, que la quisiera por ser ella, más aún cuando había aceptado la vida humilde que le otorgaría una rectoría donde solo pensaba en ayudar a los demás por encima de sí mismo.

Puede que no debiera sentirse responsable de la situación del señor Reishart y mucho menos, pensar que era culpable en cierta forma, pero no podía evitar sentir esa comprensión y deber hacia aquel hombre que desde el primer momento había compartido un interés real en ella, que se había desnudado con sus sentimientos y quizá, en su propio beneficio y egoísmo, era el hombre indicado que necesitaba.

El señor Reishart era instruido, honesto, responsable y sincero. Un hombre con un carácter reservado en cierta medida, pero al mismo tiempo cercano y conocedor de su situación. Era inteligente, apuesto y estaba segura de que podría administrar con precisión la baronía en nombre de su primogénito. Tal vez él pensara

que no aportaba más que a sí mismo, pero era justamente lo que Linette necesitaba.

Capítulo 5

Linette no solo le había mostrado al señor Reishart que no había perdido su interés, sino que dadas las circunstancias, era honorable por su parte haber confiado en ella para revelarle dicha información a sabiendas de que su crítica situación podría alejarle de la sociedad y de ella.

—¿De cuanto tiempo dispone?

—Un par de meses, tal vez tres si dejo mi pequeño estudio y transfiero mis pertenencias a una pensión más modesta, pero no deseo que se preocupe por mí, lady Linette, es suficiente para mi el hecho de saber que mis severas circunstancias no la alejan y que me tiene la estima suficiente para comprender la delicada situación.

Que confiara sus circunstancias solo la hacía pensar que realmente sus intenciones hacia ella eran lo suficiente honorables como para confiar en su juicio y no querer engañarle por su compleja situación.

—Le conozco lo suficiente para considerarle una amistad sincera y honesta, señor Reishart y me parecería muy injusto abandonarle en una situación compleja a la que al mismo tiempo me resulta injusta para usted, más aún cuando acercarse a mi ha influido de algún modo en la decisión del duque. No quiero imaginar la clase de hombre cruel y déspota que debe ser para actuar a su

espalda de ese modo sin importarle cuales pueden ser las consecuencias de sus decisiones.

—¿Me permite continuar cortejándola a pesar de haber confesado mis circunstancias? —exclamó mostrando un rostro de perplejidad—. Es usted una dama bella, sin duda, pero su generosidad y bondad la hacen aún más hermosa, mi querida Linette —continuó antes de que ella pudiera responder con una afirmación o negación.

A diferencia de otras veces, sintió como el señor Reishart cogía su mano estrechándola con la suya y acortaba la distancia, rompiendo ese contacto que había mantenido pulcramente durante las últimas semanas.

Linette se sorprendió de su cercanía, no sabía si aquel sentimiento nuevo era bueno, malo o simplemente se trataba de la incertidumbre por su poca experiencia en cuanto a hombres se trataba. ¿Iba a besarla?, ¿Iba a abrazarla? En realidad, no sabía como sentirse al ver que su rostro se acercaba a ella y acortaba distancia hasta que, sintió como los labios del señor Reishart se apoyaban con firmeza sobre su mejilla, lo suficientemente cerca de sus labios para sentir el calor de su cuerpo.

No supo reaccionar, de hecho ni siquiera supo si aquella repentina cercanía le agradaba o no, tal vez las formas correctas de Reishart le habían llevado a pensar que alguien como él nunca podría tener un gesto como ese y, cuando sintió que se apartaba con delicadeza de ella, mostró su turbación.

—Lamento mi atrevimiento. Ha sido un impulso indebido y siento si he sido…

—No se preocupe. Está bien señor Reishart —se apresuró a decir Linette.

Estaba convencida de que su falta de acción solo era debida a su desconcierto, pero había sido agradable que se acercara a ella de ese modo.

Era así como debía sentirse, ¿no? Durante un momento su mirada se detuvo en los labios del señor Reishart, preguntándose si

volvería a acercarse del mismo modo y esta vez no depositaría su beso en la mejilla, sino en sus propios labios. ¿Tendría sabor un beso? Ni siquiera llegaba a imaginar qué podría sentir o qué debía esperar.

—Me complace saberlo, por favor llámeme Paul —afirmó ejerciendo una ligera mueca que Linette no supo comprender si era un amago de sonrisa o agradecimiento—. ¿La veré esta noche en Almak´s? Creo que le debo algunos bailes…

—Por supuesto —corroboró Linette antes de que el señor Reishart se inclinara para despedirse—. Paul.

Observó como se marchaba y se convenció a sí misma de que era un hombre íntegro, honesto, sincero y todo un caballero. Tal vez solo necesitara algo más de tiempo para acostumbrarse a él, para sentir mariposas en el estómago revoloteando que le hicieran desearle de forma íntima. Quizá, ese amor profundo que sus padres y su hermana habían logrado en su matrimonio llegaría y, estaba completamente convencida de que, con el tiempo, se enamoraría profundamente de él tal como le había sucedido a Catherine.

¿Como no podría enamorarse de un hombre que había puesto su sinceridad a pesar de que esta podría haber hecho que se alejara de él por encima de todo? Si ninguna duda el señor Reishart era el hombre indicado, ese por el que había estado esperando todos esos años y sabía que la baronía de Brighdawn no podría estar en mejores manos.

Esa noche luciría un vestido de la nueva colección de su madre con un tejido de terciopelo azul precioso. Los brillantes se esparcían por la falda del vestido como estrellas plateadas que se iluminaban en una noche cerrada y el corpiño ajustado acentuaba aun más su cintura. Era mucho más esbelta que su hermana menor, un poco más alta y con el cabello infinitamente más claro, pero entre ambas, Catherine siempre había llamado más la atención al haber heredado los rasgos profundos de su madre. Aún así su belleza clásica no había pasado desapercibida, aunque a diferencia de otras noches, aquella deseaba poner mas esmero en su atuendo, es como si presintiera que el señor Reishart pediría pronto su mano, a fin de

cuentas, su situación no le permitiría alargarlo demasiado si esa era su intención y, si la estaba cortejando, debía desearla como esposa. Había algo en él que la confundía, como el hecho de que hasta ahora no hubiera querido hablar de su hermano, pero después de su último encuentro comenzaba a comprender las razones, como también el hecho de avergonzarse de su situación o de que fuera alguien tan humilde que pretendiera conformarse con las migajas de su hermano. Paul era un hombre de palabra, no se trataba de ningún joven alocado que solo la pretendía por su belleza y fortuna, estaba claro que si hasta ahora no le había mencionado nada debía ser por su miedo a ser rechazado.

—Pensaba que deseabas reservar el vestido azul para una velada más especial, ¿Tal vez sea debido a que finalmente asistirá el señor Reishart? —comentó Emily al entrar en su habitación para prestarle algunas de sus joyas.

Se trataba de un collar de perlas del que colgaba un diamante en forma de gota de agua. Una joya preciosa que podría combinar con casi cualquiera de sus vestidos.

—Es precioso, madre —decretó Linette sin hacer mención al vestido en concreto. No quería comentar su reservada conversación con el señor Reishart, o mejor dicho con Paul, tendría que acostumbrarse a pensar en él utilizando su nombre de pila. sabía que debería confesar a su madre sus circunstancias, pero no sería esa noche. Por algún motivo quería atesorar la confianza que había depositado en ella como si fuera algo especial, como si en el fondo, una parte de sí misma, supiera que su pretendiente la estimaba y deseaba lo suficiente para preferir perderla que mentirle descaradamente sobre sus circunstancias.

Podría haber pedido su mano directamente, haberle dado un discurso sobre cuanto la amaba y deseaba hasta el punto de no soportar un largo noviazgo. En cambio, prefirió elegir la sinceridad, aunque eso significaba romper con el cortejo.

—Sin duda tu belleza las ensalzará aún más —contestó con dulzura Emily.

—Nunca te lo he preguntado, madre, pero… ¿Cuándo supiste que estabas enamorada de padre?, ¿Cómo te diste cuenta? —preguntó observando el collar de perlas como si le diera vergüenza que su progenitora descubriera los verdaderos motivos de su pregunta.

—No hay un momento exacto para saberlo, simplemente un día te das cuenta de que no desearías continuar hacia delante sin que esa persona esté a tu lado. Hay muchos tipos de amor, Linette. Intenso. Amable. Pasional, pero tú debes buscar el tuyo propio y no pretender encontrar lo mismo que has visto reflejado en otros. Tu padre y yo cometimos nuestros propios errores, no supimos hablar con franqueza y escondimos nuestros miedos o creímos dar por sentado lo que sentía el otro. Esa falta de confianza nos separó y debimos cargar con esa culpa el resto de nuestra vida. —Linette sintió como su madre acariciaba con sus dedos su rostro para que levantase su mirada hacia ella—. La única forma en la que lo sabrás será cuando lo sientas aquí—, advirtió colocándole la otra mano en el pecho—. Porque te dolerá el simple hecho de verlo alejarse, de no tenerle cerca, de no poder tocarle.

¿Sentía ese tipo de cosas por Paul? Su cercanía, aquel beso en la mejilla tan cerca de sus labios la había confundido, pero aún así, sentía curiosidad por probar sus labios, aunque no tenía demasiado claro si su inquietud era por besar a su pretendiente o por saber que sensaciones conllevaba el ardor de un beso.

Tal vez buscaba unas respuestas que no encontraría porque su historia no podía ser similar a la de su madre, ni a la de su hermana, ni siquiera a la de muchas de sus tías que se vieron inmersas en matrimonios concertados o apresurados. Ella siempre había tenido elección y esa libertad la había inmerso en demasiadas inseguridades que estaba dispuesta a desechar.

No importaba si aún no sentía un amor profundo por el señor Reishart, lo que de verdad le importaba es que sabía con toda seguridad que podría llegar a sentirlo.

Sonrió antes de entregarle el collar de perlas a su doncella para que se lo colocara cuidadosamente y descendieron las escaleras

donde su padre las aguardaba en el salón. Intentaba acompañarlas a todos los eventos sociales, aunque sabía que comenzaba a ser una tarea tediosa para él, por suerte, en cuanto ella contrajera matrimonio, sus funciones quedarían relegadas ya que, su hermano menor Daniel no requeriría de la misma compañía que una dama cuando hiciera su presentación en sociedad.

—Deduzco quien es el caballero por el que mi hija luce tan hermosa esta noche —sonrió Henry—. Los sirvientes me han comentado que te ha visitado esta tarde —continuó diciendo el duque.

—¿Apruebas al señor Reishart? —preguntó Linnette a pesar de que había pedido expresamente a su padre no entrometerse en sus decisiones.

—El ducado de Nordville proviene de un largo linaje con una reputación intachable, si es pariente del duque debe tener su aprobación, pero mi opinión no es importante, sino como actúa cuando está contigo y, según parece, es un caballero de honor incuestionable.

—Lo es padre —sonrió con cierto rubor en sus mejillas—. Mucho más de lo que imagináis —añadió refiriéndose a la confesión que él mismo le había hecho esa tarde, pero sin añadir que no parecía contar con el beneplácito del duque de Nordville precisamente porque éste era un ser despreciable.

Mientras el carruaje avanzaba, por primera vez Linette sintió que tenía una oportunidad real, una que implicaba tener su propia vida y decidir por sí misma, así que en el momento que llegaron a Almack´s y buscó con la mirada a su pretendiente, se llevó una ligera decepción al no encontrarle y conforme avanzaba la noche, se resignó a bailar un par de piezas con algunos conocidos hijos de sus padres y a mantener una conversación insustancial con lady Barbara, la hija de los marqueses de Weldon la cual pretendía contraer matrimonio en su primera temporada. Sin duda, algo debía haber ocurrido para que el señor Reishart faltara a su cita, hasta que hizo acto de presencia cuando tan solo quedaban muy pocas piezas

para dar por finalizada la velada y en el momento que lo avistó, supo que venía acompañado.

—¿Conoces al caballero que acompaña al señor Reishart? —preguntó lady Barbara interesada.

Linette se quedó observando al caballero en cuestión. Era más alto. Más fuerte, pero con un semblante desagradable a pesar de ser ligeramente apuesto. Ni siquiera parecía fijarse en nadie de aquella sala, como si el resto del mundo no le importara, como si solo existiera él mismo.

—No —negó—. No recuerdo haberlo visto antes, pero debe ser algún pariente o conocido del señor Reishart —contestó con disimulo antes de percibir la mirada de él sobre ella y realizar un amago de sonrisa, pero en lugar de dirigirse hacia ella, fue directamente hacia su padre, el duque de Sylverston.

—¿Quien puede ser?, ¿Crees que será rico?, ¿Podría ser su hermano el duque de Nordville? Nadie le ha visto en años, dicen que no sale jamás del condado…

¿El duque?, ¿De verdad podría haber venido su medio hermano a la ciudad?, ¿Con qué intención después de haberle arrebatado lo que por derecho le correspondía?

Capítulo 6

Linette apreció como el semblante de su padre cambiaba y hacía una señal de aprobación conforme aquel hombre que acompañaba al señor Reishart no parecía sentirse inferior, sino que derrochaba seguridad y entereza.

Su padre interceptó su mirada curiosa, pero no indicó que se acercara, sino que parecía mantener una conversación cordial con aquel caballero al que nadie parecía conocer dadas las miradas furtivas de las casamenteras preguntándose si el porte y elegancia de aquel hombre que acompañaba a su pretendiente podría pertenecer a la nobleza inglesa.

En cierto momento, percibió como el señor Reishart se apartó de su acompañante y su progenitor para acercarse a ella, como si hubiera sabido de antemano donde se encontraba exactamente. Por alguna razón, el modo en que la observó directamente le hizo recordar aquel beso tan cerca de sus labios y se preguntó en que momento él, se atrevería a besarla de verdad, a concederle su primer beso. Se obligó a desechar esa clase de pensamientos, pero al mismo tiempo pensó que eran propicios dado que él era su pretendiente y si el cortejo seguía avanzando y tenía la aprobación de su padre, se convertiría en su esposo. ¿Qué había de malo en fantasear con la idea de que él la besara? Quizá sus pensamientos

iban más encaminados al hecho de no saber que reacción tendría ella al respecto.

—¿Me concede el próximo baile, lady Linette?, ¿O llego demasiado tarde y su carné está lleno? —mencionó con cordialidad mientras se inclinaba demostrando sus buenos modales.

Todo en el señor Reishart indicaba protocolo, seriedad, atento a las normas sociales y un claro ejemplo de caballero formal. ¿Podría haber tenido realmente tanta suerte en que su situación se adaptara a sus necesidades?

—Lo cierto es que reservé los últimos bailes por si decidía venir después de todo —sonrió Linette con complacencia.

—Lamento mi retraso. No esperaba la visita de… mi hermano, ha sido completamente inesperado y a pesar de que he insistido en venir solo, estaba decidido a acompañarme porque deseaba conocerla.

¿A ella?, ¿El duque deseaba conocerla a ella?

—No debe disculparse cuando su retraso no es debido a una intencionalidad por su parte, señor Reishart —contestó Linette con una amabilidad innata.

—Paul —insistió él y ella sonrió.

Sin duda quien debería pedir disculpas era el duque de Nordville y dado su talante, dudaba que aquel hombre hubiera pedido disculpas en alguna ocasión, más aún cuando había dejado su prestigiosa villa para acercarse a la ciudad. ¿Podría tener alguna intención oculta en ello?, ¿Tal vez no le agradaba que el señor Reishart fuera dueño de sus propios sentimientos o de su vida personal?, ¿Quizá esperaba que él aprobara a su pretendiente antes de realizar una propuesta formal de matrimonio? Ciertamente no sabía a qué atenerse, salvo al hecho de que era un hombre con influencia y probablemente el caballero más rico después de su progenitor. De ahí que todas las miradas de las casamenteras estuvieran puestas en ese momento sobre él con la esperanza de que fuese el acaudalado duque de Nordville.

La musica cesó dando por finalizada la pieza de baile y sintió la firmeza con la que el señor Reishart le sostenía la mano para conducirla hacia el caballero que causaba conmoción dada su presencia. Se encontraba rodeado de algunas damas y caballeros con los que parecía entablar una conversación de clara superioridad mientras todos le observaban con absoluta adoración.

—Querido hermano, le presento a la dulce y bellísima lady Linette —mencionó comprobando que, para el aludido, su presencia era más un incordio que un placer.

En el momento que Linette divisó de cerca sus rasgos, tuvo un impulso inmediato de rechazo, como si hubiera algo en ese hombre que no le gustara en absoluto. Ni siquiera sabía explicar la razón o el porqué, pero notó que el modo lascivo de mirarla era turbio.

—Veo que los rumores son ciertos —dijo sin siquiera molestarse en saludarla o ser cortés a diferencia de su hermano menor.

—Por favor… no —mencionó el señor Reishart con cierto titubeo en su voz.

—Me alegra comprobar por mi mismo que tenía razón. Este salón está lleno de damas de buena reputación, querido hermano. No deberías malgastar tu tiempo con una bastarda.

En ese momento la lividez en el rostro de Linette se hizo presente y más aún, cuando comprobó como todo el circulo que les rodeaba había escuchado claramente sus palabras y algunos de ellos emitieron sonidos de conmoción dando voz a los murmullos.

Linette sintió como el señor Reishart apretaba con firmeza su mano y eso la hizo recuperarse de la que siempre había sido su peor pesadilla.

—¿Para eso habéis venido?, ¿Creéis que arrebatándole su reputación conseguiréis que regrese con vos o cambie de parecer? No lo haré. No volveré a estar bajo vuestro dominio nunca más y, dicho sea de paso, no me importa en absoluto vuestras cuestiones de doble moralidad. La reputación de mi prometida es

incuestionable, así como mi estima hacia ella o que no os agrade el hecho de que se será en mi esposa.

Linette observó como el duque de Nordville cambiaba el semblante y mostraba un rostro de dureza implacable al mismo tiempo que soltaba una maldición.

—Eso lo veremos. Dudo que pretenda continuar a vuestro lado cuando descubra que no recibiréis ni un solo centavo por mi parte —apresuró a decir antes de marcharse sin despedirse.

El circulo de personas que les rodeaban se disuadió entre el salón para esparcir el rumor de lo sucedido y en aquel momento Linette supo que estaría en boca de todos. No solo el duque de Nordville había soltado sin ningún pudor que era una hija bastarda, sino que, además el señor Reishart en su defensa había declarado que estaban prometidos y que ella sería su esposa.

—Los dos. Seguidme. Ahora —La voz del duque de Sylverston fue contundente, lo suficiente para que ni Linette, ni el señor Reishart objetaran.

El carruaje de regreso a la mansión Sylverston volvía con un ocupante más en sus asientos y aunque las cuatro personas que viajaban en el guardaban silencio, Linette no dejaba de enviar miradas furtivas a su pretendiente que mantenía la mirada baja junto a su progenitor. Se había enfrentado a su propio hermano por ella. La había defendido frente a todos e incluso puesto su propia honorabilidad en juego para acallar los rumores. Sabía sin duda que dadas las circunstancias debía casarse con el señor Reishart como única posibilidad, pero en el fondo de sí misma, no creía que hubiera otro caballero capaz de tener unos sentimientos tan honestos hacia ella como él.

¿Podría enamorarse perdidamente del señor Reishart algún día?, ¿Crecerían sus sentimientos día tras día hasta convertirse en algo cálido en su pecho? Tal vez él se mostrara mucho más cercano y pasional en el momento que estuvieran casados y dejase las formalidades atrás.

—Quiero disculparme de antemano por el comportamiento de mi hermano, excelencia. Asumo toda responsabilidad y, por supuesto, seré consecuente con lo que ello supone. Si me lo permite, me gustaría solicitar formalmente la mano de su ahijada, lady Linette y dejar claro que no pongo en duda su reputación, ni su procedencia.

—Me alegra conocer su postura y saber que se hará cargo de la situación que ha generado su propio hermano, a pesar de que debería ser él quien asumiera las consecuencias. ¿Tienes algo que objetar a la propuesta del señor Reishart, Linette?, ¿O preferirías que obligara al duque de Nordville a asumir su ofensa hacia ti?

—Le agradecería que no lo hiciera, excelencia. Acepto la propuesta del señor Reishart con estima —contestó rápidamente ante la horripilante idea de que su padre pudiera obligar de algún modo al duque de Nordville a casarse con ella.

Aunque dudaba que un hombre como él pudiera ceder a la presión, ni tan siquiera por su propio padre a pesar de la influencia que este podía ejercer si lo quisiera, pero teniendo presente que vivía aislado en su condado del que apenas salía y por eso nadie conocía su rostro, no era de extrañar que no le importara lo que pudieran o no decir de él, aunque eso pudiera destruir la reputación de una completa desconocida o más bien, con la que muy pronto estaría emparentado.

Con aquel matrimonio el señor Reishart no solo demostraba su honorabilidad, sino que acallaba los rumores en cuanto a su procedencia ilegítima. Nadie contradiría que era la verdadera hija del cuarto barón de Brighdawn y si él se casaba con ella, aún así, no estaba dispuesta a quedarse en la ciudad para comprobarlo.

—Una boda apresurada sería lo mejor dadas las circunstancias —alegó el señor Reishart—. No confío en el duque de Nordville, tal vez no tenga la misma influencia que usted, excelencia, pero le aseguro que tratará de hacer lo imposible porque este matrimonio tenga lugar.

Linette observó a su padre meditar la situación, no es que hubiera demasiadas alternativas, no cuando por todo Londres se comentaría la ofensa que el propio hermano de su prometido había cometido contra ella. Lo más sensato era acallarlo cuanto antes.

—Se anunciarán las amonestaciones la próxima semana y acortaremos el cortejo lo máximo posible —sentenció el duque indicando a Linette que buscara a su progenitora para informarla de la situación y así dar inicio a los preparativos.

Iba a casarse y de un modo inminente. Tal vez se había hecho a la idea de que así sería de todos modos, incluso llevaba semanas idealizando al señor Reishart como su esposo, pero ahora que sería real, no podía distinguir si su estado solo era nerviosismo o una duda que trataba de hacerse un hueco debido a las circunstancias. Saber que el hermano de su futuro marido no la aceptaba hasta el punto de haberla deshonrado socialmente para evitar su matrimonio no era el mejor modo de iniciar su relación.

—¿Estas segura de querer casarte con el señor Reishart, querida? —preguntó su madre en la intimidad de su dormitorio después de que su doncella deshiciera el peinado, guardara las joyas y deslizara el camisón de dormir sobre su cuerpo.

—Soy consciente de que las circunstancias no son las más apropiadas, pero a nadie debería sorprenderle mi matrimonio, tampoco el hecho de que el duque de Nordville se oponga a ello —decretó—. Puede que padre sea lo suficientemente influyente para que nadie se atreva a exponer mi situación en público, pero eso no ha bastado para que él lo hiciera. Lo mejor para el señor Reishart y para mí es alejarnos de la ciudad un tiempo.

—Concuerdo en ello, pero no has respondido a mi pregunta. ¿Le amas? —insistió Emily.

—Si hay un hombre del que podría enamorarme, sería del señor Reishart. Es honrado, amable, sincero y leal. Lo ha demostrado desde el instante en que me conoció y esta noche, ha salido en mi defensa para recuperar mi honor. Mi estima hacia él es incuestionable, así que creo que seré muy feliz a su lado.

—Por supuesto que serás feliz. Lamento que las circunstancias no permitan a tu hermana venir en su estado. Confiaba en que, si todo iba bien, anunciaríais el compromiso al final de la temporada. Esto lo cambia todo. Aún así le escribiré mañana mismo.

¡Catherine! Ni siquiera había pensado que su propia hermana no podría asistir a su enlace debido al nacimiento inminente de su segundo hijo.

—No importa —mintió sintiendo una desesperanza repentina en su interior. Imaginó que solo eran las circunstancias las que la llevaban a no sentir esa euforia y felicidad que se suponía debía tener por su inminente enlace.

Recordaba a su hermana Catherine mucho más segura que ella por su matrimonio cuando ni siquiera conocía a su esposo e iba a casarse con un completo extraño del que no sabía absolutamente nada. ¿Tal vez había algo mal en ella? Se negó durantetantos años a enamorarse de sus pretendientes ante la certeza de que todos y cada uno de ellos la querrían solo por su dote resignándose a aceptar el que le propusiera su padre, que ahora se sentía incapaz de demostrar tales sentimientos.

—Es normal tener dudas, Linette. Quizá ahora creas que no es así, pero incluso amando a tu padre como lo amaba, yo también tuve demasiadas incertidumbres antes de nuestro enlace. Lo único que importa es que aceptes su propuesta porque realmente lo deseas y no porque te veas obligada a hacerlo. Tu padre y yo nos enfrentaríamos a toda la sociedad londinense si fuera necesario, pero sé que el señor Reishart se ha comportado como un caballero todas estas semanas y desde el principio ha mostrado unos sentimientos sinceros, lo ha corroborado hoy mismo con su forma de proceder. No me cabe duda de que te ama y si crees que es el único hombre al que podrías amar, solo puedo estar feliz por ti.

Linette dejó que su madre la abrazara mitigando aquel pesar que no dejaba de abrirse hueco dentro de ella.

No deseaba compartir sus dudas o sus miedos. Tampoco su inquietud por ese comportamiento algo distante que el señor Reishart había mostrado siempre salvo por el acercamiento que había tenido esa misma mañana al darle un beso que rozaba la castidad. ¿Mostraría su lado más cálido y cercano una vez estuvieran casados?, ¿Sería un amante leal? En realidad, no sabía a que atenerse, pero deseaba descubrirlo a pesar de esa ínfima duda que no dejaba de atormentarla a la par que deseaba acallarla.

En el fondo anhelaba descubrir y sentir el ardor que se producía entre dos amantes, ese que había cegado a sus padres hasta concebirla fuera del matrimonio, el mismo que había llevado a su hermana a aceptar al zar. Una pasión que en aquel instante no tenía hacia el señor Reishart y que anhelaba fervientemente encontrar…

Tal vez no era como el resto de damas. Quizá ella era distinta, incapaz de sentir el mismo tipo de anhelo, pero haría todo lo humanamente posible para lograrlo.

Capítulo 7

Los días se habían convertido en semanas de preparativos y su incertidumbre se camuflaba con nerviosismo por la proximidad del enlace. Apenas había visto al señor Reishart en las siguientes semanas tras anunciar el compromiso y, dado que su madre le había diseñado un nuevo guardarropa acorde a su nuevo estatus social, al igual que toda una serie de confección de encaje como ropa intima, se sintió invadida por la euforia y felicidad de sus tías, aunque no concordase con la suya propia.

La inesperada llegada de su hermana menor días antes del matrimonio, hizo que aquella atención se dirigiera hacia ella y su precipitado parto en cuanto puso un pie en la casa familiar de los Sylverston. No ser el centro de atención por unos instantes fue un alivio y a pesar de confesar a su querida hermana sus nervios por el modo en que se había precipitado el matrimonio, ésta le había asegurado que reconocería en su noche de bodas si verdaderamente podría amar o no al señor Reishart.

—Bellísima —susurró su tía Julia tras colocarle un lujoso collar de diamantes que le había regalado ella misma tras asegurar que sus ojos competían con los de aquella joya en el brillo que desprendían.

Dudaba que sus ojos brillasen de emoción, menos aún tras sentir como sus manos no dejaban de sudar bajo los guantes de

seda debido a su nerviosismo.

—Nuestra dulce Linette por fin a encontrado a un hombre digno de ella —mencionó la duquesa de Buccleuch que continuaba sentimental desde que su hijastra lady Diane se había casado hace poco.

Linette era consciente de que todas y cada una de las amigas de su madre a las que llamaba con cariño tías, la apreciaban como si fuera su propia hija y precisamente por esa razón, sabía que ninguna de ellas menospreciaría el estatus social del señor Reishart a pesar de que todas ellas fueran duquesas de alto rango, pero valoraba con especial devoción, que aceptaran a su futuro marido como el hombre que había sabido ver en ella mucho más que una simple dote.

Puede que fuera muy consciente de su situación, pero después de que su hermana menor hubiera contraído matrimonio mucho antes que ella y, además, convertirse en una consorte, provocaba que la nula distinción de su futuro esposo unido a su escaso patrimonio fuera aún más plausible. Por esa misma razón, agradecía el hecho de que sus amadas tías no hicieran ninguna mención.

«Después de todo ella ya había elegido al señor Reishart antes de tener que forzar aquel compromiso, ¿no?»

Funcionaría. Tal como le había confesado a su madre, si existía un solo hombre del que podría enamorarse, debía ser sin duda el que iba a convertirse en su marido.

A diferencia de su hermana menor Catherine, su madre había elegido a tía Julia para advertirla de los pormenores que le aguardaban en su noche de bodas. Desconocía si tía Catherine había sido explicita cuando le explicó lo que ocurriría a su hermana una noche antes de su matrimonio, pero la tía Julia no había escatimado en detalle alguno para relatar lo que le esperaba, incluso había sido concisa hasta el punto de entregarle varios relatos por si en algún momento le surgía algún tipo de duda.

No es que desconociera por completo el acto en sí. Había leído libros sobre biología y sabía en qué consistía la reproducción animal, por tanto, intuía que la reproducción entre seres humanos podría ser similar, además su propia madre había tenido que explicarle de forma superflua lo que ocurría entre un hombre y una mujer par explicar el motivo de su concepción fuera del matrimonio, pero la intensidad que había explicado tía Julia que sentiría le daba una respuesta a muchas preguntas que se había hecho hasta entonces. Ese ardor, pasión o implicación que se suponía podría tener en el acto en sí para obtener un placer carnal intenso la hacía desear descubrirlo.

Según tía Julia, el gran parte del amor que se profesaba un matrimonio, estaba ligado a esa parte íntima entre ambos cónyuges y no debía tener ningún miedo o pudor a expresarlo, es más, aseguró que el señor Reishart sentiría inmenso placer con el hecho de complacer sus deseos.

La idea de que él la tocara de un modo tan íntimo era una contrariedad, como si no fuera capaz de imaginarlo en ese sentido, como si su mente tratara de bloquearlo de algún modo a pesar de que solo faltaban escasas horas para descubrirlo.

Tratándose de un enlace apresurado, los invitados eran el circulo más cercano. No asistió absolutamente nadie por parte del señor Reishart y, aunque eso fue realmente extraño, él insistió en que no había deseado hacer venir a nadie desde Nordville solo para el enlace, confesó que prefería darles la sorpresa cuando visitaran el condado presentando a su nueva y bella esposa.

Los votos matrimoniales fueron tradicionales, sin demasiado romanticismo o devoción mutua, más bien cargados de honestidad y honradez. No supo si la ceremonia duró lo mismo o menos que la de su hermana menor, pero lo cierto es que a Linette se le hizo especialmente corta, más aún cuando el sacerdote les dio su bendición y soltó el aire contenido pensando que en algún momento el duque de Nordville haría acto de presencia alegando que aquel matrimonio no podría celebrarse por alguna irrisoria cuestión.

En el carruaje que les habían regalado los duques de Sylverston permanecían dos baúles con sus pertenencias junto a las del señor Reishart. Partirían a primera hora de la tarde tras un breve convite en los jardines del palacete real, para viajar durante algunas semanas y visitar las posesiones de la baronía. Aún no habían acordado donde establecerían su residencia habitual, pero no tenían demasiada prisa en ello, Paul había prometido hacer un recorrido por el condado de Nordville y sus alrededores para mostrarle el lugar. Tal vez, si el quinto barón de Brighdawn llegaba antes de lo previsto, podrían establecer su hogar en la casa campestre que perteneció al último descendiente.

Para Linette era extraño llamar padre al mismo hombre que le dio su apellido, que la reconoció como su hija, que la amó el poco tiempo que permaneció con vida desde que llegó al mundo a pesar de saber que no llevaba su sangre. Aún así, Williams Barnes era y sería siempre, su padre frente a todos.

—Prométeme que me enviarás cartas relatándome cada detalle de tu viaje y esa apacible vida campestre que tanto has deseado tener —dijo Catherine mientras envolvía a su hermana mayor entre sus brazos.

—Prometo enviarlas en cuanto nos establezcamos —sonrió sin dejar entrever ese nerviosismo ante la inminente sensación de quedarse a solas con su esposo—, y te relataré absolutamente todo.

Sería la primera vez que viviría lejos de su familia y un lugar diferente, puede que Paul no fuera un completo extraño, pero aún había demasiadas cosas sobre él que desconocía… y en cierto modo también las anhelaba descubrir.

—La señora Reishart —mencionó Catherine como si le costara llamar a su hermana de ese modo—. Va a ser difícil hacerme a la idea de que seas una mujer casada, supongo que ahora entiendo un poco mejor como debiste sentirte cuando contraje nupcias. Puede que mi vida esté muy lejos de la tuya, pero recuerda que estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Aunque no conozco al señor Reishart, padre dice que es un caballero honorable, pero yo solo necesito saber que es el hombre que has elegido y que ahora es

parte de mi familia. Siempre habrá un lugar en la corte del zar para vosotros.

Era consciente de que no necesitaba una invitación formal para visitar a su hermana, pero aún así, agradecía que toda su familia, incluido el zar y su consorte, acogiera con agrado a su esposo.

—Su vida no ha sido fácil, pero me alegra saber que a través de mí ha podido encontrar una familia. Estoy convencida de que a mi esposo le encantará visitar San Petersburgo. —Era la primera vez que se refería al señor Reishart como esposo y eso solo hacía que todo tuviera un contexto mucho más real, vívido.

Finalmente estaba a escasos instantes de comenzar su nueva vida y mostró una sonrisa de plena felicidad. No iba a permitir que las dudas la embargaran un solo instante más. Iba ser feliz. Iba a complacer a su esposo, a tener la vida plena que siempre había deseado. No importaba si no sentía ese amor pasional que mostraba su hermana, su madre o sus tías. Ella tenía algo mucho más poderoso… amistad.

Buscó con la mirada a su esposo entre los invitados, le observó algo apartado, nervioso, mientras se llevaba una copa a los labios y se recomponía el cabello hacia atrás asegurándose de que estaba bien colocado. No parecía ser consciente de que ella le observaba, sino más bien parecía mostrar la urgencia de marcharse de allí y, en ese instante, comprendió que quizá solo era la consecuencia de estar rodeado por gente desconocida en un día demasiado especial en el que no tenía a su familia.

Linette se apiadó de él y se acercó entre sonrisas y halagos por su belleza provenientes de los invitados.

—¿Os encontráis bien? —preguntó con delicadeza.

Aún desconocía a qué sabían sus labios, se preguntó entonces cuando lo haría, cuando le daría finalmente su primer beso.

—Perfectamente —contestó forzando una sonrisa a la que Linette no le pasó desapercibida—. Es hora de marcharnos o

llegaremos con noche cerrada y será demasiado peligroso.

Linette iba a preguntar como era eso posible si pensaban hacer un alto en el camino para pasar la noche en una posada, pero no dio margen a que preguntase, puesto que el señor Reishart se alejó rápidamente de ella como si pretendiera disponer todo para su inminente partida.

Capítulo 8

El silencio dentro del carruaje era amortizado por el sonido de las ruedas impactando en el camino ligeramente humedecido por las lluvias. No era la primera vez que Linette recorría aquella ruta, pero sabía que el destino final no sería la casa campestre de los Sylverston, sino uno que aún desconocía y que estaba mucho más al norte.

—¿Por qué no nos detendremos como estaba previsto? —sugirió Linette sintiendo que aquel silencio comenzaba a oprimirla demasiado.

Había sido un día lleno de emociones, unas mucho más dulces que otras teniendo en cuenta que por primera vez se enfrentaba a la incertidumbre sin el abrazo de sus padres para consolarla. A fin de cuentas, sabía que ese momento llegaría, como también que estaba preparada para afrontar lo que sucediera, pero una cosa era pensarlo y otra, como en aquel caso, vivirla cara a cara. Ahora más que nunca, pensaba en su hermana menor al enfrentarse en solitario a un destino casi impuesto con una cultura y lenguaje adverso mientras estaba rodeada de rostros desconocidos. En comparación con ella, lo suyo era una nimiedad.

—Ahora soy vuestro esposo, no deberíais cuestionar mis decisiones —contestó de forma directa sin siquiera molestarse en mirarla.

A Linette no le había pasado desapercibido el olor a alcohol que su esposo emanaba, pero pensó que todo era producto de los nervios y la precipitación del matrimonio. Decidió no darle mayor importancia, había visto a Paul en innumerables fiestas y su comportamiento siempre se había manifestado en un modo intachable. De hecho, era la primera vez que le había visto beber en público.

—No las cuestiono, pero si hay algo que os preocupa tal vez podría ayudaros…

—Tengo un terrible dolor de cabeza —argumentó entrecerrando los ojos mientras se dirigió hacia ella—. Os agradecería que guardarais silencio durante el resto del viaje. Si quisiera informaros de algo, os lo diría. Hasta que llegue ese momento, limitaos a obedecer.

¿Por qué era tan brusco y autoritario de forma repentina?, ¿Tendría algo que ver ese dolor de cabeza del que se aquejaba? Jamás le había visto actuar de aquel modo irascible y eso solo aumentaba su contrariedad frente a las circunstancias.

Ni siquiera respondió, prefirió ser prudente y embaucarse en uno de los libros como solía hacer siempre en aquellos largos viajes, solo que en esa ocasión, le fue imposible dejarse arrastrar por el contenido, verse embriagada en la historia que narraban aquellas páginas. En el fondo, no dejaba de mirar de soslayo al que acababa de convertirse en su marido preguntándose si podrían existir dos versiones del mismo hombre y que la que le mostraba ahora hubiera estado escondida todo ese tiempo.

La amaba. Debía amarla si le había hablado con esa franqueza el mismo día que habían terminado prometidos cuando su hermano la humilló públicamente. ¿Que caballero habría saldado su honor cuando no había cometido la ofensa si no lo hacía por amor? Al menos era lo que Linette trataba de decirse a sí misma cada vez que veía como la noche se cernía sobre ellos sin llegar aún a su destino. ¿Donde se suponía que dormirían?, ¿Pretendía continuar con noche cerrada a pesar de los riesgos que eso suponía?

Escuchó como el ritmo de la marcha se reducía y observó lo que parecían varios candiles tratando de iluminar un letrero de madera. Justo al lado un edificio de dos plantas se erguía engullido por las sombras de la noche a pesar de que podían apreciarse algunos caballos atados al abrevadero.

Era una posada. Finalmente iban a detenerse en una posada y a pesar de que no lo celebró con júbilo, sus piernas agradecían que al fin fueran a hacer un descanso.

En cuanto se abrió la puerta del carruaje, Linette esperó ver al cochero para ayudarles a bajar, solo que su cuerpo permaneció completamente rígido cuando, en lugar de descender, su reciente esposo se hizo a un lado para dejar pasar al que reconoció de inmediato como el duque de Nordville que mostraba una sonrisa socarrona de complacencia mientras se sentaba al lado de su hermano como si ninguna rivalidad entre ellos hubiera acontecido.

¿Por qué estaba el duque allí aguardándoles?, ¿No se suponía que se había negado a su matrimonio?, ¿Por qué entonces parecía complacido?

—Llevo esperando casi una hora —mencionó ajustándose la capa mientras el carruaje volvía a emprender la marcha y Linette no comprendía nada.

¿Por qué motivo debían ellos recoger al duque de Nordville de una posada?

—El maldito sacerdote ha tardado bastante en expedir el acta de matrimonio. He tenido que insistir en que debíamos partir de inmediato y ha terminado cediendo —respondió el señor Reishart y Linette lo miró absorta, como si estuviera ante un completo extraño.

—Una pena que me haya perdido tu maravillosa actuación —sonrió el duque de manera socarrona y después dirigió la vista hacia Linette, que le observaba patidifusa—. ¿No sabe nada aún?

—No —negó Reishart.

El duque de Nordville exclamó una carcajada y se repantingó en el asiento mientras su mano se dirigió hacia su entrepierna y no le importó tocarse de un modo ordinario y burdo frente a ella.

—Será divertido… ¿Me dejas probarla, hermano? —exclamó levantándose con un movimiento veloz y sentándose al lado de ella mientras provocaba que Linette se arrinconase contra el extremo opuesto del carruaje sin comprender nada.

—Aún no —contestó Reishart sin impedir que el duque colocase una de sus manos sobre el vestido de ella para acariciar una de sus piernas—. Preveo otros planes para ella…

—¿Qué significa esto? —inquirió finalmente Linette sintiendo que su voz casi se ahogaba en su garganta ante la repercusión que indicaban aquellas palabras.

¿Que clase de relación tenían ese par?, ¿Por qué su esposo le había hablado mal de su hermano e incluso ella misma lo había comprobado cuando la había ofendido, pero ahora se comportaban con una complicidad única? No entendía nada. No tenía sentido alguno.

—Significa que sois mi esposa, que os vais a limitar a obedecer en todo lo que os ordene. Y haréis cuanto yo decida que hagáis. No vais a excederos de vuestro cometido. Eso es lo único que debéis saber.

Linette ladeó el rostro y se encontró con la sonrisa del duque de Nordville lasciva, extraña, como si estuviera realmente gozando de aquella situación. El temor por su incertidumbre se abrió paso hacia algo mucho peor, más oscuro y siniestro ante la certeza de que Reishart no era el hombre que ella había creído desde un principio.

Pero eso era imposible, ¿no? No podía haber estado fingiendo un interés tan honesto y real durante semanas sin levantar ni una sola sospecha. Su padre se habría dado cuenta. Si él no era quien decía ser, su propio padre la habría advertido.

Incluso a pesar de advertirle que no lo investigara, que confiara en ella, en su propio criterio…

—No me tengáis rencor por llamaros bastarda públicamente a pesar de ser cierto. Al fin y al cabo, ¿Quien no lo es hoy día? Después de todo era necesario… —exclamó rompiendo en

carcajadas a pesar de que ni siquiera Reishart parecía reírle la gracia.

De hecho, este parecía tenso o más bien irritado y Linette no comprendía la razón.

—Nos estamos acercando… —dijo rompiendo el silencio instantes después a pesar de que era noche cerrada y a penas se podía vislumbrar algo del paisaje que les rodeaba—. Supongo que allí donde vais no necesitaréis esto —agregó Reishart al mismo tiempo que Linette sintió sus manos frías en torno a su cuello y como estiró con fuerza para arrancarle el collar de diamantes que llevaba colgado al cuello.

Soltó un pequeño jadeo de conmoción debido al dolor provocado por la fuerza con la que la cadena rasgó su delicada piel y acto seguido se llevó una mano al cuello sintiendo no solo la desnudez, sino además, la sangre que brotaba empañando sus delicados guantes.

—¡No exageréis! —bramó Reishart—. Ahora toda vuestra fortuna me pertenece únicamente a mí. Conformaos con que os deje el vestido que lleváis. Venderé el resto de vuestras joyas y pertenencias si me complace.

Las palabras se aturullaban en la garganta de Linette, quizá porque era incapaz de dar crédito a que su pesadilla más ferviente se estuviera haciendo realidad. A que sus dudas, las mismas que ella se había forzado a calmar ahora le gritaban que había sido una completa estúpida por dejarse engañar ante una galantería y honestidad completamente falsas.

¿Como podía haberlo subestimado de aquel modo?, ¿Como era posible que después de tantos pretendientes se hubiera creído todas y cada una de sus palabras sin siquiera cuestionarlas?, ¿Tan ciega y estúpida había sido? Ni siquiera podía decir que había sido por estar enamorada. No, pero sí había anhelado estarlo.

—Será mejor que nos demos prisa si no queremos despertar a la bestia…

¿Bestia?, ¿Qué bestia? Se preguntó Linette comenzando a temer por su propia vida con verdadero pavor.

—¡Bajad!, ¡Ahora! —Le instó Reishart, pero Linette no movió ni un solo músculo de su cuerpo, probablemente por un instinto innato de supervivencia.

Por alguna razón comprendió que si lo hacía, el resultado sería mucho peor que el simple hecho de quedarse dentro de aquel carruaje con aquellos dos canallas.

El movimiento fue veloz y Linette sintió como su marido la agarró con fuerza del brazo provocándole un dolor inaudito al mismo tiempo que abría la puerta del carruaje y la forzó a alzarse de su asiento para lanzarla fuera sin contemplación.

El impacto contra el suelo le provocó un dolor que la dejó completamente exhausta, aunque lo era aún más el orgullo herido al haber comprobado por sí misma que toda su relación con el señor Reishart había formado parte de una cruel farsa. Sus miedos habían cobrado forma, estaba viviendo su peor pesadilla y lo peor de todo es que había sido su propia elección. Su culpa. Su error. Y era ínfimamente peor de lo que jamás creyó imaginar en todos aquellos años de prudencia en los que no había contemplado la más mínima posibilidad con ningún pretendiente por el miedo.

—Tenéis terminantemente prohibido marcharos de aquí, recibir visitas o escribir a alguno de vuestros inestimables parientes. Si alguno de ellos conoce vuestro paradero o vuestra situación, os venderé al burdel que me ofrezca más oro. ¿Queda claro? Ni siquiera vuestro apreciado padre podrá hacer algo por vos ya que ahora me pertenecéis, así que limitaos a respirar hasta que necesite que me deis un bastardo para acceder a la fortuna que nunca os debió pertenecer.

El sonido de la voz de Reishart llegaba como agujas que perforaban sus tímpanos mientras el dolor se expandía por todo su cuerpo, sobre todo en el costado y aún más en pierna derecha, la cual sentía que ardía ante el más leve movimiento.

Escuchó como cerraba la puerta del carruaje y los golpes que precedieron en el techo sin que nadie, ni el duque o el propio cochero hicieran algo para asistirla. Se quedó allí mismo, en la negrura espesa de la noche cerrada escuchando el relinchar de los caballos al reemprender la marcha con el ruido de las ruedas al girar sobre la grava.

Grava.

Alzó la vista y se encontró con una imponente y majestuosa casa señorial a unas cuantas millas de distancia.

¿Porqué la dejaban allí?, ¿Porqué ninguno de ellos permanecía? La respuesta llegó antes de lo que esperaba.

«No querían despertar a la bestia»

Capítulo 9

El silencio quedaba mermado por el viento que movía las hojas de los árboles y estos a su vez parecían cobrar vida en la penumbra de la noche. Solo el destino podía desfavorecerla menos siendo luna menguante que apenas lograba arrojar un atisbo de destello. El frío comenzaba a adentrarse en sus doloridos huesos, había humedad y se preveía lluvia de forma inmediata, quizá esa era la única consideración que el destino pensaba tener con ella, aunque en sus circunstancias casi prefería que las nubes la impregnaran de su lamento para poder llevarse las lágrimas que deseaba verter en aquel instante y que por algún motivo era incapaz de que salieran de sus ojos.

¿Quizá llorar era aceptar su equivocación?, ¿Permitir que el lamento cobrara vida borraría sus circunstancias? Quizá aún no era capaz de aceptar que no tendría una noche de bodas idílica como creyó que sería, que no se había casado con un hombre honesto y fiel como imaginaba. Asumir que creyó en cada una de sus gentiles palabras, sus engaños y sus circunstancias, para terminar atada a un completo canalla sin escrúpulos. La había tirado del carruaje como si no le importara nada, siendo un simple despojo abandonado en medio de la noche y en un lugar completamente desconocido. ¿Qué más pruebas necesitaba para saber lo poco que le importaba a su marido? La había engañado meticulosamente durante semanas

jugando al papel de caballero honorable y respetable sin levantar ni una sola sospecha, solo para conseguir su objetivo; la dote y el acceso al título nobiliario.

¿Cómo podía no haber interpretado las señales?, ¿Cómo podría saber él perfectamente lo que ella buscaba en un hombre y engañarla de ese modo?

Se arrastro torpemente y sintió como la grava rasgaba la tela de su falda, así que se incorporó percibiendo el dolor intenso en su pierna y supo con certeza que tenía una lesión, aunque desconocía cuan grave podría ser esta. En algún momento algo dentro de ella rogó porque la muerte viniera y la arrastrara hacia un lugar de silencio y paz en el que no pudiera regresar jamás. Aún así, el instinto de supervivencia que crecía bajo aquellas capas de dolor la hizo forzarse a avanzar hacia la enorme mansión que se alzaba frente a ella y vio la escalinata de piedra que debía subir para llegar a un lugar que desconocía. ¿Donde estaba?, ¿Porqué Reishart había dado por hecho que la acogerían en aquella casa para ordenarle que no se marchara?, ¿Era quizá de su propiedad? En ese caso, ¿Porqué no se había detenido él también? En una noche tan cerrada como aquella, los peligros en el camino acechaban, así que la certeza de que quien estuviera allí dentro era aún más peligroso que cualquier asaltante provocaba que su dolor fuera aún más lacerante, pero ¿Acaso tenía alguna otra alternativa? Lo mejor que podría ocurrirle en ese instante es que la lluvia se descargara con furor sobre ella, que el frío penetrase aun más en sus huesos de un modo profundo y que la fiebre la embargara hasta arrancarle la vida.

Si. Deseó con ímpetu la muerte más allá que cualquier instinto de aferrarse a un pequeño hilo de vida.

Lo sentiría por sus padres. Se habían pasado toda su vida lamentando que ella no hubiera nacido dentro de su matrimonio, que su apellido la condicionara a ser la hijastra de su propio padre a pesar de que todos sus rasgos delataran cual era en verdad su verdadero origen y aun así, a pesar de haberle inculcado todos los valores necesarios para prevenir a un futuro marido que quisiera aprovecharse de ella, no había sido suficiente. De hecho, el que la

hubiera abandonado allí arrojándola como si fuera escoria lo reiteraba y las últimas palabras en forma de amenaza solo indicaban la vida que le aguardaba al lado de un hombre como él.

¿Como era posible que no hubiera visto en aquellos ojos oscuros del señor Reishart su verdadero talante? Se sentía estúpida. Ingenua. Y torpemente ignorante por no haber sabido interpretar las respuestas adecuadas, por haber confiado ciegamente en un dolor inexistente. Pero… ¿Como iba a saber ella que su propio hermano, el duque de Nordville estaba intrínsecamente en concordancia con su estratégico plan macabra de apresarla? Ahora empezaba a darse cuenta de que todo había sido una pantomima, un espejismo para hacerla caer rápidamente en aquel matrimonio que la ligaba a él. Lo había llevado a cabo minuciosamente desde el instante en que se presentó ante ella, como si supiera exactamente qué debía decir o cómo comportarse para apresarla en sus redes tal como hacía una araña con su presa. Tal era así, que su humillación pública por parte del duque había sido debidamente planificada con la intención de acelerar estrepitosamente aquella boda.

Era suya. Le pertenecía por más que en ese momento repudiara ese hecho. Un grito de desesperación salió de su garganta, fue casi un lamento al descubrir que su propio dolor le impedía gritar para pedir auxilio o simplemente expresar su propia frustración. Su cuerpo ardía de dolor, pero era mucho más lacerante y profundo el sentimiento de ahogo que la oprimía por aquel engaño, que las llamas que parecían consumir la piel de su pierna. Intentó arrastrarse hacia el portón de la casa sintiendo que las pocas fuerzas que le quedaba la abandonaban.

Aún no había recorrido la mitad de la distancia cuando las primeras gotas bañaron su cabello, como si el cielo hubiera escuchado su plegaria. Su lentitud provocó que el aguacero que prosiguió la empapase sin importarle estropear el único vestido que tenía y el cual se había convertido en su única posesión. Reishart se había llevado sus baúles con todas sus pertenencias. Ahí estaban sus joyas, el dinero que había decidido llevar consigo para sus propios

gastos personales y todo lo que tenía valor real y sentimental para ella.

No tenía nada. Le había arrebatado absolutamente todo. Incluso su propia dignidad.

Era la hija legítima de un barón. La hija ilegítima de un duque. Y aún así no tenía nada. No era nadie. Solo la esposa de un vil canalla que la había arrojado sin pudor alguno de un carruaje que le habían regalado con cariño sus padres para dejarle claro que solo era un desecho. Una pieza instrumental de un plan macabro que habría consumado con aquel acta matrimonial que le hacía apoderarse de todo lo que por derecho le pertenecía.

Llamarse estúpida a sí misma no era un consuelo. Su lamento aún menos. Así que en el momento que llegó hasta el resguardo del pórtico que cubría la entrada a aquella mansión, se dejó caer sobre el portón de madera gruesa con eslabones forjados interpretando que eran escudos a pesar de que no podía verlos con definición. Agarró la aldaba y la dejó caer sin apenas fuerza, sin saber siquiera si en aquella casa habría servicio o si alguien abriría la puerta teniendo en cuenta las horas que eran.

Linette esperó sin respuesta. Aguardó como si temiera al mismo tiempo que deseaba que alguien abriera aquella puerta intuyendo que nada bueno podría haber tras ella si Reishart había salido huyendo de allí, pero era al único lugar posible al que acudir y el único desde el que huir.

Se desplomó sintiendo que el dolor de su pierna era cada vez más insoportable, el peso de su vestido completamente empapado lo acrecentaba y cuando presentía que aquella casa estaba abandonada escuchó los bulones que ya habían sido corridos justo antes del crujir de la puerta al abrirse. La pequeña llama dentro de la lampara de aceite le permitió saber que alguien habitaba aquella casa, ni siquiera fue capaz de distinguir si se trataba de un sirviente o de la bestia a la que habían hecho referencia Reishart y el duque, pero si oyó la conmoción de una voz que parecía pertenecer a un hombre.

—¡Por todos los Dioses, señorita!, ¿Que os ha sucedido? —exclamó a la par que Linette sintió como acercaba la lampara para iluminarla.

Su aspecto debía ser desastroso, pero en aquellos momentos su dolor era mucho más grande que su decencia.

—Caí del carruaje —susurró sin afirmar que había sido su reciente esposo el que la había arrojado y abandonado frente a aquella casa.

—¿Como es posible?, ¿Nadie la acompañaba para haberla asistido? —inquirió de nuevo agachándose para levantarla lo más púdicamente posible a pesar de tener que tocarla.

Linette emitió varios quejidos de dolor.

—Esto no le gustará a su excelencia… —refunfuñó el sirviente y aquello hizo que saltaran todas las alertas de Linette.

—¿Excelencia? —exclamó ella—. ¿Donde estoy exactamente?

—¿Hacia donde se dirigía señorita?, ¿Es posible que visitara el condado de Nordville?

—Es… es posible. Si —dijo aduciendo que tenía sentido que su esposo la hubiera dejado en el que siempre había considerado su hogar.

—Se encuentra en el palacio privado del duque de Nordville. Su excelencia recibe pocas visitas, aunque es un condado muy próspero y…

Linette sintió que desfallecía.

—¿Esta casa pertenece al duque de Nordville? —exclamó aturdida.

¿Por qué entonces no se habían detenido a pasar la noche?, ¿Por qué huir de ese modo aludiendo a que allí habitaba una bestia a la que no debían enfrentarse?

—¡Porqué habéis abierto el portón a estas horas! —rugió una voz severa, tanto que Linette olvidó su propio dolor ante lo que intuyó que debía ser la bestia como habían denominado Reishart y su hermano.

—Es una joven perdida su excelencia. Parece haber sufrido una conmoción al caer de su propio carruaje.

—¿Excelencia?, ¿Por qué se refería a él como alguien con un estatus social alto?

—Yo solo veo una mujer harapienta que bien podría fingir ser desvalida para robar en mi propio palacio. ¡Dadle algo de comer y que desaparezca en cuanto amaine la tormenta!

—¡No! —gimió Linette en apenas un aullido de voz al comprender la gravedad de aquella situación.

De su propia situación.

—¿No? —exclamó aquel caballero con un tono de voz aún más alto y Linette sintió sus pasos acercándose a ella hasta que el propio candil que llevaba en sus manos se acercó lo suficiente que pudo vislumbrar la innata belleza en él.

Cabello rubio que contrastaba con una mirada oscura, mandíbula marcada y un semblante tan sombrío como su voz. Aún así, era bello, increíblemente apuesto.

—Está herida excelencia, asegura haber caído de su carruaje y a juzgar por su aspecto, es una dama ilustre —trató de intervenir el sirviente que aún la sostenía.

—Discrepo. ¿Cual es su nombre?, ¿De donde proviene?, ¿Por qué ha terminado en mis dominios? Todo el mundo sabe que no recibo visitas. Ni las deseo, ni son bienvenidas. —Proclamó el caballero como si escupiera sus palabras y probablemente pensara que estaba perdiendo su preciado tiempo a juzgar por su semblante molesto.

Ante el silencio de ambos Linette sabía que debía responder y no sabía en que modo hacerlo sin saber a quien tenía frente a sí a pesar de que todas las circunstancias le llevasen a pensar en quien era.

—Lady Linette —mencionó aturdida—. Lady Linette Reishart —agregó sin saber si su apellido recién adquirido podía significar algo o su propio esposo había mentido incluso en su procedencia.

El semblante del caballero cambio a uno mucho más severo si es que eso era posible, como si le hubiera nombrado al mismísimo diablo.

—¿Que relación tenéis con el malnacido de mi hermanastro y porqué os envía a vos? —escupió meditando muy bien sus palabras de verdadero odio.

—¿Vuestro hermanastro? —gimió Linette.

—Mi madre acogió al actual señor Reishart como su propio hijo cuando se casó en nuevas nupcias con el padre de éste, pero no comparto ningún lazo de sangre con ese canalla sin oficio ni beneficio, mucho menos con sus habituales artimañas de seducción, así que si sois una pobre ingenua que ha creído en sus mentiras, no es asunto mío. Buscad migajas en otro lugar, ya le dejé muy claro que no obtendría un solo penique más de la fortuna del ducado de Nordville y me importan muy poco sus amenazas.

—Hace aproximadamente nueve horas que el señor Reishart se convirtió en mi esposo. Y menos de una hora en la que él y su acompañante, el duque de Nordville me han dejado a su merced sin decirme exactamente a quien pertenece esta casa o quien es usted.

—¿El duque de Nordville? —gruñó y luego emitió una carcajada de perplejidad—. Así que ahora no solo utiliza mi nombre en su beneficio, ¿También falsifica mi identidad? No me importa las mentiras que le haya contado, ni que la haya dejado aquí con alguna finalidad oculta. No es bienvenida en mi casa. Le dejé muy claro al señor Reishart que ni él, ni nadie de su círculo era bienvenido a Nordville, y eso la incluye a usted.

Puede que Reishart hubiera mentido en muchas cosas, pero no pareció hacerlo en la descripción de su hermanastro, aunque probablemente merecía el trato por parte del duque que recibía.

¿Cuáles eran sus opciones?, ¿Regresar a Londres y admitir su fracaso?, ¿Mostrar ante todos que solo la habían utilizado? Podría huir a Rusia con su hermana, vivir en palacio entre una corte extranjera donde nadie podría juzgarla. ¿Y si Reishart la encontraba?, ¿Y si ni siquiera el zar ruso o su propio padre el duque

de Sylverston podrían protegerla de sus garras? En esa tesitura no sabía cual era la mejor de sus opciones, ni siquiera si la de obedecer a su esposo y permanecer en aquella solariega casa a manos de un tirano como parecía serlo el duque de Nordville.

Afortunadamente para ella no tuvo que responder, ni encararle, ni enfrentarle. Tal vez por una vez tuviera suerte y sus plegarias fueran escuchadas. Sintió como perdía fuerza y todo se volvía negro frente a ella hasta que no fue capaz de mantenerse por sí misma a pesar de los ruegos de aquel sirviente y si, el destino estaba de su parte tal vez conseguiría que llegara la fiebre y fueran cuales fuesen los planes que tuviese el señor Reishart acabarían frustrándose.

Capítulo 10

Alexander, sexto duque de Nordville observó como su mayordomo trataba de sostener inútilmente a la joven en cuestión que parecía haberse desmayado frente a ellos. No descartaba que fuera un vano intento de la muchacha por evitar que la arrojara a la calle de forma inmediata. Conocía lo suficiente las artimañas de su hermanastro para no descartar que esa joven a todas luces hermosa a pesar de su aspecto desaliñado fuera otro intento más de sustraer parte de su fortuna.

No le importaba si ella era una pieza más del engranaje que conformaba la red de su hermanastro. Sabía que el talante de Reishart era cruel y despiadado, le había tolerado más de lo permitido en honor a su difunta madre, pero ya había roto con cada una de las promesas que le hizo a esta antes de morir y desde luego, no pensaba involucrarse bajo ningún modo en algo referente a él y sus artimañas de engaño.

Le había costeado una educación propia de un caballero, lo había mantenido durante años, pero su estilo de vida solo ambicionaba la codicia de lo que no poseía, convirtiéndole en alguien corrupto y de dudosa moral.

—Creo que necesita un médico, excelencia.

—Absurdo. Solo está exhausta o finge estarlo —Alexander se acercó hasta la joven y trató de alzar su rostro descubriendo como

caía en peso muerto.

Si fingía debía ser una gran maestra porque su cuerpo estaba lánguido, pero al notar la frialdad de su piel detectó que tal vez había pasado mucho más tiempo a la intemperie de lo que imaginaba.

—Si realmente es la esposa del señor Reishart, ¿Por qué la ha dejado aquí a su merced? —preguntó su mayordomo.

—Debe tener un plan orquestado y probablemente ella sea partícipe, pero ya le dejé muy claro que no obtendría nada más de mi cuando le recompensé por lo que prometí a mi madre que haría. Mi deuda con él está saldada y no me importan sus amenazas.

—¿Que hacemos con la joven?

—Llevadla a una de las habitaciones de los sirvientes, que esté vigilada constantemente. Tal vez pese a mi advertencia, Reishart esté ahí fuera aguardando. Ya se llevó varias joyas que pertenecen al legado familiar la última vez que estuvo aquí, no me sorprendería que la haya utilizado a ella con la misma finalidad. Dudo realmente que sea su esposa. Será una pobre fulana bien vestida.

¿Quien iba a desear casarse con un hombre sin fortuna? Aunque la joven en cuestión había mencionado que Reishart lo había llamado hermano e incluso había convencido a alguno de sus amigos maleantes a hacerse pasar por él mismo. ¿Es posible que hubiera logrado engañar a una dama de alta alcurnia para desposarlo?, ¿Que joven podría estar tan desesperada para llamar su atención y no importarle que fuera un pobre desgraciado?

Una con la reputación mancillada… a menos que el propio Reishart la hubiera comprometido obligándola a desposarlo. Y alguien como su hermano era dado a realizar tal hazaña, de eso no tenía duda.

Desechó rápidamente la cuestión de su mente advirtiéndose a sí mismo que no le importaba. No era responsabilidad suya si la joven en cuestión era realmente la esposa de su hermanastro. No eran familia. No debía hacerse responsable de las consecuencias que

tuvieran sus actos y no le debía nada. Así que aquella joven no le importaba lo más mínimo, como tampoco el porvenir que le aguardase a manos de Reishart.

—Informaré a la señora Hadforks de la situación, excelencia.

No me importa lo que suceda con ella. No quiero que nadie me disturbe durante la noche —advirtió dejando muy claro lo poco que le importaba la joven a pesar de que fue incapaz de apartar la vista de su mayordomo mientras trataba a malas penas de llevarla a rastras hasta la zona de los sirvientes.

Se maldijo por mostrar un ápice de piedad cuando dio dos zancadas y le arrancó el cuerpo de la muchacha alzándolo con bravío mientras sentía como la humedad del vestido empapaba su camisa. Emitió una maldición asegurándose a sí mismo que solo era el hastío por tener que cargarla al mismo tiempo que estropeaba su camisa, pero no podía menospreciar el hecho de que los atributos de la joven bajo sus brazos eran de proporciones perfectas. Aquel vestido escondía demasiado bien su cuerpo y, aunque se contuvo ante la idea de mirarla, no pudo evitar hacerlo cuando la dejó caer sobre uno de los camastros algo polvorientos y deshabitados de las habitaciones que pertenecían a la servidumbre y que nadie ocupaba.

Se mantenía con el personal estrictamente necesario para satisfacer sus necesidades. No por carencia económica, sino porque apreciaba la soledad y le fastidiaba enormemente toda clase de rumores falsos que se cernían en torno a su austera vida campestre. Los sirvientes eran muy dados a las habladurías por unas cuantas monedas y eso había provocado que se quedase únicamente con aquellos más fieles.

Alexander se fijó en el cuello magullado y el rastro de sangre seca que el agua de lluvia no parecía haber borrado. Alguien le había arrancado a la fuerza el collar que parecía llevar en su cuello y, por algún motivo inesperado, le desagradó el hecho de que la hubieran agraviado.

¿Es posible que hubiera sufrido más violencia que la de por sí aparente?

—¿Qué sucede? —exclamó la señora Hadforks haciendo acto de presencia—. ¡Oh, santo cielo!, ¿Que hace aquí esta joven?

—Alega ser la esposa del señor Reishart —informó rápidamente su mayordomo—. Se ha desmayado antes de saber mucho más de ella.

—¿Está herida? —dijo la mujer acercándose al lecho—. ¿Por qué está aquí? Es evidente que es una dama. Mirad su vestido… aunque la falda esté llena de barro, rasgada y arrugada como si…

—Probablemente ha sido robado, al igual que toda su ficticia historia —cortó Alexander sin querer que aquella joven le afectase en lo más mínimo—. Vigiladla. No me fío de los planes de Reishart y menos aún, de ella. Que no salga de esta habitación, se marchará al alba, este despierta o no.

No dijo nada más, simplemente dejó a sus sirvientes a cargo de la situación sin importarle el porvenir de la joven, las razones por las que su hermanastro la habría dejado en el palacio sabiendo que él no lo aceptaría y, sobre todo, imaginando cual sería su maquiavélico plan para envolverle en alguna de sus artimañas.

La última vez había tenido que saldar sus deudas a expensas de que le cortaran una mano un grupo de escoceses para saldarlas. Le advirtió que aquella sería la última vez que desperdiciaría su dinero para salvar su pellejo y a cambio no quería volver a ver su rostro por Nordville en lo que le restase de existencia.

Diez meses después aún no había hecho aparición cumpliendo su promesa, tampoco había llegado a oídos suyos algo referente a Reishart, pero si algo sabía hacer el astuto de su hermanastro era sondear sus pasos para no dejar rastro.

¿Tal vez creía que enviando a una supuesta esposa suavizaría la aversión que le profesaba?

Apretó la mandíbula mientras abría la puerta de su propia alcoba. La misma que un día había pertenecido a su padre y que él había pasado a ocupar desde su muerte por orden de su

progenitora. Cuando su madre cayó en las redes del señor Reishart, un pobre viudo con un hijo a cargo, tuvo que aceptar de forma impuesta aquel matrimonio en segundas nupcias a pesar de su oposición y, además, que se alojaran en su propio palacio. El viejo Reishart se gastó la fortuna de su madre en pocos años y, a pesar de que intentó acceder a la suya propia, no pudo hacerlo porque afortunadamente su albacea no se lo permitió. Aún así, su difunta progenitora defendió aquel cuestionable amor con fe ciega, quizá porque necesitaba sentirse amada de un modo que jamás sintió con su primer marido.

La envidia que siempre había emanado en su hermanastro por ser heredero al ducado y todos los beneficios que ello conllevaba, comenzó a manifestarse cuando sus caprichos se vieron reprimidos. La situación se volvió completamente insostenible cuando su madre falleció, él se limitó a pagar su educación con la intención de se buscara un porvenir a través de la rectoría tal como le había prometido que haría a su progenitora, pero obviamente aquello era demasiado humilde para las ínfulas de grandeza de Reishart, por lo que le compensó económicamente siendo muy generoso para saldar su conciencia y objetó que aquel muchacho dejaba de ser responsabilidad suya.

Se dirigió hacia una licorera escondida que mantenía en la esquina de su habitación. No era muy dado a la bebida, tampoco tenía una vida social agitada aunque eso había sido más una elección propia, puesto que continuaba recibiendo invitaciones de todos sus vecinos y hacendados a pesar de que jamás asistía a ningún evento que organizaran.

En su día, su madre era muy dada a organizar fiestas para toda la alta nobleza inglesa, incluso venían desde Londres para asistir de forma exclusiva a sus jornadas campestres. En cambio él amaba la soledad, o más bien la auto imposición que le había llevado a ser alguien solitario y a lo que se había terminado acostumbrando.

Se sirvió una copa con la esperanza de que el brandy que ardía en su garganta mitigara cualquier rastro de posible culpabilidad

por no demostrar estima alguna ante la joven que ahora yacía bajo su techo. No iba a desarrollar ningún tipo de empatía, ni afinidad por la muchacha en cuestión. No cuando guardaba estrechamente relación con su hermanastro.

Ni siquiera pidió la ayuda de su mayordomo para desvestirse, era una trivialidad que había aprendido a realizar solo, así que se deshizo de sus ropas y se metió en el lecho de grandes dimensiones del que hasta ahora no se había planteado su dimensión. Quizá inconscientemente pensó en la pequeña y estrecha cama a la que había predestinado a la joven dama.

—No. No es una dama —se replicó.

Solo será una vulgar ramera. Una impostora a la que su hermanastro habría convencido para tratar de sonsacarle de algún modo joyas o dinero que malvender para su beneficio. Restaría bajo su techo hasta el alba. Ni un solo instante más.

Se acostó con esa idea y, a pesar de que tardó más de lo habitual en conciliar el sueño, finalmente lo logró sin sentir ningún pesar sobre su decisión.

Alexander Kingsmere, actual duque de Nordville, se alzó al alba como hacía cada mañana desde que se hizo cargo del legado que heredó. Afortunadamente para él sus quehaceres rozaban lo cotidiano y más allá de dedicarse a la manutención de su ducado, seguía una rutina estricta que comenzaba con ejercitarse antes del desayuno.

Usaba la hípica y la esgrima para mantenerse en forma desde hacía años. Su fiel amigo Archie venía cada martes y jueves para retarle en un duelo épico. Ambos se habían criado en el mismo condado, su padre insistió en que se entrenara junto a él desde muy pequeño y aunque pertenecía a otra clase social más baja que la suya, le consideraba casi un hermano, probablemente era para él lo más cercano a un familiar. En aquellos momentos le hastiaba que su amigo se encontrara de viaje fuera del condado a pesar de que seguía sus órdenes y, según sus cálculos, aún tardaría unas pocas semanas en regresar. Necesitaba desfogar en la lucha toda aquella situación y resentimiento que la presencia de aquella muchacha había traído consigo ante los recuerdos del señor Reishart y una parte de su vida que prefería olvidar.

La ausencia de su mayordomo le extrañó lo suficiente para recordar su inesperada huésped. No es que no supiera elegir él mismo su atuendo, pero solía ser algo de lo que Herald se encargaba, sobre todo cuando debía calzarse las botas de montar extremadamente ajustadas.

Bajó las escaleras con ligero mal humor. Su temperamento de buena mañana había comenzado irascible y, si percibía algún hurto en la casa a pesar de sus advertencias, iba a convertirse en algo mucho peor.

—Mi señor… excelencia —advirtió la voz compungida de su mayordomo y Alexander esperaba recibir una disculpa por su ausencia—. La joven, ella está…

—¿Desaparecida?, ¿Fugada? Sorpréndeme… ha robado algún objeto de valor —advirtió sin demasiada importancia.

—No su excelencia. Ni siquiera ha recuperado la consciencia.

Aquello era inesperado y atrajo la atención de Alexander arrugando la frente por la noticia. ¿Podía el desmayo haber sido algo grave?

—Arde en fiebre y no baja con ningún remedio de la señora Hadforks. Ha delirado sobre nombres de personas, aunque en ninguno de ellos mencionaba al señor Reishart todo hay que decirlo y… la herida de su pierna no parece una nimiedad, me atrevería a decir que está rota, aunque yo no entienda mucho de esas cosas.

Alexander no se atrevió a mencionar nada, sino que comenzó a recorrer los pasillos y salas del palacio hasta adentrarse en la zona de servicio y dar con la habitación vacía en la que él la había dejado.

Sintió el aire condensado y pesado mezclado con hierbas medicinales. Las velas estaban prácticamente consumidas, señal de que habían estado prendidas toda la noche, vio varias palanganas con agua de color rojizo e intuyó que debía ser sangre. La señora Hadforks había debido limpiarla y a pesar de querer saber de donde podía provenir, sintió el nudo en la garganta impidiendo que salieran sus propias palabras.

—Necesita urgentemente un médico excelencia. He visto muchas fiebres y esta no parece ser una pasajera por un leve enfriamiento. He probado todos mis remedios y ninguno a funcionado, ni siquiera por un periodo corto de tiempo.

Alexander se fijó en que ahora lucía un vestido sencillo, discreto, el de una sirvienta, probablemente uno que la propia señora Hadforks había usado antaño cuando era mucho más joven a juzgar por la tela ajada y las dimensiones. No era de su talla, le estaba terriblemente ancho y extremadamente corto, lo suficiente para poder apreciar sus tobillos desnudos y la hinchazón con ligero color violáceo en una de sus piernas.

Sabía que sus sirvientes tenían razón y, aunque una parte de él se negaba a hacer cualquier acto que tuviera algo que ver con su hermanastro. La parte racional y humana que aún quedaba en él le

llevó a mascullar una maldición y salir echando humo de aquella ridícula habitación.

¿Hasta cuando el inútil de Reishart iba a darle quebraderos de cabeza? En lugar de dirigir su caballo hacia las lindes del norte como solía hacer de forma habitual, se dirigió hacia el pueblo más cercano repitiéndose que, no pensaba dejar que aquella joven muriera para que su hermanastro pudiera alegar en su contra la culpabilidad de dicha muerte y así poder obtener algún beneficio económico por haber dejado morir a su esposa.

¿Esposa?, ¡Ridículo!

Capítulo 11

La visita del médico se extendió durante tres horas en las que Alexander aguardó pacientemente en su despacho como si aquel asunto no fuera de su interés. Había ido personalmente a por su doctor de confianza, así que ya era mucho más de lo que aquella joven merecía por su parte.

Aún así, el silencio prolongado provocaba que no terminara de concentrarse en los cálculos de cuentas que le había dado su administrador para comprobar que todo estaba en orden. No es que desconfiara de él, pero le gustaba ser excesivamente minucioso en cada detalle de todo lo que concernía al ducado.

Finalmente, alguien llamó a su despacho y cuando advirtió que podía pasar se encontró con el rostro parcialmente asomado de su mayordomo.

—El doctor Hemrson solicita verle, excelencia.

Alexander asintió mientras abría el único cajón que tenía llave de su escritorio donde guardaba monedas de oro. Imaginaba que la principal razón de su solicitud era la de informarle además de pagar sus servicios. El joven Hemrson había seguido los pasos de su propio padre que había sido el médico de referencia en el condado de Nordville y, aunque era lo suficientemente mayor para no ejercer la medicina, aun lo guardaba alta estima. Extendió la pequeña bolsita sabiendo de sobra que era una tarifa superior a lo que estaba

acostumbrado a recibir y agradeció de forma infinita la discreción absoluta que siempre mostraba. Aunque no le satisfacía perder dinero por culpa de su hermanastro, su relación con la familia Hemrson era más importante.

—Confío en que la paciente pueda recuperarse pronto para marcharse de Nordville —afirmó Alexander sin hacer acopio de levantarse de su asiento.

A pesar de que tenía buena relación con el joven Nordville, su salud era lo suficiente buena para no requerir su presencia con asiduidad, así que desde la muerte de su progenitora, había visto al médico en contadas ocasiones.

—Gracias, excelencia —afirmó cogiendo la pequeña bolsa—, pero me temo que la joven que yace bajo su techo no dispone de un pronostico favorable.

—¿Quiere decir que está grave? —exclamó rápidamente Alexander asumiendo que hasta ahora no había permitido esa opción como algo viable.

—Lo suficiente para que su vida corra peligro. —afirmó Hemrson—. Su pierna estaba fracturada y presentaba una contusión en la cadera. Deduzco que sufrió una caída importante y me sorprende que pudiera caminar en ese estado por lo que alegó su mayordomo. Le he realizado algunos sangrados para evitar hemorragia interna y le he recolocado la pierna lo mejor que he podido, pero deberá permanecer entablillada hasta que los huesos vuelvan a unirse. Aún así, me temo que lo más preocupante en su situación es la fiebre. He logrado que descienda ligeramente, pero su estado es muy débil.

—¿Es posible que ya estuviera enferma cuando llegó? —inquirió Alexander precipitándose a la conclusión de que tal vez aquello era lo que su hermano había deseado por muy cruel que pareciera.

—Es posible, pero según la señora Hadfork sus ropas y su cabello estaban empapados por la lluvia, tal vez pasó demasiado tiempo expuesta y eso solo empeoró la situación.

—¿Entonces debo tenerla aquí?, ¿No es posible trasladarla a otro lugar? —insistió negándose a la idea de tener a la supuesta esposa de Reishart en su propia casa.

—Si quiere una opinión médica o desea que tenga una mínima esperanza de supervivencia, esa joven debe estar en absoluto reposo e indiscutiblemente en una habitación seca, limpia y caldeada. Y por supuesto, deberá ser constantemente vigilada para asistirla según sus necesidades. Es de vital importancia que controlen la fiebre. Vendré al atardecer, es muy probable que la fiebre vuelva a ascender y deseo asegurarme de que la señora Hadfork sigue mis instrucciones.

—Por supuesto —respondió sin querer expresar ante Hemrson el fastidio que le suponía tener allí a aquella joven desconocida.

«Lady Linette»

Si eso era cierto, debía ser hija de un noble por mucho que él no quisiera reconocerlo. ¿Reishart había sido capaz de seducir a una noble? Encajaría en sus fechorías tratar de hacerse con una dote, pero desde luego no tenía ningún sentido que la dejase a su merced sabiendo la animosidad que le profesaba a su hermanastro estaba claro que no iba a recibirla con los brazos abiertos y no sería bienvenida en su casa. ¿Tan poco le importaba la muchacha?

Era una mujer joven y aunque no se había fijado en ella con demasiado detalle pudo deducir que era lo suficientemente bella como para haberse deshecho tan fácilmente y precisamente en eso radicaba sus sospechas de que ella era participe del maquiavélico plan que estuviera perpetrando Reishart en su beneficio.

—¿Puedo preguntar quien es la joven y qué relación tiene con usted, excelencia? —inquirió Hemrson y a Alexander le pareció extremadamente curioso que alguien de su discreción hiciera una pregunta tan directa—. No me malinterprete, es solo que una joven como ella no debería estar bajo el techo de un caballero soltero, resulta extraño.

—¿Una joven como ella? —preguntó ahora Alexander extrañado.

—Su condición actual no mitiga el hecho de que es una beldad y que todo apunta a que es una joven dama de familia acomodada. Presenta signos de ser asaltada a juzgar por las magulladuras de su cuello, es evidente que han debido de sustraerle las joyas. La señora Hadfork encontró un pañuelo con lo que deduzco serán sus iniciales bordadas y en él, había envuelto un par de joyas de gran valor y algunas monedas de oro. ¿Tal vez se trata de una joven que logró escapar tras sufrir un asalto en los caminos?

A él tampoco le había pasado desapercibido aquellas magulladuras en el cuello cuando la dejó sobre aquel lecho, pero sus prejuicios hacia Reishart le llevaban a seguir desconfiando de ella y de toda aquella extraña situación. Aún así, sabía que muy a su pesar, debía hacer lo correcto.

—Prefiero mantener su identidad preservada, sobre todo porque tengo serias dudas al respecto y el simple hecho de aparecer en mis dominios en plena noche cerrada solo hace que desconfíe aún más de sus intenciones. Le agradeceré su discreción y el hecho de que nadie fuera de estos muros se percate de su presencia. Puede alegar sus visitas a mi propia salud, después de todo tengo la intención de devolver a la joven al lugar del que provenga en cuanto recupere la consciencia. —Sea una dama, una sirvienta o una ramera, no le importaba su condición y desconfiaría plenamente de sus intenciones.

—No es necesario que me lo pida, tiene mi completa discreción, pero sería oportuno que avisara a la familia de la joven dadas sus circunstancias.

—Veré lo que puedo hacer —alegó sin revelar más información de la debida y despidiéndose del doctor Hemrson hasta la caída de la tarde en que volvería a visitar a su paciente.

Aquello era un fastidio. Un incordio de dimensiones colosales y no solo por desconocer el origen de la joven, sino porque si era cierto lo que acababa de decirle, su situación era realmente grave.

Se acercó hasta las dependencias de los sirvientes donde se encontró a la señora Hadfork incorporando a la joven inconsciente

sobre el lecho e intentando que esta ingiriese un poco de agua a pesar de que solo conseguía que resbalara por sus labios y empapara la parte superior de la túnica de dormir en la que se hallaba en aquel momento. Le fue imposible no ver el rastro de transparencia que el fluido dejaba en aquel fino tejido de lino ajado, provocando que se pegara a su piel y se vislumbrara a la perfección la forma de sus pechos.

Dirigió forzosamente su vista hacia el rostro, obligándose a no caer en la tentación teniendo presente que la mujer en cuestión estaba completamente inconsciente. Puede que le desagradara y que no la quisiera allí, pero su honorabilidad estaba por encima de cualquier circunstancia, incluso aquella. No iba a aprovecharse de la situación, de hecho, había ido hasta allí para pedirle a la señora Hadfork que preparase una de las habitaciones de invitados para seguir las indicaciones de Hemrson.

Sus ojos repararon en el rostro de facciones inmaculadas que poseía la joven. Ahora, sin rastro de fiebre que opacara su estado, se veía indiscutiblemente hermosa. Lo suficiente para que olvidara por un instante quien era ella y la razón por la que se hallaba en su propia casa.

—Debería preparar una habitación de invitados —dijo tratando de evitar acercarse demasiado como si su caballerosidad se lo impidiera a pesar de que estaba en su propia casa.

La señora Hadforks apartó enseguida la taza de agua y cubrió a la joven con una sabana.

—El señor Hemrson ha indicado que debía refrescarla cada hora para evitar que suba la fiebre y mantenerla hidratada —dijo como si fuera una disculpa el haberla encontrado tan ligera de ropa. Avisaré a Herald para que la vigile mientras preparo la habitación.

—La única habitación disponible con la chimenea en funcionalidad es la de la antigua duquesa —advirtió con rapidez. Dígale a Herald que lleve suficiente leña y la encienda. El señor Hemrson me ha informado de sus advertencias.

—¿Quiere que instalemos a la joven en la habitación de la duquesa? —exclamó sorprendida.

—A menos que improvise un camastro en mi propio despacho privado, no veo otra opción. El resto de estancias con chimenea llevan en desuso el tiempo suficiente para no ser seguras —concluyó siendo el primero al que la idea le desagradaba por completo.

No solo tenía a aquella mujer desconocida en su casa, sino que además iba a instalarla en la habitación contigua a la suya y que además permanecían conectadas por una fina puerta.

«Solo era temporal. Solo hasta que despertara»

Durante un instante la señora Hadfork no supo que hacer, como si dudase del hecho de dejar a la joven completamente sola.

—Dígale a Herald que se dé prisa. No tengo todo el día —se apresuró a decir dandole a entender que se quedaría el mismo en la habitación hasta que uno de los dos regresara.

Por primera vez en mucho tiempo sintió fastidio de haber prescindido de gran parte de su servicio.

Sintió la opresión de estar en aquel cuarto excesivamente pequeño junto a la minúscula cama y tuvo que meter los dedos por el cuello de su camisa para sentir que el aire llegaba a sus pulmones. Solo había una minúscula ventana que apenas dejaba pasar el aire, solo ahora se daba cuenta de que la construcción de la casa no estaba dispuesta para que aquella zona estuviera especialmente ventilada, probablemente porque el uso de aquellas estancias era reducido; unas cuantas horas de sueño y el resto del tiempo lo pasarían trabajando a su servicio.

Se quitó cualquier rastro de culpabilidad al considerar que el empeoramiento en las condiciones de la muchacha fuera debido a las circunstancias y se dijo a sí mismo que no le debía nada a aquella joven desconocida.

—Lady Linette —susurro mientras volvía su vista de nuevo hacia ella y comprobaba que su pecho se hinchaba bajo la sabana cerciorándose de que aún respiraba.

Todo en torno a esa joven le resultaba un misterio. Uno que se negaba a resolver porque conocía sus consecuencias y que por más cautivador que pudiera resultarle por su aspecto iba a negarse en cuanto pudiera meterla en un carruaje de regreso al lugar de donde procediera.

¿Es posible que Reishart creyera de verdad que podría llegar hasta él a través de ella? Creía que, con un intermediario, o en este caso su esposa, ¿Iba a lograr algún tipo de indulgencia? Su mirada fue atraída por el movimiento de la muchacha en una especie de espasmo que hizo que la compresa que mantenía en la frente se deslizara por el rostro. Miró hacia la puerta como si esperase que mágicamente apareciera la señora Hadforks pero lógicamente se hallaba lo suficientemente lejos para poder llamarla, así que se acercó con lentitud al lecho y dudó si colocar o no aquel paño en su lugar.

No quería tocarla. No quería acercarse. No quería tener nada que ver con ella y, aunque se decía a sí mismo que solo era su reticencia por lo que ella representaba, lo cierto es que una parte de si mismo no era completamente inmune a su belleza.

—Sea cual sea el plan de Reishart, no va a funcionar —dijo en voz baja mientras cogía sin titubeos la gasa prensada y la colocaba de nuevo en su frente sin poder evitar rozar la piel de su rostro con las manos.

Eso hizo que se fijara con mucho más detalle en sus rasgos relajados. La noche anterior había vislumbrado que sus ojos podían ser claros, aunque no había podido determinar su color. Su rostro era de facciones delicadas, como la belleza de un ángel. Con el cabello bañado por el sol y matices que lo hacían destellar. Su nariz era perfecta, ni muy fina, ni excesivamente gruesa, al igual que sus labios, definidos, perfectos, ligeramente entreabiertos y lo suficientemente seductores para…

—Basta —se dijo apartándose ligeramente y saliendo de aquella instancia importándole muy poco si se quedaba a solas.

Por suerte para él. Herald ya bajaba las escaleras tras haberse encargado de llevar la leña y encendido la chimenea.

—Acercaos al pueblo esta tarde y conseguid una sirvienta con experiencia para que atienda personalmente a la muchacha —dijo en tono autoritario—. La señora Hadfork no puede ocuparse sin relegar sus quehaceres, así que encargaros de encontrar a alguien de inmediato. Y que sea con discreción —añadió en el último momento —. No quiero que corran rumores al respecto.

—Por supuesto, excelencia. No faltará una mujer dispuesta, estoy seguro.

Lo esperaba, porque no pensaba volver a quedarse a solas con la muchacha.

—Y pregunta con discreción si alguien ha visto al señor Reishart recientemente. No descarto que esté en los alrededores de Nordville a pesar de mis advertencias.

—¿Cree que dejó a su esposa aquí por algún motivo, mi lord?

—Le conoce para saber que un motivo debe haber y pretendo averiguar cuál antes de que trate de llevarlo a cabo destruyendo por completo sus planes.

—Dudo que predijera las graves condiciones en las que se encuentra lady Linette, mi lord.

Puede que eso fuera lo único que Reishart no había controlado, a menos que ella no le importara en absoluto, pero dado el estado en el que se encontraba y que yacía sin equipaje alguno, podría existir esa posibilidad.

¿Quizá la joven Linette se había negado a su plan y él la había obligado a la fuerza? Necesitaba respuestas y no las obtendría hasta que ella decidiera despertar.

«Si es que llegaba a hacerlo»

Capítulo 12

Linette sentía una voz lejana que cantaba. Era suave, melodiosa, creyó por un instante que se trataba de su hermana Catherine pero no reconocía el tono en ella. Tampoco identificó a su madre y se esforzó por abrir los ojos descubriendo que todo a su alrededor estaba cubierto por una ligera penumbra y que, aquel lugar en cuestión era completamente desconocido para ella.

Tardó varios instantes en adaptar la vista hasta que siguió el sonido de la voz y descubrió a una mujer joven que yacía sentada en una butaca mientras tenía entre manos una prenda que parecía estar remediando, recordándole instantáneamente a su querida madre cuando siempre tenía tejidos entre las manos desde que era pequeña.

Quiso hablar, pero notó como al intentar hacerlo, cientos de agujas se clavaban en su garganta y, afortunadamente para ella, la mujer pareció darse cuenta de su intento o del lamento que había emitido debido al dolor.

—¡Oh mi lady! ¡Ha despertado al fin! —gritó la mujer y su voz aguda también provocó que Linette se estremeciera.

¿Había despertado?, ¿Cuándo se había dormido? No recordaba haber visto con anterioridad a aquella joven. ¿Que lugar era ese?, ¿Donde estaban sus padres o sus propios sirvientes? No reconocía en absoluto la habitación. Ni estaba en su dormitorio, ni

en el de sus padres, hermana o cualquiera de las casas que poseía su familia o conocidos. ¿Por qué no recordaba ese lugar?

Sintió el mareo al tratar de alzar la cabeza para moverse hacia los lados y así poder tener una mejor visión de la habitación, pero tuvo que emitir otro sonido de lamento y cerrar con fuerza los ojos.

—Debe estar tranquila, ha estado cuatro días con fiebre alta y eso la ha dejado en un estado muy débil. Además, el médico ha ordenado que no mueva la pierna y la mantenga todo el tiempo posible elevada —mencionó con rapidez la mujer mientras le impedía moverse como si realmente pudiera hacerlo.

Si un simple movimiento de cabeza le había provocado un mareo, que no podría ocurrirle si intentaba alzarse. En el mismo instante que aquella mujer hizo mención a su pierna, sintió el dolor de esta al tratar de moverla y como parecía rígida.

¿Por qué le dolía de ese modo? Sus recuerdos eran difusos hasta que llegaron a la cabeza las imágenes de una celebración. La iglesia… el señor Reishart. ¡Su matrimonio! Y al mismo tiempo el instante en el que todo cambió en cuanto se subió al carruaje que debía llevarla hacia una nube de felicidad plena en su propia independencia y que, en cambio, la había llevado al mismísimo infierno.

El duque de Nordville… ¡Dioses!, ¡El duque no era quien ella creía que era!, ¡Reishart había engañado a todos haciendo pasar a un impostor como su hermano!, ¡Y ni siquiera era su hermano de sangre, sino hermanastro!

«Por qué demonios no se la habría llevado la maldita fiebre» musitó de manera interna.

—Avisaré a la señora Hadfork de que ha despertado, ahora podrá comer de forma decente ya que lo necesitará si quiere recuperarse.

Linette no pudo negarse, como tampoco afirmar al hecho de si tenía o no hambre. ¿La tenía? Sinceramente no sabía ni como sentirse bajo aquellas mantas que pesaban sobre su cuerpo. Se

limitó a lamentarse de su propia existencia mientras miraba al techo.

Así que la bestia la había acomodado en una habitación a pesar de que se negó a acogerla. Probablemente no le había quedado más remedio que hacerse cargo de su situación después de protagonizar una escena patética. Ella era la esposa de un hermanastro al que detestaba, así que asumía que la repudiaba con la misma intensidad que al señor Reishart.

Trató de moverse inútilmente como si creyera que podría incorporarse por sí misma a espaldas de la doncella que había dejado la puerta abierta y escapar. El dolor la paralizó. El mareo volvió con intensidad formando una nausea terrible que amenazaba con ahogarla por no tener la fuerza suficiente ni siquiera de girarse sobre sí misma sin que todo su cuerpo ardiera debido sus músculos pesados.

¿Por qué se encontraba tan mal?, ¿Sabrían sus padres algo sobre ella o Reishart?, ¿Podría su padre conocer su paradero? Cerró los ojos con pesar sabiendo que era poco probable puesto que la advertencia de Reishart era que viajarían de forma constante durante varias semanas hasta establecer algún lugar como residencia temporal mientras decidían donde permanecer oficialmente y ahora comprendía porqué lo había hecho.

Su plan inicial había sido el de arrojarla allí como un elemento del que deseaba desprenderse mientras no le era útil. Sabía la antipatía que iba a despertar en su hermanastro y, aún así, no le había importado. Pero, debía existir una razón. ¿Por qué motivo sino había decidido dejarla precisamente allí?, ¿Quizá no se fiaba de dejarla sola en otra casa por temor a que se marchara? Sus amenazas si se marchaba del palacio del duque de Nordville eran aterradoras y podrían haber surtido el mismo efecto en cualquier otra ubicación. No. Estaba claro que su marido tenía una razón y que esta estaba estrechamente ligada a su hermanastro.

La idea de escribir a su madre pasó rápidamente por su mente como si fuera la única solución a su situación, pero en cuanto idealizó las primeras palabras las lágrimas se acumularon en sus ojos

amenazando con surcar sus mejillas sintiendo que no podría frenarlas. ¿Que iba a decirle?, ¿Como iba a reconocer que se había casado con un hombre vil y cruel? Ni siquiera ella daba crédito a que fuera así. De no ser por el dolor que sentía en su cuerpo que le recordaba al momento en que la había empujado del carruaje sin ningún tipo de escrúpulo, sin pensar en las consecuencias y con la firmeza clara en sus palabras de que no sentía nada por ella. ¿Como podía haber conseguido engañarla haciéndole creer que estaba enamorado y jugando el papel de víctima? Es como si la hubiera estudiado a conciencia para saber cuáles serían sus puntos débiles y conseguir de ese modo que ella cayera por completo en sus redes.

Quería gritar de rabia. De frustración. Por haber creído una única vez que alguien podría quererla de verdad, desear conocerla realmente y se maldijo a sí misma por no haber sabido reconocer que sí había algo en el señor Reishart extraño. Como el hecho de que no intentara besarla cuando ella le disculpó al ser un hombre de honor. En aquellos ojos oscuros en los que escondía su crueldad y verdaderas intenciones. En que no se sentía enamorada, ni deseada, ni siquiera notaba su corazón acelerado en su presencia.

Creyó que todo se debía a que su relación se basaba en la amistad y que, con el tiempo terminaría enamorándose de él.

Ni siquiera el hecho de no estar enamorada de él aliviaba su frustración.

¿Qué opciones tenía? Si regresaba a Londres viviría bajo la protección de sus padres y los rumores incesantes que la harían no volver a salir de casa en lo que le restara de vida. ¿Podría irse a San Petersburgo?, ¿A un lugar tan apartado que nadie la reconociera? La simple idea de aceptar su realidad hizo que esta vez las lágrimas sí brotaran de sus ojos teniendo que cerrar con fuerza sus párpados para evitarlas.

Alguien como Reishart no se merecía ni una sola de sus lágrimas. Lo sabía, pero era demasiado difícil no hacerlo.

No podía escribir a su madre. Ni siquiera era capaz de aceptarlo ella misma. ¿Que ocurriría cuando Reishart volviera?

Porque regresaría, de eso estaba segura. ¿Tenía el pensamiento de obligarla a consumar su matrimonio solo para darle un heredero?, ¿Y por qué no lo había hecho antes de marcharse?, ¿Por qué no parecía ser su prioridad? Aún recordaba las palabras dirigidas hacia ese hombre que creyó sería el duque advirtiendo que no le importaría que este le pusiera una mano encima. Había demasiadas cosas que no entendía y a las que no tenía respuesta, pero lo quisiera o no, por el momento iba a tener que quedarse en aquella casa hasta que pudiera marcharse por sus propios medios o quizá, decidir qué opciones tenía dadas sus circunstancias.

La doncella llegó acompañada de una mujer más mayor que presumió debía ser la señora Hadfork a la que había mencionado que buscaría.

—¡Oh!, ¡Por todos los cielos, muchacha!, ¡Hay que avisar al doctor Hemrson de que ha despertado! —clamó acercándose a ella como si no diera crédito a que tuviera los ojos abiertos—. Ha pasado varios días con una fiebre intensa, es normal que esté débil, pero volverá a levantarse y caminar… solo necesita estar un tiempo en reposo y que esa pierna se recupere.

Aquella señora indicó a la joven sirvienta que se fuera hacia el otro lado de la cama y entre ambas tiraron de su cuerpo acomodándole unos almohadones en la espalda que le permitían tener una postura un poco más recta sin llegar a estarlo.

—Ahora debe nutrirse como Dios manda. Apenas he conseguido que ingiera un poco de caldo durante estos días, así que debe recuperar fuerzas —dijo la señora Hadfork mientras le acercaba un vaso de agua al que Linette no tuvo el coraje de rechazar, menos aún cuando sentía la garganta terriblemente dolorida—. Bebed despacio… —añadió con dulzura la mujer mientras el rostro de Linette solo expresaba dolor.

—Gra…ci…as —logro decir con una voz que casi no parecía suya.

—Le prepararé una de mis infusiones para el dolor de garganta, pero primero comerá como es debido antes de que el

señor la vea.

¿El señor?, ¿Reishart estaba allí?

Por la cara de horror de Linette, la señora Hadfork, le cogió la mano para tranquilizarla.

—No debe temerle, puede parecer muy brusco y taciturno cuando se lo propone, pero en el fondo es un hombre justo y honorable, sino… ¿Por qué iba a instalarla en la habitación de la duquesa viuda? Puede estar tranquila, el duque de Nordville no le hará daño.

¿La había instalado en la habitación principal?, ¿La alcoba que probablemente comunicaba con la suya propia?, ¿Por qué razón haría algo así cuando dejó muy claro que la quería fuera de su casa justo antes de desmayarse?

Prefirió no hacer preguntas. Al menos no antes de saber realmente porque su situación había cambiado y porqué el duque había decidido instalarla allí y permitir que se alojara en su casa. Si su marido estuviera allí se lo habrían dicho, ¿no? En cambio, no habían mencionado nada al respecto. ¿Podría de algún modo haberse comunicado en esos cuatro días que había estado inconsciente?

Le dolía la cabeza de pensar demasiado a pesar de que al mismo tiempo era inevitable no hacerlo. Su vida idílica había pasado a convertirse en una incertidumbre que parecía desear arrastrarla a un terrible infierno y en su estado, ni siquiera podía ser capaz de pensar como subsanar el terrible error que había cometido sin salir perjudicada.

¿Por qué había despertado?, ¿Que sentido tenía haberlo hecho? Toda su vida había vivido en una mentira llevando un apellido que no le pertenecía y ahora que pensaba que finalmente podría vivir realmente una vida real, llevando el apellido de un hombre que la amaba, volvía a ser otra falsedad, incluso más grande que la de aparentar se la hija de un hombre al que jamás conoció.

«Quizá es mi destino. Quizá estoy condenada a no descubrir jamás lo que es el verdadero amor o la extrema felicidad» Tal vez

aquello solo eran las consecuencias de vivir una vida que no le correspondía.

Capítulo 13

Linette no vio al duque de Nordville ese día. Tampoco lo hizo al siguiente. Ni siquiera al tercero. Comenzó a sospechar que la evitaba, probablemente no objetaba el hecho de que tuviera que soportar su presencia en aquella casa por prescripción médica, pero más allá de permitir que su personal la atendiera, no había recibido ningún tipo de visita que no fueran las de las doncellas, el médico y Herald que venía a ocuparse de la chimenea.

El doctor Hemrson había insistido en que no debía forzar la pierna bajo ningún concepto o ponerse en pie y dejar caer su peso hasta que sus huesos volvieran a solidificarse, de lo contrario podría sufrir una cojera severa. Tenía la pierna entablillada y vendada, por tanto, intuyó que debería permanecer en aquella cama durante algunas semanas más. Era como si la voluntad de Reishart se cumpliera incluso a pesar de que ella o su propio hermanastro no lo desearan. ¿Quizá la había lanzado del carruaje con esa intención?, ¿Tal vez esperaba dañarla para obligar al duque a alojarla en su enorme palacio?

Tenía el vago recuerdo algo distorsionado del lugar en plena noche, pero con la tormenta, el dolor y la agonía de haber descubierto que había sido engañada deliberadamente desde el inicio, no había reparado realmente en como de grande era ese lugar. A juzgar por la alcoba en la que estaba alojada, podía

apreciarse la riqueza del sitio, era más que probable que la situación económica del duque de Nordville fuese holgada, ¿Quizá Reishart buscaba de algún modo que su hermanastro le diera soporte económico? Dudaba que fuera a conseguirlo a través de ella, tal vez la había abandonado allí con la esperanza de ser mantenida por su excelencia sin coste alguno para él.

Durante esos tres días no había dejado de darle vueltas al motivo por el que la obligaba a estar en Nordville y concretamente, bajo la tutela de un hermanastro que le odiaba. ¿Tan seguro estaba de que el duque no podía aprovecharse de ella o hacerle algún tipo de daño? A juzgar por como la había tratado tras la boda y arrojado de aquel carruaje, dudaba que su vida le importara algo a Reishart. Y eso incluía lo que el duque hiciera con ella.

Por más que le había preguntado a la señora Hadfork, no sabía nada respecto al hombre que le proporcionaba hospicio. Era un misterio para ella. Después de saber que quien la había humillado en público no era realmente el hermano de Reishart, no sabía que esperar del caballero que había permitido que se alojara en su casa solariega donde, según parecía, no solía recibir apenas visitas.

La omisión por su parte de una cortés visita para comprobar su estado implicaba que no la quería allí y eso, sumado al hecho de que lo había dejado claro y contundente la noche en que llegó, lo confirmaba. Probablemente aguardaría a que ella se recuperase para meterla en un carruaje y enviarla de vuelta a Londres.

La joven doncella Adeline se retiró con la madeja de la cena tras asearla para dormir cuando alguien llamó a la puerta, pensó que sería Herald, el hombre solía venir cada noche para asegurarse de que tendría el fuego encendido hasta bien entrada la madrugada y las ascuas le durasen hasta la mañana. La habitación era lo suficientemente grande para que hubiera que mantenerla encendida de forma constante si se quería conservar el calor y, según sabía por el propio mayordomo, el médico había insistido encarecidamente en que no podía permitirse ningún enfriamiento en su estado.

Linette sabía de sobra que todas aquellas consideraciones para una invitada indeseada suponían un alto coste. Uno que por

supuesto pensaba compensar con creces cuando supiera como afrontar su situación. Aunque la tentación de escribir a sus padres o su hermana continuaba palpable, lo cierto es que aún no se sentía capaz de hacerlo. No solo estaba la amenaza de Reishart si lo hacía, es que no sabía como iba a expresar o afrontar los sentimientos de saber que había fracasado. No solo se trataba de su matrimonio, de la felicidad o de encontrar a la persona adecuada, sino de que nunca iba a tener lo que siempre había anhelado.

Había esperado años hasta tomar la decisión por miedo al fracaso y al final, lo había obtenido del peor modo posible.

—Adelante —dijo con su voz casi recuperada por completo gracias a las infusiones de hierbas de la señora Hadfork.

Apenas había hablado durante aquellos días para no forzarla y en cierta medida, agradecía que no le hicieran demasiadas preguntas. Ya se daba demasiada lástima a sí misma por sus circunstancias para que aquellas dos amables sirvientas se apiadaran de su desdicha.

Sonrió de forma natural pensando encontrar al amable mayordomo con sus historietas mundanas mientras hacía su labor, pero en lugar de eso, se encontró con unos ojos profundos que la observaban con fijeza.

Linette sintió que su cuerpo temblaba sin saber exactamente a qué se debía esa sensación. ¿Quizá porque su recuerdo respecto al duque de Nordville era difuso? Recordaba que era atractivo, pero solo ahora conseguía darse cuenta de cuanto. Era sin duda, el caballero más atractivo que había visto a lo largo de sus casi veintidós años.

Era la primera vez que se encontraba a solas con un caballero en una alcoba a pesar de que las circunstancias le impedían forzosamente a que fuera de otro modo, pero el hecho de que se hubiera esperado a que Adeline se ausentara le hacía preguntarse porqué había elegido el duque precisamente ese momento.

—La señora Hadfork y el doctor Hemrson me han informado de que ya está capacitada para hablar —dijo sin acercarse, sino

manteniendo formalmente la distancia.

Su voz era tal y como tenía en su recuerdo, grave, profunda y autoritaria.

—Si —respondió con suavidad. Aunque ya no le doliera tanto, aún no podía forzarla demasiado.

¿Era ese el motivo por el que no había venido hasta ahora?

—Bien —aseguró Alexander colocándose las manos en la espalda y caminando hacia la chimenea viéndose en la necesidad de apartar la vista de aquella joven infinitamente hermosa.

Era aún más bella de lo que había recordado o imaginado. Ya había deducido que era hermosa la misma noche en que llegó a pesar de estar empapada y llena de barro. Lo corroboró mientras permanecía inconsciente, pero ahora, comprobaba que su belleza natural era como la de una criatura que habita en los bosques. Frágil, seductora, infinitamente atractiva y embriagadora.

—Me he visto en la obligación de permitir que se aloje en mi palacio hasta que se recupere de su convalecencia en contra de mi voluntad, espero que lo tenga presente.

—Si lo que le preocupa a su excelencia es el coste que le supone mi estancia, pienso recompensarle por ello.

Linette oyó como reía ante sus palabras, como si no lo creyera posible o quizá, no esperase que lo hiciera a pesar de sus palabras.

—Déjeme dudarlo —aseguró este acercándose hacia el fuego por ser el punto más alejado de la habitación respecto al lecho donde se hallaba la joven—. He tenido tiempo para meditar durante los días que ha pasado inconsciente de las razones que tendría Reishart para abandonarla en su estado y darse a la fuga —continuó jugueteando con los dedos de sus manos unidas en su espalda—. Y he llegado a la conclusión de que mi hermanastro no la aprecia lo suficiente para gastar su propio dinero en la salud de su esposa o, por el contrario y es la que albergo con menos dudas, está en la ruina y la aprecia lo suficiente para querer salvar su vida. Ambas nos dejan en la tesitura de que, si lo que dice es cierto y es su esposa,

su muerte en mis propios dominios podría haber provocado demasiadas calumnias que en mi posición, no podría permitirme, lo que conllevaría a una cuantiosa indemnización por el silencio de su esposo.

Después del modo en que la había empujado del carruaje, es más que palpable la poca estima que Reishart le profesaba, pero en ese momento no iba a darle una información que ni siquiera ella misma conocía a un completo extraño. Aún le costaba admitir que el duque de Nordville era el caballero que tenía frente a ella y no el que le había presentado el señor Reishart la misma noche que la humilló en público. El mismo que había recogido en su carruaje y había admitido que aquella humillación había sido necesaria para forzar aquel matrimonio.

—¿Debo presumir entonces que solo ha sacrificado de forma insignificante su fortuna en mi beneficio solo para no contribuir a los bolsillos del señor Reishart? —inquirió Linette ante tal derroche de desfachatez.

Aceptaba que no la quisiera allí, pero de ahí a confesarle que el único motivo por el que no había dejado que se muriera era el de evitar engrosar la cartera de Reishart como si su vida fuera menos valiosa que la de un mosquito.

—No espere encontrar un caballero de armadura brillante u honorabilidad irrefutable, lady Linette. No lo encontrará —advirtió sin importarle la apariencia que ella pudiera formarse sobre él.

No confiaba en ella y cuanto más lejos la tuviera de sí mismo mejor. Sobre todo, teniendo presente ese rostro y cuerpo absolutamente tentadores.

—Al parecer guarda más en común de lo que parece con su hermanastro —mencionó con cierto rechazo.

Aquella respuesta no era la que Alexander esperaba hallar, sino más bien algo que le hiciera saber que sus sospechas eran ciertas, porque si realmente esa mujer había sido engañada por Reishart y guardaba algún tipo de resentimiento hacia él,

comprendía aún menos las razones por las que la había abandonado en su casa y a su merced.

—¿Quien es exactamente usted, lady Linette? —preguntó sin rodeos.

—Dada mi situación y el modo en el que he acabado aquí, puede irse al diablo si espera que se lo diga —soltó sintiendo que, por primera vez en su vida, había enviado sus modales al mismísimo infierno sin importarle las consecuencias.

¿Es que acaso podía estar peor de lo que estaba?

Los ojos del duque la escrutaron con severidad, centrándose en los suyos hasta el punto de que Linette sintió que algo dentro de ella se expandía. No era miedo. Tampoco recelo o aprensión, sino un candor inaudito que no sabía desde donde procedía, pero sí que extrañamente le agradaba esa sensación. Quizá solo era debido a lo que la conversación había provocado en ella, un fuego interno que escondía una rabia desconocida.

Puede que a diferencia del señor Reishart, el duque de Nordville fuera sincero en cuanto a su situación. No es que esperase un derroche de amabilidad por su parte si le guardaba tanto rencor a Reishart y ella al fin y al cabo era su esposa, pero cualquier hombre de honor socorrería a una dama en su situación sin cuestionarse su posición. Y desde luego, sin reprocharle que solo le había salvado la vida para no verse envuelto en una situación peor.

Estaba claro que para aquel duque solitario y apartado de la sociedad, las cuestiones de ética y moral habían caído en el olvido. Eso le llevaba a la cuestión de que estaba a solas con él en una alcoba, vestida de forma indecente a pesar de la excusa de su convalecencia y sin una doncella o dama presente, lo que venía a corroborar su teoría de que aquel hombre no tenía en cuenta ninguna norma social.

—¿Es consciente de que no juega en una posición ventajosa para usted? —exclamó Alexander llamándole la atención el cambio de actitud repentino en la joven.

Tal vez había conseguido finalmente levantar aquella máscara de dama remilgada y ver a la verdadera mujer que se escondía tras ella.

—No puedo moverme de esta cama, así que es bastante obvio —objetó siendo la primera vez que contestaba con cierta insolencia y más aún a un caballero con un título nobiliario en igualdad al de su padre.

La rebelde siempre había sido Catherine, ella se había limitado a guardar los modales, ser alguien recatada y tratar de ser la hija perfecta para estar a la altura de lo que se esperaba de ella.

Y aún así todo había salido mal. Tan estrepitosamente mal que había querido hundirse en un pozo negro sin fondo y no respirar…

Quizá casi morir o arder en fiebre durante tres días le había hecho darse cuenta de que estaba cansada de ser perfecta.

Alexander se acercó lo suficiente al lecho para hablar en voz baja y que ella pudiera oírle.

—En su situación y completamente indefensa, podría hacer que confesara utilizando herramientas poco apropiadas para una dama. Podría sonsacarle la verdadera razón de Reishart para dejarla aquí. Qué motivos tendría alguien como usted para prestarse a sus juegos sucios y, sobre todo quien es realmente para no querer revelar su procedencia.

Linette fue más consciente que nunca de su cercanía, de que apenas les separaba un par de pasos de distancia y de que, debería sentirse aturdida, asustada e incluso mostrar cierto recato por estar a solas con un hombre tan imponente como lo era el duque estando desvalida. Y por alguna razón no era capaz de sentir nada de aquello. Como si hubiera perdido el miedo al propio miedo. Como si no le importaran sus circunstancias porque ya le había ocurrido aquello que más había temido.

—¿No le parece inapropiado por su parte pensar que tengo algo que ver en el macabro plan del señor Reishart al mismo tiempo que compromete mi reputación estando a solas en una alcoba y

hace propuestas poco apropiadas? —inquirió Linette perfectamente consciente de que estaba insinuando algo muy distinto de lo que el propio duque pretendía y para su sorpresa ni siquiera esa había sido su intención, sino que su voz había tomado posesión más allá de su conciencia.

En ese instante, Herald se adentró en la habitación percatándose de que el duque había dejado ligeramente abierta la puerta.

—Veo que se encuentra mucho mejor, lady Linette —dijo con amabilidad el buen hombre mientras se encaminaba con un cesto lleno de troncos secos que probablemente había cortado él mismo hacia la gran chimenea para reponer la leñera.

—Las infusiones de la señora Hadfork parecen obrar milagros —aseguró Linette sin apartar la vista del duque que parecía mucho más que enfurecido a juzgar por el fuego que había en sus ojos.

—Esta conversación no ha terminado —aseguró este apartando la mirada y dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

Linette se mantuvo en tensión hasta que vio como este se acercaba a la puerta sin intención alguna de despedirse.

—¡Debería leer a Mary Rowlandson! —exclamó Linette forzando su voz y sabiendo que iba a arrepentirse después—. ¡Le resultará muy revelador para sus fines! —añadió antes de perder después vista sus botas sin lograr que se detuviera, pero consciente de que lo quisiera o no, la había escuchado.

¿Por qué no tenía control alguno con su lengua sobre aquel hombre?, ¿Por qué se comportaba de ese modo desinhibido?, ¿Era una consecuencia de la fiebre alta?, ¿Era quizá el hecho de que por primera vez no le importaba lo que pensaran de ella? Estaba obligada a estar en la casa de aquel caballero lo quisiera o no, pero también sabía lo poco que a él le importaba su vida y que, si hubiera podido elegir, la habría abandonado a su suerte con la certeza de morir.

Quizá la misma noche que llegó allí lo había deseado. Quizá hasta habría rogado por esa muerte inminente, pero ahora por

debajo de su piel fulgía una sensación liberadora que jamás había sentido… Y todo, gracias a ese apuesto duque.

Capítulo 14

Linette había esperado de algún modo que el duque de Nordville volviera a visitarla, quizá en respuesta a su replica antes de irse o porque pasaba sus días tan apáticos sobre aquel lecho en la única compañía de Adeline y de la que había descubierto que adoraba hablar sin ningún tipo de freno. Así es como sabía que la familia de su anfitrión lord Kingsmere, ascendía hasta una quinta generación y que, no solo era un hombre solitario en apariencia, sino que evitaba cualquier contexto social en la medida de lo posible.

Los rumores decían que lo hacía para evitar el matrimonio, otros porque escondía a sus amantes en palacio, algo que la señora Hadfork negó rotundamente cuando se unió a la conversación. Lo único cierto que parecía decirse de él es que, a pesar de no ser precisamente un hombre afable, sí era justo con sus arrendatarios.

A pesar de que Adeline pudiera entretenerla con algunas cancioncillas locales que jamás había escuchado o las habladurías de personas a las que no sabía poner rostro por sus nombres, estaba exhausta de pasar todo el tiempo en aquella cama sin apenas moverse. Su rutina se había convertido en un autentico martirio y, sin tener nada que hacer, había tenido tiempo más que suficiente para pensar excesivamente en su situación por más que no quisiera afrontarla.

Había llegado a la terrible conclusión de que no podía regresar a Londres y menos aún, avisar a sus padres de su situación, porque si lo hacia, no solo se condicionaría ella, sino también a ellos y, si había algo que no podría soportar es ver sus ojos de lástima y compasión por su infortunio. Tenía más que suficiente con todos sus años consciente de vida soportando aquel pesar para ahora tener que sufrirlo aún más por su situación.

No.

No iba a regresar a Londres y eso limitaba sus opciones drásticamente, más aún cuando no disponía de sus recursos y probablemente si lograra hacerlo estos serían limitados a lo que Reishart hubiera sido capaz de dejarle.

«Si es que lograba dejar algo»

Se había llevado todas sus pertenencias, incluyendo los documentos que podían demostrar su identidad para retirar fondos de sus cuentas. No era ningún estúpido, lo tenía todo pensado y era consciente de ello. Por eso había necesitado el acta matrimonial en cuanto el sacerdote bendijo su matrimonio. Con esos documentos y el acta que verificaba que él tenía posesión de su dote, podría sacar todo el dinero disponible y usarlo como quisiera sin su consentimiento.

Puede que hubiera sido consciente de este hecho toda su vida y de que por eso debía elegir bien a su futuro esposo. Había priorizado a un hombre honesto, humilde y fiel por encima de sus propios sentimientos o lo que este pudiera generar en ella. Y, aún así, la habían engañado de la forma más cruel posible solo por su dinero.

Le dolía infinitamente más el hecho de sentirse traicionada y utilizada tan fácilmente, sobre todo porque Reishart había sabido ver su lado débil y convencerla de que era el hombre perfecto para ella.

Esa ilusión desvanecida la hacía sentirse vulnerable. Demasiado frágil y sola. Estaba completamente sola a pesar de tener una familia que movería cielo y tierra para apoyarla.

Por primera vez imaginó lo que debió sentir su hermana Catherine cuando se marcharon de San Petersburgo tras su matrimonio con el zar y se quedó en aquel palacio enorme rodeada de desconocidos que ni siquiera hablaban su lengua. Puede que su situación fuera muy distinta y que ni siquiera ella hubiera elegido a su marido, pero no dejaba de admirar la entereza de su hermana menor ahora que se encontraba en una situación de absoluto desconcierto.

—El doctor Hemrson ha venido a visitarla —anunció la señora Hadfork sacándola de sus pensamientos. Lo único que hacía durante todo el día era pensar y repasar cada detalle que había vivido en los últimos meses para determinar si habría podido advertir algún tipo de señal que indicara la estrategia del señor Reishart, como si eso fuera a poder cambiar en algo su situación actual.

Había pasado una semana desde que despertó y en los últimos cuatro días no había vuelto a aparecer el duque de Nordville por su habitación, así que aparte de las doncellas y Herald, las únicas visitas que recibía eran las del doctor. Imaginaba que tras aquella ardua conversación prefería evitarla lo máximo posible.

—¿Debía venir hoy? —preguntó extrañada.

Su condición solo requería reposo y llevaba siete días sin rastro de fiebre, por lo que no requería de los servicios de Hemrson a pesar de que este había estado visitándola de forma frecuente.

—En realidad he venido a traerle una sorpresa, si me lo permite —dijo la voz del hombre provocando que Linette se sonrojara porque no sabía que estaba tras la puerta—. Y espero que me lo agradezca disfrutando de su compañía.

Agradecía la amabilidad que había mostrado desde el principio el doctor Hemrson hacia ella, de hecho, se había mostrado mucho más cercano que cualquier médico que la hubiera visitado a lo largo de su vida. Quizá era el ambiente campestre el que le hacía comportarse de ese modo y, aunque lo agradecía, su ánimo no atravesaba por el mejor de sus momentos.

—Me temo que no soy una gran compañía en mis circunstancias —sonrió débilmente como disculpa.

—Eso cambiará cuando salga de esta alcoba —mencionó haciendo una señal a la señora Hadfork que indicó a Adeline que la ayudara.

Sin saber exactamente que pretendían, Linette observó como las dos doncellas descubrían su cuerpo tapado con las sábanas para dejar a la vista sus pies desnudos. Al no llevar consigo su equipaje, su vestimenta consistía en unos camisones de seda o lino de una finísima calidad pero que se podía apreciar por el color y desgaste que no eran nuevos. No tenía la menor idea de donde habían salido aquellas prendas, pero lo cierto es que tampoco le importaba, en su situación no tenía ningún derecho a la queja, sino más bien, agradecimiento a que la trataran como lo hacían sin hacer ni una sola pregunta de índole personal. Es como si ambas estuvieran esperando a que ella misma decidiera hablar por su cuenta.

Adeline la ayudó a colocarse una bata que hacía juego con el camisón y la anudó en su cintura antes de que el doctor Hemrson se acercara y le pidiera pasar sus brazos sobre el cuello cuando se inclinó para alzarla.

—¿El duque de Nordville ha solicitado que me marche? —preguntó sabiendo que este deseaba que se fuera cuanto antes.

El doctor Hemrson era un hombre alto y excesivamente delgado, comprobó que cargar con su peso no le resultaba tan sencillo y, a pesar de eso, no emitió ninguna queja por su parte, sino más bien todo lo contrario, parecía muy dispuesto a complacerla sin comprender exactamente porqué lo hacía.

—En su estado no es conveniente ningún traslado, aunque si se siente sola en este lugar, podría escribir a su familia si ese es su deseo. Estoy seguro de que desearían tener noticias suyas.

Linette sabía que era una estrategia muy comedida para intentar averiguar su parentesco, el problema es que si sus padres conocían su situación o, si daba algún nombre que podía relacionarla con ellos, vendrían en su búsqueda y tomarían decisiones propias sin

contar con ella. No es que no lo deseara, pero no quería que sufrieran o tomaran decisiones sin contar con ella aunque lo hicieran en su propio interés como habían hecho durante toda su vida. Tampoco quería pensar en las palabras de Reishart antes de irse porque recordarlas solo provocaban nauseas.

Por eso sabía que solo podía escribir a una única persona. La única que podía ayudarla, pero aún necesitaba tiempo para hacerlo, su hermana Catherine no habría regresado a San Petersburgo tras su matrimonio, probablemente tardaría algunos días en hacerlo y por esa misma razón, tenía que guardar silencio con la esperanza de que Reishart continuase lejos de allí hasta llegado ese momento.

—Preferiría no hacerlo por el momento, al menos hasta que me sienta recuperada —aseguró mientras alzaba la vista para comprobar por primera vez las dimensiones reales de aquella casa a la que definían como palacio.

El final de la escalera desembocaba en una entrada de dimensiones gigantescas de las que no había sido consciente la noche en que llegó. Notó el frío con inmediatez y cuando el doctor Hemrson la dejó sobre una silla de ruedas que había al pie de la escalera vio que Adeline cubría enseguida sus piernas con una manta para hacerla entrar en calor.

—Por supuesto, pero si en cualquier momento necesita algo no dude en pedírmelo, estaré a su servicio —inquirió en ese tono afable que había empleado desde que despertó.

Adeline se llevó una mano al rostro para ocultar su sonrisa y Linette no comprendió porque hacía aquel gesto, pero desestimo cualquier pensamiento cuando se dirigieron hacia la puerta de entrada principal y vio como el sol bañaba cada ápice de terreno que tenía frente a sus ojos.

Era un palacio. Un impresionante palacio con jardines que llegaban hasta donde su vista podía alcanzar.

Frente a sí tenía un estanque alargado con figuras de bronce y fuentes que lo hacían aún más espectacular y, a ambos lados,

franqueado por una arboleda que se extendía hacia los senderos otorgando a lugar una hermosa majestuosidad.

—¿Que es ese edificio? —preguntó divisando una preciosa construcción de cristal al final del estanque.

Desde su posición no podía verlo con definición, pero llamaba especialmente su atención por la estructura y forma preciosa en su composición. El techo conformaba una cúpula y tenía la impresión de que la luz que podría reflejarse allí dentro en combinación con el agua del estanque sería maravillosa.

—Es un invernadero. El actual duque de Nordville mandó construirlo hace algunos años. Es una de sus grandes aficiones, pasa infinitas horas allí según dice la señora Hadfork —contestó Adeline adelantándose al doctor Hemrson—. ¿Le gustaría visitarlo? —clamó entusiasmada quizá porque ella misma deseaba hacerlo.

¿Al duque le gustaba la botánica? Jamás lo haría dicho de alguien como él. Aunque tal vez solo era porque le parecía realmente insólito y extraño compartir una misma afición con ese hombre solitario y distante sin modales, aunque a ella más bien le gustaba dibujar las plantas.

—Tal vez podamos hacerlo otra mañana. El camino es largo y es el primer día que lady Linette que toma aire fresco, sería pretencioso fatigarla —respondió con calma el médico.

—Por supuesto, doctor Hemrson. Solo buscaba un aliciente para lady Linette ya que no ha mostrado ningún interés hasta ahora —contestó Adeline con reparo.

Sabía lo incomodo que era para su excelencia su presencia, así que prefería evitar a toda costa pedir el más mínimo favor a sus doncellas.

—No deseo causar molestias a lord Kingsmere, ya tiene suficiente con soportar mi presencia de forma obligada en su casa y preferiría no incomodarlo —aseguró Linette interviniendo entre ambos.

—Para el duque de Nordville su recuperación es una prioridad, por ello ha accedido a que pase la jornada fuera de su alcoba. Le

ayudará a sentirse mejor siempre y cuando tenga especial cuidado en no apoyar su peso en la pierna afectada —dijo el doctor Hemrson mientras volvía a empujar la silla de ruedas hacia el sendero que rodeaba la casa y del que se abrían los jardines principales llenos de un colorido primaveral que junto al olor que desprendían, hacía que sus sentidos rebosaran.

Puede que fuera un hombre solitario y sin moral, pero no podía negar que mantenía su propiedad en excelente estado. Aquel despliegue de lujo al mínimo detalle indicaba que debía ser un hombre rico, muy muy rico y comenzaba a dar sentido al hecho de que Reishart la hubiera abandonado allí con la posibilidad de acercarse al duque. ¿Tal vez en su mente retorcida creía que su hermanastro iba a apiadarse de su situación?, ¿Que mostraría debilidad?, ¿Que sería capaz de darle parte de su fortuna por piedad? Le había bastado unos minutos para saber que ese hombre sería incapaz de sentir algo por alguien que no fuera él mismo, menos aún para sentir algún tipo de estima por la esposa de un hombre al que detestaba.

—¿Está de acuerdo en que deambule por su palacio? —exclamó preguntándose porqué habría aceptado aquello cuando desde el primer momento la había acusado de querer robar sus pertenencias más preciadas.

¿Tal vez confiaba en que no podría huir en su estado? Quizá había dado indicaciones precisas para ser vigilada en todo momento, algo que en su situación, acontecía siempre.

—No debe preocuparse por eso ahora —concretó el doctor Hemrson y, de algún modo intuía que el duque no estaba de acuerdo, pero lo permitía.

El aire fresco le vino bien a sus sentidos, en parte lo agradecía aunque su animo siguiera en una decadencia pésima de culpa y malestar. Por primera vez desde que había despertado, le resultaba tedioso el dolor y, aunque le permitía permanecer allí unos días o semanas más para planificar su estrategia, saber que estaba cumpliendo los deseos de Reishart contra su voluntad le provocaba una inquietud irascible.

Si el exterior de la casa le pareció espléndido, el interior desprendía el mismo aura de magnificencia y, para alguien que estaba acostumbrada a vivir entre el lujo y la grandeza, tenía que reconocer que aquel lugar era realmente hermoso. Las molduras, los tapices, el encanto con el que había sido decorado e incluso las flores frescas le hacían preguntarse como era capaz de mantener aquel lugar en ese estado si ella solo había visto muy pocos sirvientes.

—Es una pena que casi todo el palacio permanezca cerrado —dijo Adeline tras marcharse el doctor Hemrson y dejarla sobre un diván de color verde pálido aterciopelado, asegurándose de que su pierna descansaba como era debido.

Había prometido visitarla a la mañana siguiente para hacerle compañía y, aunque agradecía su conversación ágil y diferente a la de las sirvientas, no dejaba de preguntarse si aquello era simple amabilidad o de algún modo el duque de Nordville le obligaba a hacerlo.

—Supongo que es demasiado grande para una sola persona —advirtió sin pensarlo demasiado Linette.

—Si. Imaginó que en el momento en el que lord Kingsmere encuentre una esposa, todo será distinto —respondió esta sin demasiado énfasis.

—¿Su excelencia busca una esposa? —preguntó Linette despertando su curiosidad.

—Según la señora Hadfork —comenzó a decir Adeline en voz baja siendo consciente de que no estaba bien hablar sobre una situación de índole tan personal como aquella—. No parece interesado en lo más mínimo o aceptaría alguna de las invitaciones a reuniones sociales que se celebran por todo el condado, pero todo el mundo sabe que necesita un heredero y se dice que ha recibido algunas propuestas por parte de otros miembros de la alta nobleza e incluso de casas reales extranjeras, que estarían interesados en concertar el matrimonio de sus herederas. La corte real ha solicitado

varias veces su presencia en Londres, pero por algún motivo, su excelencia no parece interesado en dejar Nordville.

¿Tan importante era su título? Bien es cierto que ella no había escuchado hablar de él hasta que conoció al señor Reishart, pero su propio padre tenía buenas palabras hacia la familia de este, a pesar de no conocerles personalmente.

—Londres es una ciudad sobreestimada —contestó Linette provocando que Adeline la mirase con los ojos abiertos. Estaba confirmando que ella era o había estado en esa ciudad sin pretenderlo—. He vivido toda mi vida allí y aunque haya sido mi hogar no deja de ser un lugar en el que todo gira en torno a lo que se espera de ti. Cualquier mínimo desliz, por pequeño que este sea, podría sepultar el resto de tu vida.

—¿Es eso lo que le ocurrió, lady Linette?, ¿Por eso tuvo que casarse con el hermanastro de su excelencia? —inquirió Adeline.

Linette emitió una sonrisa amarga y se dejó caer hacia atrás sobre el diván. Tenía que reconocer que era mucho más cómodo que el de su propia casa.

—Supongo que en parte fue así —susurró a pesar de que no deseaba revelar demasiado sobre su situación o como había llegado a convertirse en la esposa del señor Reishart, pero después de todo no podía negar que por más que quisiera ocultarlo esa era su verdad.

—¡Sabía que ese canalla le había tendido una trampa! —exclamó Adeline soltando la labor de costura como si le afectara más a ella que a su propia señora la situación—. Su excelencia hizo bien en echarle de aquí… ¿Sabía que se aprovechó de algunos arrendatarios en nombre del duque? —continuó con énfasis—. Lord Kingsmere tuvo que saldar las deudas y pedir disculpas cuando él se fugó de Nordville con el dinero en sus bolsillos.

Linette cerró los ojos con fuerza. No lo sabía, pero ya nada podía sorprenderle de ese miserable hombre que la había engañado para casarse con él. ¿Cómo es posible que nadie la hubiera advertido?, ¿Tan astuto había sido en todos sus pasos para que

alguien lo sospechara? Si no hubiera prohibido a su padre buscar referencias, habría sabido la clase de caballero desleal que realmente era, pero arrepentirse no servía de nada. No cambiaba su situación. No evitaba el hecho de que ella era ahora la señora Reishart.

Le repugnaba.

—¡Excelencia! —gritó Adeline provocando que Linette abriera repentinamente los ojos y forzara su cuerpo a mantener una posición erguida.

Descubrió en él aquella inescrutable mirada cuyos ojos marrones la observaban con fijeza y de nuevo, sintió esa sensación cálida bajo su cuerpo, como si aquella parte fría y oscura de él le provocara aquello, pero que lejos de sentir rechazo, incitaba algo completamente extraño y diferente en ella.

—¿Puedo saber porqué nadie ha servido el almuerzo en mi despacho? —preguntó dirigiéndose a Adeline y mirándola en ultima instancia.

—Su excelencia… la… la señora Hadfork creyó que ahora que lady Linette se encuentra mejor, decidiría almorzar en el gran salón junto a ella, puesto que es su invitada —logró decir la sirvienta con cierto temor.

Linette gimió con profunda conmoción. ¿Su invitada? Nada más lejos de la realidad.

—¿Tiene algo que decir, lady Linette? —la sorprendió y se mordió el labio al comprobar que tenía de nuevo su atención.

—En absoluto, excelencia —dijo esta manteniendo su mirada puesta en él como si sintiera la necesidad de demostrar que no le provocaba ninguna turbación—. Le ahorraré tener que soportar mi insufrible presencia, Adeline le dirá a la señora Hadfork que sirva su almuerzo en su despacho —añadió forzando una sonrisa fingida.

—¿Ahora va a dar órdenes en mi propia casa? —exclamó este dando un paso hacia ella y por algún motivo, Linette sintió que solo buscaba provocarla, incitarla a una discusión que él deseaba encarecidamente.

—Usted me ha preguntado y yo he respondido. No he dado ninguna orden específica, excelencia —puntualizó sin perder un ápice su fingida sonrisa.

—Dígale a la señora Hadfork que almorzaré en el gran salón junto a mi… *invitada* —soltó antes de darse media vuelta y marcharse de nuevo sin saludar a pesar de que fuera a verle en unos instantes.

Linette cogió aire llenando sus pulmones y sintiendo que era la primera vez que una trivial conversación con alguien suponía una verdadera contienda. ¿Por qué era siempre tan intenso? Tan inusualmente apasionado, frustrante e insondable al mismo tiempo.

Capítulo 15

El salón era demasiado grande y lo suficiente silencioso provocando que la situación de por sí incomoda lo fuese aún más.

Linette había llegado con la ayuda de Adeline y ésta había retirado su asiento para colocar en su lugar la silla de ruedas a la derecha del asiento que se suponía que ocuparía el duque cuando quisiera hacer acto de presencia. Imaginó que iba a hacerla esperar deliberadamente solo por haber aceptado de forma forzada aquel almuerzo en su compañía. Ni siquiera sabía aún porqué había cambiado de opinión, probablemente solo por llevarle la contraria, pero desechó la idea de ponerse en el pensamiento de su excelencia en cuanto sintió las botas de este sobre el mármol del suelo acercándose a la mesa.

No dijo nada, se limitó a sentarse a la cabecera la mesa sin siquiera replicar su evidente cercanía o el hecho de que Adeline hubiera dispuesto una pequeña butaca bajo la mesa para que ella pudiera descansar su pierna hasta que sirvieron el primer plato, una crema de puerros y patata con rábano picante.

—¿Por qué alguien como usted leería a Mary Rowlandson? —preguntó irrumpiendo el silencio que les acontecía a ambos.

La sorpresa por la pregunta hizo que Linette dejara su cuchara a medio camino entre el plato y su boca sin llegar a

degustar la cremosidad y, cuando alzó la vista, se encontró con que este mostraba un rostro relajado sin siquiera observarla centrándose en devorar su propio plato.

—Solo un caballero podría realizar esa pregunta a una dama, cuando es evidente que no pierde sus funciones tras el matrimonio o su poder de decisión. A diferencia de usted, una mujer de mi posición está socialmente condenada al matrimonio y no siempre con la opción de elegir. A veces una mujer debe comprender como sobrellevar un cautiverio sin perder la dignidad… incluso cuando su prisión no tiene barrotes, sino paredes irreprochablemente decoradas de forma lujosa —dijo antes de engullir finalmente su cuchara y dejarse atrapar por el sabor picante y cremoso de aquella crema.

Por alguna razón siempre había considerado que los sabores de las comidas fuera de Londres eran excepcionales, como si el aire fresco de la campiña hiciera que se potenciara.

—¿Que la llevó a casarse con el señor Reishart? —preguntó ahora de forma más directa, como si buscara la verdad en sus palabras.

—¿Le importa? —contestó ahora altiva—. Me iré de aquí en cuanto pueda apoyar la pierna, ya lo dejó suficientemente claro, excelencia —respondió mientras continuó con otra cucharada bajo la atenta mirada de este.

Por alguna razón contar su historia no era solo algo que la hacía más real, es como si no aceptara la idea de que ese hombre tuviera aún más armas contra ella para lamentar su situación. Prefería que la detestara por ser la esposa de su hermanastro que mirarla con compasión y lástima, si es que alguien como él podría ser capaz de sentir algo así.

—Está en mi palacio y bajo mi protección, no es una cuestión de si me importa o no, quiero saber a quien doy cobijo bajo mi techo y, sobre todo, si va a traicionarme mientras duermo.

Linette dejó la cuchara en el plato sintiendo ese fulgor que recorría su piel de nuevo. No sabía que tenía ese hombre para

despertar en ella algo que nadie en toda su vida había logrado, pero agradecía infinitamente sentir otra cosa que no fuera desprecio hacia sí misma o lamento por sus circunstancias.

—Si considera que puedo atentar contra su vida, mi lord, ¿Porqué mi habitación está tan cerca de la suya? —inquirió Linette sin ninguna doble intención, sino más bien declarando un hecho.

—Mantengo a mis adversarios cerca, es más fácil conocer sus intenciones… —discrepó el duque relajándose sobre la silla mientras se llevaba la copa de vino a los labios tras haber terminado el primer plato.

—¿Soy su adversaria? —exclamó Linette—. No me conoce. Ni siquiera sabe quien soy y podría haber mentido sobre mi relación con el señor Reishart. ¿Me juzga solo porque he dicho que soy su esposa? Si realmente tuviera intenciones ocultas, habría sido más fácil para mi no revelar que lo soy.

Su respuesta no pareció contrariar en absoluto al duque de Nordville, continuaba mirándola con fijeza y, a diferencia de otros caballeros que no la habían hecho sentir absolutamente nada, él revolvía su estómago de un modo muy diferente, como si hubiera un revoloteo creciente de ansiedad precipitándose hacia su garganta.

¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente atractivo? Iba pulcramente vestido, pero llevaba el cabello revuelto de un modo que lo hacía parecer más salvaje y menos convencional, algo que ilógicamente le hacía parecer aún más guapo de lo que de por sí era.

—Su lógica resulta aplastante, lady Linette, pero intuyo que las intenciones de mi hermanastro están muy bien calculadas, al igual que lo deben estar las suyas cuando parece barajar muy bien sus cartas.

¿Sus cartas?, ¿Que cartas si pensaba marcharse en cuanto se recuperara?

—Ilústreme entonces, mi lord. ¿Cuáles son las intenciones del señor Reishart? Porque sigo sin comprender que razón podría tener

para dejarme bajo su amparo conociendo su rechazo y que sería inviable que aceptara mi estancia en su hogar.

—Y aún así, está aquí. Me pregunto si usted también era consciente de la situación para que las circunstancias me obligaran a aceptar su presencia.

La figura de Adeline retirando los platos vacíos para llevárselos a la cocina distrajo lo suficiente a Linette para perderse de la conversación durante un instante y meditar mucho mejor su respuesta. No confiaba en el duque, de hecho sabía que no era un hombre de favores y menos aún de honor como para pedirle ayuda, probablemente pensaría que solo era para actuar en su contra con algún tipo de beneficio. En cambio, sí que sentía un rechazo real e inaudito hacia el señor Reishart y eso jugaba a su favor porque en cuestión de horas su marido se había convertido en su peor enemigo.

—No pedí venir aquí, como tampoco pedí quedarme. Mi permanencia en su hogar alberga el mismo deseo que el suyo, excelencia. Será un autentico placer marcharme —continuó con cierto desparpajo en su voz cuando ella misma se llevó la copa a los labios y comprobó que le habían servido vino al igual que al duque.

No era una bebida a la que estuviera especialmente habituada, de hecho, lo había probado en contadas ocasiones y ahora, casi agradecía que se lo hubieran servido con la esperanza de que el alcohol apaciguara aquel fuego que su excelencia despertaba.

—Al menos sus modales concuerdan con los de una dama y no con los de una furcia —dijo este sin ningún tipo de pudor pese a reconocer que estaba en presencia de una dama.

—¿Habla de modales un duque que carece de ellos? Diría que tenerlos o no, no parece una cuestión de alta nobleza, excelencia —refunfuñó Linette.

—¿Acaso conoce algún duque para tener dicha referencia? —inquirió él sacando de sus casillas a Linette.

—Mi propio padre es un buen ejemplo —soltó sin pensar y después se mordió la lengua porque no era una información que deseaba dar.

Guardó silencio al comprobar que la señora Hadfork y Adeline traían varios platos en los que habían servido un filete de carne en salsa que desprendía un olor especiado con una generosa guarnición de patata machacada y verduras de huerto. Dejaron la fuente en la que había más carne a su disposición mientras se retiraban.

—Así que dice ser la hija de un duque. ¿Y de entre todos los pretendientes que deduzco podría tener, se ha casado con el señor Reishart? Un hombre sin título ni fortuna… —La pregunta dejaba clara su incredulidad y lo cierto es que, visto así, podría parecer insólito—. Solo existe una razón para que pudiera hacerlo y dudo que su padre lo hubiera permitido, aunque ese fuera el caso.

—Si no conoce mi situación, ni los motivos que me llevaron a casarme con el señor Reishart no creo que esté en disposición de juzgarme —avisó Linette cortando con demasiado empeño su filete.

—Todo lo que concierne al señor Reishart acaba convirtiéndose en un quebradero de cabeza para mí y más aún para mis arcas, así que estoy en pleno derecho de juzgar cuanto me plazca. Es usted la que se empeñó en no revelar su situación y la razón que la llevó a casarse con el señor Reishart.

Linette cerró los ojos tratando de respirar profundamente. Jamás, en toda su mísera existencia había perdido la compostura como lo hacía con ese hombre.

—Porque nada de lo que diga o haga cambiaría mis circunstancias. ¿Quiere saber la verdad? ¿O cuando acabe solo dirá que es una estratagema para lograr acercarme a usted y hacer que se apiade de mí? No necesito su compasión, ni su caridad o clemencia. Cometí un error, un error demasiado grande y no hay vuelta atrás.

La rabia le había provocado que las lágrimas amenazaran con surcar su rostro y sus ojos ardían tratando de contenerlas. No quería que él la viera quebrar, que de algún modo pensara que estaba rota

aunque realmente lo estuviera. Ese hombre no tenía piedad. Puede que estuviera viva gracias a él, pero solo lo había hecho para protegerse a sí mismo de posibles consecuencias, no porque quisiera ayudar a otro ser humano en unas circunstancias terribles.

Soltó los cubiertos y trató de apartarse ella misma de la mesa dando por concluido su almuerzo. Aquello le había quitado por completo el apetito y lo único que deseaba era marcharse. Él había ganado en aquella ocasión y no podía satisfacerle menos.

Sintió el dolor en su pierna cuando la bajó de aquella banqueta y trató de colocarla por sí misma sobre la silla, no pudo evitar gemir y, para su sorpresa, el duque se levantó de su asiento emitiendo una maldición antes de detenerla.

—Déjeme… —refunfuño no importándole que la viera a punto de derramar sus lágrimas.

—Si se lastima solo logrará alargar más su estancia —contestó éste de mala gana a pesar de que tuviera razón era como si en aquel momento eso no le importara, solo quería alejarse de él.

—Si tanto detesta mi presencia, ¿Por qué ha accedido a compartir su almuerzo conmigo?

—Detesto lo que representa, no he dicho que la deteste a usted. —Se atrevió a decir y Linette notó que estaba mucho más cerca de ella de lo debido.

Se giró hacia él, importándole muy poco sus ojos ligeramente enrojecidos por el hecho de tratar de aguantarse las lágrimas de impotencia. Probablemente era lo más amable que recibiría de él a pesar de que no lo era.

—No lo parece por sus palabras… —dijo fijándose en la intensidad de sus ojos y vio como tras un instante él se incorporó rápidamente manteniendo una postura erguida para dar un paso hacia atrás y alejarse de ella.

—No me corresponde a mi salvarla sea cual sea su situación —citó con voz grave.

—Aún así me ha salvado… —le recordó ella a pesar de que él mismo hubiera admitido que solo lo hiciera en su propio beneficio.

—Lo que significa que debería estar agradecida en lugar de fastidiarme el almuerzo. Así que acérquese a la mesa y coma.

—No tengo apetito —puntualizó negándose a estar en su presencia.

—Pues finja que lo tiene —contestó ya sin mirarla para volver a sentarse en su asiento y antes de pinchar el tenedor en la carne, vació por completo su copa, como si necesitara que el alcohol atenuara la tensión que se había creado entre ellos.

Adeline regresó a la mesa con varias fuentes pequeñas en las que incluía otro tipo de guarniciones además de las servidas en el plato y sin decir nada, volvió a llevar su silla hasta la mesa con prudencia, algo que por norma general no solía tener, aunque eso no era algo que le disturbara.

El resto del almuerzo continuó en silencio y, a pesar de que Linette se dijo a sí misma que desestimara la presencia del duque como si realmente estuviera a solas, era imposible no sentir la vibración de su cuerpo cada vez que él se movía en su asiento o alzaba ligeramente sus manos para beber de su copa.

—Señora Hadfork, asegúrese de buscar ropa más adecuada para lady Linette si va a permanecer fuera de la alcoba.

—Por supuesto, excelencia.

Linette miró asombrada al duque, pero este permanecía con la mirada fija en la mesa sin prestarle atención, así que rápidamente se recompuso y se mordió un labio ante la vorágine de sentimientos encontrados que ese hombre le hacía fulgir en su interior.

—Es muy amable por su parte, pero no creo que sea necesario teniendo en cuenta que me iré pronto —dijo a pesar de que no tenía más que el vestido con el que había llegado cuando dijera de marcharse y no sabía que habían hecho con el.

Aún así, no quería más favores que luego pudiera echarle en cara o reprocharle, sobre todo porque a pesar de la antipatía que le generaba su forma de tratarla, no dejaba de ser una huésped inoportuna en su propia casa y a la que había tenido que admitir a la fuerza.

Por mucho que a ella le pesara.

—No es un ofrecimiento, es una orden —decretó el duque—. Si piensa salir de su alcoba, lo hará como es debido, a menos que desee permanecer encerrada el tiempo que le resta en mi casa, lady Linette. Usted decide.

Linette apretó los dientes lo suficiente para reprimir lo que pensaba en aquellos momentos o, la idea de no volver a salir de esa habitación a pesar de que podría perder el juicio si pasaba el resto de su convalecencia postrada en aquella cama.

—En primer lugar, no estoy bajo su tutela. No es mi tutor como tampoco parece que tengamos ningún tipo de parentesco —objetó ella—. Y, en segundo lugar, no estoy dispuesta a aceptar nada que provenga de usted para que después decida reprochármelo.

Finalmente Linette sintió como él la miraba de nuevo tras haber decidido ignorarla el resto del almuerzo. La falta de modales de aquel caballero era tan inadecuada que incluso se sentía turbada y más aún cuando a él parecía importarle muy poco lo que ella pensara.

¿Tan ensimismado estaba en aquel lugar apartado del mundo que se había olvidado de como tratar a los demás? O quizá solo lo hacía con ella por estar casada con el hombre que más odiaba en el mundo. ¿Era posible que Reishart supiera el trato que iba a recibir por parte del duque y formaba parte de algún castigo retorcido? O quizá la había abandonado allí con la única intención de fastidiar a su hermanastro con su presencia, de ahí las aberrantes amenazas para que no se marchara, puede que fuera mucho más consciente que ella de que el duque trataría de echarla.

—No está en disposición alguna de discutir, de hecho, estoy considerando creer en su palabra cuando podría muy bien no hacerlo. Está en mi casa bajo mis órdenes, no es mi invitada, tampoco es mi familia y mucho menos una amiga. Así que actuará según mis normas. —Su tono empleaba un mensaje tácito y le gustara o no su situación, no estaba dispuesta a mencionar su

verdadera identidad porque intuía que enviaría una carta a su propio padre para alertar de sus circunstancias.

Y aunque se moría de ganas por abrazar a su padre y volver a sentirse protegida entre sus brazos mientras se compadecía de su desdicha, su orgullo de Sylverston era más fuerte que admitir su propia equivocación.

Estaba segura de que su padre solo había aceptado al señor Reishart porque era lo que ella deseaba y, porque tal y como le había pedido, no se entrometió en su cortejo. Para alguien como el duque de Sylverston un hombre como Reishart jamás estaría a la altura de una de sus hijas, pero prefería su propia felicidad a la de cualquier título o riqueza que pudiera albergar…

—Unas normas que desconozco —advirtió Linette tratando de ser lo más civilizada posible dadas las circunstancias.

Le gustara o no el duque de Nordville y quisiera aceptarlo o no, en sus circunstancias estaba estrechamente condicionada a aceptar esas normas por mucho que discrepara. En otras circunstancias sería una huésped bien atendida, y, a pesar de que no tenía queja alguna por parte del servicio, lo cierto es que no dejaba de sentirse incómoda y violenta en aquella casa.

Y aún así no tenía a donde ir por el momento.

—No cuestionar mis órdenes es la primera norma, lady Linette —dijo este con contundencia—. Limítese a no entorpecer mi camino o perturbar mi silencio.

¿Esperaba que se mantuviera muda todo el tiempo?

—Si lo desea, puedo habitar en otra parte del palacio donde no pueda verme y sea impensable entrometerme en su camino, excelencia —corroboró ella con retintín.

—Por si no lo ha comprobado, tengo un servicio limitado precisamente para que nadie me disturbe, no les haré perder el tiempo habilitando una parte del palacio solo para usted. Más aun, teniendo en cuenta que se marchará pronto, ¿No es así? —increpó como si quisiera ponerla a prueba para comprobar que estaba de acuerdo.

—Puede estar seguro de que me iré en cuanto pueda caminar por mi propio pie —aseguró con una veracidad que en el fondo no poseía.

¿Cuanto tiempo tenía exactamente?, ¿Sería el suficiente para que su hermana Catherine regresara a San Petersburgo y pudiera advertirla?

Si no lo era, tendría que serlo… porque no iba a permitir que el señor Reishart la encontrara o dispusiera de ella a su modo y semejanza para sus perversos planes.

¿Por qué la perturbaba mucho más el duque de Nordville que la incertidumbre del regreso de su marido? Quizá porque era muy consciente de que el propio Reishart huía de la presencia de su hermanastro. No había más que ver el modo en el que la había arrojado del carruaje solo por el temor a que éste pudiera advertir su presencia. Y, al mismo tiempo que le perturbaba el duque, sabía que a su lado estaba a salvo. ¿No era ilógico? Quizá ese era el motivo principal por el que no había sentido temor de que su marido pudiera regresar, aunque sabía que lo haría… precisamente cuando terminara de despilfarrar su fortuna y viniera a por más.

—De lo único que estoy seguro, lady Linette, es de que descubriré los verdaderos motivos por los que está aquí. Tanto si desea ocultarlos como si no —dijo levantándose de su asiento—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que hacer que escuchar su parloteo incesante o estar en su presencia.

Linette agrandó los ojos ante aquella respuesta que no solo la dejaba en evidencia sino que demostraba lo que ya sabía de él y su completa falta de modales, pero esta vez fue más consciente de que lo hacía con verdadero propósito, como si realmente quisiera inquietarla por alguna razón. ¿Quizá era su modo de castigarla por tener que hospedarla?

No entendía al duque, pero tampoco iba a hacer ningún esfuerzo por entenderlo… al menos es lo que deseaba creer pese a que fue incapaz de eludir de su mente aquellos ojos marrones

observándola mientras esa sensación de ardor regresaba a su cuerpo.

Capítulo 16

A pesar de que el pianoforte no era una de sus asignaturas predilectas, sobre todo cuando su profesora, la señora Middelton azuzaba con su vara de cáñamo las manos cuando se equivocaba, algo que infringía un ligero dolor sin llegar a dañarla, pero que detestaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, en aquel momento la idea de encontrar un modo en el que perturbar aquel silencio monótono que tanto agradaba lord Kingsmere se convirtió en un aliciente.

Aprovechó la ausencia de Adeline para ir a buscar el té y se incorporó apoyándose en el mobiliario del salón hasta llegar a la banqueta del piano. Probablemente estaba desafinado y en un estado deprimente teniendo en cuenta que llevaría sin usarse demasiados años, pero eso no le importó, quizá el sonido desagradable de la melodía era un mejor modo para fastidiar a su excelencia si es que se hallaba en su despacho, aún desconocía las rutinas del duque, pero dado que quedaba poca luz diurna, suponía que éste se hallaba en la mansión.

La idea de colarse en aquella estructura acristalada que conformaba el invernadero era una tentación y, desde que lo había visto esa misma mañana no había dejado de imaginarse al duque entre todas esas plantas preguntándose qué podría hacer alguien como él allí dentro.

Jamás en toda su vida había sentido esa intriga que despertaba en ella el duque de Nordville a pesar de negárselo. ¿Sería así de desagradable con todo el mundo?, ¿Quizá solo lo hacía a conciencia por ser quien era? Una de las cosas que más le habían repetido es que era un caballero justo, algo que no encajaba con la personalidad que le dejaba entrever, pero al mismo tiempo sí le había permitido vivir bajo su techo ofreciéndole las comodidades apropiadas de una dama.

Levantó la tapa del teclado y comprobó que estaba libre de polvo. Sus dedos se colocaron de forma automática en posición, conocía innumerables partituras de memoria, solo debía escoger una y lo hizo con la sonata en sol menor de Muzio Clementi, una de sus melodías predilectas.

El inicio era lúgubre, triste… pausado, quizá le gustaba tanto porque sentía que era el propio reflejo de su vida, pero a medida que avanzaba la melodía se volvía intensa, rápida, frenética hasta alcanzar su punto álgido. En algún momento Adeline debió llegar con el té, pero Linette no fue consciente de su presencia, como tampoco lo fue del momento en el que otros ojos la observaban desde la distancia, apreciando cada sonido, cada acorde hasta apartar sus dedos de las teclas.

—Es una joven virtuosa, mi lady —apreció la doncella acercándole la taza de té.

—Gracias Adeline, aunque no es uno de mis pasatiempos predilectos.

—¡Si toca como los ángeles! —exclamó con énfasis—. Le aseguro que he escuchado a bastantes señoritas tocar el piano en el condado de Nordville y ninguna es tan brillante como usted. No lo digo para halagarla, sino para reiterar que es excepcional.

Linette sonrió, estaba poco habituada a los halagos o a que alguien se sorprendiera de una cualidad, menos aún por tocar el pianoforte cuando era algo que aprendían todas las damas que entraban en sociedad. A diferencia de Catherine, las lecciones de

piano no le habían parecido una tortura. Disfrutaba de la música, pero lo hacía aún más de la lectura.

—Me alegro de que al menos alguien haya disfrutado de la pieza —contestó llevándose la taza a los labios.

—¿Y cuáles son sus pasatiempos predilectos, mi lady? —preguntó cortésmente la doncella.

—Mi madre habría querido que fuera el diseño o el bordado, aunque se me da bien dibujar plantas o paisajes, pero de lo que realmente disfruto es de la lectura —dijo sonriente—. ¿Dispone el duque de una biblioteca privada? —preguntó con interés.

Adeline permaneció algo pensativa.

—Sé que dispone de numerosos ejemplares en su despacho, pero no sé si hay una biblioteca aparte en la zona deshabitada del palacio. Tendría que preguntar a la señora Hadfork —contestó con dudas.

Linette comprendió por su respuesta que los libros que albergaba el despacho del duque eran intocables, como seguramente lo era cualquier objeto que allí existiera y que la pondría en un aprieto si le pedía interceder por ella ante su excelencia para pedir algunos prestados.

—No se preocupe, probablemente los haya leído todos —mintió con una amplia sonrisa solo para dejar claro que no pensaba ponerla en un apuro por su simple capricho—. Además, estaré aquí poco tiempo —reiteró cuando ni ella misma sabía en qué momento su pierna sanaría.

Linette pasó el resto de la tarde en aquel saloncito tocando el piano a intervalos hasta que la señora Hadfork le trajo la cena y regresó de nuevo al diván donde ambas doncellas la distraían hablando de la próxima eventualidad en Nordville, un matrimonio entre dos personas que ella desconocía y que, según comentaban Adeline y la señora Hadfork era acordado entre el padre de la joven y el acaudalado futuro esposo. Al parecer las opiniones respecto a dicho acuerdo matrimonial estaban divididas, de ahí que no dejaran

de hablar sobre el tema, además de que existían muy pocas noticias en Nordville y un matrimonio suponía una eventualidad.

—Después de tres temporadas fallidas, el señor Preston no ha tenido más remedio que aceptar la propuesta de lord Peterson si quiere ver a su hija bien casada. Además, es un hombre rico, tendrá su futuro garantizado —replicó la señora Hadfork.

—¿Bien casada?, ¡Le triplica la edad! —sulfuró Adeline—. Preferiría seguir siendo pobre que tener al lord Peterson por esposo. Se ha casado tres veces y ninguna de sus esposas le ha dado hijos, ¿Que le hace pensar que lo hará la señorita Caroline?

Aunque Linette se limitaba a escuchar hablar a las dos doncellas, sentía pena por la señorita Caroline a pesar de no conocerla. Ella había recibido propuestas de matrimonio, aunque su padre las hubiera descartado y no podía saber si los motivos eran por no ser candidatos adecuados o porque su padre conocía de antemano que la deseaban por interés. En cualquier caso, sabía lo frustrante que resultaba terminar una temporada sin certezas y, regresar bajo las atentas miradas de la sociedad que murmuraba en voz baja, pero sin ningún descaro los supuestos defectos que convierten a una dama indeseable para no tener ningún pretendiente detrás de ella.

Es horrible. Y más aún si ahora debía aceptar un matrimonio acordado con una persona a la que no deseaba, no quería y mucho menos admiraba.

—¿Usted que cree, mi lady? —inquirió Adeline buscando cierto apoyo.

—¡No le hagas preguntas de esa índole, Adeline!, ¡Lady Linette ni siquiera conoce a la señorita Caroline!

—Pero ha estado en Londres, quizá si la conozca, ¿no? —preguntó Adeline.

—No recuerdo a ninguna señorita Caroline, tal vez no nos movíamos en los mismos círculos… hay demasiadas jovenes que se presentan en sociedad cada año y es imposible recordar a todas —dijo tratando de recordar si en alguna ocasión habría podido

coincidir con esa joven o, si de algún modo ella podría saber quien era y reconocerla.

En ese instante agradeció infinitamente que el duque de Nordville fuera un hombre ínfimamente reservado y solitario.

—¿Ves? —replicó la señora Hadfork—. Londres no es como Nordville donde todo el mundo se conoce, seguramente esta sea la primera vez que lady Linette visita el campo, ¿No es así? —preguntó como si esperase una respuesta por su parte.

Intuía que su presencia era un misterio para ambas doncellas y que el deseo de averiguar más sobre su vida o su procedencia era el motivo de aquellas conversaciones. En un lugar tan tranquilo donde no ocurre nada que rompa la cotidianidad, imaginaba que su estancia en aquella casa se convertía en un juego ante la posibilidad de ser el primero en descubrir su identidad.

Linette sonrió. Era cuestión de tiempo que averiguaran quien era realmente, pero solo esperaba que lo hicieran cuando ella ya se hubiera marchado o estuviera a punto de hacerlo.

—Es la primera vez que estoy en Nordville —sonrió—, pero he pasado todos los veranos de mi vida en una villa campestre mucho más al este.

Sabía que diciendo aquello aseguraba el hecho de que su posición debía ser elevada para tener una villa campestre en esa zona de Inglaterra, pero ninguna le preguntó por el lugar exacto, probablemente por la incomodidad que suponía o porque lo desconocían completamente.

Herald la llevó de regreso a la alcoba y la dejó sobre el lecho, en cuanto este se marchó Adeline la ayudó a asearse y cambiar el camisón por uno mucho más sencillo y ligero. No había vuelto a saber nada del duque desde el almuerzo, tampoco lo había visto a pesar de que imaginaba que estaba en alguna parte del palacio, pero intuía que si sus sirvientes la atendían con frecuencia es porque a pesar de tener pocos tampoco requería demasiado su presencia.

¿Lo haría por algún motivo en particular?, ¿Quizá despreciaba la compañía?

Hasta ahora no se había planteado la posibilidad de que alguien deseara estar en soledad. Ella podía ambicionar la tranquilidad que ofrecía un lugar como ese, pero habiendo crecido en una familia donde siempre estaban rodeados de personas cada día, no concebía la posibilidad de que alguien quisiera estar completamente solo.

¿Tal vez un hombre como él no ha conocido el amor real? O precisamente lo había conocido y perdido de algún modo, como en su día ocurrió con su padre y se negó a sí mismo volver a amar hasta que conoció a su madre. Aún así, a pesar de amarla no pudo evitar hacerle daño y darse cuenta demasiado tarde de su error.

No quería sentir empatía por el duque de Nordville, por más que le debiera su abnegada hospitalidad, pero había algo en él que no dejaba de resultar fascinante y no precisamente por sus malos modos o ausencia de empatía, sino lo que despertaba en ella aquel tipo de comportamiento. Aunque tenía que reconocer que era alguien endiabladamente apuesto.

Podría definir su carácter con innumerables apodos malsonantes, pero no había encontrado ni un solo defecto a su físico y eso, le resultaba irritante.

En cuanto se dejó caer sobre los almohadones que Adeline había abullonado, vio como ésta dejaba el candil sobre la mesita de noche y la intensidad de la llama iluminó algo que hasta ahora no había visto. Justo allí había dos libros con una encuadernación en piel preciosa y que, por su aspecto, era obvio que habían sido leídos en innumerables ocasiones.

La sorpresa del hallazgo la dejó durante un buen rato incapaz de decir nada, ni siquiera la propia Adeline parecía haberse dado cuenta ya que parecía suficiente ocupada con colocar las sábanas y mantas debidamente sin una sola arruga. Linette alargó la mano hasta coger el tomo superior y leer el título: Una investigación sobre la mente humana según los principios del sentido común, de Thomas Reid.

Por algún motivo reprimió una sonrisa y se halló a sí misma mordiéndose el labio. Sabía perfectamente quien había dejado allí ese libro, pero no entendía el porqué.

—¿Le ha comentado algo a su excelencia sobre mi pasatiempo de lectura, Adeline? —preguntó Linette captando la atención de la joven.

—En absoluto, mi lady. Es la señora Hadfork quien atiende principalmente a su señoría, yo fui contratada para servirla exclusivamente a usted.

Linette arrugó la frente tratando de recordar si esa información la había mencionado previamente, pero bien era cierto que los primeros días desde que había despertado no había estado precisamente atenta a nada, ni siquiera a su propia pierna y el dolor que sentía, como si hubiera dejado de importarle todo y nada al mismo tiempo.

—¿El duque de Nordville la contrató solo para ser mi doncella? —inquirió ahora apartando el libro a un lado y del que no veía el momento de iniciar.

—Si, mi lady —sonrió con placer—. Es muy considerado de su parte y desde luego, le estoy muy agradecida. ¿Necesita algo más? —preguntó cuando había ajustado todas las mantas para evitar que cualquier mínima ráfaga de brisa pudiera perturbarla.

—No gracias. La veré mañana. Que tenga un buen descanso, Adeline.

Linette observó la figura de la joven doncella marcharse para quedarse a solas y con la luz del fuego crepitando desde el otro lado de la habitación en aquella enorme chimenea más el candil que Adeline había dejado prendido a su lado mientras ella se marchaba con una simple vela, pudo tener una ligera apreciación de las enormes dimensiones de la alcoba.

Puede que no tuviera modales, ni tampoco buenas formas y que deseara que se marchara cuanto antes y odiara la idea de tenerla allí, pero ahora se daba cuenta de que había hecho mucho más que darle simple cobijo y ayuda. No solo la había instalado en la

mejor habitación de palacio, precisamente la que un día pertenecería a su esposa si contraía esponsales, sino que, además, había contratado servicio solo para ella, un médico a su disposición y ahora la vestía y le prestaba libros para su entretenimiento. ¿Es posible que hubiera hecho un juicio demasiado precipitado? Precisamente ella había considerado al señor Reishart como el hombre más afable y honrado que jamás había conocido y solo se trató de un vil engaño. ¿Podría darse que el duque de Nordville fuese precisamente lo opuesto?

Sin querer pensar una respuesta abrió el libro por la primera página y se abstrajo como solía hacer siempre sin tener una percepción real del tiempo.

En el momento que se sintió que la llama era lo suficiente débil para poder descifrar las palabras, Linette apartó las sábanas y se acercó al borde de la cama con cuidado, apoyándose en la butaca que tenía más cercana para acercarse lentamente hacia el fuego de la chimenea que aún prendía lo suficiente para poder alumbrarla. Había un breve espacio sin mobiliario, solo debía apoyar su peso en la otra pierna y saltar ligeramente hasta llegar al tocador que nunca había usado. Era fácil, probablemente aún más por su deseo de continuar con la lectura y porque por primera vez después de saber que Reishart la había engañado, había saboreado un instante de desasosiego, un momento en el que no se había atormentado de sí misma y de sus circunstancias y eso valía mucho más que el dolor que provocaba su pierna rota.

Saltó sin prever que se pisaría el bajo del camisón y que esto haría que perdiera el equilibrio al resbalar y se agarró al taburete acolchado del tocador para evitar la caída provocando un chirrido notorio y acompañándolo del estruendo que provocó el libro al caer de sus manos.

Cerró los ojos con fuerza esperando que ni Herald, ni tampoco la señora Hadfork la hubieran oído, pero jamás había esperado que la misma puerta que comunicaba su alcoba con la del duque de Nordville se abriera.

No. No solo no estaba preparada para que él acudiera en su ayuda, sino que mucho menos lo estaba para verlo semi desnudo con todo el pecho al descubierto.

Capítulo 17

Sus ojos recorrieron sin pudor el cuerpo de aquel hombre que se acercaba a ella. No es que fuera la primera vez que veía el torso desnudo de un hombre, pero sí lo suficientemente cerca para delinear cada trazo que lo componía. Notó la forma en la que la luz se deslizaba por su piel, marcando sombras suaves que hablaban en silencio y revelaban sus músculos. Se había quedado tan ensimismada observándole que fue consciente de la situación y de que ella misma yacía en el suelo cuando él se detuvo a apenas un paso de distancia, respirando con calma como si el hecho de estar a solas y sin apenas ropa no le afectara.

—¿Os habéis vuelto a dañar la pierna? —preguntó deslizando su mirada hacia sus tobillos completamente desnudos y ella misma deslizó también la vista comprobando que el camisón se había subido hasta los muslos.

Negó incapaz de pronunciar palabra alguna, tampoco moverse y entonces se agachó para recoger el libro que precisamente él mismo habría depositado en su mesita de noche mientras dio otro paso más hacia ella y lo dejaba justo sobre el tocador acercando su cuerpo tanto al suyo que pudo sentir por completo el olor a jabón casero especiado que desprendía.

—Creo tener entendido que para que su pierna no sufra daños permanentes, debe guardar reposo y no apoyar peso en ella,

debería no tratar de salir del lecho sin ayuda. Le recuerdo que soy el primero en desear acortar su estancia, lady Linette —dijo con decisión, pero por primera vez ella detectó que no había un odio visceral en sus palabras o intención de provocarla.

¿Quizá se había ablandado por la consideración que había tenido hacia ella dejándole aquellos libros?

—Intentaré tener más cuidado a partir de ahora, excelencia —dijo ante la posibilidad de que se marchara y la dejara allí mismo a pesar de estar sentada en el suelo y con medio cuerpo sobre la banqueta.

En contra de lo que ella imaginaba, notó como él se agachaba en cuclillas hasta quedar a su altura y aquella situación incómoda, además de irracional y fuera de lugar por la intimidad que suponía que un hombre que no era su marido estuviera medio desnudo en su alcoba, tendría que suponerle aberrante, pero sus prejuicios se debían haber ido al infierno porque sentía cualquier cosa menos perturbación.

¿Quizá era porque no sentía ningún tipo de sentimiento hacia el que era su marido?, ¿Tal vez porque después de haberse sentido engañada y humillada era incapaz de sentirse perturbada en la presencia de otro hombre? No era precisamente ese apelativo el más indicado para definir lo que el cuerpo medio desnudo del duque de Nordville provocaba en ella, sino más bien algo que era incapaz de identificar o más bien de desear profundizar.

—Debería —increpó—. Porque no volveré a acudir en su ayuda y tanto la señora Hadfork como Herald están lo suficientemente lejos para no poder oírla —continuó antes de pasar su mano por debajo de sus brazos y la otra bajo sus rodillas para alzarla sin ningún esfuerzo, provocando que ante el impulso rápido ella tuviera que abrazarse rápidamente a él envolviendo sus manos en su cuello.

—Realmente no le he pedido que viniera en mi ayuda, de hecho, no lo necesitaba —logró decir Linette mientras el calor que

emanaba el contacto de su piel desnuda con la suya era clamorosamente ardiente.

¿Era normal sentir esa alteración de su cuerpo ante la cercanía de un hombre?

—No. Usted nunca pide nada o necesita nada, ¿Cierto? Y sin embargo continúa perturbando mi silencio o provocando que pierda mi tiempo. —Su lecho estaba a solo unos pocos pasos y sin embargo él aún la mantenía en sus brazos, como si esperase una respuesta por su parte antes de dejarla sobre la cama.

—¿Quiere que me disculpe por mi mera existencia?, ¿O que me arrodille por unas circunstancias que no elegí y me impusieron? —exclamó irguiéndose desde su posición para encararlo a pesar de que su rostro estaba demasiado cerca del suyo—. Es usted quien está en mi alcoba a deshoras, sin presencia alguna de una doncella y unas condiciones más que cuestionables. Si alguien se tiene que disculpar aquí, es usted.

Linette pensó que la soltaría de malos modos sobre el lecho, o que se enfurecería hasta tal punto que sería capaz de encerrarla en un carruaje esa misma noche y enviarla a la primera pensión o posada más cercana con tal de no tenerla un solo día más bajo su techo, pero se quedó observándola fijamente, como si quisiera descubrir algo oculto en ella, quizá lo que no estaba dispuesta a revelar aún y que probablemente nunca haría.

—Podría aprovecharme de usted en sus circunstancias sin que nadie me lo impidiera, no está en condiciones de exigir precisamente, lady Linette…

Puede que fuera una amenaza directa y por algún motivo, no había sentido ningún temor al escucharla.

—He recibido amenazas peores a la suya previamente, así que puede ahorrarse la idea de que infrinjan algún tipo de temor en mí. Además, los dos sabemos que me detesta y que jamás haría algo que pudiera provocar consecuencias favorables para el señor Reishart —contestó Linette manteniendo la mirada fija en él y comprobando que aquellos ojos transmitían una sensación que se

agolpaba en su pecho y que lo comprimía sintiendo como su corazón se aceleraba sin ningún control.

Era su cercanía. Debía serlo… era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre y su cuerpo tocara directamente su piel desnuda. Era impropio. Insólito. Y aún así la vivencia más emocionante que había vivido hasta ahora, aunque se tratara de un hombre tan insufrible como lo era el duque.

—No —negó acercándose tanto a ella que por un momento Linette pensó que iba a besarla y se quedó observando fijamente sus labios en la penumbra que arrojaba su candil a punto de apagarse—. Jamás lo haría —advirtió a la par que la dejaba sobre el lecho con cierto cuidado y mientras se alzaba de nuevo sus manos recorrieron parcialmente su pecho, pudiendo notar la dureza que implicaba un entrenamiento—, pero nadie lo sabría… —insistió antes de que el candil se apagase y el rostro del duque se convirtiera en una sombra.

Aquella certeza hizo que algo dentro de sí se encendiera y, de nuevo, no era precisamente temor lo que le infundía, sino mas bien… curiosidad.

Estaba decidida a pensar que aquellas aseveraciones por parte del duque solo eran el fruto de su perfidia y, en consecuencia, alguien como él jamás la tocaría, pero al mismo tiempo, ¿No estaba precisamente en su alcoba?, ¿Junto a la suya?, ¿Es posible que tuviera una idea errónea y precipitada de él tal y como la había tenido de su hermanastro?

Pensaba que juzgar se le había dado infinitamente bien hasta ahora y la realidad es que probablemente solo veía aquello que con tanto anhelo había deseado ver.

De ahí su culpa. De ahí su hostigamiento. Y de ahí el que estuviera atrapada en aquella casa con un captor que la desquiciaba al mismo tiempo que provocaba el despertar de una personalidad que hasta ahora desconocía que poseía.

Linette vio como se apartaba de ella, su silueta bañada por la luz que emitía la chimenea al fondo dejaban ver su rastro sin

definición, pero notó como se giraba con la intención de marcharse.

—¿Por qué me ha dado los libros? —preguntó con un tono de voz calmado.

—No busquéis una razón, pues no vais a encontrarla —dijo antes de proseguir con su paso sin volver de nuevo la vista atrás hasta perderse tras la puerta que comunicaba con su alcoba.

Por alguna razón siempre había creído que estaría trabada con la intención de que no pudiera cruzar la puerta, tal vez lo estaba de su lado teniendo en cuenta que no se fiaba de ella y menos aún de sus posibles intenciones incluso estando inválida.

Linette se quedó con la mirada fija en aquella puerta durante el tiempo suficiente para percatarse de que, fueran cuales fueran los motivos por los que le había dejado aquellos libros, él no quería que ella lo supiera.

¿Quizá deseaba destruir cualquier rastro gentil que pudiera tener hacia ella? Llevaba viviendo más diez días en su hogar y lo había visto en contadas ocasiones de las cuales siempre habían acabado discutiendo con disparidad de opiniones. Y a pesar de que continuara pensando que era el hombre más irrespetuoso, descortés e insolente que había conocido, había algo en él que la incitaba a desear averiguar porqué. Que motivos le llevaban a actuar de ese modo.

¿Era ilógico? Lo era.

Tal vez la única explicación viable para tener ese incentivo es que jamás había conocido a un hombre remotamente parecido al duque de Nordville y su intriga la hacía desviar sus pensamientos del sentimiento de pesadumbre que la embargaba cada vez que afrontaba sus circunstancias y todas las incertidumbres que conllevaba.

Su tiempo allí sería limitado y era consciente de que cuanta menos relación tuviera con el lord kingsmere, mejor sería para ambos. Al fin y al cabo era más que probable que no volvieran a verse en lo que le restaba de vida, sobre todo teniendo presente que su única posibilidad era huir a San Petersburgo para buscar cobijo en

la corte de su hermana, pero durante el poco tiempo que pasara allí, no estaba dispuesta a dejarle ver su vulnerabilidad y las circunstancias que la habían llevado a casarse con Reishart engañada por esa fachada de mentiras bien construida y por otro lado, el duque estaba deseando deshacerse de ella a la mínima posibilidad, solo que comenzaba a preguntarse porqué permitía que su corta estancia fuera tan cómoda si tenía tan presente que ella tenía intenciones ocultas hacia él.

¿Sería su modo de creer que bajaría la guardia y las revelaría? No le importaba, a fin de cuentas, no ocultaba nada más allá que sus propias circunstancias.

Durante largo tiempo agudizó el oído como si de ese modo pudiera oír sus pasos o sentir qué hacía al otro lado de la pared. Nunca había estado tan cerca de un hombre a la hora de dormir sin contar a su propio padre y, menos aún, con una estancia que conectara a la suya, pero el duque no parecía darle importancia al hecho de que ella ocupara el lugar que debería pertenecer a su esposa. ¿Quizá no pensaba contraer esponsales? Eso podría explicar que aceptara alojar a una completa extraña y de la que no se fiaba en un lugar privilegiado de su casa.

Ante el silencio irrumpido únicamente por el crepitar de los troncos de la chimenea que emitían las últimas llamas antes de convertirse en ascuas, se quedó dormida con la certeza de que cuando abriera los ojos, el sol inundaría su estancia y podría continuar con su amada lectura. Una que el duque había escogido muy acertadamente para ella, algo que era significativamente extraño teniendo en cuenta que no la conocía. ¿Y como era posible que él tuviera esos libros precisamente en su biblioteca personal?

A la mañana siguiente, el doctor Hemrson volvió a visitarla temprano y la acompañó durante el desayuno en la mesa principal del salón con la ausencia del duque de Nordville. A pesar de la agradable compañía del médico, Linette no dejaba de mirar hacia la entrada principal como si esperara que en algún momento su anfitrión apareciera.

¿Quizá había sido su aseveración antes de marcharse de su propia alcoba la que le había llevado a no dejar de pensar en él nada más despertarse? Eso y ver de nuevo los libros no habían hecho más que trazar teorías en cuanto a la verdadera razón por la que se los había prestado y que él no deseaba revelar.

—Me he permitido la licencia de traerle algunos enseres que creo le serán útiles en su distracción —dijo haciendo un movimiento de mano hacia Adeline y esta depositó sobre la mesa un paquete de considerable tamaño—. Pertenecían a mi hermana pequeña y creo que les dará un buen uso durante su convalecencia —aclaró al tiempo que Linette desdoblaba la tela y bajo esta aparecía un caballete de madera pequeño portátil acompañado por lienzos finos y varios tipos de carboncillo.

—Es muy amable por su parte doctor Hemrson, aunque no debería tomarse tantas molestias conmigo —sonrió pacientemente —. Aún así se lo agradezco.

—No tiene porqué agradecer nada, su compañía es un placer y me agrada saber que mi paciente progresa adecuadamente. En su estado…

Las pisadas fuertes sobre el suelo de mármol hicieron que la voz del doctor Hermson mermara y Linette alzara la vista para ver el espléndido cuerpo del duque contornearse con su traje de montar. Las botas ajustadas, el pantalón ceñido a sus muslos y cintura, la camisa parcialmente entreabierta dejando a la vista un pecho desnudo que ella había vislumbrado y tocado sin contemplaciones la noche anterior provocó que sintiera el calor repentino en sus mejillas y una sensación de ardor en la boca de su estómago.

¡Qué demonios!, ¿Por qué tenía que ser ese hombre tan endiabladamente atractivo?

—Buenos días Hemrson, ¿No se supone que visitó a su paciente ayer? —preguntó sin rodeos acercándose a la mesa.

—Herald es mi paciente y conozco bien su condición. Su ciática podría provocar que cojeara y cayera por la escalera mientras carga a lady Linette, así que decidí venir con la excusa de traerle unos enseres de dibujo que creo que harán su estadía más amena a mi paciente y evitar una posible caída para ambos.

—Puedo quedarme perfectamente en la alcoba si es preciso —insinuó Linette.

—Vendré cada mañana, no se preocupe… —insistió Hemrson.

—No es necesario. Yo la bajaré y la llevaré a su alcoba después de la cena —indicó el duque mientras cogía una manzana del cesto que habían dispuesto en la mesa y le daba un gran mordisco bajo la atenta mirada de ambos.

—No deseo irrumpir sus actividades, además no es necesario que…

—¿Sabe dibujar? —irrumpió el duque observando el lienzo y los carboncillos.

—Poseo conocimientos de dibujo si eso responde a su pregunta —contestó siendo precisa sin especificar demasiado.

—Demuéstrelo, quiero ver sus dibujos a la hora del almuerzo —decretó secamente volviendo a dar otro mordisco a la manzana sin siquiera sentarse o preocuparse de su aspecto más que desaliñado y fuera de lugar.

Durante un momento Linette no supo realmente qué pretendía con aquello. ¿Estaba poniendo a prueba sus cualidades?, ¿Quizá esperaba que hubiera mentido al respecto?

—¿Puedo saber con qué finalidad? —preguntó esta retándole con la mirada.

—Tal y como le advertí anoche, lady Linette. No haga preguntas para las que no obtendrá una respuesta —dijo volviendo a

marcharse sin despedirse tal como había hecho la noche anterior y todas las veces desde que había llegado a esa casa.

Esperó a que su silueta desapareciera para fijar su vista en el doctor Hemrson que permanecía callado.

—¿Por qué nunca se despide?, ¿Nadie le ha enseñado normas de etiqueta? —preguntó exasperada y provocó una leve sonrisa en el doctor Hemrson.

—Él nunca ha respondido ante nadie, mi lady. Una persona como él hace y deshace cuanto quiere, a pesar de sus peculiaridades siempre ha sido un caballero honesto y decente, de eso puede estar segura.

Linette se cruzó los brazos como si una rabia interna perpetrara en ella sin saber porqué. ¿Qué es lo que la exasperaba realmente de él?, ¿Que fuera atractivo y endiabladamente apuesto a la par que grosero y descortés?

Y aún así no tenía motivos para reprocharle algo…

Probablemente ese era el problema, que quería cargarse de unas razones que no tenían demasiado fundamento.

—¡Adeline!, ¡Llévame al jardín trasero! —exclamó mientras cogía con ambas manos el caballete que le había traído el doctor Hermson y colocaba adecuadamente los carboncillos.

Puede que no fuera excepcionalmente buena en dibujo, pero tenía la necesidad de demostrar que era válida para algo, aunque solo sirviera para acallar al duque de Nordville.

Capítulo 18

Ni el frescor de la mañana con viento gélido o el esfuerzo físico de la cabalgata habían hecho que la imagen de esa joven de rasgos dulces abandonara su pensamiento. Y eso era algo, que alguien como él no estaba dispuesto a permitirse a sí mismo.

No se fiaba de ella. Puede que no hubiera mentido en cuanto a pertenecer a la nobleza por más inverosímil que le pareciera si realmente era la esposa de Reishart. Sus modales, su lenguaje y su comportamiento a pesar de su carácter lo demostraban. Aunque no alejaba la idea de que ella pudiera estar allí por algún motivo oculto, ¿Por qué sino iba a negarse a revelar su verdadera procedencia? Había algo extraño en ella, más que consciente de que ocultaba algo y su belleza o encantos no iban a hacer que bajara la guardia.

La cuestión era que su mente batallaba con su cuerpo, el mismo que sufría un candor inadmisible tras haberla tenido en sus brazos y cuyo recuerdo no parecía querer desprenderse cada vez que la imagen regresaba a su mente. ¿Era ese el verdadero motivo de Reishart para enviarla a él?, ¿Tal vez pensó que caería bajo su hechizo de belleza para manejarle a su antojo? Que hubiera sido capaz de manipular a una joven para hacer lo que su voluntad requiriera hasta el punto de dejarla a solas con él indicaba que así era…

Y por esa misma razón debía mantenerla alejada de él, porque su propio cuerpo era consciente de lo que esa joven y su belleza generaban en el suyo.

—¿Ese es el caballo del doctor Hemrson? —preguntó cuando entregó las riendas a Herald y este asentía sin mencionar palabra alguna mientras amarraba el animal a una de las argollas para quitar la montura—. ¿Por qué no he sido informado de su visita? —preguntó extrañado.

—Ha venido a visitar a lady Linette, no ha sido una visita médica mi lord.

Este hecho confundió aun más a Alexander y miro de forma fija a Herald como si este pudiera darle la respuesta a las preguntas que se conformaban en su mente. Al igual que tampoco encontraba explicación para la ausencia de huella de caballo alrededores de su propiedad que indicasen la presencia de su hermanastro o alguno de sus cómplices si de verdad estaba vigilando a lady Linette como imaginó que haría. ¿Es posible que le importase muy poco la salud de su propia esposa hasta el punto de no saber si vivía o moría? Hasta el propio Hemrson parecía estar inesperadamente interesado más de lo habitual en ella y este hecho, provocaba una sensación extraña e inmediata en él, una que desechó del mismo modo que había entrado y que al mismo tiempo, le generó malestar por el simple hecho de sentirla.

Ella no era de su propiedad. En realidad, no era nada suyo, ni siquiera estaban emparentados porque sus lazos de sangre con Reishart eran nulos, así que no iba a demostrar ningún tipo de sentimentalismo hacia esa mujer. Bajo ningún concepto. Y aún así, se había dirigido directamente desde las caballerizas hacia la casa con la idea de encontrarles y ver él mismo con sus propios ojos que posible relación podía albergar el doctor Hemrson hacia la muchacha.

Que le hubiera preguntado sin rodeos a su médico personal porqué estaba allí y que este le hubiera dado a entender que pretendía venir cada día para estar con lady Linette, había provocado una reacción inmediata e inconsciente de la que ahora

mismo se arrepentía, pero de la que ya no podía dar marcha atrás para resarcirse de su ofrecimiento.

¿Por qué demonios le había dicho que no era necesario que viniera cada mañana para llevarla en brazos desde su alcoba hasta la planta baja? Se quitó la camisa una vez que se halló en la privacidad de su alcoba y la tiró abruptamente al suelo a pesar de que solía ser mucho más cuidadoso con sus prendas, en aquel momento estaba enfadado consigo mismo por su imprudencia, porque jamás había perdido de ese modo su propio control. Su propia voluntad.

¿Desde cuando alguien como él se dejaba llevar por un arranque de inmediatez de forma espontánea?

Por más que quisiera convencerse de la idea que únicamente lo había hecho para no tener la presencia de Hemrson continuamente en su casa, lo cierto es que no le había agradado la cercanía con la que trataba a la muchacha y menos aún que la acogiera en sus brazos del mismo modo que había hecho él la noche anterior y cuyo recuerdo no podía arrancarse de sus pensamientos.

—¡Maldita sea! —gimió dando un golpe en la madera robusta del armario sin sentir ningún alivio por el dolor inmediato en su puño, lo que le hacía estar aún más irascible.

No se molestó en mirar si el doctor Hemrson continuaba o no en su casa cuando se dirigió hacia la estructura acristalada en la que solía pasar la mayor parte de su tiempo, al menos, todo lo que la luz diurna le permitía estar antes de encerrarse en su despacho el resto del tiempo.

Se dirigió hacia la casa principal mucho antes de la hora del almuerzo, algo inusual en él, pero tampoco había logrado concentrarse como hubiera querido durante la mañana y no precisamente por falta de trabajo o disciplina, sino porque su mente divagaba. Dada su anticipación fuera de sus costumbres, nadie estaba para recibirle cuando llegó a la casa, así que se dirigió entonces hacia su despacho percatándose del silencio que embargaba el lugar. Un silencio hasta ahora habitual, pero por algún motivo había esperado escuchar algo que delatara a su huésped.

¿Tal vez porque escucharla tocar el piano había logrado evocar en él una serenidad que no reconocía desde antaño? Aquel silencio le llevó a pensar que era posible que su huésped se hallara fuera de la mansión y, a pesar de la tentación por preguntar a la señora Hadfork, simplemente dirigió sus pies hacia su despacho.

Encontró sus pertenencias tal y como las había dejado el día anterior, ni un solo objeto, libro o documento estaba fuera de lugar, así que se deshizo de la gabardina para dejarla sobre uno de los sillones situados cerca de la chimenea. El resplandor del movimiento que se produjo en el exterior a través de la ventana hizo que alzase la vista y se quedó observando como la escena desde allí había paradójicamente cambiado.

Su jardín continuaba siendo el mismo, con las flores que específicamente él había seleccionado para que conformasen una armonía de color adecuada en el orden preciso, pero en aquella ocasión, observó que en el centro se hallaba lady Linette sin percatarse de que estaba siendo observada. El sol incidía sin ningún tipo de sombrilla en su rostro y cabello, de hecho, este navegaba en ondas por su espalda y hombros reflejando la luz y otorgándole un brillo más sublime, al igual que su piel límpida.

Inconfundiblemente hermosa… una auténtica beldad digna de una diosa griega. No objetaba que el propio doctor Hemrson hubiera caído rendido bajo aquel hechizo de belleza pura.

¿La habría escogido Reishart precisamente por esa belleza?, ¿Tal vez creyó que sería más fácil doblegarse ante aquella mujer y hacer todo cuanto ella le pidiera? Lo creía más que posible cuando ahora mismo sus pensamientos solo divagaban hacia lugares en los que solo albergaba la esperanza de tenerla muy próxima a su cuerpo. Su propio instinto carnal reaccionaba por más que deseara poder controlarlo, pero era imposible ser inmune a sus encantos.

No sabía cuál era la táctica de su hermano para dejarla allí, tampoco sus pretensiones, pero sí sabía a ciencia cierta que debía estar preparado y no dejarse convencer por aquel rostro de innata beldad que emanaba la muchacha. Estaba claro que escondía algo y

debía ser lo suficientemente turbio para no haber querido revelar su procedencia.

¿Sería realmente la hija de un duque? Su instinto le incitaba a creer que era imposible, pero cuanto más la miraba y observaba, deseaba creer que fuera cierto y que solo fuera una víctima más de su hermanastro, solo que eso era imposible, incierto, porque de ser así no tendría sentido alguno que él la hubiera abandonado a su merced sin preocuparse por su estado de salud después.

¿Podría ella de algún modo ser completamente inocente?, ¿Existía realmente esa posibilidad? ¿Estaría casada con Reishart o solo formaba parte de una invención? Todo lo que concernía a lady Linette le hacía sospechar y especular, al mismo tiempo que se preguntaba porqué era imposible apartar sus propios pensamientos de ella, de su estado y de querer hacer su estancia agradable cuando se había impuesto desde un principio echarla sin miramientos.

Apartó la vista de la ventana al ser consciente de este último pensamiento y se dispuso a pasar sus notas al cuaderno, algo que solía hacer cada día tras el almuerzo hasta que escuchó que llamaban a su puerta.

—Mi lord —pronunció la señora Hadfork—. El almuerzo está listo y preparado en el gran salón, pero lady Linette aún se encuentra en el jardín. ¿Desea que se lo sirva en su despacho como de costumbre? —preguntó la buena mujer.

—No —contestó alzándose rápidamente—. Avise a lady Linette que se acabó su tiempo, deseo ver sus dibujos durante el almuerzo e insista en que es lícito que haga acto de presencia.

—Por supuesto, excelencia.

Observó como la doncella cerró la puerta volviendo a dejarle a solas y se dirigió hacia el aparador donde solía tener una botella de brandy que en raras ocasiones compartía. No era dado a la bebida a diferencia del antiguo duque, pero sentía que en esos momentos lo necesitaba, al menos para calmar ese creciente ardor en su interior que no dejaba de expandirse al resto de su cuerpo

cada vez que pensaba en aquella joven de ojos grisáceos y labios rosados.

¿En que momento él se fijaba en el color de los labios? Ni siquiera sabía definir los de alguna de sus doncellas, menos aún de cualquier muchacha del pueblo. Tampoco lo había hecho con las mujeres con las que había compartido en algunas ocasiones el lecho. ¿Que es lo que tenía lady Linette para actuar de ese modo sobre él?

No degustó lo que habría querido el alcohol, sino que vació en apenas tres tragos la copa y se dirigió al gran salón donde la mesa estaba dispuesta, pero su invitada permanecía ausente. Por algún motivo se dirigió hacia la enorme chimenea, era una de las pocas que permanecía encendida durante todo el día junto a la de su despacho y habitación privada, que compartía el mismo tiro que la de la alcoba en la cual se hallaba su invitada.

Podría haber hecho que llamaran a un deshollinador para liberar una de las chimeneas de cualquier habitación de invitados, posiblemente de la más alejada a su propia alcoba una vez que tuvo conciencia de cuanto se alargaría su permanencia y, sin embargo, ante la excusa de que la estadía de lady Linette sería breve no había realizado tal acción.

Alexander apretó el puño siendo consciente de que, a pesar de sus sospechas, le resultaba inevitable desear a aquella dama cerca. ¿Quizá porque así descubriría quien era realmente?, ¿Tal vez porque podría escucharla durante la noche si decidía salir a hurtadillas de su alcoba? Ciertamente con la pierna rota era impensable, pero nada de lo que había supuesto cuando decidió darle cobijo bajo su propio techo en su propio beneficio estaba saliendo como esperaba. Comenzando por lo que había sentido cuando la cogió en brazos la noche anterior y sintió su piel arder al contacto con su cuerpo.

Oyó los pasos junto a la silla de ruedas arrastrándose por el mármol y advirtió que se trataría de la doncella que había contratado para asistirla, otra concesión más que añadir a la lista. Aún así no se giró, se quedó contemplando el fuego sin permitirse bajar la guardia.

—Sus dibujos —escuchó seguidamente de un golpe sobre la mesa que rompía el silencio y provocaba cierto eco por aquella enorme estancia.

Alexander se giró y observó primero a su huésped. La había visto bajo el sol, pero ahora podía vislumbrar en detalle como sus mejillas se habían teñido de un ligero sonrosado al estar expuesta. ¿Por qué no habría usado una sombrilla como solían hacer la mayoría de damas?

—Deduzco que habéis pasado largas horas bajo el sol. No es lo más prudente en vuestro estado… —dijo pasando la vista hacia los dibujos y le sorprendió que fueran mucho más realistas y buenos de lo que había esperado.

—Vuestro jardín carece de arboleda, excelencia. Puede que admire la composición de vuestras flores y la armonía del color, pero no hay ni una sola sombra —apuntó con su típico tono de argucia que solía emplear desde que la conoció. Sin duda, era algo que le llamaba especialmente la atención de la dama, más aún teniendo en cuenta que la mayoría de jovenes que conocía por todo el condado enmudecían en su presencia—. Si no hubiera sido tan conciso y exigente en su margen de tiempo, habría podido tener una exposición mucho menor.

Alexander alzó la primera hoja para contemplar la segunda, después la tercera y una cuarta que notablemente se apreciaba un esbozo mucho más apresurado que los anteriores. No tenían color, eran bocetos realistas, pero muy concisos en cuanto a detalle.

—Me sirven —aclaró sin alzar la vista.

—¿Quiere decir que le sirven para demostrar que tengo cualidades de dibujo? —exclamó Linette alargando la mano para beber un poco de agua.

Solo ahora se había dado cuenta de cuan sedienta estaba.

Llevaba toda la mañana bajo un sol radiante y, aunque no estaba acostumbrada porque su doncella jamás le permitía estar demasiado tiempo bajo el sol, y menos aún sin un paraguas que la protegiera o un sombrero decente, había disfrutado enormemente

del calor en su rostro y de la apreciación del brillo que incidían en los colores de cada pétalo.

—No —negó el duque—. Trabajará para mi durante el tiempo que permanezca en mis dominios y de ese modo me aseguraré de que saldará su deuda.

Linette le observó con una expresión absorta y poco lúcida, ¿Quizá había tomado demasiado sol para haber escuchado mal?, ¿Trabajar?, ¿Ella?, ¿Para él?

—¿Mis dibujos le han servido para saber que estoy cualificada? —inquirió viendo que él no parecía desear proporcionarle más información.

Alexander se sentó a la mesa y abrió la fuente que tenía al lado para comprobar que se trataba de una sopa ligera y que ésta aún permanecía humeante.

—Estoy seguro de que alguien le habrá hablado sobre mi afición a la botánica —dijo con calma y sin mirarla—. Estudio especies raras, plantas que pasan inadvertidas para la mayoría de personas. Algunas de ellas florecen una sola vez en toda una década o toda una vida y otras son tan curiosas que su misterio por resolverlas se vuelve un rompecabezas.

—¿Quiere que dibuje sus plantas?

Ahora era Linette la que estaba sorprendida por ser la primera vez que él le hablaba sobre algo de interés. Desde que había llegado solo se había limitado a increparla de forma deleznable dándole ordenes o citándole su deseo de hacerla desaparecer de su vista. En cambio, ahora, ya fuera por interés personal o conveniencia, parecía estar menos a la defensiva.

—Necesito a alguien que proporcione detalle y precisión. Sus dibujos son aceptables, pero exigiré aún más de usted.

Por alguna razón eso no sorprendía a Linette, sino más bien había sido algo que esperaba oír de él.

—¿He pasado de ser la despreciable esposa de su hermanastro y a la cual desea perder de vista cuanto antes, a ser su empleada?

—Nunca he dicho que sea despreciable —apuntó volviendo la vista hacia ella y recorriendo su vista desde aquellos ojos de un profundo gris hasta la cintura, algo que provocó un movimiento extraño que indujo al duque a pensar que se sentía incómoda.

—Es lo que han demostrado sus hechos y palabras desde que puse un pie en este lugar al que llama hogar.

—Sigo sin fiarme de usted —continuó con aquel tono apacible y nada déspota, muy diferente al que había utilizado los días anteriores y sin puntualizar el matiz que ella había insinuado para dar lugar a un arduo debate—, ni de las intenciones que realmente albergaba al llegar aquí —indicó mientras observaba cada movimiento de su huésped como si con ello pudiera descubrir algo nuevo que desconocía de la joven—, pero dada la situación y mi desconfianza al pensar que mi hermanastro pueda pagar su deuda, he decidido sacar provecho de su estancia.

En realidad, ni siquiera le había importado que la joven pudiera o no saldar las cuentas médicas o los pagos por las vestiduras que había encargado solo para no verla con aquel camisón que resultaba de lo más revelador. Ciertamente su ayuda podía adelantar su trabajo y, en cierto modo, también podría vigilarla o averiguar cuales eran realmente sus intenciones.

Que Reishart no se hubiera pronunciado o enviado alguna carta para saber su estado, solo acrecentaba la posibilidad de que aquella joven no era de su estima, aunque se negaba a creerlo. ¿Por qué razón iba a dejarla allí si no le importaba la muchacha? ¿Podría haberse casado con ella únicamente por la dote y después abandonarla para no asumir ningún coste? Aquel gesto le parecía demasiado ruin incluso para alguien como Reishart, por eso sabía y estaba más que convencido de ello, de que la joven escondía realmente algo oscuro tras aquella artimaña y tarde o temprano… lo averiguaría.

—Teniendo en cuenta que en mi situación estoy completamente limitada, podría simplemente habérmelo pedido en lugar de exigirlo y habría aceptado de buen agrado en ayudarle. Sin embargo, ahora me siento inclinada a rechazar su proposición —

respondió inclinando sus ojos hacia atrás para mostrar su posición erguida y más que consciente.

—¿La rechaza? —gimió él no pudiendo evitar evocar una ligera sonrisa por el atrevimiento de la muchacha—. Creo que no está en posición de exigir, manifestar o rechazar nada, lady Linette. Le dije que está bajo mis órdenes y que actuará según mis normas. Esta es una de ellas.

—Me exige trabajar para usted solo para pagar mis deudas, las cuales reiteré que saldaría en cuanto me fuera posible.

—Su palabra es una falacia. Afirma ser la hija de un duque, pero ni siquiera he obtenido un nombre que evoque su linaje familiar.

Si aquel era un intento para que le diera el nombre de su familia, estaba errando. Conocía demasiado bien el juego de palabras para tratar de manipularla, había crecido en Londres, ella mejor que nadie sabía como actuaban las grandes matriarcas para sacar los trapos sucios de las familias más ilustres. Y ella, de entre todas las jóvenes debutantes de buena familia, era una diana fácil para sonsacar información de sus padres. No iba a caer en su juego, había sido entrenada para ello.

—Lo descubrirá cuando decida marcharme de aquí, no antes. Así que, si su intento por sonsacar información sobre mi familia es la de pedir una recompensa porque sus arcas no pueden permitirse la manutención de una invitada, le reitero y doy mi palabra de dama, de que no solo compensaré mis gastos hasta el último penique, sino que doblaré la cantidad acordada.

Linette contempló como aquel hombre no parecía sorprenderse, ¿Quizá estaba errando en sus conclusiones? Puede que todos pensaran que era rico, pero de algún modo habría podido perder gran parte de su fortuna. Su propio padre la había advertido sobre distinguidos y acaudalados caballeros que lo habían perdido todo en el azar y el juego, descubriendo sus deudas con acreedores cuando ya era demasiado tarde y la familia no podía hacer nada al respecto.

Aunque aquel palacio… aquellos jardines… todo denotaba que el duque era un hombre acaudalado.

—Si quiere pasar otra noche bajo este techo, aceptará de buen agrado, de lo contrario habrá un carruaje a su disposición que la llevará hasta el pueblo más cercano y con mucho gusto no volveré a verla.

Puede que Linette hubiera sopesado poco hábilmente sus opciones y, puede que su orgullo la incitara a responder que prefería aquella opción para desaparecer de la vista del duque, pero siendo realista, ¿Cómo iba a llegar hasta Londres por sus medios y sin recursos?, ¡Ni siquiera tenía un atuendo aceptable que ponerse! No sabía donde estaba su vestido, probablemente se habrían deshecho de él por su lamentable estado. Por no hablar de lo que supondría aparecer en aquella ciudad y despertar todos los rumores concernientes a su matrimonio, tendría que darles unas explicaciones demasiado desagradables a sus propios padres.

No podía hacerlo. No tenía ni la fuerza, ni la entereza para reconocer su terrible error a pesar de saber que tendría que enfrentarse a su situación en algún momento.

¿Es posible que Reishart se hubiera dejado caer por algún lugar en el que hubiera sido reconocido y levantar sospechas sobre su abandono? De ser así, el primer lugar en el que su padre la buscaría sería Nordville, así que estaba completamente segura y muy a su pesar, de que Reishart obraría en tal modo que nadie pudiera malinterpretar el interés en su matrimonio, tal como parecía haber hecho con anterioridad para que nadie en todo Londres le hubiera reconocido.

Capítulo 19

Linette se mordió el labio solo para acallar lo que sus pensamientos bullían por expresar en voz alta. Ella era la hermana prudente, reservada, callada y gentil… ¿Como era posible que ese hombre sacara una versión de sí misma completamente desconocida hasta ahora? Quizá porque nunca se había enfrentado, y menos aún a solas, a un hombre tan poco considerado, descortés y grosero como lo era el duque de Nordville.

Si, podía estar agradecida al confort que ofrecía el lecho que muy a su pesar le había concedido. Al hecho de darle cobijo y comida, pero sus palabras habían sido ofensivas, crueles y, por más odio que le incitara el señor Reishart y eso a su vez provocara su desconfianza, no había tenido en cuenta sus graves circunstancias, como tampoco había profesado un gesto gentil que demostrara su valor humano.

Simplemente no la había echado de allí para no tener que asumir represalias por parte de su hermanastro que pudieran derivar en una compensación económica. Y el hecho de que le recordara constantemente el gasto extra que suponía su estadía en su gran mansión, solo era un recordatorio más de la hostilidad por parte de su anfitrión para hacerla sentir en culpa.

¿Lo hacía para molestarla o realmente el duque de Nordville no poseía la gran fortuna que aparentaba?

Ciertamente había escasez de sirvientes y casi toda la casa permanecía cerrada por ello, pero esos jardines, la comida e incluso el estado del mobiliario en los espacios que sí había visitado no indicaban pobreza, sino más bien todo lo contrario. Sin contar que no había escatimado en gastos al contratar una empleada solo para ella y los servicios médicos a pesar de reprochárselo.

—Había olvidado que usted es todo un caballero —mencionó Linette en un tono de evidente ironía y centrándose por primera vez en la mesa, la composición y las fuentes que la señora Hadfork había servido.

Desde luego la comida era exquisita, elaborada y lo suficiente enriquecida para hacerle pensar que en aquella casa no se escatimaba por el dinero.

Quizá se había acostumbrado a la verborrea inaudita de aquel hombre y su falta de modales porque ni siquiera aquella declaración de intenciones sobre echarla literalmente de la mansión disminuía su apetito. ¿Quizá influía saber que su matrimonio era una farsa y que jamás iba a obtener lo que tanto anhelaba? Había estado dispuesta a renunciar al amor, a un sentimiento romántico e incluso a la unión y deseo que ella misma podía vislumbrar en sus padres o su propia hermana desde que se había casado, pero creyó que el respeto, la amistad y una fuerte consolidación serían la base de su matrimonio, una en la que quizá con el tiempo llegaría un amor disfrazado de otro modo.

No había sido así y probablemente cuando Reishart le arrebató aquello, también le había quitado cualquier rastro de prudencia, decoro o timidez que había constituido y formado parte de su carácter.

—He aceptado llevarla yo mismo desde la alcoba hasta el salón, no espere mayor caballerosidad por mi parte. Es todo lo que obtendrá de mí, lady Linette. Confórmese con el hecho de que la trato con distinción a pesar de desconocer por completo su procedencia y de que, siendo la esposa del señor Reishart no goza en absoluto de mi aprobación.

Linette emitió una risotada con sorna.

—Por increíble que parezca, albergo algo en común con su excelencia —mencionó sin incidir que se refería al señor Reishart.

—No busco su aprobación ni la deseo, los dos sabemos que su tiempo es limitado y lo será aún más si no responde a mi oferta.

Linette volvió a morderse el labio con mayor fuerza y esta vez estaba segura de que se habría provocado un pequeño corte, solo que en esos momentos era lo que menos le importaba. Puede que a lo largo de su vida hubiera tenido que soportar con impotencia algunos comentarios sin replicar al respecto, pero aquel hombre superaba con creces su propio control o, es que quizás se había cansado de tener que callar para aguardar las apariencias.

—Aceptaré su oferta, solo si me permite un acceso completo a su biblioteca mientras permanezca.

La respuesta sorprendió a Alexander, que dejó la cuchara y no tardó en limpiarse cualquier mínimo resto de comida en las comisuras de sus labios para comprobar por sí mimo la osadía de aquella joven. Sus ojos se detuvieron rápidamente en la sangre que brotaba de su labio inferior y se encontró a sí mismo con el impulso de desear limpiarlo con delicadeza. Apretó la mano con fuerza, la misma en la que aún tenía la servilleta cuya textura suave se adaptaba perfectamente a la forma en la que la oprimía.

—No está en condiciones de reclamar… —dijo abruptamente ante el enfado hacia sí mismo por los evidentes signos de vulnerabilidad que lady Linette provocaba en él sin siquiera hacer un esfuerzo.

—Olvídese entonces de que lo haga de buen agrado —refutó esta…

—Está bien —dijo levantándose ante la necesidad de salir de allí y poner distancia entre él y la muchacha.

Linette pensó que ordenaría un carruaje para cumplir su amenaza y se vio a sí misma abandonada en un lugar completamente desconocido, sin parientes, sin familiares, sin ningún amigo que pudiera ayudarla y, pero aún, sin un solo centavo en su

bolsillo con el que regresar a casa o mantenerse a sí misma hasta que la correspondencia llegara. ¿Tan vil podría ser el duque de Nordville?, ¿Tal vez ambos hermanos a pesar de no compartir lazos sanguíneos poseían la misma crueldad innata?

—Su jornada empezará a las nueve, asegúrese de que esté preparada —advirtió a la doncella sin molestarse en definir cuales serían sus funciones hacia su huésped o a que ésta respondiera.

Linette no se sorprendió de aquel gesto, quizá estaba más absorta ante el hecho de que él no la hubiera echado que de haber abandonado la mesa sin una sola disculpa. Su falta de modales estando una dama presente había sido palpable desde la primera vez que le vio, por tanto, comenzaba a resultarle algo innato del propio duque, pero que se hubiera resignado a su aceptación de mal agrado la llevaba a pensar que quizá aquel trabajo que él le ofrecía supuestamente para subsanar sus gastos parecía ser bastante importante para él.

—¿Siempre ha sido así o lo hace porque le profeso repulsión y odio? —preguntó Linette en voz alta sin molestarse en averiguar si el duque había abandonado por completo el salón, sabía por el ruido de sus botas que estaba suficiente lejos, pero sinceramente había dejado de importarle —o al menos es lo que quería creer— que la escuchara.

—Si le generase repulsión y odio no le habría concedido la habitación de la antigua duquesa, mi lady. Y tampoco habría insistido en que dibujara sus plantas teniendo presente que pasará muchas horas en el invernadero. El duque no deja que nadie entre en su interior, es un lugar completamente prohibido para las visitas e incluso para algunos de sus empleados. Solo se permite visitarlo desde el exterior.

Eso era algo que Linette desconocía, ¿Por qué entonces la había condicionado a aceptar? Eso no solo la obligaría a estar junto a él, sino también en un lugar que él consideraba íntimo y privado.

Capítulo 20

Linette no volvió a ver al duque durante el resto de la tarde, de hecho se pasó la mayor parte del tiempo en el pequeño saloncito que albergaba el piano, sumergida en la lectura que había dejado a medias la noche anterior. No solo le dio tiempo a finalizar ambos libros, sino que se quedó vagando en su propio pensamiento y su aliciente le llevó a pensar si su anfitrión albergaría en su biblioteca más libros como aquellos.

—Le traigo la cena, mi lady —La voz de Adeline provocó que tomara consciencia del lugar en el que se hallaba.

—¿Hoy no cenaré en el gran salón junto a su excelencia? —preguntó ante el estímulo creciente de tener una conversación con el duque sobre su lectura.

Estaba segura de que él había escogido esos libros con minuciosidad y su interés en averiguar la razón la llevaba a desear volver a tener un encuentro con ese hombre a pesar de que la desquiciara con su actitud. Aún así, debía reconocer que cada conversación con el duque se volvía estimulante, algo que en su situación era favorable para no pensar en el porvenir que la aguardaba o el simple hecho de abandonarse al estigma que significaba reconocer el tipo hombre con el que se había casado bajo engaños.

—Su excelencia ha pedido que le sirvan la cena en su despacho porque debía terminar ciertos asuntos que requerían su atención inmediata —respondió Adeline mientras disponía la bandeja en una mesita auxiliar con sumo cuidado.

¿Sería eso verdad o simplemente trataría de evitarla para no confrontarla? A fin de cuentas, iban a verse al día siguiente y probablemente el resto de los días que le quedaran en aquella casa mientras su pierna no se recuperara. Aún no terminaba de comprender porqué podía ser tan importante para él que ella dibujara sus dichosas plantas.

No podía tratarse solo de saldar su deuda. ¿Quizá esperaba que esa cercanía provocara le hiciera descubrir quien era ella realmente o sus intenciones ocultas e inexistentes?

Tras la cena volvió a quedarse completamente sola en aquel saloncito cuando Adeline se marchó a la cocina para ayudar a la señora Hadfork. Había pasado innumerables momentos sola a lo largo de su vida, de hecho, se encerraba en las habitaciones menos frecuentadas de su hogar precisamente en la búsqueda de aquel silencio y calma, ya fuera para leer un libro o adentrarse en sus propios pensamientos. Sin embargo, en aquella mansión lejos de su ciudad natal, la soledad y el silencio vibraba por cada espacio de aquella casa.

¿Tenía algún motivo especial el duque para llevar aquella vida tan solitaria y poco común? Era un hombre joven que rozaría la treintena, apuesto y, aunque no podía asegurarlo, casi estaba dispuesta a afirmar que era alguien muy culto, los libros que le había prestado y el hecho de que tuviera un amplio conocimiento en botánica eran una base fiable para hacer tal determinación. Entonces… ¿Por qué desperdiciar todo ese enriquecimiento con un estilo de vida tan oprimido? Ni siquiera se relacionaba con otras personas, es más, no recibía ninguna visita a pesar de que su título evidenciaba que debía ser alguien muy requerido. ¿Que motivos podría tener para apartarse socialmente de ese modo? Estaba claro que alguien como el duque de Nordville no buscaba la aprobación, ni el reconocimiento. Su falta de modales era una clara señal de ello y

de que, no le importaba en absoluto lo que otros pudieran pensar de él.

¿Trataba por igual a sus terratenientes o solo a ella por ser la esposa de su hermanastro? Cierto era que tanto la señora Hadfork como Adelina e incluso el propio doctor Hemrson habían insistido en que era un hombre justo y honesto… pero eso no evitaba que al mismo tiempo fuera ínfimamente hostil, al menos con ella.

No quería pensar en el duque de Nordville y menos aún en las circunstancias que le habían llevado a conocerle y ser una invitada forzosa en su propio hogar, aunque en unas horas pasaría a ser su empleada, ¿Podía decirse que trabajaría para él? Ni siquiera le había dado poder de elección por tanto no sabía como definir exactamente en lo que iba a convertirse. Llegó con sumo cuidado hasta el piano y lo rodeó dejándose caer sobre la banqueta acolchada en terciopelo mientras estiraba la pierna entablillada con delicadeza. Se preguntó quien habría sido la última persona en tocarlo o cuanto tiempo llevaba aquella mansión sin traer vida a sus salones. Comenzó a tocar las primeras estrofas solo para llenar el aire que le rodeaba de sonido, de ruido, el mismo que le hiciera no pensar en nada al menos durante el fragmento de tiempo que durase la canción, quizá por eso había elegido una de las más largas que recordaba.

Lord kingsmere había escuchado las primeras notas mientras permanecía sentado en su despacho con un libro en sus manos. Esa noche había decidido cenar en solitario, no deseaba enfrentarse aún a su huésped, había algo en ella que lo irritaba y atraía al mismo tiempo, pero la certeza de que no era inmune a sus encantos lo volvía irascible, más aún sabiendo quien era ella y a quien pertenecía.

Como si sus pies tuvieran vida propia, salió de su despacho y camino lentamente atraído por la musica. Hacía años que nadie tocaba aquel piano, su madre nunca había sido demasiado diestra en dicha actividad, pero durante su infancia, la mansión siempre estaba llena de invitados, así que le pedía a alguna dama que lo tocara. Durante un tiempo se sintió atraído por aprender, era una época de su vida muy lejana de la cual había aprendido a olvidar,

pero que aquella melodía provocaba que volviera a revivirla con intensidad. Las fiestas, los bailes… su madre siempre había sido una gran anfitriona a la que le encantaba tener el palacio lleno de invitados. Venían desde todas partes de Inglaterra, se alojaban durante semanas y aún sentía el olor de las flores recién cortadas para decorar los salones cuando ofrecían bailes que duraban toda la noche. Nunca llegó a tener la edad apropiada para asistir a uno, pero se escapaba de su habitación para verlos a escondidas a través de las puertas del servicio. En cuanto el antiguo duque murió, la duquesa viuda se casó precipitadamente con el señor Reishart, durante años fue inconsciente de como su padrastro gastaba la fortuna de su madre mientras él estudiaba en Eton College y después asistía a la unidad de Oxford antes de regresar y hacerse cargo de la situación, comenzando por las fechorías de su hermanastro y la situación financiera de su propia madre.

—¿Debía pedirle permiso para tocar su pianoforte? —preguntó Linette al darse cuenta de que era el duque quien permanecía en el marco de la puerta sin llegar a entrar del todo en aquel salón.

—Tengo la sensación de que no serviría, sigue tomándose ciertas licencias en mi propia casa, ¿No es así? —dijo este sin mostrar retraimiento por haber sido descubierto mientras la observaba en silencio.

—No volveré a hacerlo si ese es su deseo. Ya ha reiterado en varias ocasiones que soy una molestia y que disfruta enormemente del silencio, aunque eso me lleva a preguntarme ¿Para qué conserva un piano en buen estado? —Después de tocarlo dos veces había comprobado que estaba afinado y bien conservado, así que la idea del desuso por el pasar de los años no cuadraba con su estado.

—Este piano al igual que todos los elementos que albergan este palacio me pertenecen y, por si no se ha dado cuenta hasta ahora, cuido muy bien de todo aquello que está bajo mi posesión.

Aquella respuesta no aclaraba del todo su pregunta, pero Linette comprendió que la particularidad en el carácter de aquel hombre iba mucho más allá que su falta de modales y, ahora que se

fijaba en él empezaba a pensar que escondía mucho más de lo que expresaba con sus palabras.

—¿Por qué me dejó esos libros de Thomas Reid para que los leyera? —exclamó Linette frunciendo el ceño.

—¿Habría preferido una lectura más ligera, quizá?, ¿No le han satisfecho? —contestó exponiendo otra pregunta en lugar de responder.

—No es el tipo de lectura que un caballero ofrecería a una dama, tampoco es lectura ligera y, desde luego sabe que han satisfecho mi curiosidad lectora, lo que me hace preguntarme como es posible que lo supiera.

—Usted misma mencionó que no soy un caballero y que poseo falta de modales, no deberían sorprenderle mis actos, tampoco la elección de lectura para una supuesta dama.

Linette no pudo evitar sonreír con burla ante su juego de palabras, sobre todo cuando aún tenía dudas de que ella pudiera ser o no una dama. Por ilógico que pareciera, no se sentía ofendida y eso era extraño… como el hecho de que comenzara a sentirse demasiado calmada en su presencia.

Estaban solos. Completamente solos en aquel salón de una mansión privada. Y ni siquiera la perturbaba, sino más bien todo lo contrario, al igual que había sucedido cuando entró en su alcoba para socorrerla.

Sorprendentemente quería estar allí. Deseaba estar en su presencia. ¿Tal vez era porque el duque había despertado en ella una curiosidad insaciable?, ¿Quizá es porque tras la lectura de aquellos libros era mucho más consciente de la realidad, de su presente y del momento que estaba viviendo?, ¿Sabría él eso?, ¿Le habría dejado aquellos libros por un motivo concreto? Aquel filosofo escocés sabía reflejar muy bien en aquellos tomos que el pensamiento era algo natural, fiable, certero y que el ser humano debía guiarse por el sentido común. ¿Es posible que el sentido común del duque le llevara a creer que ella no podía ser alguien de

fiar, no cuando era la esposa de un hombre de dudosa reputación como lo era Reishart?

El propio sentido común de Linette la lleva a decirse que tras su experiencia no debía volver a confiar en ningún otro hombre, que las apariencias la habían engañado, pero dentro de sí misma sabía que las señales existían, solo que prefirió no verlas porque así le convenía.

—No parece que mis palabras le ofendan —dijo apartando la mirada de él y volviendo a colocar las manos en el teclado, como si de ese modo pudiera poner cierta distancia entre ambos, o más bien, camuflar el interés que había logrado evocar en ella.

—¿Deberían? —volvió a responder con otra pregunta y Linette supuso que era un procedimiento habitual en aquel hombre.

—Cualquier caballero con su estatus lo haría. Tal vez la soledad haya influido en el modo que parece haber olvidado las etiquetas sociales o algún retazo de cortesía hacia una dama, aunque dudase de su condición.

—¿Cree que no puedo comportarme como un caballero si esa fuera mi intención? —increpó de nuevo.

—Tengo serias dudas, comenzando por la certeza de que no suele contestar a las preguntas directas, sino que siempre responde con otra pregunta.

Linette escuchó su risa y no pudo evitar alzar la mirada. Su sonrisa provocó un candor en su pecho, una sensación exquisita y extraña a la que no sabía poner nombre. Se quedó observándolo en silencio, notando cada ápice en el gesto de su rostro y comprobando que era aún más apuesto cuando dejaba de lado aquella expresión neutra. No se estaba riendo de ella, ni parecía algo irónico, sino más bien su respuesta le resultó graciosa.

—No siempre actúo de ese modo —contestó conforme se acercaba al piano, pero aún seguía manteniendo cierta distancia entre ambos—. Solo cuando desconozco las intenciones de la persona con la que estoy tratando.

—Y, aun así, para no tener ningún motivo por el que confiar en mí, quiere que trabaje para usted. ¿No es algo inapropiado? —replicó Linette.

—Lo considero una circunstancia fortuita y, por supuesto, un modo de asegurar que su inoportuna, fastidiosa y tediosa interrupción en mi hogar, sea recompensada.

—¿Le han dicho alguna vez lo terriblemente insolente e inapropiado que resulta hablar con usted? —exclamó con gran irritación.

Puede que detestara su presencia por ser la esposa de alguien que él claramente detestaba, pero hacer referencia a su persona como alguien fastidiosa y tediosa era claramente una falta de respeto directa.

—Puede guardar silencio si tanto le desagrada mi franqueza. —El hecho de que estuviera tan relajado y calmado ante tales palabras provocaba una furia aún mayor en Linette.

—No es su franqueza lo que me desagrada —contestó alzando el mentón sin importarle que él pudiera ver como le afectaban aquellas palabras. Probablemente ese era su cometido, desestabilizarla, provocarla, lograr la información que deseaba o que probablemente había imaginado sobre ella—. Soy consciente desde el mismo instante en que puse un pie en esta casa de lo irritante y desagradable que resulto para usted, aunque me pregunto si las circunstancias serían las mismas si no fuera la esposa del señor Reishart.

—Lo serían —contestó abruptamente casi en el mismo instante en que ella había terminado de formular su frase—. Le recuerdo que hasta ahora se ha negado a dar su nombre o el de su familia. ¿Que tiene que esconder lady Linette? Asegura que puede retribuir todos los gastos de su estancia, pero ambos sabemos que, de ser cierto, habría enviado una carta a alguien de su plena confianza para ayudarla. En cambio, prefiere continuar bajo mi techo a pesar de admitir que no tolera mi presencia y sin sincerarse sobre sus circunstancias. Eso solo dice una cosa de usted. Su interés por

permanecer aquí oculta una clara intención y solo es cuestión de tiempo que usted misma se delate.

Es posible que las circunstancias le hubieran llevado a pensar de ese modo sobre ella, ciertamente su situación era tan difícil de afrontar que no pensaba sincerarse con un completo extraño, menos aún con alguien como el duque teniendo en cuenta que transformaría cada una de sus palabras con la intención oculta que él deseara que tuvieran.

—Me mostró desde el primer instante que no interpretaría mis palabras como sinceras, así que simplemente me limité a no darle una versión de los hechos que usted pudiera tergiversar a su modo y semejanza.

—Eso solo justifica sus intenciones, no la razón que la trajo hasta aquí en plena noche y herida.

—Usted no es el único que desconoce los motivos por los que el señor Reishart me abandonó en este lugar. Hasta ese momento ni siquiera sabía que también había sido engañada en cuanto a la identidad del duque de Nordville.

—¿Contrajo matrimonio con el señor Reihart bajo engaños? —increpó el duque.

Linette cerró los ojos con fuerza tratando de evitar que la pesadilla en al que se había convertido su vida y por la que tanto había temido a lo largo de los años, se apoderase de ella hasta el punto de mostrar vulnerabilidad frente al duque.

—Me casé con un hombre que realmente no existe. Y lo descubrí la misma noche que llegué a este palacio. —Eso era todo lo que estaba dispuesta a confesar, no buscaba su compasión, ni su ayuda más allá de lo que él ofrecía contra su voluntad.

Linette observó que no la miraba directamente, sino que mantenía la mirada baja y las manos entrelazadas en su espalda.

—¿Tiene a donde ir o a quien recurrir? —preguntó en un tono de voz forzado que a Linette no le pasó desapercibido.

—Si le preocupa que pueda convertirme en una huésped perpetua de su palacio, no debe lamentarse por ello. En cuanto me

recupere partiré de sus tierras tal como habíamos acordado. —Las amenazas de Reishart sobre poner en aviso a su familia de su situación no contemplaban al duque, pero tampoco confiaba en este a pesar de que todos dijeran que era un caballero de honor. Ciertamente estaba viva gracias a él, aunque no había dudado en reprochárselo y en recalcar que su vida no le importaba lo más mínimo.

En aquel momento Adeline hizo acto de presencia disculpándose por la tardanza, como si hubiera sido su error el que provocara que se hubiera quedado a solas con el duque, pero había estado preparando junto a la señora Hadfork su baño.

Pensó que su excelencia se marcharía sin mencionar palabra alguna como solía hacer siempre, sin embargo, se acercó hasta la banqueta del piano y se inclinó con la intención de cogerla en brazos. Linette tuvo que pasar rápidamente los brazos sobre su cuello antes de que la alzara y esto provocó que su nariz chocara con la suya sin pretenderlo.

Acto seguido le miró fijamente, notando que él había reaccionado del mismo modo y durante un instante se quedó perdida en aquella mirada de ojos profundos que la inspeccionaba con una intensidad desconocida. Estaba tan cerca de su rostro, tan cerca de sus labios, que fue inevitable dirigir la mirada hacia ese punto concreto de su rostro. En el mismo momento que fue consciente de hacia donde se estaban dirigiendo sus pensamientos, de como la envolvía en sus brazos y su cuerpo estaba en contacto con el suyo, se turbó profundamente y tuvo que apartar la mirada hacia otro lado siendo consciente de las circunstancias, de su profunda vergüenza y de que el duque hubiera podido apreciar su aturdimiento.

Capítulo 21

Linette se mantuvo lo más rígida y distante posible hasta que sintió como el duque la dejaba con lentitud sobre la silla de ruedas al final de la escalera. Recordó la noche anterior en la que él la había dejado sobre la cama con la misma atención y se preguntó si era su modo de proceder o si estaba teniendo especial cuidado por deferencia a su pierna rota.

—Gracias, excelencia —apremió aún sin mirarle. Era incapaz de hacerlo sin volver a sentir la misma perturbación por aquel pensamiento intrusivo que había sufrido de forma instantánea.

Quizá no quería reconocerlo. No deseaba hacerlo. Se negaba profundamente a recurrir de nuevo y caer en la misma tentación que hacía tan solo unos instantes, pero en el momento que había fijado su vista en aquellos labios no se había preguntado como sería besarle tal y como en su día provocó el señor Reishart. No. Su instinto había sido un insondable deseo por probarlos tan férreo que llegó a asustarla.

¿Por qué?, ¿Por qué él había despertado ese clamor profundo en ella que hasta ahora no había logrado ningún otro hombre?

—Que tenga una buena noche —alegó mientras Linette vio como deshacía sus pasos y bajaba de nuevo la escalera sin esperar que ella pudiera decir algo más.

Comenzaba a acostumbrarse a su modo de desaparecer rápidamente, de marcharse abruptamente como si el fuego le estuviera acechando. ¿Era habitual o solo era una muestra de la incomodidad que proporcionaba su presencia?

Ciertamente no importaba, a fin de cuentas se marcharía de allí en muy pocas semanas y no pretendía ganarse su favor durante el tiempo que le restaba. Prefería que él siguiera desconfiando de ella como hasta ahora antes que alertar a su familia de lo sucedido o de que éste se enfrentara al señor Reishart y que las consecuencias para ella pudieran ser aún peores.

Adeline abrió la puerta de su alcoba provisional durante su estancia y Linette comprobó la bañera movil que habían instalado frente a la chimenea. Estaba parcialmente llena y divisó varios cubos alrededor mientras otro se calentaba cerca del fuego. Había deseado darse un baño completo desde que se despertó, pero dado su estado y la pierna entablillada había sido inviable, así que se limitó a los baños con esponja por partes con la ayuda de Adeline. Ni siquiera sabía porqué ahora podía darse un baño completo si aún permanecía con la pierna llena de vendas para mantenerla firme en aquella tablilla que la hacia mantenerla rígida.

—Su excelencia le pidió a la señora Hardfork que solicitara una tela especial para envolver su pierna cuando encargase sus vestidos —dijo Adeline mientras mostraba un tejido de color oscuro y que desde aquella distancia y con tan poca luz no podía saber si se trataba de cuero o algo similar—. Es un tipo de tejido encerado que evitará que el agua moje el entablillado, ¿No le parece increíble?

Linette no reaccionó en ese instante y debido a esto Adeline se acercó a ella para mostrarle la tela como si creyera que su mudez provenía de la incredulidad respecto a lo que decía y no del hecho de que lord Kingsmere se hubiera tomado aquella molestia por ella.

¿Por qué?, ¿Que sentido tenía que la tratara de un modo despectivo y le reprochara el coste de su estancia si luego le otorgaba privilegios caros como ese?, ¿Tal vez había creído necesario que necesitaba un baño porque olía mal? En ese momento se sintió aún más abochornada al creer que ese debía ser el motivo por el

que él se habría tomado todas aquellas molestias si debía cogerla en brazos cada mañana y cada noche, dando lugar a una distancia inexistente entre ambos.

—Es fantástico —dijo sin demasiado entusiasmo y dejando que la doncella la desvistiera y rodeara con cuerdas firmes aquella tela a su pierna.

Sus pensamientos no dejaban de concentrarse en el duque y ese carácter inapropiado a la par que contradictorio en sus actos. ¿Porqué un hombre como él decidía llevar esa vida en solitario? Su curiosidad comenzaba a volverse insaciable y más aún cada día que descubría algo nuevo en él a pesar de su evidente falta de modales, al menos en lo que hacia referencia a ella.

Cerró los ojos y se sumergió por completo en la bañera. Centrar su atención en el duque había hecho que olvidara su situación, que se alejara de su realidad sobre ser la esposa del señor Reishart y de que este podría regresar a por ella en cualquier momento de forma inminente, pero por algún motivo ese pensamiento no genero el miedo que se suponía que debería afrontar ante la posibilidad de que él cumpliera sus amenazas, de que la obligara a hacer cosas abominables y repugnantes hasta el punto de no poder siquiera mencionarlas. ¿Quizá porque deseaba pensar que solo las había mencionado para acobardarla y mantenerla donde deseaba? Lo cierto es que desconocía los límites a los que era capaz de llegar el señor Reishart y teniendo presente como había jugado con ella no debería subestimarle. Aún así su pavor estaba mermado y supuso cuál era el motivo real por el que no vivía acongojada ante el regreso de su esposo.

Reishart había huido rápidamente tras empujarla de aquel carruaje. Puede que fuera un canalla desvergonzado, un hombre sin ningún tipo de honra o virtud, pero estaba claro que temía a su hermanastro…

El señor Reishart temía la furia del duque de Nordville, lo suficiente para haber huido en mitad de la noche a pesar del riesgo que suponía encontrar asaltantes capaces de robar una vida por unas cuantas monedas, pero aún seguía sin comprender cuáles eran

sus motivaciones para haberla dejado allí junto a él sabiendo esto. ¿Creería que el duque tendría un trato correcto hacia ella o sabría que no la aceptaría siendo su esposa?, ¿Sería quizá el lugar donde se aseguraría que estaba vigilada mientras él gastaba su fortuna? La amenazó para que no se marchara de allí, para que aguardase su regreso, así que eso le hizo suponer que una parte de él intuía que el duque trataría de echarla de su palacio. ¿Como esperaba él que ella pudiera solucionar aquello? Tarde o temprano iría a buscarla, necesitaba un heredero para acceder a las posesiones del barón de Brighdawn, él mismo se lo había confesado antes de partir. ¿Es posible que esa fuera la única razón por la que aún continuaba siendo virgen?, ¿La había abandonado allí con alguna intención mucho más perversa de lo que imaginaba?

Fuera cual fuese la razón de Reishart para dejarla allí, debía ser en su beneficio y, si el duque de Nordville tenía una fortuna cuantiosa, estaba claro que ese beneficio era sin duda el económico.

Sintió verdadero dolor de cabeza al pensar en todas aquellas preguntas sin respuesta y se convenció a sí misma, de que no permitiría que el deleznable de su marido se saliera con la suya. Quizá lord Kingsmere le pareciera insolente, pero si tenía que elegir entre que bando estar, no sería precisamente en el del hombre con el que había contraído matrimonio.

El baño consiguió no solo extinguir cualquier retazo de sudor que hubiera quedado de aquellas fiebres a pesar de sus lavados, sino que en su piel quedó impregnado un aroma dulce que no supo identificar a que flor pertenecía. Tampoco Adeline, que a pesar de enseñarle el pequeño frasco de aceite esencial que vertió en el agua, supo reconocer dicha fragancia. Se quedó dormida mientras la doncella acomodaba cada cosa en su lugar de aquella estancia y cuando finalmente abrió los ojos ya era de buena mañana.

Se sentía descansada, probablemente era la primera vez que dormía toda una noche desde hacía semanas, desde que el sueño intranquilo ante la inseguridad de su situación la afectaba a pesar de

intentar no pensar en ello por la frustración de no poder moverse de aquella cama.

—Buenos días mi lady —dijo la voz de la señora Hadfork conforme le acercaba el desayuno a la cama y la ayudaba a inclinarse para estar cómoda—. Su excelencia es bastante inflexible con el horario, así que debe desayunar con rapidez. Adeline ha traído sus nuevos vestidos y está terminando de almidonar las prendas para que luzca como debe.

—Gracias —sonrió Linette con gratitud—. Aunque no es necesario, al fin y al cabo, estaré sentada todo el tiempo en la silla —admitió siendo pragmática.

El duque la había visto con camisón todos aquellos días, dudaba que le importara si los sencillos vestidos que le habrían traído de segunda mano tenían alguna arruga visible a la vista. En aquellos momentos le importaba muy poco su aspecto, es más, la última vez que se había mirado en un espejo, fue justo antes de casarse para vislumbrar el collar de diamantes que le había regalado una de sus tías en su cuello… el mismo que Reishart le había arrancado sin miramientos para malvenderlo.

Soportó las lágrimas que ya empañaban sus ojos para que la señora Hadfork no se diera cuenta y agradeció la aparición de Adeline llena de entusiasmo mientras traía consigo varias prendas que colgaban de su brazo.

Sinceramente no había sabido que esperar en cuanto a la petición de su excelencia sobre su vestimenta, pero aquellos vestidos eran elegantes, no albergaban la sencillez que ella había esperado al creer que el duque habría escatimado en gastos y que a fin de cuentas no pensaba salir de aquel palacio.

—¿Son para mí? —exclamó sorprendida.

—No veo a ninguna otra dama por aquí, mi lady —sonrió Adeline—. Es posible que no le queden todo lo ajustados que deberían, pero sin tomar las medidas adecuadas y con tan poco tiempo de margen, no hemos podido hacer gran cosa —continuó la

doncella mientras se dirigía hacia el armario de la habitación para colocar todas las prendas.

¿Pertenecerían a una dama del condado de Nordville?, ¿Habría rumores sobre su estadía en la casa del duque?

—Lamento que por mi culpa os encontréis en dicha situación —mencionó Linette observando a las dos sirvientas.

—¡Oh, no! —exclamó la señora Hadfork—. Faltaría más que se disculpara. Debo decir que su aparición ha dado algo de vida a esta casa después de tantos años. No es que no aprecie la calma y el silencio al que Herald y yo estamos habituados, pero es cierto que su excelencia es un caballero de costumbres muy estrictas, algo poco frecuente e inusual en alguien de su edad.

—Me he dado cuenta —comentó Linette—, así como el hecho de que no le agrada que invada sus silencios o su propia casa…

Oyó como la vieja doncella suspiraba, pero aún así no se atrevió a preguntar, tal vez porque no quería dejar entrever la curiosidad que el duque de Nordville provocaba en ella.

—No ha sido siempre así —confesó finalmente—. Era un muchacho alegre, sonriente y de lo más perspicaz, aunque ahora no lo parezca —dijo mientras servía el té en una de las tazas con sumo cuidado para no derramarlo—, pero algo en él cambió cuando terminó sus estudios y regresó al que siempre ha sido su hogar. Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

—Tal vez le rompieron el corazón, eso explicaría porqué no se ha casado aún siendo tan excesivamente apuesto —dijo Adeline atrayendo la atención de ambas mujeres hacia ella—. ¿Qué? Solo he puesto voz a uno de tantos rumores que circulan sobre él en el pueblo.

Linette pensó en su propio padre y en como ese amor profundo que sentía por un amor del pasado le hizo jurar una promesa de la que se acabaría arrepentido el resto de su vida. Si. Era posible que el duque de Nordville hubiera sufrido un desamor lo suficientemente grande para aislarse en sí mismo ante el miedo de que volviera a sucederle lo mismo.

¿Era su falta de modales solo un reflejo de un corazón roto?, ¿Que mujer podría haberlo hecho sufrir de un modo tan cruel para convertirle en un alma desolada? No podía imaginarse a alguien como el duque inspirando palabras de amor a través de sus labios, pero una parte de ella, una que deseaba aplastar y hundir bajo tierra por el bochorno que ese pensamiento le provocaba, no dejaba de incitarla a pensar en el placer carnal que un hombre de su talante sería capaz de proporcionar.

¿En que momento sus pensamientos habían comenzado a dirigirse hacia ese rumbo que solo provocaba perturbación en ella? No podía sentir atracción por ese hombre. ¡Tenía unos modales despreciables!, ¡Ni siquiera le gustaba!, ¡Le detestaba! Solo que eso a su cuerpo no parecía importarle, sino que reaccionaba por voluntad propia ante aquella mirada de ojos marrones en la que había comenzado a apreciar pequeñas motas de color verde.

Capítulo 22

Tal y como había previsto Adeline, el vestido no era exactamente de la talla de Linette. La cintura no estaba ajustada y su pecho quedaba ligeramente presionado, aún así, volvía a sentirse un poco más como una dama ilustre a pesar de que no fuera uno de los encantadores vestidos de su maravillosa madre. Recordarla hacía que sintiera un pellizco en su pecho, sobre todo por la falta de confort que sentía en aquellos momentos en los que estaba perdida en cuanto a lo que sería su futuro. Ni siquiera había pensado que sucedería después de su huída.

Podría marcharse a San Petersburgo junto a Catherine, sabía que su hermana la recibiría con los brazos abiertos y le daría una posición adecuada en la corte rusa, pero ¿Y después? Era una dama casada, no podría tener hijos reconocidos sin su esposo, el titulo de Brighdawn desaparecería, al igual que su nombre en la sociedad o el hecho de no regresar jamás a su hogar.

No iba a conocer jamás lo que era el amor. La pasión. La verdadera amistad y confianza junto a otro hombre.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando alguien llamó a la puerta justo en el preciso instante que la joven doncella terminaba de colocarle las horquillas que sostenían su nuevo sombrero a juego con el color del vestido. Era la primera vez que se había sentado en el tocador frente al espejo y, a pesar de

reconocerse en este, pudo apreciar su palidez, las evidentes ojeras bajo sus ojos y su rostro más delgado que antes. Aún así el color de su cabello o sus ojos no había cambiado, continuaba siendo la viva imagen de su verdadero padre.

—Mi lord—pronunció la doncella y en ese momento se giró bruscamente, como si creyera que el duque de Sylverston podría aparecer por aquella puerta dispuesto a rescatarla de aquella pesadilla, pero en lugar de contemplar el rostro afable de su progenitor, vio la dureza de los rasgos del duque de Nordville junto a aquellos ojos marrones que provocaban ese candor en su interior.

—Fui muy preciso a la hora en la que debía estar preparada —mencionó sin pedir permiso y se adentró en aquella alcoba dirigiéndose hacia ella.

—Buenos días para usted también, excelencia —replicó con sorna—. Veo que hoy se ha levantado con un humor espléndido.

Linette percibió que aquella replica no afectaba en absoluto al duque, sino que más bien continuaba con la misma expresión de neutralidad en su rostro. Y aún así, seguía siendo el hombre más apuesto que había visto en su vida.

Adeline tenía razón, era excesivamente apuesto y no sería por falta de ofertas la principal razón de que aún siguiera soltero.

—Detesto la impuntualidad —refutó él.

—Son las nueve en punto —inquirió Linette a pesar de que tenía el cuello alzado hacia arriba desde su asiento en el tocador y la tensión por aquel gesto le estaba provocando rigidez en su espalda.

—A las nueve comenzaba su jornada y aún no ha salido de palacio. —Su convicción era férrea y Linette se preguntó si realmente podía estar enfadado solo por unos minutos de retraso, aunque todo se debía a una confusión.

—Ha sido culpa mía, excelencia —intervino Adeline—. Me he entretenido demasiado en almidonar los vestidos y yo…

—No —irrumpió Linette—. La única culpable he sido yo, pero será un malentendido que no volverá a suceder —dijo sin apartar la

vista de los ojos del duque que la miraban con la misma fijación desde que entró en su alcoba.

—Desde luego —arremetió como si tuviera que tener la última palabra en aquella cuestión y después se acercó para cogerla en brazos con destreza, volviendo a sentir la fuerza de sus brazos mientras la sostenía y descendía la escalinata hasta el piso superior.

No se detuvo para dejarla en la silla de ruedas, sino que continuó caminando por las salas principales hasta que salió al exterior donde aguardaba un muchacho joven que no había visto hasta ahora sosteniendo las riendas de un semental ensillado. El duque la colocó con facilidad sobre la montura del caballo y acto seguido subió tras ella aferrando las riendas al mismo tiempo que el movimiento del animal la desestabilizaba. Linette trató de sostenerse a la montura, pero no encontró el apoyo suficiente hasta que sintió como la mano del duque rodeaba su cintura e instintivamente se aferró al mismo brazo que la sujetaba.

Aquello le pareció osado, puede que ya hubiera sentido su cuerpo al llevarla en brazos, pero ahora podía tener un acercamiento aún mayor y más íntimo debido al contacto. Puede que solo la estuviera llevando en su caballo, pero no lo estaba haciendo a la grupa, sino que la había montado delante de él, aunque solo fuera con la intención de sujetarla para asegurarse que no pudiera caer.

Aún así no era correcto, sino escandaloso. Cualquiera que pudiera verles podría considerar que eran amantes y él ni siquiera era un pariente directo, sino el hermanastro de su marido. Aquella forma de montar era osada, atrevida y aparentemente al duque no le importaba, aunque no fuera a verles nadie porque era una propiedad privada, esa forma de proceder tan… íntima, le causaba estupor.

—Si permito que vaya a la grupa, podría caerse y empeorar su condición —dijo éste como si le hubiera leído el pensamiento—. Si a partir de ahora es puntual, Herald la esperará con la carroza que la llevará hasta el invernadero. Lamentablemente hoy no podía esperarla porque debe acudir a una cita en la aldea.

—¿Es un castigo por mi impuntualidad o es que se complace de mi incomodidad? —gimió sintiendo que el perfume varonil del duque la llenaba por completo. No era la primera vez que lo sentía, a fin de cuentas ya había estado pegada a su cuerpo en varias ocasiones, pero ahora estaba prácticamente sobre él. Era tan indecoroso que sentía como le ardía la cara debido al movimiento del caballo y como no dejaba de sentir sus piernas bajo sus glúteos.

—No vea cosas donde no las hay. Solo estoy siendo pragmático, lady Linette. Está en una hacienda privada y usted está bajo mi protección, ya le advertí que yo cuido todo lo que poseo y mientras usted esté aquí se convierte en alguien de mi responsabilidad. Albergo un mayor interés en que se recupere prontamente para marcharse cuanto antes, que en unas normas sociales que aquí carecen de valor. Si lo que le preocupa es su posición, nadie va a verla y siendo una mujer casada, dudo que mi proximidad le resulte incómoda como quiere hacerme creer. Aunque si ese fuera el caso, puede ser puntual cada mañana y Herald no tendrá inconveniente alguno en llevarla con la carroza. De ese modo podrá librarse de mi cercanía.

¿Estaba diciendo que en su casa los modales le importaban un cuerno?, ¿Libertinaje? No… con lo rígido que era aquel hombre no podría definirlo como tal, sino más bien una conveniencia absoluta de los acontecimientos. Sabía en su fuero interno que hacía aquello para provocarla, incomodarla y humillarla. ¿Es que no resultaba igual de indecoroso para él? Estaba aferrada a su brazo y pegada por completo a su cuerpo y, por más que trataba de mantener la vista al frente, al estar sentada de lado le resultaba imposible no sentir cada músculo de su cuerpo contra ella mientras el caballo se encargarla de pegarla a él en cada movimiento.

—Puede dar por hecho que no volveré a montar en su semental —advirtió apretando los dientes sin dignarse a mirarle el rostro de complacencia que probablemente tendría.

Aquello estaba convirtiéndose en una tortura y cerró los ojos tratando de estar lo más rígida posible creyendo que de ese modo su cuerpo podría mantenerse lo más alejado posible de él, aunque

solo fuera un autoengaño, los abrió cuando sintió que el semental se detenía y contempló la belleza que suponía la estructura de aquel invernadero. No solo era una construcción bella y compleja, sino que las vidrieras estaban colocadas en ángulos que parecían casi imposibles. Grandes ventanales permitían el paso de la luz a través de todo el enrejado y, a diferencia de todos los que había tenido el placer de visitar, aquel tenía una superficie y dimensión muy superior. Sobre todo, teniendo en cuenta que era una hacienda privada.

—Es una de las pocas personas que tendrá acceso a este lugar y lo hará únicamente mientras esté presente. No toque nada. No mueva nada de lugar y mucho menos tenga algún tipo de interacción con alguna de las plantas que se encuentran aquí. Limítese a dibujar.

—¿Puedo respirar el mismo aire? —agudizó antes de que él se apeara del caballo y por una vez pudo observarle desde un punto más alto.

—Esto no es ningún juego, lady Linette. —Su tono parecía más serio de lo normal y eso la desconcertó.

—Está claro que este lugar le importa lo suficiente para no traer a extraños y, que precisamente me traiga a mí cuando es obvio que me detesta con toda su esencia solo lo demuestra. ¿Por qué es tan importante que dibuje sus plantas, lord Kingsmere? —Linette le retó con la mirada y no movió ni un solo músculo a pesar de que él hizo el amago de cogerla.

—Ya le dije que no la detesto a usted, sino lo que representa y en cuanto a su pregunta, no es algo de su incumbencia.

No se lo iba a revelar. Estaba claro que no iba a hacerlo cuando no se fiaba en absoluto de ella y eso hacía que convirtiera aquello en algo mucho más atractivo.

—Por supuesto —contestó claramente molesta por el modo en que siempre se dirigía hacia ella. En realidad, había visto muy pocas veces su lado más cordial o amable y cuando lo había hecho,

duró tan poco que tenía cierta reticencia a pensar que pudiera mantener las formas.

El duque de Nordville la dejó con suavidad sobre la silla de ruedas y una vez más, Linette no podía evitar fijarse en la gentileza que siempre había mostrado en aquellos gestos a diferencia del carácter agrio con el que siempre parecía interpelarla.

Repentinamente tuvo la idea de que quizá ese modo de comportarse pudiera ser una gran máscara para evitar que alguien se acercara a él. A fin de cuentas, vivía solo en un enorme palacio con tan pocos sirvientes que le sorprendía el simple hecho de que el edificio no estuviera cayéndose a pedazos o hubiera una mayor falta de funcionamiento. Lo mismo ocurrió cuando sus ojos devoraron el interior de aquel invernadero donde se apreciaba la limpieza, el orden y la pulcritud del lugar pese a que albergaba cientos y cientos de plantas en su interior. Parecía mágico y eso que el sol aún no se había alzado lo suficiente para que la luz traspasara todos los cristales creando destellos por doquier. Todas las plantas estaban colocadas de forma precisa y no apelmazadas como había esperado encontrar o, al menos, es a lo que estaba acostumbrada a ver en los invernaderos que había visitado. Cada planta tenía un pequeño letrero indicando su nombre, respetando espacios entre sí y muchas de ellas colgaban desde unos ganchos casi inapreciables sostenidas por cuerdas. Aquello requería una labor intensa, una dedicación tan exhaustiva que se preguntó cuantos años de trabajo le había dado el duque a ese lugar si no permitía la entrada o la ayuda de nadie más.

—¿Como es posible que haya logrado poseer una colección tan amplia sin salir de su palacio? —exclamó siendo lo primero que pensó en aquel instante.

—Tengo a alguien de confianza que hace ese trabajo en mi nombre —contestó sin entrar en detalles sobre ese asunto.

—¿Tiene algún inconveniente con el hecho de viajar? —preguntó con verdadera curiosidad.

Para alguien aparentemente tan culto como había deducido que era el duque de Nordville y dadas sus posibilidades económicas, le resultaba extraño que prefiriera mantenerse apartado en lugar de explorar por sí mismo el hábitat natural de aquellas plantas.

Había tenido el placer de conocer a algunos botánicos en algunas exposiciones de Londres y todos ellos eran grandes exploradores.

—Prefiero mantenerme en un segundo plano y a diferencia de otros botánicos renombrados, no busco afán de protagonismo sino servir al conocimiento.

—Y deduzco que mis dibujos ayudarán a servir ese conocimiento —volvió a insistir a pesar de que segundos atrás había mencionado directamente que no era de su incumbencia.

—La llevaré a su mesa de dibujo para que comience. Tendrá todo lo que necesita a su disposición. La jornada será hasta la hora del almuerzo donde podrá descansar y después puede gozar de tiempo libre.

Linette observó su mesa de trabajo y como ya había sido todo dispuesto para su comienzo, se ve que el duque había tenido tiempo de sobra para hacerlo y, aunque la idea de trabajar en aquel lugar maravilloso podía ser encantador en otras circunstancias, saber que iba a estar tantas horas a solas con ese hombre la inquietaba. Sobre todo, ahora que era muy consciente de la reacción de su propio cuerpo ante su contacto.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza y se fijó en el pequeño tamaño de las cuartillas que tenía al lado de los carboncillos.

—Deduzco que los dibujos deben ser en este tamaño —dijo en voz alta comenzando a pensar si lo que el duque pretendía hacer era un glosario, manual o solo un listado que recogiera toda su colección. Aunque si su intención era esta última, no se habría mostrado tan reacio a revelarle los motivos por los que para él era tan importante aquello hasta el punto de obligarla a hacerlo.

Quizá estaba saturando sus pensamientos y el duque de Nordville era un hombre mucho más simple de lo que imaginaba.

—Si. Puede acercarse todo lo que desee, pero no toque ninguna de las plantas. Son sumamente delicadas y se necesitan guantes especiales para ello.

Y por supuesto no pensaba darle unos a ella para que pudiera alterarlas de algún modo.

Aquel estudio improvisado para Linette estaba al fondo del invernadero, por lo que ella quedaba completamente de espalda a todo lo demás. Supuso que había sido muy consciente al colocarla allí, precisamente para que no espiara cada uno de sus pasos y a pesar de que escuchaba los movimientos del duque tras ella, su tozudez la hizo no girarse en ningún momento para que él no pudiera apreciar la curiosidad que en ella despertaba. A pesar de intentar concentrar todos sus pensamientos en aquellos dibujos a mano alzada, lo cierto es que su mente viajaba hacia el hombre que había tras ella y su ligera sombra caminando de un lado a otro del invernadero. Cuando Adeline llegó con una cesta llena de provisiones para un tentempié, tuvo la excusa perfecta para girarse y no solo comprobó que el duque de Nordville estaba frente a un microscopio realizando anotaciones, sino que, además, estaba cubierto por una bata marrón que protegía su atuendo.

Aquello no era una simple colección sin más, ni una afición de un caballero solitario… su trabajo allí iba más allá de todo eso, ¿Es probable que estuviera llevando acabo una investigación?, ¿Y con qué fin si él mismo había dicho que no deseaba afán de protagonismo?

«Servir al conocimiento» había dicho él, pero… ¿En qué modo? Si no fuera tan hermético y distante, sabía que era muy posible que estuviera frente al caballero más interesante que había conocido en toda su vida.

Capítulo 23

Linette pudo comprobar durante los tres días siguientes que el duque no le prestaba la más mínima atención dentro de aquel invernadero. Puede que el primer día se obligara a no dedicarle ni una mirada, pero comenzó a girarse fingiendo que debía estirar su espalda y cuello cada poco tiempo y comprobó por sí misma como éste estaba abstraído en sus quehaceres. A veces, incluso desaparecía del último punto donde lo había visto y ni siquiera era capaz de encontrarlo. Lo mismo podía estar estudiando los esquejes, que mezclando sustancias con instrumental preciso, analizando algo bajo el microscopio, observando lo que ella creía que podrían ser semillas, anotando cosas en un cuaderno de cuero que siempre llevaba consigo o tratando de algún modo particular a alguna planta. Incluso una vez había llenado la mesa con varios tipos de tierra que luego se dispuso a mezclar y envasar de nuevo en sacos.

Sin duda, era un hombre lo suficiente particular para que llamara su atención, sobre todo porque nunca había visto a su propio padre inmiscuirse de forma tan precisa en alguna labor y eso que era propietario o socio de multitud de empresas, además de tener su propia fortuna a través del ducado.

En aquellos tres días, el duque de Nordville había rechazado todos y cada uno de sus bocetos y, por algún motivo ella no había replicado. ¿Era quizá porque prefería estar allí en lugar de quedarse

recluida en casa? Quisiera reconocerlo o no, el invernadero era un lugar reconfortante, agradable y con unas vistas espléndidas. Sin duda prefería estar allí a pesar de que el duque nunca establecía conversación con ella a lo largo de la mañana, simplemente le pedía que le entregara los dibujos antes de dirigirse hacia el palacio para el almuerzo.

—La proporción no es adecuada. Repítelo —dijo observando el primero—. Los trazos deben ser más suaves o darían lugar a una equivocada interpretación del grosor de las hojas. Repítelo. Estas flores no están definidas correctamente. Repítelo. El tallo de esta planta es triangular, no circular. Repítelo —añadió descartando todos los dibujos en los que había estado trabajando durante la mañana como si no le importara lo más mínimo que ella hubiera empleado múltiples horas en ello.

Le había advertido que sería exigente, pero Linette comenzaba a sospechar si dicha exigencia era para martirizarla o si realmente aquel trabajo era tan importante para él que deseaba alcanzar una perfección exhaustiva y precisa a un nivel que ella no era capaz de lograr. Aún así, no es que le importara, si continuaba perdiendo el tiempo era problema del duque, no suyo. Probablemente no sería capaz de hacer ni un solo dibujo de su aprobación antes de marcharse de aquel palacio, más aún cuando el dolor de su pierna estaba disminuyendo día tras día y eso significaba que en pocas semanas tal vez el doctor Hemrson le permitiría dar sus primeros pasos.

—Lleva rechazando todos mis bocetos durante tres días, incluso cuando realizo los cambios que indica, saca otros defectos que no ha mencionado con anterioridad. Tal vez si me dijera para qué quiere exactamente estos dibujos podría plasmar lo que desea —concluyó sin alzar la voz o enfadarse a pesar de que durante todos aquellos días había tratado de morderse la lengua para no responder, solo por la simplicidad de no darle aquella satisfacción o más bien porque no deseaba que prescindiera de ella.

No estaba allí por voluntad propia, pero tras el primer día había descubierto que le encantaba. Quería creer que era por el

lugar en sí, que en cierto modo era muy reconfortante, pero tenía que reconocer que le gustaba seguir los pasos metódicos del duque, como si observarle se hubiera vuelto una adicción de la que pudiera desvelar por los minúsculos detalles que era lo que el duque de Nordville se empeñaba en ocultar. Le observaba cuando él estaba distraído en sus quehaceres, convencida de que era imposible que pudiera percatarse de como lo miraba ya que estando allí, él la trababa con menor condescendencia que a cualquier planta de las que allí se hallaba.

—Si su escasez de esfuerzo es para condicionar que revele el propósito de estos bocetos, está equivocada. Saberlo no cambiaría en nada la precisión que exijo.

—No confunda contención con falta de esfuerzo. Cumplo lo que se me pide, no lo que usted supone. Pero no espere entusiasmo cuando se exige precisión sin contexto: eso no es rigor, es capricho.

—¿Así que reconoce que se ha estado conteniendo? —exclamó inclinándose parcialmente sobre ella y mirándola a los ojos como hacía días que no la trataba.

Aquel acercamiento hizo que la misma sensación que había provocado su azoramiento el día que la trajo en su caballo volviera a ella. Desde ese momento se adelantó a los movimientos del duque para que no tuviera que volver a cogerla en brazos, así que con la ayuda de Adeline para apoyarse en ella y dejando caer todo su peso en su pierna sana, había logrado subir y bajar la escalera. Si el duque estaba feliz o no por el hecho de no tener que volver a cargarla, lo cierto es que no le había hecho ninguna referencia.

—¿Hemos vuelto a las respuestas con preguntas? —exigió Linette sin responder abiertamente.

—Muy bien. Sus dibujos formarán parte de una investigación que estoy llevando a cabo. No creo que necesite saber la finalidad de dicho estudio para ser más… concisa en sus bocetos. —Aquello sería probablemente la única información que lograría sonsacarle y ya era un gran avance.

Linette había sospechado el primer día que podría tratarse de un glosario o un manual para el cultivo especifico de algunas plantas, pero después de verle trabajando aquellos tres días, empezaba a ser contraria a esta idea, quizá también reforzada porque de ser algo tan simple, dudaba que el duque quisiera ocultárselo con tanto afán.

—¿Su misticismo respecto a esta investigación solo es debido a que desconfía de mí o es porque tiene competencia real en lo que está investigando?

—Creo que no importa la respuesta cuando la finalidad sigue siendo la misma.

Linette frunció el ceño y se inclinó aún más hacia él sin ser del todo consciente de lo que suponía acortar aquella distancia aún más, probablemente había sido un impulso ante la necesidad de no sentirse inferior ante el duque.

—Importa. He leído bastantes libros sobre botánica, de hecho, reconozco más de la mitad de las plantas que alberga en su invernadero y podría recitar perfectamente su procedencia o cuidados —puntualizó con énfasis—, y sé perfectamente que compartir opinión sobre sus avances solo podría traer beneficios ante una perspectiva distinta para su investigación.

Observó como el duque fruncía el ceño y se apartaba ligeramente.

—Así que imagino que pretende que comparta todos mis avances con usted para… ¿Debatirlos?, ¿Cree que me puede proporcionar una visión que desconozco? —Alexander se apartó y comenzó a reír con aparente perplejidad—. ¿Ese es su compito?, ¿Obtener información con la que luego poder coaccionarme o utilizar en mi contra?

La idea de que tuviera que medir cada una de sus palabras porque el duque decidiera ponerlas en duda comenzaba a pesarle. Ni siquiera sabía porqué se había ofrecido a que compartiera sus investigaciones e ideas con ella. ¿Tal vez era por su curiosidad?, ¿Por que necesitaba un aliciente que no fuera la autocompasión por sí

misma? ¿O porque realmente encontraba aquello interesante y no podía evitar luchar contra esa necesidad de estar cerca de él?

—¿Sabe qué? Tiene razón. Todo esto no es asunto mío, en un par de semanas me marcharé de aquí —decretó apartándose y agradeció que Adeline se acercara a ella para empujar su silla hacia el exterior donde Herald las esperaba en el carromato.

¿Los modales del duque se contagiaban? Porque era la primera vez que se marchaba sin despedirse y sin ser cortés, incluso sin llegar a importarle lo que este podía opinar de su comportamiento.

Durante el resto del día no se dignó a hacer ninguna aparición para no volver a cruzarse con el duque, sino que decidió almorzar y cenar en su propia habitación para dejar bien clara su postura. ¿A él le importaría? En absoluto, probablemente hasta lo agradecería y eso la frustraba aún más.

Aprovechó su propio encierro impuesto por sí misma para darse un baño completo y cuando aún continuaba dentro de aquella bañera con el agua caliente cubriendo su cuerpo, escuchó los pasos de la alcoba del duque.

¿Qué hacía a esas horas en su habitación? Se había acostumbrado a sus horarios metódicos y sabía que se retiraba a sus aposentos casi a medianoche, generando en ella una gran curiosidad sobre qué tipo de actividad le entretendría hasta altas horas de la noche en su despacho. ¿Sería esa misteriosa investigación?, ¿Tan importante era?, ¿O quizá se ausentaba de palacio y nadie se lo había mencionado? Su imaginación había considerado múltiples opciones, pero ahora que le escuchaba al otro lado era incapaz de pensar si la discusión de esa misma tarde y su comportamiento posterior podría haber influido en la alteración de su estricto horario.

La idea de que solo existiera aquella puerta entre ambas habitaciones y de que esta ni siquiera tuviera un cerrojo que evitara poder cruzarla, provocó un azoramiento instantáneo en su cuerpo, así que rechazó por completo aquella idea ante lo descabellado que

suponía aquel pensamiento y comenzó a frotarse los brazos con dureza, como si raspar su piel pudiera quitar cada rastro de imagen que pudiera venir a su cabeza.

Los golpes en la puerta hicieron que Adeline se acercara con paso firme y Linette se hundió más en la bañera dejando que el agua envolviera su desnudez. La tensión de sus músculos se desvaneció cuando comprobó que solo se trataba de la señora Hadfork.

—¿Desea algo más, mi lady? —preguntó sorprendiéndola.

—No. Gracias. La cena era deliciosa —sonrió Linette como hacía de costumbre.

—Me alegro de que al menos alguien en esta casa la haya disfrutado —refunfuñó sorprendiéndola y a pesar de que era algo que no debía importarle, fue incapaz de resistirse a su curiosidad.

—¿El duque no ha querido cenar? —exclamó empleando un tono de aparente preocupación.

—No. Su excelencia ha recibido una misiva y ha ordenado ensillar su caballo, según parece tiene intenciones de salir.

¿El duque abandonaba su casa?, ¿Y la dejaba allí a solas?, ¿Pudiendo salir a hurtadillas? Bueno, no es que pudiera llegar muy lejos con la pierna rota, pero para alguien que desconfiaba completamente en ella, le parecía inverosímil y más aún… ¿De quien podía recibir una misiva para que decidiera salir con tanta urgencia a esas horas?, ¿Podría ser de Reishart? El miedo ante la posibilidad que se tratara de su marido hizo que sintiera un helor recorriendo cada parte de su cuerpo a pesar de que el agua estuviera aún caliente.

—¿Sabe de quien era esa misiva?, ¿Podría tratarse del señor Reishart? —preguntó con un hilo de voz.

—No, mi lady. Quiero decir. No lo sé. Lo cierto es que fue el propio duque quien recibió la misiva por parte del mensajero.

—Ya —advirtió volviendo a dejarse caer en la bañera—. Gracias de todos modos. Buenas noches, señora Hadfork.

No prestó demasiada atención cuando el ama de llaves se marchó de su habitación y tampoco a la verborrea de Adeline sobre lo inusual que solía ser el hecho de que el duque abandonase palacio, aunque sí acudía a dos eventos importantes en Nordville; la fiesta de la cosecha donde interactuaba con sus arrendatarios y la velada de los laureles, que se realizaba en nombre del duque de Nordville cada año. Mientras la envolvía en aquel camisón de algodón, Linette escuchó el motivo de aquella fiesta en la que no solo festejaba la nobleza, sino también el pueblo, llenando las calles de música, bailes y vino por doquier.

A pesar de la distracción, no fue capaz de conciliar el sueño una vez que Adeline se marchó y probablemente no lo haría hasta asegurarse que esa misiva no la había enviado su propio marido. La idea de que alguien como Reishart pudiera ponerle las manos encima la asqueaba y, ya fuera por esa certeza que la acechaba a pesar de saber que era lo suficientemente cobarde como para adentrarse en aquella casa a expensas de que el duque lo interceptara, supo que era el momento preciso para escribir a su hermana. Podría haber pedido papel y pluma a Adeline, pero eso habría significado que también se enterase la señora Hadfork y cuantas menos personas supieran el nombre a quien iba dirigida aquella misiva, mucho mejor. Se apoyó meticulosamente en los muebles de su propia alcoba hasta llegar a la puerta que conducía al dormitorio del duque y, cuando deslizó el pomo de la puerta, tal como había imaginado no existía ningún cerrojo que impidiera su acceso a la habitación contigua. La chimenea estaba prendida, así que sus ojos recorrieron la sobriedad que caracterizaba a aquella estancia. Paredes forradas en un verde esmeralda oscuro, molduras en lo que aparentaba ser un oro envejecido y aunque había escasez de muebles, estos estaban bien distribuidos comprobando que el orden riguroso no era solo una excepción del invernadero, sino que se trataba de un caballero refinado y pulcro. Incluso observó que la ropa que había debido quitarse antes de salir, permanecía doblada de forma adecuada sobre un sillón junto al armario. Se dio cuenta rápidamente de que allí no existía ningún secretaire, que albergara

todo lo necesario para la correspondencia y se maldijo por pensar que podría encontrar lo que necesitaba allí mismo, era obvio que el duque respondía sus misivas desde su propio despacho.

Apretó los puños y comenzó a regresar de mala gana a su dormitorio, hasta que vio el tomo que había sobre la mesita de noche y se acercó a cogerlo: Cautividad y liberación de Mary Rowlandson.

¡Estaba leyendo el libro que ella le había mencionado!, ¿Por qué? Bueno… tal vez solo le había generado curiosidad la simple mención, ¿no? Tampoco era tan extraño, aunque con el duque de Nordville todo era demasiado extraño a decir verdad.

Dejó el libro en la mesita de noche y regresó a su propio dormitorio a pesar de tener la certeza de que el insomnio y la incertidumbre no la dejarían dormir hasta la mañana siguiente. En cuanto se levantara conseguiría lo que necesitaba para escribir aquella carta, aunque la parte más difícil no era esa, sino como expresar a su querida hermana sin preocuparla que se había casado con el mismísimo demonio y que su vida estaba en manos de un hombre en el que no confiaba.

Capítulo 24

El duque de Nordville se apeó del caballo y ofreció las riendas a un jovenzuelo que se hallaba en los alrededores del edificio al que se dirigía al tiempo que le lanzaba una moneda. Solía frecuentar muy poco aquel lugar, pero eso no significaba que todos los allí presentes le reconocieran a pesar de su conocida reputación de reclusión. Algo con lo que había aprendido a convivir y que no le importaba.

Subió las escaleras y comenzó a sentir la música de un piano desde el fondo mínimamente apagada por las risas, el murmullo de las conversaciones, las chicas mezclando barajas de cartas y algún que otro jadeo desde rincones oscuros de la sala. Aquel no era cualquier burdel al uso, sino que tenía fama por su discreción y al mismo tiempo aceptación ante todo tipo de perversiones que él prefería no conocer. No era asiduo al local, pero admitía haber hecho uso de sus servicios en unas cuantas ocasiones, como tampoco descartaba por completo hacerlo esa misma noche, aunque no era el motivo principal de su visita.

Se acercó a la barra y pidió el mejor coñac de la casa y antes de que pudiera llevarlo a sus labios sintió la fuerte palmada en su hombro.

—¡Alexander!, ¡Amigo mío!, ¡Que grata sorpresa! —La voz de Archie le reconfortó, así que se giró hacia él y le agradó tener de vuelta un rostro conocido.

—Por tus escuetas palabras, supuse que te encontraría aquí medio borracho y festejando tu regreso. ¿Has encontrado lo que te pedí? —preguntó como si ese fuera el motivo real de su salida.

—¿Alguna vez no lo hago? Creo que me merezco que me invites a lo que sea que estes tomando, para una vez que decides salir de esa prisión que te has impuesto, habrá que celebrarlo.

—Sabes perfectamente cuáles son mis motivos —refutó de mala gana.

—Los conozco mejor que nadie —dijo alargando la mano para coger la copa de coñac que pertenecía al duque y comenzó a beberla él mismo.

—¿Has tenido incidencias?, ¿Alguna complicación? —preguntó cambiando de tema.

—He llegado antes de lo previsto. ¿Porqué tengo la sensación de que no estás aquí por eso?, ¿Ha pasado algo?, ¿Es otra vez tu hermanastro? —Alexander cogió la segunda copa de coñac que sirvió el camarero y la vació de un solo trago indicando que sirviera otra—. ¡Vaya!, ¡Deduzco que se trata de Reihart!

—Al parecer se ha casado —dijo en un tono de voz en el que se empeñó que no surgiese ningún tipo de emoción.

—Pobre desgraciada… —farfulló Archie—, aunque no sé en que puede afectarte dicho acontecimiento.

—Esa pobre desgraciada está en mi casa —confesó tamborileando los dedos sobre la barra porque su segundo coñac estaba tardando demasiado en ser servido—. Y me está desquiciando con su presencia.

Al notar el silencio por parte de su amigo, Alexander giró el rostro para observarle. Era la primera vez que veía a Archie sin saber qué decir y con el rostro completamente desencajado.

—¿Me explicas en qué parte de toda esta historia la esposa de tu hermanastro acaba en tu casa? Porque creo que me he perdido bastante…

—Lo único que puedo contarte es que apareció en plena noche hace más de dos semanas, medio moribunda y con una pierna fracturada, aseguraba ser la esposa del señor Reishart, pero ni rastro del canalla de su esposo. El propio Hemrson pensó que no sobreviviría, pero lo hizo, tanto ella como su provocadora lengua ya que estamos… —dijo agradeciendo que llegase el segundo coñac y a pesar de desear volver a vaciarlo de un solo trago, esta vez se obligó a degustarlo un poco más—. Y se niega a revelar su identidad, la de su familia o los verdaderos motivos por los que se encuentra en el condado de Nordville. Aunque asegura ser la hija de un duque.

El prolongado silencio por parte de Archie no ayudaba a su situación, si precisamente había deseado que su gran amigo y confesor volviera de su viaje era para sosegar la intranquilidad que lady Linette ejercía sobre él.

Esa misma tarde había notado la perturbación que significaba el voto de reclusión que ella había hecho en su propia alcoba y, sentir de nuevo el silencio en aquella casa sin la melodía a la que empezaba a acostumbrarse, los diálogos que acababan en discusiones sobre puntos de vista distintos durante los almuerzos o las cenas y, sobre todo, aquella presencia exquisita que llenaba cualquier espacio comenzaba a afectarle.

Había intentado alejarla de él, decirse a sí mismo que no afectaba sus sentidos, que no era tan hermosa como realmente era, pero lo cierto es que sentía su presencia aunque no la observara, perforaba sus sentidos con esa maldita fragancia y, aunque ardiera en el infierno y se odiara a sí mismo por hacerlo, su cuerpo reaccionaba con su simple presencia.

¡Era la maldita esposa de su hermanastro! Desearla no solo era un pecado, sino una verdadera infamia, más aún cuando estaba claro que sus intenciones no eran, ni serían honestas.

—Está en tu casa, ¿Sola?, ¿Sin rastro de Reishart? —exclamó al fin Archie.

Alexander no tenía ganas o ánimo de responder, así que simplemente asintió con un gesto afirmativo de cabeza mientras

daba otro trago.

—Eso es extraño hasta para alguien como él. Y el que haya logrado casarse con la hija de un duque es cuanto menos absurdo. ¿Crees que miente?, ¿Es posible que solo sea una impostora?

A Alexander le encantaría decir que si, que solo se trataba de una sin nadie con ínfulas de nobleza, pero había tenido tiempo suficiente para comprobar por sí mismo que la joven estaba bien instruida y que por mucho que tratara de fingir los modales de una dama, había matices que la delatarían. Aún así, el silencio de la muchacha provocaba que sus dudas aumentaran.

—En cuanto a mentir sobre su relación con Reishart, no tendría motivos para hacerlo, eso solo la perjudica. Y le he dejado muy claro que no es bienvenida en mi hogar. En realidad, lo único que me interesa de todo esto, es que se recupere de esa maldita pierna y se largue de mi casa cuanto antes. Por más que haya encontrado que me sea útil en algo, no veo el momento de que se marche.

La risa de Archie le desquició, incluso aún más que la afilada lengua de su huésped.

—¿En que podría serte útil la esposa de Reishart? —exclamó confuso.

—Sabe dibujar bastante bien… y así puedo tenerla controlada en el invernadero.

—Espera. Espera. Espera. ¿Has dejado que entre en tu invernadero?, ¿A la esposa de tu hermanastro? Te recuerdo que me juraste aquí mismo que no ibas a involucrarte en nada que tuviera que ver con él, aunque fuera una cuestión de vida o muerte.

—No me lo recuerdes… —afirmó vaciando su copa y robándole a Archie la suya para hacer exactamente lo mismo.

—Espera un momento —anunció su amigo—. Ni siquiera has estado así de alterado cuando descubriste que había estado estafando a tus arrendatarios. ¿Que es lo que me estás ocultando, Alexander? Te conozco lo suficiente para saber que a ti pocas cosas te perturban y no creo que una simple mujer… —su voz se acalló y

notó como el duque esquivaba la mirada—. ¿Por qué has metido a esa mujer en el invernadero? Los dos sabemos que, aunque te lleve mucho más tiempo, harías esos dibujos tú mismo mejor que nadie. ¿Que pasa con ella?

—No pasa, ni pasará absolutamente nada —terció de mala gana provocando que Archie le ofreciera un rostro de mayor confusión—, la única razón por la que he dejado que entre en el invernadero es para tenerla controlada.

A pesar de que Archie no pareció replicar ante ello, lo cierto es que conocía lo suficiente a su amigo para que no lo dejase estar y, a fin de cuentas. ¿No había ido hasta allí porque no soportaba la idea de permanecer en su propia casa? Más bien lo que no soportaba era tenerla al otro lado de su habitación, algo por lo que no podía culparla ya que había sido él quien la había instalado allí, aunque solo fuese por practicidad sin pensar en lo que esto supondría para su propia cordura.

—Si realmente la has dejado entrar en ese maldito lugar sagrado para ti y del que te recuerdo que apenas dejas que entre otra persona para tenerla controlada, ¿Por qué la has dejado sola?, ¿Que ha hecho para que abandones tu amada reclusión?

Alexander suspiró y se llevó la mano a la sien como si aquellas copas de coñac que había bebido con tanta rapidez le hubieran provocado un efecto inmediato.

—Alexander. Estas empezando a preocuparme —insistió su amigo al ver que no respondía.

—Me atrae. ¿Vale? —confesó sintiendo que una parte de él se fustigaba a sí mismo por sentir ese innato deseo hacia ella—. Por esa misma razón necesito que se vaya cuanto antes. ¡Maldita sea!

—Vale —aceptó Archie guardando la calma—, vayamos punto por punto. ¿Ha intentado seducirte? Quizá forma parte de la estrategia de Reishart, no me sorprendería que…

—No. En absoluto. De hecho, no para de recriminar mi falta de modales y recalcar que ser caballeroso no va asociado al título.

Las carcajadas de Archie no se hicieron esperar y que su amigo se estuviera riendo a su costa no era algo que le entusiasmara precisamente.

—Esa muchacha me caería bien si no fuera la esposa de tu hermanastro —afirmó pidiendo otras dos copas más.

—Pero lo es. Y está claro que él la ha dejado en mi casa por una razón. Sea cual sea el juego que se trae entre manos, no pienso permitirme caer.

—No pareces tenerle gran estima y no sería la primera muchacha hermosa a la que te resistes. ¿Por qué no eliges a una de esas atractivas meretrices que hay por aquí y pasas un buen rato? Seguro que la olvidas fácilmente.

Alexander no iba a mencionar que ninguna de esas meretrices podía compararse con lady Linette, es más, probablemente acercarse a cualquiera de ellas solo conseguiría resaltar la belleza de la joven y era algo en lo que prefería no pensar.

—En otro momento. Se ha hecho demasiado tarde y prefiero regresar para comprobar que todo está en orden. Te espero mañana como de costumbre.

—Allí estaré sin falta, su excelencia —dijo cogiendo las dos copas de coñac que pensaba beberse él mismo.

—¡No pienso aceptar que tu derrota es debida a la resaca! ¡Más te vale dar la talla, llevo demasiados días sin entrenamiento! —gritó mientras se alejaba y salía del burdel hacia el mismo lugar donde había dejado su semental al muchacho. Le lanzó otra moneda antes de recuperar las riendas de su caballo y poner rumbo a casa.

Era noche cerrada, pero conocía como la palma de su mano aquellos caminos para saber que dirección debía tomar de regreso. Era infrecuente encontrar asaltantes por aquella zona, aún así, aligeró el paso lo suficiente y estuvo atento a cualquier movimiento que pudiera apreciar en la oscuridad. Apenas había viento y el cielo estaba extrañamente despejado, era una de esas noches plácidas en las que podría haber disfrutado de los placeres que ofrecía ese burdel en el que había estado, así que apretó los dientes con rabia

porque a causa de su maldito hermanastro también le había sido arrebatado aquello.

Entró directamente en las caballerizas y metió a su semental en la cuadra, despojándole de la silla y palmeando el lomo del animal para calmarle. Ni el alcohol, ni la cabalgata, ni el frescor de la noche conseguían aliviar el mismo desasosiego que había provocado que saliera de su hogar.

Esa maldita muchacha… ¿Por qué le afectaban tanto sus actos? Que se hubiera recluido en su habitación. Que volviera a sumergir todo su hogar en un silencio tan abrupto que no dejaba de recordarle el motivo por el que vivía completamente recluido, lo desconcertaba.

Y no era capaz de soportarlo.

¡Maldita fuera esa mujer y maldito su hermanastro por traerla!

Se dirigió con paso firme hacia la casa y no se sorprendió al encontrar todo en completa oscuridad ya que había dado instrucciones precisas al servicio para que no le esperase despierto. Llegó hasta la segunda planta y pasó por la puerta que correspondía a la alcoba adyacente a la suya, por algún motivo su ritmo se detuvo, quizá porque quería descubrir si escuchaba algún ruido procedente de la habitación, pero se obligó a sí mismo a caminar unos cuantos pasos más y entró directamente en su propio dormitorio.

El candor que lo envolvía continuaba lacerando cada ápice de su piel, pero cuando percibió la fragancia de toques florales que envolvía el lugar supo que ella había estado allí.

Ni siquiera se lo pensó dos veces cuando colocó la mano en el pomo que abría la puerta entre ambas habitaciones y empujó con ímpetu. Le importaba muy poco que estuviera dormida, iba a decirle por las buenas o por las malas qué demonios quería de él, porqué estaba allí y, de no ser por la seguridad que albergaba en que no habría podido sustraer nada de valor de su propio dormitorio, revolvería cada rincón de aquella estancia para saber si podía

haberse llevado algo. ¿Es posible que también hubiera espiado en su despacho? Todos los documentos de valor estaban bajo llave, pero… ¿Y si aquella mujer también era también capaz de forzar cerraduras? No sabía nada de ella, podría haber mentido incluso al decir su nombre y suplantar la identidad de otra mujer, aunque una parte de él le dijera que, si realmente fingía ser alguien que no era, se habría construido una historia mucho más verosímil que aquel misticismo que la rodeaba y que solo provocaba más desconfianza sobre ella.

Su forma de irrumpir fue tan abrupta que se dirigió al lecho pensando que la encontraría plácidamente dormida, pero no contaba con que ella no solo estuviera despierta, sino agazapada junto a la chimenea.

—¡Habéis entrado en mi dormitorio! —rugió como si eso fuera la excusa suficiente para irrumpir sin ningún tipo de aviso.

No le importaban las normas, aquella era su casa, él era el señor de todo y podía disponer a su antojo. Conocía de sobra las consecuencias que podría tener que se encontraran a solas en aquella alcoba sin compañía y, a pesar de saberlo, era la segunda vez que lo hacía.

A Linette no le importaba que él supiera que se había inmiscuido en sus aposentos como una fisgona, en realidad le importaba muy poco el concepto que pudiera tener de ella. Solo había algo que quería saber y que le había robado por completo el sueño y dicho sea de paso su sosiego.

—¿Ha ido a encontrarse con el señor Reishart?, ¿La misiva era de él? —preguntó con temblor en su tono de voz dejando entrever que estaba realmente asustada.

Hasta ahora había creído que en aquella casa podría estar a salvo, que mientras su pierna estuviera fracturada o permaneciera al lado del duque de Nordville, Reishart no se atrevería a venir sin más para llevársela. Pero ante la forma repentina en la que él se había marchado, solo pudo pensar en la fragilidad de su situación y en que, aunque no quisiera admitirlo, su marido podría disponer cuando quisiera y como quisiera de ella.

Las lágrimas casi asomaban a sus ojos a pesar de que no quería mostrar aquella vulnerabilidad ante el duque y observó como este la contemplaba sin decir nada, algo que provocaba aún más el temor en ella y eso la hizo perder el equilibrio cuando se alzó rápidamente como si su cuerpo pidiera actuar ante el frenesí de aquel miedo que la consumía.

Alexander observó la turbación de la joven y por instinto propio actuó rápidamente hasta sostenerla con ambas manos por sus propios brazos. En todo el tiempo que llevaba allí jamás la había visto en ese estado y aquella furia que le hizo entrar en su habitación se desvaneció por completo.

—¿Que os sucede?, ¿Os encontráis mal?, ¿Tenéis fiebre de nuevo? —exclamó alzando una mano para tocar su frente.

Estaba cálida, pero no sabía si se debía al hecho de hallarse junto al fuego o que las fiebres habían regresado de nuevo a ella. ¿Tal vez le había exigido demasiado obligándola a pasar horas fuera de palacio en el invernadero? Él estaba acostumbrado a ello, pero para la joven era algo nuevo.

—¿Era Reishart?, ¿Es él?, ¿Está aquí?, ¿Ha venido por mí? Tengo que irme… —Linette trató de apartarse del duque y él la sostuvo con una mayor firmeza—. No me podéis entregar a él… no… aunque sea mi esposo… no puedo ir con él, hará cosas terribles… cosas que… —La voz se le rompió mientras intentaba apartarse con más fuerza y su cuerpo temblaba con mayor ímpetu.

Alexander la rodeo con sus brazos solo para impedir que pudiera hacerse daño a sí misma al evitar que cayera debido a la falta de apoyo de su pierna y ejerció presión alrededor de su cuerpo notando que el impulso de escapar de él disminuía.

—La misiva no era del señor Reihart —afirmó con calma al mismo tiempo que notaba como lady Linette dejaba de moverse—. Se trataba de otra persona a la que necesitaba ver con urgencia —mintió para no revelar que el verdadero motivo de su salida había sido precisamente ella.

—¡Oh! —exclamó Linette—. Lo siento. Yo… lamento haber entrado a hurtadillas en su alcoba. No volverá a suceder y… —alzó el mentón sin apartarse del duque, sintiendo aún como sus manos la rodeaban.

—¿Por qué está realmente aquí, lady Linette? —preguntó observándola directamente a los ojos como si quisiera ver en ellos la verdad, esa que tanto empeño tenía en ocultar.

Linette sabía que debería apartarse porque aquello estaba mal, que un caballero que no era su esposo estuviera en su propia alcoba y, además, estrechándola entre sus brazos rozaba lo obsceno y lo indecoroso, más bien podría considerarse una traición y, aún así, jamás en toda su vida se había visto tan reconfortada como lo hacía en brazos de aquel hombre.

—Ni siquiera sabía donde estaba cuando él me obligó a salir del carruaje. ¿Cree que me revelaría sus intenciones ocultas? —exclamó sin tener que especificar de quien se trataba—. Tengo tantas razones o más que usted para despreciar a ese hombre y si tiene un plan retorcido en mente, no voy a dejar que me utilice.

Linette sintió como una de las manos del duque recorría su espalda hasta acariciar su hombro y enredarse en la parte de atrás de su cuello, obligándola a no apartar la vista de él. El fuego crepitaba tratando de romper aquella tensión que se había creado entre ambos, pero era más intenso el candor que ella lograba ver en el ligero verdor de sus ojos y eso solo acentuaba que su pulso se acelerase sin control junto a la presión que sentía en su pecho.

Alexander apartó la vista de su mirada para dirigirse de forma inconsciente a sus labios, en ese justo instante notó como ella los entreabría y de ellos emitía un leve jadeo.

—Nunca confiaré en usted… —Su voz sonó más ronca de lo que pretendía conforme continuaba hipnotizado en la forma perfecta que creaban sus labios.

—Nunca le he pedido que lo haga —cercioró Linette sintiendo como el ligero aroma a coñac invadía su olfato a la par que se daba

cuenta de que sus dedos se movían en torno a su nuca sin tener intención de soltarla.

El modo cercano en que la tocaba, esa complicidad de su cuerpo junto al suyo era tan opuesta a lo que generaba con sus palabras, que mientras su mente evocaba un rechazo directo hacia el duque, su cuerpo, muy por el contrario, lo buscaba con anhelo.

—Debería descansar. Es tarde y mañana debe continuar con su jornada laboral —advirtió apartando la mano que rodeaba su nuca y sintiendo aún el calor de su piel en cada uno de sus dedos.

—Si. Desde luego. Una jornada infructífera en la que ninguno de mis dibujos estará a la altura de sus expectativas, ¿No es cierto? Me pregunto si esa exigencia de perfección es lo que le ha hecho que no pueda soportar la presencia de ninguna otra persona.

—Ha sido instalada en una alcoba junto a la mía, comparto mi espacio de trabajo con usted y he permitido que se quede a pesar de desconocer por completo su procedencia. Diría, lady Linette que puedo tolerar muy bien a una completa desconocida. Por no mencionar que le he repetido en más de una ocasión, que no es a usted a quien detesto —afirmó aún con la mirada fija en su rostro y en aquellos ojos que vibraban de un color similar a una noche de tormenta.

—Para no detestarme, tiene un modo muy peculiar de obrar haciendo todo lo contrario —refutó ella—. Iniciando por el modo en que ha irrumpido en mi alcoba hecho una furia.

—¡Usted es la única culpable de que así fuera! —clamó volviendo a sostenerla con ambas manos cuando Linette trató de separarse de él.

—¿Y qué pensaba hacerme?, ¿Que es lo que pretendía reclamar cuando entró hecho una furia antes de verme?, ¿Iba a echarme de su casa?, ¿Pretendía fustigarme por haber entrado en sus aposentos a escondidas?, ¡Dígalo!, ¡Confiese de una vez que me detesta!, ¡Que solo está buscando la excusa que necesita para congratularse a sí mismo de que actúa en el modo correcto!

—Si actuase del modo correcto no estaría aquí a solas con usted. Ni vos os hallaríais en esta alcoba. Y desde luego no la estaría sujetando para evitar que cometa una imprudencia y termine siendo coja de por vida. Y si la detestara, no estaría conteniéndome en este preciso instante.

Linette frunció la frente sin comprender a qué se refería.

—Adelante. No se contenga —refutó alzando el mentón sin esperar que lo que el duque de Nordville haría, sería muy distinto de lo que imaginaba.

—Usted lo ha querido… —murmuró tan rápido que a ella no le dio tiempo a escucharlo.

Sintió como el rostro del duque se inclinaba sobre el suyo y antes de prever sus intenciones, percibió como sus labios se unían a los de ella. La fuerza con la que la sostenía hacía competición con el ímpetu de su boca atrapando la suya. No lo había esperado. Ni siquiera lo había imaginado, pero por todos los infiernos que sí lo había deseado.

Capítulo 25

El estremecimiento que recorrió su cuerpo ante aquel cúmulo de emociones no se hizo esperar, incluso el gemido que escapo de sus labios fue apagado por los de su oponente que la sostenía con firmeza mientras movía su boca con intensidad provocando que ese candor que sentía en el interior de su abdomen se esparciera hacia otras partes de su cuerpo.

Linette había imaginado cientos de de veces que se sentiría al besar a un hombre, cuál sería su reacción, y, sobre todo si podría ser tan especial como creía.

Y aquello superaba con creces sus expectativas.

Nada de lo que había supuesto o imaginado podía acercarse a esa realidad ardiente y vulnerable al mismo tiempo. No era solo el contacto de sus labios poseyendo los suyos, sino la forma en que parecía leer su propia reacción y como era capaz de sostenerla con tanta firmeza hasta el punto de que nada en ese mundo podría arrebatarle ese instante.

Aquel era su primer beso. Uno por el que había esperado veintidós años creyendo que debía ser especial, único, magnífico y que para que eso sucediera, debería amar sin límites al hombre que se lo diera.

Como si fuera consciente de a quien estaba entregando su primer beso, abrió los labios conmocionada y sintió como el duque

aprovechaba aquel momento para invadir su cavidad con la lengua, logrando que se enredase con la suya y sintiendo que algo en su interior se rompía cuando ese mismo candor se transformaba en un fuego sin control.

Sin ser consciente de ello se perdió en la danza que protagonizaban sus lenguas a la par que la suavidad de sus labios la envolvían y alzó sus manos hasta que sus propios dedos se perdieron entre el cabello suave y sedoso para obligarle a mantener el ritmo, invitándole a que no abandonara su boca, sino a continuar deleitándola del mismo modo.

Alexander no había esperado sentir la respuesta innata de ella y el placer que ese gesto le hizo sentir logró que perdiera la poca cordura que aún quedaba en él, perdiéndose en el deleite que sus besos le otorgaban. La alzó con una sola mano y camino junto a ella hasta la pared mas cercana, donde presionó su cuerpo junto al suyo y gimió ante lo que suponía sentir el contacto a través de aquel fino camisón que la cubría. Poder tocar su cuerpo a través de la tela le enloquecía, pero aún lo hacía más la entrega de ella.

Linette no entendía de donde venía ese ardor que la ensalzaba a desear más de sus besos hasta el punto de no importarle quien era él, quien era ella o cuáles eran sus circunstancias. Ese mismo ardor la consumía, clamaba por algo que aún desconocía y que deseaba alcanzar y, sobre todo, había anulado cualquier pensamiento o razón salvo aquel ferviente deseo de continuar besándole.

El silencio que los envolvía no era vacío, sino expectante. Cada respiración acompañada del fulgor que les rodeaba parecía un acuerdo tácito para no romper aquel momento, sino más bien para sostenerlo como si ambos lo necesitaran. Alexander agarró con firmeza su cadera obligándola a abrirse de piernas para él mientras la empujaba con su cuerpo y se restregaba contra ella enloquecido por el contacto. Aquel estremecimiento entre ambos encendió un fuego aún más intenso que el que tenían a su lado, logrando que el ansia de devorarse mutuamente les consumiera. Su cercanía era tan

absoluta, que podía percibir el leve temblor que ella desprendía, como si su cuerpo respondiera muy por encima de su mente.

Linette estaba envuelta en el calor que emanaba el cuerpo de él, la cadencia de su respiración y la forma en que su presencia parecía reclamarla sin siquiera pronunciar palabra alguna. El ardor que se había apoderado de ella no se disipaba, al contrario, se concentraba volviéndose más agudo, imposible de ignorar, haciendo que ese instante fuese el más maravilloso de su existencia.

El vértigo la alcanzó de lleno cuando notó como la mano con la que él aferraba su nuca se dirigió a la parte más sensible de su cuerpo y sintió que ese contacto íntimo y febril la enloquecía. Apenas fue necesario un roce por encima de su ropa interior para que ella mordiera los labios de él en un gesto impropio y en cuanto lo hizo, notó como el duque dejó de besarla y el vacío que delegó al apartar sus besos fue abrumador.

Alexander se apartó con cuidado de ella dejando que colocara sus pies en el suelo mientras su espalda continuaba apoyada en la pared y tuvo que apartar la vista de la joven para no correr el riesgo de seguir su propio instinto y besarla de nuevo. Cerró los ojos sintiendo el torbellino de emociones que lo consumía. No era solo ese deseo hacia ella lo que lo empujaba, sino una confusión peligrosa que amenazaba con arrasarlo todo. Aprovechó ese destello de lucidez que había provocado que pusiera distancia entre ambos siendo consciente de que había límites que no debía cruzar y ese era uno inquebrantable, aunque aquella certeza fuera amarga de aceptar.

—Le expreso mis disculpas. Esto no debía acontecer. Y desde luego, es algo que no volverá a suceder. —Su voz estaba cargada con aquel conflicto interno que tenía hacia sí mismo, pero aún así no espero una respuesta de la joven, realmente él mismo era consciente de que sus palabras obraban muy distintamente a su propio instinto carnal que le llevaba a desearla de nuevo.

Se marchó sin mirar atrás, cruzando la puerta que le llevaba a su propia alcoba y maldiciendo el instante en que había decidido que era una buena opción tenerla a su lado.

Linette no supo cuanto tiempo se quedó observando el espacio vacío que él había dejado. Puede que el aire se moviera, que el fuego siguiera consumiendo aquellos troncos de madera, pero ella sabía que todo había cambiado.

Se llevó instintivamente una mano a sus labios de forma temblorosa, sin poder aún creer que un único beso, solo uno, había podido transformar todo cuanto ella imaginaba o pensaba al respecto. No amaba a ese hombre, es más, estaba segura de que le detestaba por su comportamiento y su falta de modales, pero sí sentía una atracción innata, la suficiente para haber logrado que cuando selló sus labios con los suyos perdiese el control.

Por primera vez había sentido de verdad, anhelado con fiereza algo a lo que ni siquiera podía describir o poner nombre y había sido él, justo ese hombre que lograba sacar un temperamento hasta ahora desconocido en ella.

¿Era eso la pasión?, ¿El ardor?, ¿Aquello es de lo que le había hablado su hermana y su tía Julia? Jamás podría haber sentido algo así por el señor Reishart, ni siquiera antes de saber que era un infame canalla deleznable del que su simple recuerdo le producía escalofríos.

Aquella sacudida de realidad fue como impulso que la hubiera desarmado y la hacía ser consciente de su propio latido desbocado y del hombre que lo había provocado. Desear al duque estaba mal. Pensar simplemente en él de ese modo era inapropiado. Y, aun así, a pesar de todo lo que su conciencia le decía, solo era capaz de evocar esa sensación de candor de la que aún le quedaban resquicios. Con una mezcla de asombro y duda, comprendió que la pasión no pedía permiso, ni se anunciaba con delicadeza. No. La pasión podía nacer desde el desprecio o la altivez y llegar sin previo aviso como lo hace una tormenta de verano, como esas que arrasan todo a su paso y como en su caso se había llevado las certezas, los juicios e incluso las promesas hechas a sí misma.

El duque de Nordville había prendido una llama en ella y negarse a admitirlo solo haría que ardiese con mayor fiereza, aunque eso significara ser consciente de que al igual que él había

admitido antes de marcharse, esa situación no podría volver a repetirse.

La mañana era lluviosa cuando la luz de un nuevo día la despertó y se detuvo comprobando como la silueta de Adeline le acercaba la bandeja del desayuno.

—Hoy puede tardar un poco más si lo desea, su excelencia no se dará cuenta —sonrió la joven mientras le servía el café en una taza de porcelana y Linette aún no era del todo consciente por la somnolencia.

—¿A qué se refiere?, ¿No está en palacio? —preguntó justo antes de añadir si salió de nuevo porque eso significaba que había sido muy consciente de su regreso, algo que le trajo recuerdos de la noche anterior.

Los mismos recuerdos que le habían hecho soñar despierta y que le habían hecho restar horas de sueño de las que ahora notaba con determinación por ese leve dolor de cabeza.

—Su excelencia está en el campo de entrenamiento, así que iniciará su jornada en el invernadero un poco más tarde que de costumbre —mencionó Adeline sin demostrar que aquello fuera una novedad.

¿Era posible que hubiera modificado su comportamiento por lo sucedido la noche anterior?, ¿Tal vez era un modo para evitarla?

—¿No será una excusa para que llegue tarde y poder reprochármelo? —exclamó Linette solo para obtener más información sin demostrar que realmente deseaba tener respuestas.

—Puede estar tranquila, mi lady. Yo misma le he visto caminar junto al señorito Archie hacia el campo de entrenamiento —dijo mientras sacudía las sábanas—. ¡Ah sí! El señorito Archie es como un hermano para el duque, estaba fuera de viaje, al parecer llegó anoche. Debió ser él quien envió la misiva para avisar de su regreso.

Aquella información sosegó su apetito curioso y se tomó el café a sorbos suaves mientras imaginaba qué tipo de hombre debía ser ese señor Archie para tener una relación de amistad y casi familiar con el duque. Evidentemente debían conocerse desde hacía

muchos años y probablemente sabría todos los detalles por los que su excelencia llevaba aquel tipo de vida tan excéntrico y solitario.

A pesar de utilizar un paraguas, no logró evitar que la lluvia mojara su capa y de paso, la silla de ruedas, así que aprovechando la ausencia del duque para sentarse en su silla de trabajo, la misma que había visto como él ocupaba cada vez que hacía anotaciones en su cuaderno y miraba a través del microscopio. Sus ojos se pasearon por toda la zona de trabajo sin ver ese cuaderno en piel marrón que siempre le había visto llevar consigo, probablemente se lo llevaba a su despacho para repasar todo su trabajo, pero estaba segura de que la información que anotaba en ese cuaderno era la respuesta a esa misteriosa investigación.

Ojeó entre algunos papeles esparcidos descubriendo algunos dibujos a medio hacer con un detalle preciso y se preguntó si el duque habría tenido algún otro dibujante a su servicio o si realmente podrían ser de él. Le había mencionado que él mismo podría dibujar, pero le llevaría más tiempo… ¿Era quizá una excusa y perdida de tiempo lo que realizaba con ella? Estaba claro que quien fuera que hubiera realizado esos diseños, tenía una pluma exquisita y gran detalle en los elementos, ¿Podría ser posible que fuera esa la razón de que exigiera más? El ruido de los cascos de caballo la hizo alzar la vista y vio dos sementales acompañados por dos jinetes en la montura que se acercaban hacia el invernadero. Identificó rápidamente al duque de Nordville pero el otro acompañante parecía más jovial y sonriente, como si trasmitiera una presencia cercana, amigable, algo que hasta ahora no había visto en nadie que estuviera cerca de su excelencia.

Adeline aún intentaba secar el tejido mojado de su silla sin obtener grandes resultados cuando lord Nordville y el que supuso sería el señor Archie entraron en el invernadero.

Ver de nuevo al duque tras el beso que habían compartido a escondidas en su alcoba la noche anterior, hizo que el momento regresara a su mente y sintiera la turbación inmediata en sus mejillas. Realmente no sabía que reacción tendría cuando volviera a verle, pero saber que su cuerpo había estado tan cerca del suyo,

tocándole, gimiendo en sus labios y que él había provocado aquel placer inmenso solo conseguía que el calor en su cuerpo volviera a propagarse hasta sentir como su garganta se resecaba y la falta de aire oprimía sus pulmones.

—No creo recordar que ese sea su puesto de trabajo, lady Linette —dijo con condescendencia logrando que toda esa turbación que estaba sintiendo se esfumara de un plumazo.

Puede que la hubiera besado con un ardor único y que la razón por la que lo había hecho era el coñac que debía haber ingerido y que ella había probado de sus labios, pero tenía muy claro que el hombre que se hallaba frente a ella era el mismo que la detestaba con todo su ser.

—Disculpe mi lord. La silla de mi lady ha sufrido daños por la lluvia y ese era el único lugar donde podía descansar sin apoyar la pierna.

—Parece que siempre tiene adeptos que la defienden, ¿no? —inquirió el duque con ímpetu.

—Le recuerdo que no fui yo quien decidió estar aquí puntualmente cada mañana. Es libre de resarcirse y evitar mi presencia. Tal vez sea conveniente para ambos. —Puntualizó Linette refiriéndose a la noche pasada y al claro hecho de que él se arrepentía de lo sucedido hasta límites insospechados.

¿Y como no iba a arrepentirse? Probablemente fue un arrebato del que el único culpable fuese el alcohol a pesar de que para ella había sido un momento maravilloso e inolvidable. Pero eso era algo que ese zoquete jamás sabría.

—Disculpe a mi querido amigo por no presentarnos, mi lady. Soy Archie, a su servicio —dijo el hombre que había a su lado y que hasta ahora se había limitado a observar la escena.

—Es un placer saber que en este lugar aún existen caballeros que entienden de modales, algo que su querido amigo parece haber olvidado hace tiempo —sonrió sin mirar al duque—. Lady Linette Reishart, imagino que su excelencia le habrá puesto al tanto de mis circunstancias.

Observó como Archie se acercaba y se inclinaba hacia ella en una referencia mientras le cogía la mano y le depositaba un cálido beso sin apartar la mirada.

—Creo que mi querido amigo ha reservado para sí mismo demasiada información, como el hecho de que es usted, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que he tenido el placer de conocer —afirmó con una clara sonrisa en su rostro y Linette no pudo evitar sonreír con sinceridad.

—Te recuerdo que está casada con mi hermanastro, Archie —bramó el duque dándoles la espalda a ambos para quitarse la capa que le había protegido de la lluvia.

—Nunca he sido un hombre celoso, Alexander… —En ese momento guiñó un ojo a Linette con complicidad sabiendo que el duque no les observaba, pero ella solo podía pensar en aquel nombre que había salido de los labios de Archie.

Alexander. El duque se llamaba Alexander.

Hasta ahora había sido solo un lord. Un duque. Un caballero rico y distante. Alguien inalcanzable para ella, pero ahora era Alexander. Un hombre de carne y hueso. Febril. Candente. Apasionado…

—¿Se encuentra bien, mi lady? —La voz de Archie hizo que se fijara en el rostro de aquel hombre que se había acercado lo suficiente a ella para comprobar muy de cerca sus rasgos.

En otras circunstancias habría afirmado que era apuesto. Ahora, después de haber conocido a Alexander, duque de Nordville, no podía asegurar tal cosa.

—Si... si —reiteró dos veces mientras se recomponía—. Solo es un leve dolor de cabeza, debe ser por culpa de la tormenta. —Giró el rostro para observar al duque y se encontró con que permanecía de pie observándola sin decir una sola palabra.

Sus miradas se cruzaron en silencio, no sabía en qué estaba pensando él, pero desde luego ella solo podía imaginar aquellos brazos rodeándola, bañándola de nuevo en su candor mientras sus labios la devoraban para consumirla una y otra vez.

Debía detener aquellos pensamientos. Cada vez que viajaba a ellos dolía en el alma porque era algo inviable. Impensable. Completamente inadecuado y fuera de lugar. Él era el hermanastro de su esposo. ¡Por el amor de Dios!, ¿En qué estaba pensando al desearle de aquel modo?

Apartó la mirada y mostró su mejor sonrisa a aquel hombre complaciente.

—¿Le importaría ayudarme a llegar a la mesa de dibujo? No querría molestar aún más al duque, ya tiene suficiente con tolerar mi presencia —mencionó pensando que éste ofrecería su brazo para que ella se apoyara, pero en lugar de ello, se dispuso a llevarla en brazos para sorpresa de ambos.

Capítulo 26

Linette no volvió la vista hacia el duque en las siguientes horas, incluso se contuvo cuando apareció Herald acompañado de otro hombre de mediana edad con un carromato lleno sacos, bolsas de tela y algunas plantas. A pesar de que oía las voces a lo lejos acompañado de los ruidos que generaban mientras descargaban todo el contenido, fingió que se concentraba por completo en su tarea.

—Dejad lo que estéis haciendo y poneos a dibujar de inmediato esta planta —dijo aquella voz áspera colocando frente a ella una planta selvática de hojas finas y alargadas en un verde apagado, no era excesivamente alta pero aquellas flores pequeñas y tubulares de color azul violáceo hicieron que la reconociese al instante—. Necesito cómo es al detalle en su estado actual para ver los cambios que produce cuando pierda su desarrollo natural.

—¿Va a colocarla en este invernadero? —preguntó antes de que se diera la vuelta para marcharse—. Porque si es así, no sobrevivirá.

—¿Y en que se basa para realizar tal afirmación? —gimió en un tono de cierta incredulidad.

—La escutelaria del Baikal no soportará la temperatura de este invernadero, pero tampoco resistiría al suelo húmedo del exterior. Por su hábitat natural está acostumbrada al frío y a las

heladas, pero necesita bastante sol. Un invernadero frío es una buena elección, con camas de arena y tierra calcárea y desde luego, poco riego.

Linette alzó la vista y se encontró con la mirada furibunda del duque que la estudiaba con cierto interés.

—¿De qué conoce esta planta? —preguntó sin dejar de mirarla—. Porque estoy completamente seguro de que no aparece en los libros de botánica a los que ha podido tener acceso.

—Ciertamente no —sonrió—. Da la casualidad de que he viajado con bastante asiduidad a Rusia en los últimos dos años y conozco las propiedades curativas de esta planta, aunque aquí sea completamente desconocido su uso, allí en cambio, es muy frecuente en remedios medicinales y por eso mi madre trajo consigo algunos esquejes para tratar de cultivarla en su invernadero, debo admitir que sin éxito alguno, por eso puedo afirmar que en un invernadero como este no tendrá ninguna posibilidad.

Alexander levantó la vista para ver la mirada de Archie que parecía aún más impresionado que él. ¿Podía ser cierto? Desde luego era impensable que alguien más, aparte de su mejor amigo, supiera el interés que él albergaba en aquella planta, al igual que en muchas otras que eran claves importantes para su investigación.

—¿Acompañaba a sus padres en esas visitas al imperio ruso? —preguntó esta vez Archie.

—Si —afirmó Linette—. Nuestros viajes tenían como destino visitar a algunos familiares —añadió sin dar demasiada información, pero siendo al mismo tiempo sincera.

Mencionar que su hermana era la emperatriz de todas las rusias era dar una información que no precisaba en aquellos momentos, menos aún cuando su intención era escapar de Reishart buscando refugio en la corte rusa. Cuanto menos conociera el duque de Nordville sobre ella, su familia y sus claras intenciones, mejor sería para ambos.

No es que creyera que fuera a darle dicha información a Reishart, probablemente era la última persona que lo hiciera dada la

repulsión que éste le provocaba, pero ciertamente no quería involucrar a su familia en todo aquello. Menos aún deseaba ser el motivo de preocupación, compasión y piedad, aunque llegaría el momento por mucho que quisiera aplazarlo, en el que tendrían que conocer la verdad.

—Así que su padre es un duque y posee familia en el imperio ruso —volvió a insistir lord Nordville acaparando de nuevo su atención y a Linette no le pasó inadvertido que esta vez no parecía tan reacio.

—Puede cuestionar cuanto quiera, excelencia. Eso no exime que sea real. Le dije que reconocía más de la mitad de las plantas que tiene en su invernadero y eso también incluye a especies menos conocidas, como esta en concreto. Casualidad o no, lo único cierto es que no he podido inventar dicha información.

Notó como el duque parecía pensativo, quizá era la primera vez que creía en sus palabras y en la certeza de que, estuviera allí o no por un plan oculto, no podía mentir sobre aquello.

—¿Ha visto como se elabora su uso medicinal? —preguntó con renovado interés.

—Si, conozco el proceso, aunque nunca lo he realizado por mí misma —corroboró a pesar de que ciertamente, todo lo que sabía era teórico puesto que el boticario de la casa real les había dado varios frascos ya elaborados además de aquellos esquejes para que pudieran fabricar las infusiones o tintura. Prestó especial atención al proceso ante su curiosidad, pero nunca lo había llevado acabo porque aquellos esquejes jamás enraizaron como deberían y murieron al poco tiempo.

—Tiene toda mi atención —mencionó el duque mientras se dejaba caer sobre la mesa en la que estaban esparcidos los carboncillos, el pequeño caballete de madera que le había prestado el doctor Hemrson y las láminas en blanco que debía rellenar con los diseños.

Linette volvió a sentir aquella sensación cálida que comenzaba en pecho, pero esta vez era más intensa y cuando volvió

a fijar sus ojos en los del duque, pudo notar que su matiz verdoso brillaba con una mayor intensidad a pesar de que era un día lluvioso.

Apartó la mirada incapaz de concentrarse si sentía aquellos ojos sobre los suyos, ya que en lo único que podría pensar sería en el modo que la había besado la noche anterior demostrando una pasión arrolladora e incontrolable. Se limitó a recitar la teoría de sus recuerdos, como fabricar la infusión a través de la cocción de la raíz o como realizar la decocción y la tintura que llevaba significativamente más tiempo conseguirla, pero tenía una concentración mayor de la que solo se necesitaban unas gotas para su uso.

—Su investigación se basa en plantas con algún uso medicinal? —preguntó al final tras relatarle todo lo que sabía.

—Es posible —respondió escuetamente mientras se alejaba sin decir nada más y ella observó como cogía aquel cuaderno de cuero y comenzaba a hacer anotaciones.

Linette decidió concentrarse en el diseño de la planta y poco antes de la hora de almorzar, Adeline le indicó que Herald la esperaba para marcharse. Ni siquiera le había escuchado llegar, así que dejó todo el material sobre la mesa sin molestarse en enseñárselo al duque y observó como Archie se acercaba sonriente antes de volver a cogerla en brazos y dejarla sobre la carroza.

—Es usted muy amable —indicó Linette una vez que se acomodó, agradeciendo que hubiera dejado de llover.

—Es un placer, mi lady —contestó Archie.

—¿Le veré durante el almuerzo? —preguntó sin saber si tanto el duque como su invitado compartirían la mesa junto a ella.

—Estaría realmente encantado de…

—¡Archie tiene demasiado trabajo por hacer, así que me temo que le privará de su compañía! —exclamó la voz del duque desde la puerta de entrada al invernadero y Linette se sobresaltó al ver que les estaba observando.

—Por supuesto —dijo con un hilo de voz mientras se forzaba a sonreír antes de que la carroza partiera de regreso a palacio.

Alexander se quedó observando como la joven se alejaba junto a sus empleados y vio que su mejor amigo hacía exactamente lo mismo que él.

—Ahora entiendo perfectamente porqué viniste anoche al burdel. ¡Por todos los dioses, Alexander!, ¿Como ha logrado Reishart que esa mujer se case con él? Es inteligente, tiene carácter y ya no digamos su aspecto, es de una belleza tan sublime que roba el aliento. Tiene que haber estado completamente ciega de amor para acceder a un matrimonio con esa alimaña carroñera.

Alexander también había pensado que solo una mujer realmente enamorada podría haber aceptado a Reishart, pero ver con sus propios ojos el temblor y el estado de verdadero pavor que había en sus ojos cuando creía que su esposo había venido a por ella no concordaba con los sentimientos de una mujer que amaba a su marido, aunque sí podría casar con los de una asustada y engañada… ¿No había confesado que creyó casarse con un hombre que no existía?

—Exacto. Es su esposa. Así que lo que suceda con esa mujer no debe ser asunto mío. Y tampoco tuyo —respondió Alexander con cierta autoridad.

—Anoche admitiste que te atrae y ciertamente no te culpo, ¿Como voy a hacerlo? ¡Yo mismo me siento atraído por esa joven! Es como un rayo de sol en plena tormenta que te produce una calidez inesperada a la que aferrarte. ¿Como es posible que la abandonase aquí a su suerte?, ¿Que esperaba que hicieras con ella?

—Mantente apartado de ella, Archie —reprobó Alexander—. Puede que ella aparente ser una víctima más de las manipulaciones de mi hermanastro, pero sea cuales sean sus planes, no van a funcionar conmigo.

—¿Crees que pretende usarla para sonsacarte algún tipo de beneficio?, ¿Tal vez espera que te encapriches de ella o le tengas el aprecio suficiente para protegerla de él por un precio? Eso es algo

que esperaría por parte de alguien como Reishart, pero si realmente es la hija de un duque, su dote debía ser lo suficientemente alta para no tener que mendigar tu propia fortuna.

—Más razón para que se vaya de aquí cuanto antes —dijo sin confesar que ya había empezado a sentir demasiadas cosas por la joven lady Linette y que, eso era algo que no le gustaba en absoluto, comenzando por el deseo en el que se había visto arrastrado la noche anterior al verla en aquel estado.

No le gustaba el modo en que ella provocaba una brecha en su propio autocontrol, simplemente no había podido resistirse un instante más y besarla no solo había provocado que sintiera un placer inigualable, sino un miedo real a no poder parar y dejarse arrastrar por lo que ella incitaba en él.

—¿Y por qué la mantienes aquí? Podrías procurarle una pequeña casa con la compañía de la doncella durante el tiempo que haga falta hasta que se recupere. Eso te libraría de cualquier compromiso que pueda pesar en tu conciencia y no tendrías que soportar más su presencia.

Si. Alexander había pensado en esa posibilidad y, al mismo tiempo, desechado porque eso restaba el pleno control sobre la muchacha. Puede que no quisiera admitirlo, pero no soportaba la idea de que pudiera sucederle algo malo, aunque se esforzara por demostrar lo contrario. Al menos hasta que estuviera físicamente en condiciones de abandonar el condado de Nordville por su propia cuenta. Sabía que no era su competencia, que no le debía nada y que ningún lazo le unía a Reishart más allá de su conciencia en cuanto a la promesa que le había hecho a su madre, una promesa que estaba saldada hacía demasiado tiempo.

—Está bajo mi tutela hasta que pueda valerse por sí misma, así que no correré ningún riesgo que pueda dar motivos a mi hermanastro de poder recriminarme. Y si ella misma se niega a dar los nombres de su familia, soy lo más cercano que tiene a un pariente.

—Es una dama casada conviviendo con el hermanastro de su marido. ¿Te das cuenta del escándalo que podría suponer si esto si llega a conocerse? Puede que vivas aislado del mundo y de las normas, pero hasta yo sé que sin damas en la propiedad, todo el mundo pensará que ella es tu amante.

—En ese caso lo debería haberlo pensado antes de abandonarla aquí para morir, porque básicamente fue lo que hizo, ¡Como si ella no le importara lo más mínimo! —intervino con evidente hastío.

—Acabas de decir que sean cuáles sean los planes de tu hermanastro no van a funcionar contigo, pero es evidente que ella no te es indiferente como quieres aparentar. Te importa, quieras o no reconocerlo, te preocupa su bienestar.

Alexander respiró hondo y cerró los ojos alejándose en el interior del invernadero como si quisiera ocupar sus manos con algo y que sus propios gestos no le delatasen.

—No confundas clemencia con preocupación —advirtió—. No me importa más que cualquier otra persona en su misma situación.

Lady Linette no debía importarle lo más mínimo, por más que la imagen llegase a su recuerdo al verla aterrada y temblando ante la posibilidad de que Reishart hubiera venido a buscarla, no iba a permitir que aquella mujer ahondase en sus sentimientos o vulnerase su propio juramento. Ella no debía, ni sería asunto suyo, como tampoco iba a pensar en lo que podría depararle su futuro junto a su esposo.

No iba a admitir que la idea de imaginarla junto a Reishart le carcomiera las entrañas, pero igualmente estaba dispuesto a desechar cualquier tipo de pensamiento respecto a esa joven y todo lo que concerniera en torno a ella.

Apretó la mandíbula, sintiendo el amargor instalarse en la lengua. No tenía derecho a sentir nada, mucho menos a alimentar una emoción que solo podía conducir al desprecio de sí mismo. No eran celos. Tampoco deseo. Era una confusión pasajera, una debilidad nacida de la cercanía y del error de haber mirado

demasiado tiempo donde no debía. Bastaría con apartar la vista. Bastaría con recordar quién era Reishart y lo que representaba para volver a sentir ese rechazo de lo que ella representaba.

Se aferró a ese pensamiento como a un ancla. No iba a permitir que la atracción que sentía hacia esa mujer lo traicionara hasta el punto de olvidar con quien estaba casada.

Porque evidentemente con sus actos la noche anterior, lo había olvidado por completo.

A pesar de que Archie parecía no estar conforme con su fehaciente afirmación, no insistió en aquel asunto y lo agradeció. Puede que ella sí le importase más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero solo debía esperar un par de semanas más para que todo volviera a la normalidad y aquella mujer solo formase parte de un espejismo.

Ese mismo espejismo al que sabía que iba a recurrir con frecuencia para recordar a qué sabían sus besos y como se había sentido al contornear con sus manos su delicioso cuerpo.

—Es una pena que se vaya en pocas semanas, es realmente buena —La voz de Archie hizo que levantara la vista del microscopio y viera el dibujo que depositaba a su lado, antes de que pudiera contestar, vio como su mejor amigo se calaba el sombrero y salía al exterior para fumar.

Alexander observó el dibujo, durante los últimos días le había exigido mucho más de lo que estaba dispuesta a dar y, tenía que reconocer que el detalle y la precisión con los que había realizado aquel diseño eran adecuados. No necesitaba compararlos con la planta para saber que incluso las proporciones eran exactas.

¿Que probabilidades había de que entre todas las mujeres con las que Reishart pudiera casarse, lo hiciera con una cuyas habilidades encajaban demasiado bien en su propia vida?, ¿Sabría él que ella tenía conocimientos de botánica?, ¿O que era realmente buena dibujando detalles?, ¿Sería posible que la hubiera elegido solo por eso?, ¿Para asegurarse que pudiera suscitar una estima incalculable? Pensar en las intenciones ocultas de Reishart era

sinónimo de acabar con una terrible jaqueca, así que se deshizo de la bata y se colocó su chaqueta, enrolló el dibujo y se lo metió en el bolsillo interior para protegerlo de la llovizna que había regresado.

—¿No vas a invitarme a cenar? —preguntó Archie dando una profunda calada al puro perteneciente al alijo que había traído consigo de su último viaje.

—¿Ahora te interesa cenar en mi casa? —sonrió—. Pensaba que te atraería más la idea de volver al burdel —contestó a la par que se aseguraba de cerrar la puerta y esconder las llaves bajo un tiesto en concreto.

—Solo quiero asegurarme de que lady Linette te importa tan poco como dices. No creo que tengas inconveniente, ¿Cierto?

—En absoluto —afirmó dirigiéndose hacia su caballo y se alzó en un movimiento veloz sobre la montura—. Eres libre de venir siempre que lo desees. La cena se sirve puntualmente a las siete.

—¡Allí estaré! —gritó mientras Alexander se alejaba hacia la casa principal sabiendo que su amigo utilizaría uno de los senderos ocultos para acortar la distancia hacia la aldea a través de campo abierto.

Entró en la casa dirigiéndose directamente hacia su alcoba y desvistiéndose con celeridad, primero las botas, después la camisa y cuando tenía las manos sobre los botones del pantalón, oyó una voz masculina en la alcoba adyacente, logrando que se detuviera en seco a escuchar.

Las voces se acallaron y eso solo hizo que su cuerpo se volviera rígido, inmóvil, en alerta a cualquier ápice de rumor para corroborar que ciertamente no se había equivocado. Antes de darse cuenta tenía la mano en el pomo de la puerta que comunicaba con la otra alcoba y su incitación por abrirla para descubrir qué demonios estaba pasando era mucho más fuerte que la certeza de que se hallaba medio desnudo.

—Si sigue así, pronto podrá apoyar la pierna, eso sí, sin dejar caer todo su peso —La voz inconfundible de Hemrson lo hizo tranquilizarse, pero después frunció el ceño al comprobar que no

había sido avisado con anterioridad en caso de tratarse de una visita médica.

Aún así, se quedo inerte hasta que escuchó como este se marchaba prometiendo visitarla en los próximos días. Y sin importarle su propia vestimenta, salió de la alcoba cogiendo a toda prisa su camisa y colocándosela conforme descendía la escalera.

—Doctor Hermson, ¿Puede venir a mi despacho un momento? —exclamó alertando al hombre que ni siquiera le había escuchado llegar debido a que no llevaba calzado alguno.

—¡Oh, excelencia! La señora Hadfork mencionó que no se encontraba en palacio.

—No se preocupe, me gustaría saber como está lady Linette y cuanto tiempo cree que tardará en volver a caminar con normalidad —dijo haciéndolo entrar en su despacho y seguidamente cerró la puerta tras él mientras iniciaba a encender algunas velas.

El sol ya no incidía en aquella parte de la casa y la falta de luz era notable.

—Apenas siente dolor, eso es una buena señal, pero no me atrevería a dar una fecha exacta. Tal vez dos semanas, quizá tres poniéndonos en la peor de las situaciones.

—Eso son buenas noticias. Me he tomado muy en serio la salud de lady Linette, soy la parte más interesada en su recuperación, así que a partir de ahora quisiera estar presente en sus visitas médicas. Espero ser informado de ello con antelación y no tener ninguna visita sorpresa por su parte —concluyó con voz firme y notó como el doctor Hemrson parecía avergonzado.

—Por supuesto, excelencia. No volverá a suceder, tiene mi palabra.

—Así lo espero. Mi familia ha confiado en los Hemrson durante generaciones, no me gustaría tener que prescindir de sus servicios.

Aceptó de nuevo sus disculpas mientras se despedía y él se quedaba allí durante unos minutos observando las velas del candelabro titilar.

No podía culpar a Hemrson de caer en el mismo embrujo que él, como probablemente tampoco podría hacerlo con su amigo Archie, pero ese arranque de posesión que había sentido en aquel momento no era propio de él. No quería las manos de aquel médico sobre ella. No soportaba la idea de que nadie pudiera tocarla. De que otras manos que no fueran las suyas se apropiaran de su cuerpo.

¡Maldita sea! Esa mujer estaba infiltrándose bajo su piel como una marea silenciosa.

Capítulo 27

Linette ya se había enfrentado a lo peor dadas sus circunstancias, que básicamente consistía en volver a ver al duque tras lo sucedido entre ambos la noche anterior. Él había sabido fingir muy bien que lo acontecido no había tenido lugar, como si no hubiesen mantenido un encuentro íntimo y solo formase parte de una ensoñación que no había sucedido.

Aún así, agradeció que esa noche hubiera un tercer comensal en la mesa. Dedujo que debía tratarse del señorito Archie, antes de que su doncella se lo confirmara. No había tenido la oportunidad de conversar prolongadamente con el caballero en cuestión y para ser gran amigo del duque de Nordville, este no solo parecía jovial y amable, sino alguien divertido y espontáneo en cuanto a carácter, propiedades completamente opuestas con las de su anfitrión.

Adeline la situó junto al fuego para ayudar a la señora Hadfork a traer la cena y aunque ciertamente habría preferido fingir que no se encontraba con ánimo para evadir aquella cita, sentía curiosidad por el recién llegado. Se giró cuando escuchó las firmes botas impactando sobre el mármol y, a pesar de que habría deseado que fuese el señorito Archie, su mirada dio con el semblante del duque y ese rostro digno de ser cincelado.

—Veo que ha aprendido a ser puntual, lady Linette —puntualizó dirigiéndose hacia ella, pero sin apenas observarla.

—Si le complace tanto, tal vez deje de serlo —contestó ella mordiéndose el labio solo porque sus palabras tenían la clara intención de molestarlo.

Ni siquiera era consciente del motivo por el que actuaba de ese modo, ¿Tal vez le irritaba que fuera tan condescendiente hacia ella? Aceptaba la desconfianza, las distancias, incluso que obviara su presencia, pero no ese constante tono mordaz que suscitaba su irritación hasta no poder controlarla.

Notó como él reía en voz baja. No sabía si el hecho de no tomar su comentario como una afrenta era aliviador o, por el contrario, le molestaba aún más, pero tenía que reconocer que esa sonrisa aumentaba aquella presión ya persistente en su pecho cada vez que él aparecía.

—Me temo que no será algo admisible, sobre todo teniendo en cuenta que hoy he podido comprobar que es capaz de exigirse más cuando se lo propone. El detalle, la precisión y las proporciones de su diseño corresponde con la planta original. ¿Conocía su esposo que poseía dicho talento? —preguntó Alexander ante la necesidad de respuestas al misterio que ella suponía para él.

¿Acababa de hacerle un cumplido? Incluso a pesar de hacerlo le había dado la sensación de que no pretendía elogiarla con sus palabras.

—No necesita fingir que me elogia para lograr un cometido. Sé que no soy tan buena, aunque no se me de mal. Respecto a su pregunta, no recuerdo hablar con el señor Reishart sobre dicho asunto, probablemente mencioné que dibujaba, pero es una practica habitual entre las damas de mi posición. Lo que sí puedo afirmar, es que al señor Reishart no pareció importarle puesto que nunca me pidió que le mostrara algún dibujo.

Notó como él apartaba la vista de ella para centrarla en el fuego, quizá solo para aclarar en sus pensamientos lo que significaba aquella respuesta.

—¿Puede decir lo mismo sobre sus conocimientos en botánica? —insistió con renovada persistencia.

—¿Cree que pudo elegirme por dichas cualidades?, ¿Porque se prestaban para que pudiera ser de interés para usted? Si esa fue su intención no mostró evidencias. Nunca preguntó sobre ello o si casualmente hice alguna mención en nuestras conversaciones, él no insistió para obtener más información. De hecho, él jamás le mencionaba, solo lo hizo en una ocasión y deduzco que todo lo que mencionó sobre usted solo fue una sarta de mentiras, aunque en su momento resultara muy convincente, así que lo último que podía imaginar es que tuviera planeado dejarme en este lugar.

—¿Y cómo es posible que alguien como Reishart consiga que una beldad como lo es usted se fije en él? —esta vez fue la voz de Archie quien atrajo la atención de ambos.

Linette emitió una débil sonrisa. Apreciaba el halago, pero ciertamente repudiaba el momento en que le había prestado atención a ese hombre llegando incluso a pensar que era el único digno de su admiración.

—Se presentó como el hermano menor del duque de Nordville. Nadie dudó de la veracidad sobre su origen. Vestía bien, se comportaba como un caballero. Era gentil, atento, respetuoso, discreto y por supuesto, conocía las normas de etiqueta al detalle. Podía apreciarse que era un hombre disciplinado y educado, al menos convenció a toda la sociedad londinense de ello.

—¿Estamos hablando del mismo señor Reishart? —inquirió Archie observando al duque que parecía pensativo con la mirada puesta en otro lugar.

—¿Mostró interés en usted desde el principio? —preguntó Alexander antes de que Linette pudiera responder.

—Si —afirmó recordando la primera vez que lo había visto y como todos hablaban de él por ser nuevo en la ciudad—. Nunca mostró interés en ninguna otra joven.

Y precisamente ese había sido otro motivo más para que la idea de que el señor Reishart la cortejara solo debía deberse a que sus intenciones eran muy claras y evidentes de que estaba enamorado de ella. Nada más lejos de la realidad.

—Aún así vuestro padre debía oponerse a un matrimonio tan poco ventajoso, ¿no? —insistió Archie.

—Mi padre siempre mencionó que respetaría mi decisión y no me obligaría a contraer matrimonio con un caballero que no tuviera mi aprobación. Lo cierto es que el señor Reishart no pidió mi mano en matrimonio, probablemente temía que mi padre se negara a su petición o que pudiera descubrir la verdad de sus intenciones. En cambio, propició que alguien cercano a él vertiese rumores que supondrían mi propia deshonra. Lógicamente, él se ofreció a reparar dicho agravio a través del matrimonio.

—¿Quien? —preguntó Archie.

—Alguien que se hacía pasar por mí —contestó el duque volviendo la vista hacia Linette y comprendiendo algunas cosas.

Linette asintió mientras frotaba sus manos sudorosas sobre la falda del vestido. Pensaba que hablar de aquellos recuerdos podía ser más fácil de lo que en realidad era.

Se suponía que aquellos momentos habían sido los más felices de su vida. Por fin iba a tener lo que anhelaba, una vida que ella había escogido. Incluso no importaba que su enlace con Reishart se precipitara, es más, eso solo daba lugar a que pudiera marcharse cuanto antes de Londres para comenzar su matrimonio. ¿Como pudo estar tan equivocada?, ¿Como es posible que no leyera las señales ocultas? Era impensable que después de tantos años, llegase un caballero de armadura blanca para salvarla. Que le hiciera tener sueños, incluso pensar que podría encontrar el amor a través de una amistad sincera. ¿No era irónico que hubiera pensado en la suerte que tenía para convertirse en la mujer más desdichada? Ni siquiera era capaz de escribir una sola línea para confesar a su querida hermana toda la verdad.

Y más aún, cuando había sido ésta la que le había incitado a tomar sus propias decisiones, a fiarse de su propio instinto. Puede que Reishart le hubiera tendido una trampa muy bien orquestada, pero el error de caer en ella con completa rendición había sido solo suyo.

La señora Hadfork vino para advertirles de que la cena les aguardaba y fue el propio Archie quien se adelantó para empujar su silla de ruedas hasta acercarla al espacio que habían dejado en la mesa para ella.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó Archie una vez sentados a la mesa—. Puede que no sea la primera vez que se aprovecha de las circunstancias en tu nombre.

—No es él quien se hizo pasar por mi, así que no puedo imputarle, y dudo que lo vuelva a hacer ahora que tiene la certeza de que he sido informado de ello.

—¿Por qué os tiene miedo? —preguntó Linette.

—Porque le advertí de cuáles serían las consecuencias si volvía a acercarse a este condado —contestó Alexander irritado—. Y no soy conocido por faltar a mi palabra.

Aquello solo significaba que Reishart no se acercaría a aquella casa, al menos no hasta estar lo suficientemente seguro de no tener represalias o lo bastante desesperado para que estas no le importaran. Y eso, devolvía la pregunta que no solo se hacía ella, sino también el duque. ¿Por qué dejarla allí? Cada detalle nuevo la alejaba de una posible causa y eso era aún más enloquecedor.

No tenía sentido alguno juntar a las dos personas que más le odiaban en un mismo lugar y, además, obligarla a permanecer allí bajo terribles amenazas.

Archie les deleitó con su viaje, algo a lo que ella se sintió complacida al poder dar detalles sobre la cultura y gastronomía del país que reinaba su propia hermana. Era difícil no emocionarse, puesto que en aquellas semanas había sentido su ausencia demasiado dolorosa. No solo era la primera vez que se alejaba de su familia, sino que además lo había hecho en el momento más crítico de su vida.

—Y ahí estaba yo, en San Petersburgo con un frío que te congelaba hasta los pensamientos. Decidí probar algo "típicamente ruso", un trineo tirado por caballos para ir al mercado central. Todo iba bien hasta que me di cuenta de que mi enorme abrigo rojo

parecía un enemigo mortal para el caballo. Cada vez que me movía, el animal se encabritaba, resoplaba y daba vueltas como si estuviera luchando contra un oso invisible. El cochero, con un bigote que podría albergar una colonia de pájaros, me decía: "Spokoyno, spokoyno" y yo sin tener idea de ruso solo asentía tratando de parecer sereno, mientras mi abrigo bailaba con el viento. Y entonces se enredó en el volante del trineo. En un segundo estaba volando por los aires, describiendo un arco que probablemente debería enseñarse en las escuelas de acrobacia, para aterrizar de espaldas como un muñeco de nieve humano mientras un gato del mercado me miraba con superioridad absoluta. Pero no termina ahí. El caballo, al verme despatarrado y desprovisto de dignidad, decidió que era hora de divertirse. Arrancó a toda velocidad llevándose todas mis pertenencias ademas del poco orgullo que pudiera quedarme. ¡Bienvenido a San Petersburgo! Oí que decía alguien.

Aquella historieta provocó que las risas de Linette no se hicieran esperar hasta derramar lágrimas debido a su propia exaltación.

—Y pensar que Catherine me decía siempre que eran el medio de transporte más rápido y seguro… —mencionó aún entre risas hasta que comprobó como el duque la observaba con fijación y se percató que, en su comodidad, había mencionado un nombre que no deseaba aún revelar—. Sin duda se ha hecho excesivamente tarde y, aunque ha sido un placer disfrutar de su compañía, el dolor de la pierna está exigiendo descanso. Buenas noches, caballeros.

Se apartó de la mesa con la certeza de que Adeline se acercaría, pero notó como ambos se levantaban rápidamente de sus asientos, solo que el duque estaba más cerca de ella para llegar en primer lugar.

—En ese caso será mejor que no se esfuerce, podría empeorar y retrasar su mejoría —dijo inclinándose sobre ella para llevarla en brazos.

—Y eso es algo que ninguno de los dos puede permitirse —corroboró ella teniendo muy presente las ganas que tenía de perderla de vista.

Estar de nuevo entre los brazos del duque no era nada bueno para sus sentidos y aún así, cerró los ojos e inspiró aquella fragancia característica en él como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Le había estado evitando desde el día que la llevó en su caballo y, no había servido de nada porque aquella atracción saltó por los aires en el momento que probó sus labios. Cuando su mente la traicionó recordando el sabor, la pasión y el ardor, abrió los ojos sintiendo un magnetismo que la llevaba a mirar en dirección a su boca y, como si él se hubiera percatado de ello, dirigió su mirada hacia ella provocando que un temblor invadiera todo su cuerpo.

—Me temo que le debo una disculpa —susurró en voz baja y en un tono de voz demasiado bajo al mismo tiempo que apartó la mirada de ella. Tuvo que forzar la garganta antes de continuar hablando como si aquello supusiera un esfuerzo para él —. Anoche bebí demasiado y no era consciente de mis actos. He cerrado con llave la puerta que une ambas habitaciones y tiene la única copia en su mesita de noche, creo que eso la hará sentirse menos incómoda.

—¿Y por qué ha mantenido abierta hasta ahora esa puerta si podía cerrarla? —preguntó sin comprender sus motivos, ya que eran dos completos desconocidos como para obrar de ese modo.

—Que le de esa llave no significa que no desconfíe de usted, pero al menos sé que no me matará mientras duermo.

—Eso no lo sabe… tal vez solo estoy esperando a que baje la guardia para actuar —reveló con un matiz mordaz.

Notó el esboce de su sonrisa y eso provocó en Linette la suya propia.

—Puede intentarlo, pero no le aseguro que tenga éxito. Tengo el sueño muy ligero y detectaría su presencia de inmediato.

—Tal vez merezca la pena intentarlo… ¿O solo quiere tener una excusa para echarme antes de tiempo? —terció con una clara intención de provocarlo.

—Puede que no le gustase conocer el resultado. —Se adentró en la alcoba que había sido asignada para ella y rodeó el lecho hasta dejarla con cuidado sobre el mullido colchón.

Adeline les siguió con premura para encender las velas que había en su mesilla de noche y ella observó como el duque deslizaba su brazo por debajo de su cintura con lentitud.

—Entonces puede descansar tranquilo —murmuró —. No acostumbro a actuar sin un motivo claro.

Alexander la miró fijamente, estaban demasiado cerca el uno del otro hasta el punto de que era muy consciente que con un simple movimiento podría volver a besar sus labios.

—Eso es precisamente lo que me inquieta —contestó desviando sus ojos hacia aquellos labios que incitaban un pecado atroz y rápidamente se apartó dandole la espalda para salir de la habitación.

Linette siguió con su mirada el rastro que dejó hasta perderse tras la puerta. No se molestó en cerrarla, como tampoco en despedirse, aunque ya estuviera acostumbrada a aquella falta de educación por su parte, probablemente lo hacía muy consciente de cuanto la exasperaba.

Mientras Adeline le retiraba el vestido, las enaguas y deshacía su peinado, no dejaba de pensar en sus últimas palabras. ¿Ella lo inquietaba?, ¿A él? Sus palabras continuaron resonando mucho después de que su doncella se despidiera y sintiera la presión del silencio que comenzaba a inquietarla. Alargó la mano hasta el cajón de la mesita de noche y buscó en su interior a tientas para no incorporarse. Sus dedos tocaron la pieza de metal y la agarró sintiendo que era larga y pesada. Se trataba de una llave antigua de hierro, con una asta larga y una tonalidad oscura. Debía ser la cerradura original de la puerta y se sorprendió de que el duque de Nordville no hubiera decidido modificarla.

Se quedó jugando con ella entre los dedos sintiendo el significado que tenía aquel objeto. No era solo que pudiera abrir aquella puerta, sino que sostenía el límite entre lo correcto y lo irrevocable. Puede que hubiera jugado con la idea de adentrarse en su alcoba mientras dormía, pero siendo honesta consigo misma,

sería algo a lo que jamás se atrevería, ni siquiera aun cuando todo su cuerpo se estremecía por pensar en su simple contacto.

—Dos semanas más —susurró alargando la mano y volviendo a dejar la llave en aquel cajón, haciendo que el ruido metálico chocara contra la madera—. Y después no volverás a verle nunca más.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, Linette comprobó que el duque de Nordville ya se encontraba en el invernadero mucho antes de su llegada. A diferencia de como estaba el lugar cuando ella ser marchó el día anterior, todo estaba en orden, limpio y sin rastro alguno de los sacos de tierra que habían sido vaciados sobre la mesa. ¿Es posible que todo lo hubiera hecho él mismo o sus empleados iban muy temprano para recogerlo todo? Cuando llegó a su mesa, descubrió que además de las láminas y los carboncillos, tenía papel, pluma y tinta sin saber que esperaba el duque que hiciera con ellos.

—Deduzco que si es una mujer instruida que sabe leer, también sabrá escribir. Quiero que redacte todo lo que me contó ayer sobre el proceso de realizar la infusión concentrada y tintura de la escutelaria del Baikal, además de todos los usos que conozca — alzó la voz para que ella pudiera escucharle con precisión.

Linette no contestó, prefería limitarse a hacer lo que le pedía porque aquello le estaba dando la posibilidad de redactar una carta dirigida a su hermana sin necesidad de pedirlo.

A Alexander le extrañó no obtener respuesta, así que se giró y se alzó para acercarse, comprobando que la muchacha ya tenía la pluma en sus manos, así que colocó las suyas sobre la mesa a pesar de mantener la distancia.

—¿Le ocurre algo? —preguntó sintiendo como ella alzaba la vista sin cambiar la postura.

—¿Eso le preocuparía? —contestó sintiendo como él parecía desconcertado.

—Si influye en su rendimiento, si. No ha saludado. Ni ha contestado cuando le he dado una orden. ¿Por qué? —

—Usted no lo hace. Tal vez he decidido seguir su misma actitud. Ha mencionado varias veces que le complace el silencio y no desea compartir información conmigo sobre su investigación, así que me limitaré a ser una sombra el resto del tiempo que me queda en este lugar para no suponer una molestia —dicho esto, Linette volvió la vista hacia la lámina para continuar con el trazo pulido que daba el nombre a la planta.

Esperaba que el duque se alejara, a fin de cuentas, solo lo estaba complaciendo mientras cumplía aquello que le pedía y guardaba las distancias. Durante la noche había llegado a la conclusión de que era mejor actuar de ese modo. No podía permitirse sentir aquella atracción por ese hombre y mucho menos, desarrollar algún tipo de sentimiento, aunque este sólo fuese de índole carnal.

Alexander no había esperado aquel tipo de respuesta, quizá porque lo había acostumbrado a responder airadamente, provocarle y no aceptar de buen agrado cualquier orden. ¿Por qué entonces estaba molesto con aquella repentina obediencia sin reproche? Hasta ahora cada conversación había sido casi una lucha recriminatoria, una puesta a prueba de su límite en cuanto a paciencia y aún así, lo había encontrado estimulante. Sin embargo, aquella nueva versión de lady Linette no le gustaba.

Y no entendía el motivo.

Se alejó de ella como si añadir algo más a su argumento fuera contraproducente para él mismo y, en cierto modo, se quiso convencer de que esa actitud solo le beneficiaría, puesto que la mantendría lo suficiente apartada de él para que no tuviera que pensar en ella. Con esa idea renovada, Alexander se concentró en

sus tareas habituales, hasta que comprobó que aquel silencio también pensaba prolongarse durante el almuerzo y la cena, donde rechazó compartir la mesa alegando que necesitaba descansar la pierna y prefería hacerlo en su propia alcoba.

No tenía motivos para estar de mal humor por aquello, pero lo estaba. De algún modo ella había rellenado un espacio vacío del que él mismo no había sido consciente que existía y, repentinamente aquel silencio total comenzaba a pesarle. Su irascibilidad hizo que discutiera con Archie en los días siguientes sobre varios asuntos referentes al trabajo, que no fuera capaz de centrarse en el combate y perdiera, algo que era bastante infrecuente e incluso llegó a responder de forma airada cuando este le preguntó si le sucedía algo y pagó su frustración con el personal de la casa, pero lo cierto es que no estaba dispuesto a confesar a su mejor amigo cuáles eran las circunstancias, sobre todo cuando estas jugaban a su favor porque admitir que estaba comenzando a agradarle demasiado la compañía de la esposa de su hermanastro era abrumador incluso para él.

No podía permitirse sentir ningún tipo de empatía o debilidad por aquella mujer. Ni podía, ni lo haría. Incluso si solo fuera una víctima de Reishart, algo que con cada confesión constataba aún más a pesar de sus reticencias, continuaba siendo su esposa y, por ende, le debía lealtad a él.

Esa tarde, alguien llamó a la puerta de su despacho. Creyó que solo se trataba de la señora Hadfork que vendría a recoger el servicio de la cena, ya que lo había dispuesto allí mismo tras confirmar que su huésped prefería cenar en su habitación. Le sorprendió ver el rostro de la joven doncella que asistía a lady Linette.

—Disculpe la intrusión, excelencia. No le molestaría si no fuera necesario —mencionó cabizbaja.

—¿Le ocurre algo a su señora?, ¿Necesita un médico? —preguntó con agilidad levantándose de su propio asiento.

—No. No —negó—. Lady Linette se encuentra bien, al menos todo lo bien que puede estar en su situación por no poder caminar aún —se apresuró a decir la doncella y se sacó una carta del bolsillo interior que tenía el delantal y alargó la mano hacia el duque—. Me ha pedido que enviase esta misiva con discreción, pero dada su situación he creído que sería conveniente informarle. Sé que mi señora no actúa con mala intención, pero apenas habla de su familia, como si evitara mencionarla y creo que de algún modo ellos no decidirán ampararla en sus circunstancias.

—¿Qué le hace pensar eso? —exclamó el duque cogiendo aquella misiva que había sido sellada con un lacre de forma rudimentaria y envuelto en una cuerda debido a su grosor.

—El remitente no reside en Inglaterra —indicó la doncella y Alexander giró la carta para comprobar la dirección.

No solo el destino era fuera del país, sino que además estaba escrita en un perfecto francés.

«À Sa Majesté Impériale

L'Impératrice Ekaterina Fiodorovna

Saint-Pétersbourg

Russie»

Su francés era lo suficiente preciso para no tener duda de que aquella carta estaba dirigida a la emperatriz rusa. ¿Qué relación podría tener Linette con su alteza real? La tentación de abrir aquella carta y descubrir su contenido hizo que mantuviera silencio conforme la doncella aguardaba y con delicadeza abrió el cajón en el que conservaba todos los documentos de valor bajo llave para depositarla.

—No debe preocuparse por ello. Si su señora le pregunta, puede decirle que ha sido enviada correctamente —dijo cerrando de nuevo aquel cajón para asegurar que nadie salvo él, tuviera acceso al contenido que había en su interior.

—Por supuesto, excelencia —contestó la doncella haciendo una reverencia y marchándose con sigilo.

Alexander comprobó que la puerta estaba cerrada para abrir de nuevo el cajón y oscilar la carta entre sus manos. Era pesada, y pudo apreciar que había usado las mismas cuartillas que él le había proporcionado. Le sorprendía que ella misma no le hubiera pedido cera para el lacre e incluso utilizar su propio sello teniendo en cuenta que iba dirigida hacia una corte imperial. En cambio, había hecho uso de un objeto común y cera normal cuando no era procedente con una carta oficial. ¿Es posible que aquella misiva solo fuera una pantomima? Si lo era, no sería él quien impidiera que continuase su curso, así que devolvió la carta al cajón y guardó la llave en un lugar oculto. La enviaría con el resto de su correspondencia a la mañana siguiente.

Linette se revolvió en el lecho una vez más incapaz de conciliar el sueño esa noche. Le había costado dos días encontrar las palabras exactas y pasó gran parte de la tarde redactando aquella misiva dirigida a su hermana en la que revelaba sus circunstancias y el evidente temor ante lo que le aguardaba. No había sido fácil, de hecho, había estado a punto de lanzar la carta al fuego antes de entregársela a Adeline porque sabía cómo se sentiría Catherine cuando la leyera. Sabía que entre todas sus opciones esa era sin duda la única factible para que Reishart no pudiera llegar hasta ella. Su padre había dejado de ser su tutor legal en el momento en que ella firmó aquella acta matrimonial y, por mucho que le pesara, su vida estaba en manos de ese engendro desleal.

Se destapó sintiendo que estaba demasiado acalorada a pesar de ser consciente de que solo era su agitación y nerviosismo los que la hacían estar así y, aunque era una contraindicación médica, se levantó apoyando ligeramente el pie a pesar del dolor. En aquel momento necesitaba sentir algo que no fuera aquel desasosiego que convertía cada respiración en un tormento, así y que prefería que su cuerpo pensara en el dolor de su pierna a continuar en esa continua agitación. Se acercó a la puerta principal y la abrió comprobando que todo estaba en silencio, así que se deslizó fuera de su alcoba y dejó caer su peso en la barandilla de la escalera para bajar, tenía

una clara intención de hacia donde dirigirse, aún sin saber si la puerta estaría cerrada con llave, pero prefería correr el riesgo.

La suerte jugaba a su favor y la noche era despejada, así que la luz de la luna se filtraba por los ventanales para indicarle el camino. Nunca había estado en aquella parte de la casa, pero Adeline se la había indicado varias veces, así que tenía una idea clara de donde se hallaba el despacho del duque y en el que deducía que debía existir una amplia biblioteca. Erró en la primera puerta, descubriendo que solo se trataba de un saloncito pequeño, así que cuando giró la segunda manivela, comprobó que esta no solo abría, sino que sin duda se trataba del estudio del duque. El fuego casi hacía ascuas y se percibía la diferencia de temperatura en su interior, era una habitación amplia y la mesa de madera robusta estaba situada casi en el centro de la estancia, eso llamaba especialmente la atención, pero lo hacía aún más que todas las paredes estuvieran forradas de estanterías cargadas de libros.

Tantos que ni siquiera sabía por donde comenzar a mirar. Se aproximó a uno de los candelabros y arrancó una vela para encenderla con las brasas de la chimenea, de manera que los títulos comenzaron a mostrarse para ella. Había muchos libros de botánica, algo que no le sorprendía, pero también sobre medicina, filosofía, arte, historia o geografía. Tenía tantas opciones a su alcance y todas ellas tan atractivas que se vio completamente abstraída.

—¿Qué está haciendo aquí? —La voz sonó como un rugido tan cerca de ella que dio un pequeño salto y dejó caer la vela que mantenía en sus manos.

La minúscula llama se apagó en el momento que tocó el frío suelo de mármol y entre la penumbra logró distinguir el inmaculado rostro del duque de Nordville.

—Excelencia —logró decir aún con la voz entrecortada—. Lamento haberlo despertado… —se disculpó.

—No estaba durmiendo. Y no ha respondido a mi pregunta.

—No podía dormir… y cuando me sucede eso, un libro me ayuda a reordenar mis pensamientos y vencer el insomnio.

—Un libro… ¿Y sorprendentemente deja de afectarle la pierna?, ¿Incluso puede caminar sin ayuda? —inquirió acercándose a ella—. ¿Qué buscaba aquí realmente, Linette? ¿Qué es lo que le ha pedido Reishart que consiga para él?

—Puede pensar lo que le parezca, excelencia. Eso no cambia mi versión. No sé que confabulación cree que pretende el señor Reishart contra usted, pero insisto en que no soy partícipe de ello y, aunque insista en no creerme, no lo sería jamás.

—¿Aunque su propia vida dependa de ello? —insistió acorralándola como si de ese modo creyera que podía intimidarla y confesar.

—Debí morir la noche que llegué aquí, pero le recuerdo que fue usted quien me lo impidió. Sus motivos fueron egoístas, así que no podría reprocharme actuar como lo hizo su excelencia. Y, aún así, puedo garantizar a diferencia de usted, que ni siquiera lo haría, aunque mi vida pudiera depender de ello —argumentó con firmeza.

—¿Y entonces porqué se niega a revelar su identidad?, ¿Porqué ocultar quien es?

—¡Por qué no quiero que conozcan la verdad y sufran por mí! —gritó en un arranque de ira—. Fue mi error. Mi decisión. Y solo yo merezco las consecuencias —añadió sintiendo que una parte de ella se rompía, pero aún así, no pensaba permitir que él la viera romperse del todo.

Alexander no había esperado esa respuesta. Había estado tan obcecado en desconfiar de ella que no quiso ver la fragilidad de la que dependía.

—¿Le amáis? —La pregunta salió antes de que pudiese siquiera pensarla.

Una sonrisa amarga se esbozó en el rostro de Linette al pensar que ni siquiera esa había sido la motivación para aceptar al señor Reishart. Si al menos hubiera estado ciega de amor, su sufrimiento sería descorazonador, pero admisible.

—No —negó con rapidez.

—¿Y le amabais?

—No —volvió a negar sin un atisbo de duda mientras le miraba a los ojos con la misma intensidad que él la observaba.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier conversación y aquella negación parecía haber marcado el pulso de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

—¿Donde pensáis ir cuando os marchéis de aquí? —preguntó con un tono mucho más tranquilizador.

—No es asunto vuestro, excelencia. Ya he sido suficiente carga para vos y como bien me habéis recalcado desde un principio, no soy responsabilidad vuestra. Será mejor que me vaya. Buenas noches —replicó haciendo ademán de marcharse, pero él se apresuró a cogerle el brazo y detenerla.

—Vuestro libro. Coged el que deseéis.

Linette alargó la mano para coger el primer tomo que alcanzó de la estantería sin mirarle con la intención de marcharse cuanto antes, pero su premura hizo que apoyara más de la cuenta su pierna y emitiera un quejido de dolor.

—Sujetaos a mi, os llevaré a vuestra alcoba —dijo aún sin soltarla.

—No es necesario, excelencia —insistió a pesar de que él aún no la había soltado.

—¿Ahora vais a rehuir de mí todo el tiempo?, ¿A guardar silencio?, ¿Y a fingir que no os encontráis bien para evitarme?

—¿Y no es eso lo que desea su excelencia? —inquirió ella.

—¡Maldita sea!, ¡No respondáis con otra pregunta! —rugió acercándose demasiado a ella.

—¿Y qué queréis que os responda? Decidme lo que queréis escuchar para no confundirme más. Os quejáis si hago ruido, pero también si estoy en silencio. Me obligáis a cumplir con unos horarios, me dais órdenes sobre lo que debo hacer, pero solo debo ver y obedecer y aún así, cuando convierto en realidad vuestros deseos, tampoco parecéis conforme con ellos. Puede que ni vos mismo sepáis lo que queréis…

—Sé perfectamente lo que quiero —susurró antes de forzarla a acercarse a él y devorar su boca con una intencionalidad férrea, con la misma intensidad con la que su cuerpo le había estado implorando que hiciera desde la última vez que había probado sus labios.

Alexander la acorraló contra la estantería de libros mientras su lengua exploraba sin miramientos hasta enlazarse con la de ella y lograr que gimiera por dicho encuentro. La pasión con la que respondía a su beso solo acrecentó sus intenciones al agarrarla firmemente de la cintura y estrecharla contra él mientras que otra de sus manos viajaba hasta sus nalgas a través de la prenda de dormir.

El contacto de su mano sobre el cuerpo de Linette la hizo arquearse contra él, aferrándose a su camisa como si necesitara un punto de apoyo para no deshacerse entre sus brazos. La respiración de ambos se volvió irregular, densa, cargada de un deseo que llevaba demasiado tiempo acumulándose entre silencios y miradas profundas.

Notó como la boca de él abandonaba la suya mientras descendía con sus labios por la línea de la mandíbula y dejaba un rastro ardiente hasta el nacimiento de su cuello. Cada beso era más lento que el anterior y ardía con una mayor devoción al mismo tiempo que era aún más consciente de ese fuego que la consumía y del que quería grabar en su memoria cada estremecimiento que él le provocaba. Se dejó caer hacia atrás, sintiendo como su cabeza chocaba contra los tomos que había en su espalda sin importarle clavarse cada balda y dejó escapar un gemido de su garganta que fue suficiente para que él apretara los dientes como si estuviera conteniendo algo que amenazaba con desbordarles.

—Alexander… —gimió pronunciando por primera vez su nombre más allá de sus propios pensamientos. Jamás se había atrevido a hacerlo, ni siquiera él mismo le había mencionado su propio nombre, pero su excitación era tan abrumadora que no pudo evitarlo.

La estantería crujió a su espalda cuando ella lo atrajo más cerca y él la empujó para elevarla y aprisionarla contra él, al sentir el

calor firme de su cuerpo contra el suyo jadeó de nuevo por la excitación y por la necesidad imperiosa de que Alexander continuase explorando su propio cuerpo. Sus manos quisieron explorar con decisión y se dio cuenta de que el tomo que había cogido prestado ocupaba una de sus manos, así que intentó dejarlo a un lado, pero este cayó precipitándose en la oscuridad al suelo.

Alexander se apartó de ella sin llegar a soltarla, pero aquel brusco sonido le atrajo de nuevo a la realidad.

—Si no me detengo ahora, no podré, ni querré, ni tendré la fuerza de voluntad para hacerlo después… —dijo con evidente agitación en su tono de voz—. Es mejor que os vayáis ahora y evitemos una situación que ninguno de los dos desea afrontar.

A pesar de sus palabras, sus manos continuaban sosteniéndola, como si su cuerpo obrase por cuenta ajena, implorando al deseo y obviando su propia voluntad.

—¿Y si deseo quedarme?

Capítulo 29

Alexander se apartó de ella dejándola con suavidad y poniendo un paso detrás de otro para distanciarse.

—No deberíais. Esto no sería conveniente para ninguno de los dos —dijo con el poco vestigio de cordura que aún quedaba en él.

—¿Y de verdad os importa?, ¿Precisamente a vos que no seguís ninguna norma? Durante años he vivido con unas convicciones que ni siquiera sostenía, pero deseaba convencerme de que eran lo correcto. Ninguna de esas certidumbres me ha llevado a sentirme viva de verdad, a sentir que algo era real y solo me doy cuenta ahora. Siempre he seguido el mapa que otros han trazado, la ruta marcada por unas expectativas que debía cumplir, y he dado cada paso con precisión, creyendo que era lo que debía hacer, lo que se esperaba que hiciera. —Linette apartó la vista un segundo para coger fuerzas—. Quiero experimentar algo verdadero, aunque solo sea una vez. Quiero saber que se siente cuando alguien te desea de verdad, no por lo que podrías ofrecer o por quien podrías ser, sino por esa realidad innegable que trasciende cualquier título o apariencia. Tocar algo auténtico, aunque sea fugaz, aunque después deba fingir que solo ha sido un sueño y jamás ha ocurrido en realidad.

—Y aún así continuaría siendo un error del que ninguno de los dos podría disuadirse —constató apretando con firmeza sus manos

para evitar acortar la distancia que les separaba y volver a poseer sus labios.

—¿Y entonces porqué continuáis aquí? —inquirió Linette—. Si. Tal vez sea un error, pero prefiero quemarme en este fuego y dejar que me consuma, para recordar que al menos una vez estuve viva.

Alexander se acercó hasta la puerta del despacho y Linette pensó que iba a marcharse, que ese sería su modo de alejarse para evitar cualquier tipo de contacto, pero su reacción fue cerrarla y echar la llave para impedir que alguien pudiera entrar de forma inesperada. Aquello la hizo temblar, la hizo sentir una emoción muy distinta al miedo por sentirse a solas dentro de una estancia bajo llave con un hombre. En cambio, creció en ella un pálpito innato que la hizo agarrarse firmemente a las baldas que tenía tras ella ante el flaqueo de sus piernas.

—Porque hace tiempo que ese fuego ha comenzado a consumirme —contestó dándose la vuelta y acercándose a ella—. Y aunque he tratado de resistirme, he llegado a la conclusión de que no me importa la condena de arder en el infierno si por una vez, sois solo mía.

Las manos de Alexander acogieron su rostro y esta vez, el beso inició suave, con delicadeza, como si quisiera tomarse todo el tiempo del mundo en explorarla. Linette alzó sus manos tocando el pecho de él a través de la camisa y conforme ascendía sus dedos tocaron la piel a través de la apertura en su cuello. Era cálido, más de lo que había imaginado, y, al rozarlo, un escalofrío recorrió su espalda. Sus dedos temblaban apenas, como si temiera que podía romper aquel momento, pero él no se movió, sino que dejó que ella continuase explorando, que su curiosidad o instinto se desplegara sin restricciones.

Él se apartó un instante de ella provocando que sus miradas se cruzasen, y en ese instante no hubo dudas, ni normas, ni contrición. Solo estaba ese reconocimiento mutuo de deseo que había nacido entre ambos sin pretenderlo, sin desearlo, sin quererlo, pero con una intensidad férrea que les consumía por dentro.

Alexander la agarró con fuerza elevándola sobre sí mismo y camino por la estancia hasta que encontró su propia mesa de estudio. Apartó algunos documentos mientras la dejaba caer sobre la robusta madera que tantas veces había sido testigo de sus propias frustraciones y se abalanzó sobre Linette para volver a poseer su boca con ardor y fiereza. Era innegable que ella había despertado en él una tormenta imposible de contener hasta el punto de sostener las consecuencias y que estas se desvanecieran.

Sus respiraciones se entrelazaron, cortas, urgentes y la distancia que les había separado instantes atrás se desvaneció por completo cuando comprimió su cuerpo contra el suyo. Linette sentía ese ardor crecer dentro de ella sin explicación, sin saber hacia donde la llevaría, pero segura de que deseaba con todo su ser descubrirlo. Cada roce de su piel contra la de él era un aviso, un llamado silencioso de que el deseo la consumía y de que aún así, no era suficiente. Necesitaba más. Anhelaba más. Quería más.

Y como si él hubiera leído sus pensamientos notó su boca descender por su garganta, pero esta vez prosiguió más abajo, descendiendo hasta alcanzar el nacimiento de sus pechos y gimió con furor cuando él los apresó con sus manos a través de la prenda, haciendo que esta cediera mientras bajaba por sus brazos y se mostraba a piel desnuda por primera vez a un hombre.

Debería haberse sentido cohibida o mostrar una timidez propia del momento, pero su cuerpo parecía anhelar con fervor aquello y sintió la anticipación antes de gemir cuando sintió la propia boca del duque en su pecho.

Se arqueó instintivamente como una respuesta natural en la que le daba permiso para continuar, para que aquella sensación que sentía bajo su piel continuase expandiéndose hacia otras partes de su cuerpo, aunque sintiera que iba a prenderse fuego en cualquier momento. La lengua de Alexander jugueteó con uno de sus pezones hasta que notó la succión y tuvo que reprimir un grito de expectación y placer al mismo tiempo.

Jamás habría pensado que ese tipo de conexión explícita podría existir en la intimidad de un hombre y una mujer, menos aún

entre dos amantes y la idea de que aquello que estaba haciendo iba en contra de todo cuanto le habían inculcado, provocó que acrecentara su deseo. Por primera vez estaba experimentado algo real, aunque también fuera prohibido y la satisfacción era celestial.

Su tía Julia le había explicado lo que debería ocurrir en su noche de bodas, algo que nunca había llegado, pero en ese momento era plenamente consciente de que jamás habría sentido con su propio esposo, algo similar a lo que el duque le provocaba con su simple contacto. Sintió como una de sus manos se deslizaba desde su pecho hacia su cintura por encima de su camisón de dormir mientras aún la deleitaba con su boca, jugueteando con sus pezones y sintiendo como estos se erguían y crispaban por sus caricias.

La intensidad en ella crecía conforme notaba que sus dedos se acercaban al centro de su ser, que vibraba sin comprender exactamente porqué lo hacía. Y en cuanto sintió el roce de sus dedos se irguió provocando que él dejara de lamer sus pechos para poseer de nuevo su boca con una fuerza renovada.

Alexander se rindió a su entrega, incapaz de poner freno ante el deseo firme de poseerla al completo. Necesitaba hundirse en ella, sentirla y saborearla como una exigencia tan flamante que nublaba por completo el resto de sus pensamientos. Tocó con suavidad su hendidura sintiendo el calor y la humedad llenando sus dedos y eso aumentó su propia excitación. Saber que ella le deseaba con la misma intensidad solo apremiaba su furor por hacerla suya.

Linette comenzó a sentir la palpitación en el mismo punto donde él la acariciaba. Era suave, casi tierno, sobre todo en comparación con sus besos posesivos. Deslizó sus manos sintiendo la necesidad de tocarle, deslizándose bajo la camisa y deseando abrazar su piel desnuda contra la suya como si ese gesto le naciera de forma innata. Sintió como sus dedos entraban en ella provocando una sensación completamente nueva y cautivante, gimió en su boca, mientras él la poseía en ambos modos convirtiendo aquel momento en una vorágine de sentimientos a los que jamás encontraría forma de nombrarlos.

—Alexander… —gimió casi en un aullido de desesperación.

—¿Deseáis esto? —exclamó él rozando sus labios con los suyos mientras continuaba dándole placer con sus dedos.

Linette bajó sus manos recorriendo su abdomen hasta encontrar la cintura de su pantalón y rozó levemente el bulto que se hallaba bajo estos. El deseo aumentó en ella al notar su excitación y la lujuria tomó posesión completa de sus actos.

—Lo deseo todo —jadeo siendo ella la que se lanzaba de nuevo a sus labios.

La embestida fue intensa, directa y sus bocas se abrieron al mismo tiempo para buscarse mutuamente haciendo que sus lenguas se encontraran con un magnetismo inmediato. Sus labios chocaban contra los suyos con un hambre insaciable. Sin suavidad, sin demoras, como dos amantes que hubieran estado esperando demasiado tiempo para amarse.

No era dulce. No era tierno, era una disputa ardiente, una búsqueda impaciente por lograr la victoria. Y mientras sus lenguas se desafiaban y enredaban a un ritmo creciente, ella sentía como una sensación de calor intensa la envolvía y su cuerpo le pedía a gritos que fuera devorada por las llamas. El ardor se incrementaba con cada movimiento, con cada presión más profunda de sus dedos, con cada roce húmedo de su lengua que parecía querer marcar territorio, pero ninguno estaba dispuesto a retirarse.

Linette palpó con sus manos la dureza de él entre sus piernas y notó como Alexander gemía y se apartaba levemente de ella.

—Vuestra pasión me volverá loco… —jadeó retirándose la camisa y comenzando a abrir su pantalón ante la voracidad con la que ella le observaba.

—¿No debo ser pasional? —exclamó aturdida.

—Todo lo contrario —susurró Alexander otorgándole un beso fugaz y esta vez la presión que Linette sentía entre sus piernas no eran los dedos del duque, sino algo mucho más grande y grueso—. No podía imaginaros de otro modo…

Ella contuvo la rigidez de su propio cuerpo ante tal invasión. Era consciente de que le dolería, al menos solo al principio, pero saberlo no anticipaba su propia reacción y cuando supo que era capaz de soportarlo y que ese dolor del que le habían hablado no era para tanto, notó el impulso de Alexander invadiéndola de una sola estocada, percibiendo que algo en su interior la resquebrajaba y gritó con una exhalación de la que apenas logró salir su voz.

El dolor fue tan intenso como efímero.

Alexander se quedó completamente inmóvil, sin saber que era lo que había ocurrido, pero teniendo la certeza instantes después de lo que acababa de hacer y de lo que realmente significaba que así fuera.

—¿Como es posible? —gimió aún sin moverse. La pregunta era sencilla, pero al mismo tiempo Linette era incapaz de responderla y como si este hecho la avergonzara, se abrazó a él con firmeza, hundiendo su rostro en el cuello percibiendo que aquel dolor intenso se había vuelvo a convertir en una molestia, pero a diferencia de antes, ahora era mucho más soportable.

Confesar que aún era virgen a pesar de estar casada no era solo admitir su fracaso matrimonial, era toda una vida soportando ser alguien cuyo apellido no le pertenecía, fingiendo que este hecho no pesaba sobre sus hombros y anhelando encontrar a una persona que la quisiera de verdad, siendo solo ella misma. Que Reishart hubiera jugado y después pisoteado con esa posibilidad la había destruido por completo, pero lo cierto es que cuando el duque se acercaba a ella, su piel rozaba la suya o la miraba con aquella intensidad, todo a su alrededor se desvanecía, todo quedaba fuera de un único sentimiento perenne y por una vez, sentía que era ella. No existían palabras para confesar todo aquello, como tampoco el hecho de que entre sus brazos y por algún motivo extraño, se sentía segura, protegida, al igual que en su propio hogar, pero con un matiz mucho más profundo al que era incapaz de definir.

Alexander sintió el latido acelerado de Linette contra su pecho y su respiración agitada en el cuello. A pesar de su propia excitación y de la estrechez que solo le hacía desear salir de su interior para

volver a hundirse en ella culminando así su propio placer, se contuvo mientras acariciaba su espalda desnuda hasta llegar a su nuca e invitarla a mirarle. Ella pareció comprenderlo y despegó su rostro para mirarlo de frente, en ese momento en que sus miradas se cruzaron a pesar de la oscuridad que les acompañaba, él supo que ella se había entregado sin condiciones, ni reservas… y sintió que era completamente suya.

Se inclinó sobre ella con delicadeza, probando de nuevo sus labios en un beso mucho más suave, sincero… lleno de ternura. Salió levemente de su interior y volvió a penetrarla con suavidad, consciente de era el primer hombre que la poseía, el primero en reclamarla y exaltándose con su propia entrega.

Aquello le estaba volviendo realmente loco y retener su propia lujuria estaba siendo mucho más difícil de lo que imaginaba.

Linette contuvo el aliento al pensar que el dolor regresaría, pero en lugar de ello, notó un espasmo ligero, como un brote que se abría camino en su interior y dejaba el tormento atrás para dar paso a la fruición.

Sollozó en sus labios por la sorpresa en aquel cambio y él la sostuvo con firmeza mientras se deslizaba de nuevo en su interior a un ritmo suave que poco a poco aumentaba de intensidad conforme ella acompañaba sus embestidas.

Ese ardor que había sentido en otras ocasiones se hizo mucho más plausible e intenso, hasta el punto de sentir que se estaba contrayendo al mismo tiempo. La magnitud era abrumadora, como una ola que crecía sin aviso y la arrastraba sin la posibilidad de sostenerse a nada firme. El calor se concentro en su interior, expandiéndose en impulsos cada vez más intensos, más profundos, sin darse cuenta de que su respiración se volvía errática, rota a veces en fragmentos breves y mientras esa presión deliciosa ascendía envolviéndola por completo, se dejó arrastrar por una pasión sin límite.

Sintió como la mano de él tocaba de nuevo su parte íntima, no en el punto exacto donde la colmaba con su propia carne, sino

más arriba, haciendo que la combinación de sus embestidas con el roce de sus dedos acrecentara su placer y se entregase con un fervor único, percibiendo que estaba a punto de alcanzar algo a pesar de desconocerlo por completo.

Sus gemidos se volvieron una melodía acompasada a sus movimientos. No podía contenerlo más, su propio cuerpo deseaba con todo su ser aquello y el ardor se transformó en una corriente que la hacía vibrar, que la atravesó desde la punta de sus pies hasta el último de sus cabellos, era un torbellino que la hacía girar una y otra vez amplificándose, convirtiéndose en la sensación más maravillosa que había experimentado en su vida.

Y entonces ocurrió.

La alcanzó con una sacudida súbita, poderosa, desarmándola en oleadas que la hicieron perder la noción del tiempo, el momento, el lugar o con quien se hallaba. Un estallido silencioso, pero devastador, provocando que se liberase toda aquella tensión, calor y fuego que se había acumulado dentro de ella de forma ardiente. Sintió como su cuerpo se contraía de forma imparable hasta que ese culmen comenzó a disiparse lentamente, dejando tras de sí un temblor más dulce y una sensación de plenitud casi irreal.

No supo si gritó o si él acalló el sonido de su voz con sus besos, pero supo que necesitaba que aquel instante se volviera eterno, aunque solo fuera en su memoria, porque había sido mucho más intenso y mágico de lo que jamás podría haber esperado que fuera.

Alexander aún sentía su respiración agitada y la intensidad de su propia excitación le había llevado a derramarse por completo en su interior, sin premeditación. Era la primera vez que perdía el control de sí mismo de un modo irrefrenable, probablemente debía haberlo sabido desde un inicio, desde ese instante en el que envió al diablo todo su juicio por aquella mujer a pesar de ser muy consciente de quien era su esposo.

Y no le había importado. No le importaba. Porque en ese instante, ella era únicamente suya. De nadie más.

—¿Os he lastimado demasiado?, ¿Os encontráis bien? —preguntó aún manteniéndola firme entre sus brazos.

No tenía intención alguna de alejarse de ella, quizá porque tenía muy presente que en el momento en que lo hiciera todo acabaría. Ese instante se desvanecería y pasaría a ser solo un simple recuerdo al que estaba seguro que recurriría de forma constante.

—No debéis preocuparos por mí —susurró ella y evocó una débil sonrisa—. Gracias. Ha sido mucho mejor de cuánto podría haber imaginado…

Alexander rozó su mejilla, confirmando ahora que aquella dulzura no era fingida, sino real. Era una mujer increíblemente hermosa, de una belleza única, pero además era inteligente y perceptiva en una forma que lograba desarmarlo. En su mirada existía una claridad poco común, como si pudiera comprender matices que otros obviaban. Creía que era su belleza lo que lo había cautivado desde un principio, esa atracción innata que lo hacía desear pasar tiempo a su lado, buscarla, pero desde que se había distanciado los últimos días guardando silencio se daba cuenta de que en cada palabra que pronunciaba existía esa mezcla de sensibilidad y firmeza que lo seducía.

—Sois extraordinaria —murmuró sin dejar de mirarla.

Sus labios estaban hinchados por sus propios besos y aun así solo deseaba volver a poseerlos como si no hubiera sido suficiente, pero con la certeza de que toda una vida no le bastaba.

Capítulo 30

Linette se sintió demasiado dócil entre las caricias que él le proporcionaba, en ese modo dulce que sus ojos parecían contemplarla y supo que podría acostumbrase a ello, que sería demasiado sencillo fingir que lo que había sucedido entre ellos no sería fruto de un arrebato pasional, sino que podría convertirse en algo duradero.

—No es el calificativo que habría elegido el duque de Nordville cuando entro en este despacho buscando incriminarme —afirmó sin dejar de mirarlo.

—¿Vuelvo a ser el duque de Nordville? —preguntó con serenidad.

—No habéis dejado de serlo, excelencia —se apresuró a decir tratando de poner distancia entre ambos.

—Me habéis llamado en un par de ocasiones por mi propio nombre, aunque quizá era la pasión la que hablaba por vos, pero recuerdo perfectamente como suena de vuestros labios y aun más el modo en que rogabais al decirlo.

—Ambos sabemos que, tras cruzar esa puerta, no volveré a hacerlo —decretó con énfasis.

—Pero aún no lo habéis hecho. Seguís aquí, junto a mí —arremetió él.

Linette cerró los ojos con fuerza dejando que aquellas palabras ahondasen en ella, comprendiendo que su significado tenía tiempo limitado, pero eso no cambiaba el modo en el que la reconfortaban.

—Alexander —susurró como si ahora decir su nombre le diera vergüenza pese a que lo había mencionado con anterioridad en un momento de mucha más vulnerabilidad que ese.

Observó como él evocaba una sonrisa y acercaba su rostro al suyo como si pretendiera besarla de nuevo, pero no lo hizo, simplemente rozó su nariz con la suya mientras sus frentes permanecían unidas.

—Volvería a poseeros de nuevo si no supiera el daño que os causaría —murmuró cerca de sus labios—. Sé que en el momento que salgamos de aquí, ambos fingiremos que esto no ha ocurrido y que jamás puede volver a suceder, pero este instante será siempre nuestro.

Linette enredó sus manos en sus cabellos rubios acercándole a sus labios, siendo muy consciente de que tal vez sería la última vez que los probase y que volviera a sentir como enardecía su propio cuerpo con un beso. Supo que sería impensable que otro hombre pudiera evocar el mismo sentimiento de ardor y viveza que provocaba Alexander en ella, pero alargarlo era solo incrementar su propio sufrimiento ante su fehaciente realidad.

Que era la esposa de otro hombre.

No importaba que fuera el hermanastro del hombre a quien se había entregado. Que este fuera un canalla indecente o que aprovecharía cualquier oportunidad para infligirle todo tipo de dolor e incluso llevar a cabo sus terribles amenazas. Lo único que prevalecía de todo aquello es que tenía poder sobre ella y eso la aterrorizaba.

—He enviado una misiva —afirmó rompiendo aquel momento —. Me iré en pocas semanas tal como habíamos acordado que haría.

—Por supuesto. ¿Regresaréis a Londres? Yo mismo podría daros mi carruaje o acompañaros si es vuestro deseo —confesó a pesar de saber perfectamente que el lugar al que iba dirigida la carta estaba muy lejos de Inglaterra y que además la tenía en su poder, precisamente en un cajón de aquella mesa.

—No —confesó con sinceridad—. Ya habéis hecho demasiado por mí. No quiero que mi deuda hacia vos sea aún más grande o que os sintáis responsable sobre mi situación. Este momento no cambiará mis circunstancias.

—Podríais haber pedido la anulación tras no haber consumado el matrimonio —dijo anticipándose a lo que esa frase suponía—. ¿Por qué renunciar a esa posibilidad?

Linette le observó con intensidad.

—El señor Reishart jamás lo habría permitido, eso significa renunciar a mi dote y al título. Puedo deducir cuáles habrían sido sus métodos para evitar que eso ocurriera y como afectaría esa situación a mi familia.

—¿Título?, ¿A qué título os referís? —exclamó confuso.

—Soy una heredera. Si tengo un hijo varón, éste obtendrá el titulo nobiliario de mi padre.

Alexander se alejó de ella llevándose las manos a la cabeza y lanzando una especie de maldición.

—¿Por qué os dejó entonces aquí? Alguien como él no correría ningún riesgo, su anhelo de poder y ambición no le dejaría. Resulta extraño que no se asegurara de dejaros en cinta antes de partir.

Linette recordó ese momento fugaz en el que Reishart le había mencionado a su cómplice, la persona que hasta ese entonces ella creía que era su hermano, que aún no podía tocarla, como si en un futuro le permitiera hacerlo, pero por alguna razón en esos momentos deseaba que fuese intacta. ¿Podría ser para asegurarse de que su primer hijo era realmente suyo?

—Tengo la firme convicción de que deseaba mantenerme en un lugar seguro, vigilada, donde nadie pudiera tocarme. Incluso me

amenazó antes de marcharme para no contactar con mi familia o huir de este lugar.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —reclamó Alexander volviendo a acercarse a ella.

—¿Me habríais creído? —gimió—. Tampoco puedo culparos de desconfiar de mis palabras. Yo misma desconfié de las vuestras después de haber creído cada mentira del señor Reishart. Ni siquiera yo puedo saber cuáles son sus intenciones reales. No podía contaros nada. Ni confiar en nadie. Más aún sin poner en riesgo a mi propia familia, sé que si conocen la verdad tratarán de actuar contra él y eso solo provocará que mi situación empeore drásticamente —se apresuró a decir.

—No. No lo habría hecho porque deseaba desconfiar de vos. Conozco a Reishart, sé que destruye todo cuanto posee y su ambición no tendrá límites, pero mientras permanezcáis aquí, estaréis a salvo de él.

—Si. Mientras permanezca aquí.

—Decidme la verdad… ¿Fue despecho lo que os llevó a mis brazos? ¿Un simple intento de frustrar sus designios?

—Si dijera que si, no os mentiría, pero nada es absoluto. No todo se reduce a blanco o negro —admitió ella sin desear revelar lo que comenzaba a sentir de verdad por él y lo que su cercanía provocaba en ella.

El silencio les atrapó a ambos durante unos segundos, o quizá minutos, pero lo suficiente para que se observaran sin necesidad de palabras, sintiendo que, aunque todo había cambiado entre ellos, la realidad es que fingirían ese extraño distanciamiento.

Linette rompió el momento colocándose de nuevo el camisón en su lugar, como si romper con su desnudez frente a él fuera el final de aquella intimidad. Observó como el duque también hacia lo propio con sus ropajes y antes de poder decirle algo más, la abrazó de nuevo atrayéndola hacia él y acogiéndola entre sus brazos con la facilidad que siempre le caracterizaba. Oler de nuevo su perfume,

sentir sus músculos rodeándola y dejarse llevar por esa vibración que su cuerpo sentía conforme la envolvía, era glorioso.

Se había entregado a él sin reservas, pero muy consciente de que solo sería una vez. Una única vez que serviría para toda su existencia.

La casa seguía en silencio, únicamente roto por los pasos firmes que Alexander daba en dirección a su alcoba. Agradeció que las habitaciones de los sirvientes estuvieran lejanas, porque no podía hacer frente a la vergüenza que podía provocarle el hecho de que la descubrieran en sus brazos a esas horas. El fuego aún no se había consumido en su habitación y la claridad le permitió ver con mayor definición los rasgos del duque, se acercó al lecho junto a ella y la dejó con lentitud, como si quisiera alargar aquel momento.

—Buenas noches, excelencia —susurró apartando sus propios brazos que le rodeaban el cuello. Alexander se incorporó y se acercó al fuego para echar otro tronco a la chimenea que colocó sobre los que aún ardían y caminó de nuevo hacia la cama—. Ahora es ese momento donde os vais sin despediros —advirtió Linette acostumbrada a que siempre se marchara sin saludar.

El duque de Nordville asintió y le dio la espalda para salir por la puerta principal de la habitación sin saludar. Sin mirar atrás o sin despedirse de ella.

Linette se giró de lado y se abrazó a sí misma reprimiendo aquel sentimiento de soledad que la embargó por completo. Lo deseaba. Había tenido su cuerpo. Se entregó por completo a él. Y fue increíblemente intenso, pero no creyó que fuera tan difícil tener que renunciar a ello.

El sol resplandeciente de la mañana siguiente no limpió las ascuas que aún quedaban de la noche anterior, comenzando por su camisón manchado con unas gotas de sangre que ella misma no había apreciado y que tampoco sabía que excusa inventar. No fue necesario, Adeline pensó que era su flujo menstrual y enseguida dispuso algunos paños de algodón. Linette hizo un cálculo aproximado y debían faltar pocos días para que eso sucediera, así

que simplemente mencionó que solía tener algún manchado inesperado días previos y la propia doncella pareció conformarse sin sospechas.

Aquello la retrasó más de lo normal y llegó pasadas las nueve al invernadero, donde ya parecía estar trabajando el duque de Nordville como era habitual.

—Le he dejado en su mesa algunos documentos que quiero que lea antes de comenzar su jornada —dijo sin levantar siquiera la vista de lo que estaba haciendo—. Deduzco que serán de su interés.

Linette se aproximó a la mesa y vio varios documentos repartidos en orden, además de dos cuadernos de anotaciones y lo que parecía una carpeta anudada que contenía paginas acumuladas.

Cuando comenzó a repasar todo aquello comprobó que eran plantas especificas, algunas de ellas tenían dibujos muy exhaustivos, sus nombres científicos, partes e indicaciones de cuidado, pero además iba mucho más allá, se especificaba qué usos tenían y tras repasar varias de ellas, se dio cuenta de que todas tenían un componente medicinal.

No necesitó más de unos minutos para saber que le había dejado sobre la mesa toda la recopilación de su investigación secreta, pero le llevó mucho más tiempo tratar de averiguar qué era exactamente lo que estaba investigando.

—Adeline, ¿Podría ir hasta la mansión y decirle a la señora Hadforks que hoy almorzaremos en el invernadero? Es un día perfecto para un picnic al aire libre.

La joven miró a lady Linette esperando una respuesta por parte de ella. Si se marchaba la dejaría completamente a solas con el duque y eso ponía en riesgo su reputación, aunque allí no había nadie que pudiera saberlo aparte del servicio. Pero estaban en el campo, al aire libre, con todas las vidrieras que permitían ver el interior. Su exposición no estaba oculta y, por tanto, eso disminuía la gravedad de quedarse a solas con un hombre que no era su propio marido.

—Podéis ir. Su excelencia me ha dado tantos documentos para leer que pasaré toda la mañana sentada en la misma posición.

—Regresaré de inmediato, mi lady —alegó haciendo una referencia y agilizando el paso con premura.

Notó que el duque no hacía ningún movimiento, seguía ensimismado en unas muestras que analizaba detenidamente bajo el microscopio hasta que alzó la vista al frente para comprobar como la silueta de la doncella se perdía en el camino que llevaba hacia la gran mansión.

—¿Habéis descansado? —preguntó irrumpiendo el silencio entre ellos.

—Si vuestra motivación para deshaceros de mi doncella era saber como había dormido, podríais haberlo preguntado en su presencia, mi lord —contestó con formalidad sintiendo esa sensación inquietante que comenzaba como un cosquilleo en su estómago—. Aún estoy esperando vuestra reprimenda por mi impuntualidad.

Escuchó los pasos del duque acercándose a ella y repentinamente sintió el calor en su espalda conforme su vista alcanzó a ver sus manos junto a la suyas. Se había inclinado desde atrás sobre ella, como si la abrazara o protegiera según la perspectiva.

—No —negó—. No me he deshecho de vuestra doncella solo para saber que tal habéis dormido, sino porque necesitaba sentir vuestra cercanía.

Alexander rozó con su nariz la oreja de Linette y aspiró su aroma, regodeándose en la sensación de placer que este le ofrecía. Ella sintió como el cosquilleo que recorría su estómago comenzaba a transformarse en un estremecimiento imposible de contener. Cada centímetro de su piel reaccionaba a la cercanía de su cuerpo y al calor que este emanaba envolviéndola por completo. El roce de su piel junto a la suya, la proximidad de sus manos, el sonido de su respiración acompasada… era la memoria viva de lo ocurrido la noche anterior, tan prohibida como ardiente y esa sensación regresaba para reclamarla por más que hubieran decidido negarlo.

—Vuestro… interés… —murmuró con la voz quebrada por la mezcla de aquel reproche y deseo—… es insoportable, mi lord.

Alexander se inclinó un poco más hacia delante rozando ahora su pómulo con sus propios labios, acercándose peligrosamente a su boca, notando su respiración entrecortada y el pulso acelerado.

—Insoportable es teneros tan cerca y no poder tocaros después de saber a que saben vuestros labios. He pasado toda la noche intentando ignorar lo que ocurrió, con la determinación de que no debe volver a suceder, pero solo he necesitado veros un instante para saber que no podría apartarme. —La promesa contenida en aquella distancia mínima de su boca le hacía arder de anticipación y culpa al mismo tiempo.

El corazón de Linette latía con un ritmo ardiente que llegaba a doler. Era una tormenta contenida entre lo prohibido y lo inevitable, porque la realidad es que le deseaba con fervor, con devoción, sin piedad y con la férrea convicción de que aquella pasión no iba a apagarse con la simple promesa de no volver a tocarse. Aquella contención se volvía un dulce tormento y una tentación que la consumía desde dentro.

—Vuestro deseo o el mío no cambian nuestras circunstancias —susurró Linette ladeando el cuello como si necesitara apartar su caricia para no caer rendida entre sus brazos—. Vos mismo dijisteis anoche que ambos nos arrepentiríamos de lo sucedido.

Alexander lo tomó como una invitación y depositó sus labios en su cuello, de forma delicada, suave… tierna.

—La voz de la razón me diría que os mantuviera alejada, pero soy incapaz de escucharla. Si he de arrepentirme, que sea por los instantes que he pasado a vuestro lado, no por la ausencia de estos.

Linette se giró bruscamente y se quedó perdida en aquellos ojos marrones que en días de sol como aquel podía vislumbrar algunas motas verdes.

—¿Por qué? —preguntó sin comprenderlo.

Hasta anoche la había evitado, ignorado, incluso había sentido su rechazo.

—Me pertenecéis —jadeó trazando un recorrido con sus labios que conducía hacia su boca—. Lleváis mi nombre inscrito a fuego en vuestro cuerpo. Sois mía. No con palabras o promesas, sino con algo mucho más profundo… con cada suspiro que nace de vos y se rinde ante mí.

Su boca se fundió con la suya en un beso ardiente, cargado de intencionalidad y a Linette se le escapó un gemido de sus labios por la voracidad con la que él la poseía. En un movimiento rápido la elevó de aquella silla de ruedas para dejarla sobre la mesa de trabajo central que en esos momentos se encontraba vacía y mientras su lengua danzaba en movimientos imposibles conforme se abandonaba al abismo de aquella intensidad que enardecía sus sentidos, notó como las manos del duque se perdían bajo la falda de su vestido acariciando la desnudez de sus muslos.

La anticipación la extasiaba y con impulso premeditado se acercó aún más al cuerpo de Alexander ante su clara necesidad de que la poseyera. ¿Era normal tener esa reacción?, ¿Que su cuerpo lo buscara con tanta naturalidad? El fervor era real, la inquietud porque él saciara su apetito más carnal la devoraba hasta que su piel enfebrecía por su contacto y sentía como lo necesitaba, un instinto tan primario que cancelaba cualquier otro pensamiento.

Hasta que sintió como él se detuvo con brusquedad y solo entonces abrió los ojos, contemplando el modo oscuro y complaciente con el que él la observaba. En ese momento, el ruido externo de los cascos de un caballo llego hasta sus oídos deduciendo que no estaban solos.

Se apartó de ella con premura, dejando que la falda cayera de nuevo por sus piernas y se apresuró a caminar por la extensión del invernadero hacia el exterior. Linette notó su propia respiración agitada, el ardor de sus labios y se deslizó desde la mesa dejando caer su peso en la pierna sana. La distancia hasta su silla era de apenas unos pasos y cuando consiguió llegar hasta ella, escuchó la voz de Archie en el exterior.

La realidad de lo que habían estado a punto de hacer, y del riesgo de ser descubiertos en ello, resultaba abrumadora. Pero sentir que, a pesar de todo, su cuerpo todavía lo reclamaba y que aún respondía a aquel instante de conmoción que él había provocado, lo hacía más irresistible y demoledor.

Capítulo 31

El temblor en las manos de Linette aún perduraba cuando sintió que ambos caballeros entraban de nuevo en el invernadero. La voz jovial de Archie hizo que frotara sus manos en la falda como si esto pudiera aliviar la tensión que sentía.

—¡Querida lady Linette!, ¡Que placer volver a verla!, ¿Y su doncella? —preguntó seguidamente conforme se giraba hacia él y le dedicaba una sonrisa.

—Tal vez hoy no pueda negarse a almorzar con nosotros. Su excelencia ha decidido organizar un picnic aquí mismo.

La frente arrugada de Archie hizo que se dirigiera directamente hacia su amigo.

—¿Un picnic?, ¿Tú? —exclamó como si eso fuera anormal en el duque.

—No me mires así, tampoco es tan extraño. Los días comienzan a alargarse y solo es un modo de aprovechar más horas de trabajo.

—En ese caso… —contestó acercándose más a la joven hasta que estuvo lo suficientemente cerca para verla con claridad —, será un placer acompañarla, mi lady.

Linette sonrió dejando que le cogiera la mano y depositara un beso sobre ella. Sintió turbación cuando la observó con

detenimiento, como si hubiera algo en ella que gritase a los cuatro vientos lo que había estado a punto de suceder antes de que él los irrumpiera.

Si lo detectó, fue lo suficientemente cortés para no decir nada, así que sintió como sus músculos se relajaban hasta que Adeline regresó y pareció aliviada al encontrar al señor Archie junto a ellos.

Pasó el resto de la mañana en su mesa, sin cruzar ninguna mirada con el duque hasta que la señora Hadfork llegó con el almuerzo y ese momento se hizo inevitable. Sus miradas fueron fugaces, pero lo suficiente para que comenzase a sentir aquel revoloteo incesante en la boca de su estómago.

—Cuéntenos, lady Linette. ¿De qué suelen conversar las damas cuando organizan un picnic? Lamentablemente es el primero para mí, así que no tengo muy claro como debo proceder —mencionó animosamente Archie.

—Dudo sinceramente que el tipo de conversación que tienen las damas sea de su interés, pero recuerdo perfectamente que en el último que tuve ocasión de participar, hubo un gran dilema sobre el modo adecuado de preparar el té.

—¿Existe más de un modo? —exclamó atragantándose con uno de los panecillos.

—¿Cuánto tiempo debe hervir el agua?, ¿Debería poner antes el té o la leche?, ¿Cuántas cucharadas hacen que el té sea agradable sin llegar a ser amargo?, ¿El azúcar se debe poner antes o después?, ¿Qué marca de porcelana mantiene mejor su calor? —respondió logrando que ambos caballeros la mirasen como si estuviera hablando en una lengua diferente.

—Me compadezco de los caballeros que estuvieran presentes en ese picnic —abrevió cogiendo otro panecillo—. ¿Estaba su esposo? —preguntó con desinterés.

—No —negó y miró de soslayo al duque—. No estaba presente.

Sintió como él apartaba la mirada y se llevaba una uva a la boca para masticarla con lentitud.

—¿Han visitado Londres? —preguntó Linette dirigiéndose a ambos.

—En bastantes ocasiones, aunque rara vez permanezco más de un par de días —respondió Archie y ambos parecían esperar la respuesta de Alexander que continuaba guardando silencio—. De haber sabido que una mujer tan bella se hallaba en la ciudad, habría permanecido más tiempo para encontrarla.

Linette sonrió.

—Sin duda, no diría lo mismo si conociera a mi hermana —afirmó pensando en Catherine.

—¿Posee una hermana?, ¡Debo conocerla! —suplicó Archie.

—Lamentablemente para usted, ella está casada y tiene dos hijos preciosos. —El gesto de Archie fue el de llevarse una mano al corazón fingiendo desolación y eso provocó que Linette evocara una carcajada.

—Deduzco que no tiene más hermanas…

—Está en lo cierto —respondió cogiendo una manzana para darle un gran mordisco.

—¿Que le han parecido los documentos que le he dejado sobre la mesa? —preguntó finalmente el duque interviniendo en la conversación.

Linette sabía que había estado escuchando en silencio, probablemente evaluando cada una de sus respuestas, pero sin saber si mantenía aquella pose distante para guardar las apariencias o porque realmente estaba molesto por algún motivo que ella desconocía.

—En su mayoría son plantas poco conocidas, pero con propiedades curativas que por sus anotaciones podrían ser muy beneficiosas. Intuyo que su investigación debe tratar sobre algo relacionado con la sanación, pero no he llegado a descifrar cómo o de qué manera pretende hacerlo.

—Archie ha estado viajando por todo el mundo en los últimos siete años para recopilar toda una serie de plantas comunes y salvajes, pero autóctonas del lugar. He estado investigando los usos y costumbres de esas plantas medicinales, observando como se comportan y descubriendo si son realmente efectivos.

—Si. He podido apreciarlo en los documentos que he leído, pero ¿cuál es la finalidad?

—Realizo un compendio comparativo de plantas medicinales de todo el mundo y sus aplicaciones tradicionales —aclaró evaluando la reacción en Linette.

—La idea de Alexander es comprobar que esas plantas pueden adaptarse a nuestro clima, evolucionar y crear nuestras propias plantaciones, eso abarataría los costes y permitiría el acceso a usos medicinales para gente con menos recursos —dijo Archie con naturalidad.

¿Quería ayudar a los más desfavorecidos?

La forma de vida austera que llevaba, su modo de aislarse, de vivir sin los privilegios con los que había nacido para dedicar todo su tiempo a un solo objetivo y que éste tampoco tuviera la intención de generarle un beneficio propio decía mucho de sí mismo.

Había llegado a creer que era un ser egoísta, taciturno, engreído… y sin embargo estaba ante el hombre más modesto que había conocido. ¡Ni siquiera se daba grandes lujos consigo mismo!

—¿Sorprendida? —exclamó Alexander agarrando uno de los vasos en los que habían servido el vino sin dejar de observarla.

—¿Y por qué ocultarlo? —preguntó sin saber qué motivos tenía para ser tan reservado.

—Una industria farmacéutica estaría dispuesta a pagar muy bien por mis investigaciones —aclaró Alexander.

Y lógicamente ella podría robarle toda su investigación y proporcionársela a Reishart, que sin duda la vendería al mejor postor.

Linette miró en silencio al duque, pensando que con aquel gesto no solo acababa de demostrar que confiaba plenamente en ella, sino que creía en sus palabras y, de alguna manera, sintió que el muro que había existido entre ellos desde el principio, se desvanecía.

—Es realmente honorable lo que hacéis —afirmó.

—Por el momento no es más que una investigación —terció menospreciando aquel hecho.

—Es mucho más de lo que otros con menos riqueza o posesiones pueden decir. —Ella misma había visto como su padre no se había conformado con ser simplemente un duque, sino que había incrementado y expandido su patrimonio con multitud de negocios, pero aquello era algo poco común en la nobleza, acostumbrada al ocio y la pasividad.

En ese momento comprendió que, bajo aquel proceder insolente, descarado, despótico y autoritario, se escondía un carácter noble. ¿Y no habían sido precisamente esos matices llenos de bondad los que la desconcertaban? Le había dado la mejor alcoba para mantenerla caldeada, servicios médicos, ropajes, una doncella personal e incluso podía vagar a su disposición por la casa, y ni siquiera sabía de quién se tratada más allá de su palabra. Si, se había lamentado de su falta de modales, del modo en que desconfiaba de sus intenciones o de que solo la había socorrido en beneficio propio, pero cada vez que la había sostenido en sus brazos ella notó una amabilidad imposible de ignorar.

Era demasiado irónico pensar que a quien juzgó creyendo que era el hombre más honorable que había conocido, fue en realidad un espejismo para obtener de ella lo que deseaba y que justo al hombre que calificó como miserable, era precisamente el más respetable y honrado.

—Creo que habéis podido comprobar que no me rijo por las normas de sociedad, tampoco en cuánto a lo que se puede esperar o no de mí.

—¿Por eso no se ha casado aún?, ¿No quiere continuar con el linaje de su familia? —preguntó sintiendo un nudo en el estómago ante la anticipación de la respuesta.

—Por falta de opciones claramente no es —intervino Archie con sorna.

Evidentemente eso era algo que Linette ya conocía por su propia doncella, pero alguien como el duque de Nordville joven, apuesto, rico y con un título nobiliario de excelencia, tendría candidatas en fila una detrás de otra esperando ansiosas a que él posara sus ojos en ellas.

—Solo he estado ocupado —corroboró mirando a su amigo y después volvió la vista a ella.

Era lógico que tratara de buscar una esposa, que forjara una familia y continuase su legado, solo que en ese momento la idea de que poseyera a otra mujer con la misma intensidad que le había dedicado provocó un escozor extraño en su pecho.

No tenía ningún derecho a cuestionarlo, menos aún a sentir algún tipo de sentimiento por ese hecho, pero la realidad se presentaba ante ella de un modo muy distinto y no era capaz de frenarlo.

Por suerte para ella, Archie retomó de nuevo la conversación y fue una distracción no tener que involucrarse de demasiado en la conversación. Regresó a la mansión poco después, dejando a ambos caballeros atrás y despidiéndose del señor Archie hasta el día siguiente.

Necesitaba alejarse del duque, poner fin a aquello que sentía hacia él fuera lo que fuera. Quizá solo se trataba de un sentimiento que había crecido por la proximidad, él era un hombre apuesto y estar a solas bajo el mismo techo debía haber provocado aquella irrazonable pasión cegadora de la que era incapaz de desprenderse. Si. Tenía que tratarse de eso, pero, ¿Por qué no sentía lo mismo por Archie? Era joven, apuesto, jovial, cercano… tenía todos los elementos necesarios para sentir una atracción innata hacia él y en cambio no le provocaba el más mínimo sentimiento. ¿Por qué

tampoco lo había sentido mínimamente por Reishart? Solo ahora se daba cuenta de que forzó su propia voluntad a desearle, pero la realidad es que era incomparable. Su curiosidad la llevó a la determinación de preguntarse como sería tener algo íntimo con su esposo, pero jamás sintió esa necesidad imperiosa de besarle, de entregarse a él como lo sentía hacia lord Kingsmere.

Archie colocó la mano en el hombro de Alexander que, a pesar de de fingir que estaba ordenando minuciosamente varias muestras, su vista no se apartaba de la carroza en la que viajaba Linette.

—¿Vas a contarme que hay entre vosotros? —preguntó colocándose a su lado.

—No hay nada que contar. Se irá en dos semanas —contestó de forma brusca.

—No voy a juzgarte por tener una aventura con la esposa de Reihart. No a menos que tengas algún tipo de vínculo y sinceramente, con alguien como esa joven sería muy fácil tenerlo. Sabes lo que ocurrirá, ¿no? La usará en su beneficio, la utilizará en tu contra y buscará tu compasión para obtener lo que desea. Como siempre ha hecho. Como hizo con tu madre, después con tu gente y hasta con tus propios arrendatarios, porque sabe que eres incapaz de dar la espalda a quien lo necesita.

Alexander se giró para enfrentar a Archie.

—¿Crees que la ha abandonado aquí para que me encaprichara de ella y la convirtiera en mi amante? Eso sería rastrero y ruin incluso para él.

—¿Para alguien como Reishart? Vendería su alma al diablo si pudiera.

—Es una heredera —afirmó de pronto Alexander—. Su primogénito heredará un título nobiliario.

—Que extraño… —corroboró Archie—. Si ha mencionado que tiene una hermana casada con dos hijos, ¿Por qué no lo han heredado uno de sus sobrinos?

La certeza de este hecho revolvió a Alexander a la incertidumbre que se cernía en torno a Linette. ¿Le había mentido?, ¿Con qué razón, entonces?, ¿Es posible que esa hermana fuera por parte de otro padre?

—¿Tienes aún contacto con el hombre de Bayague? —inquirió sin darle la razón sobre las inconsistencias en la declaración de la joven.

Bayague era uno de esos hombres con mala reputación y metido en asuntos demasiado turbios al que jamás recurriría salvo en caso de necesidad. Había tenido algunos negocios o tratos con aquel él para hacerse con material incautado, pero necesario para su investigación y de paso, había sido mediador para saldar algunas deudas de su propio hermanastro.

—Suele dejarse caer cada jueves por el burdel. ¿Que quieres esta vez?

—Quiero que averigües donde está Reishart y mañana mismo viajarás a Londres. Necesito que indagues sobre lady Linette. No me importa si tienes que recorrer todas las iglesias de la ciudad, pero cuando regreses, quiero saberlo todo sobre ella.

—Por supuesto. Me has pedido cosas más difíciles de conseguir —dijo con calma—. ¿Crees que ha mentido?, ¿Que es leal a Reishart?

—No —negó en rotundidad—, pero no tengo certezas sobre las intenciones de Reishart y quiero estar preparado para el momento en que aparezca.

—Partiré al alba con el primer tren, al menos alguien dará buen uso a la casa de Hyde Park que te empeñas en mantener cerrada.

Aquella propiedad era el último de sus pensamientos. Archie le había mencionado varias veces la posibilidad de alquilarla puesto que no podía venderla, pero se rehusaba a tener algún tipo de vínculo con la alta nobleza.

—No te acostumbres demasiado —argumentó mientras salían y Archie sujetaba las riendas de su semental para que se alzara en la

montura—. Y sé cauto, no llames la atención.

—¿Alguna vez lo hago? Que dudes de mí, resulta ofensivo… —sonrió con picardía dando a entender que siempre lo hacía—. El que debería ser cauto eres tú, me temo querido amigo que te encuentras en verdadero peligro.

Alexander comprendía a qué se refería, pero estaba muy seguro de que sus sentimientos por lady Linette eran de índole pasional y no sentimental, aunque estuviera dispuesto a protegerla de las garras de Reishart, pero eso era algo que haría por cualquier mujer, no solo por ella.

—Antes de irte, ¿Qué sabes sobre la monarquía rusa? Estuviste en San Petersburgo, ¿Te llamo algo la atención sobre la familia real?, ¿Visitaste el palacio?

—¿Tienes algún interés en tener relación con la casa imperial rusa? Sé que son bastante reacios a establecer líneas comerciales de larga distancia, pero el zar es joven, se casó hace poco y el pueblo parece adorar a la zarina, se hablaba sobre todo de ella en las tabernas que frecuenté. Creo que tendrías más posibilidades si te dirigieras a ella, parece mucho más benevolente que su marido. ¿Que plan tienes en mente?

—Ninguno, solo es una idea que aún tengo que elaborar —mintió descaradamente y palmeó el lomo del semental para dar por finalizada la conversación.

No quería dar demasiados detalles a Archie que pudieran condicionar de alguna manera su búsqueda.

—¿Quieres que te informe si averiguo algo por mensajería urgente? —preguntó sujetando con firmeza las riendas para que el caballo no se agitara.

—No. Prefiero no dejar rastro sobre estas averiguaciones. Regresa en cuanto tengas noticias.

—¿Qué es lo que temes, Alexander? —exclamó Archie perdiendo todo rastro de jovialidad y comenzando a estar realmente preocupado.

—Reishart es demasiado retorcido, tú mismo lo has dicho… si he de jugar a su juego, pretendo hacerlo con todas las cartas boca arriba.

Archie asintió y espoleó el caballo mientras le daba una señal y se alejó rápidamente del lugar en dirección al pueblo.

Cerró la puerta como solía hacer cada día y regresó a la mansión dirigiéndose a su despacho. Dejó los documentos de su investigación que había estado leyendo Linette durante la mañana y buscó la llave en el lugar secreto para abrir el cajón. La carta que le había entregado la doncella seguía allí, como un recordatorio de que la conservaba en secreto ante la incertidumbre de abrirla y leer su contenido, enviarla tal como debería haber hecho esa misma mañana o tirarla al fuego por si las palabras escritas en el interior podían alejar a la esposa de su hermano demasiado lejos de allí.

Vio el brillo del abrecartas sobre su propia mesa, como si le estuviera indicando que lo cogiera y rompiese la cuerda que la envolvía, pero en su lugar arrancó el rudo sello que Linette había colocado y agarró el lacre rojo con el que siempre sellaba sus cartas, acercándolo al fuego de la vela y sellándolo después con su propio anillo.

No esperó a que se secara, se alzó y buscó con premura a Herald, le encontró en el gran salón retirando hollín para que el fuego estuviera listo durante la cena.

—Id inmediatamente al pueblo y dejad esta carta en la oficina postal —dijo dandole la carta y un par de monedas para que fuera sellada oficialmente—. Que sea urgente.

No pensaba inmiscuirse en la correspondencia privada de lady Linette, como tampoco pensaba irrumpir el transcurso natural de los acontecimientos. Puede que la pasión le cegara, que la deseara con ímpetu y que no pudiera evitar buscarla incluso en sus pensamientos más prudentes, como si su imagen sola bastara para quebrar cualquier halo de cordura, pero no podía perder la realidad de que ella era la esposa de otro hombre.

Y eso le enervaba, porque alguien como Reishart no merecía a una mujer como lady Linette.

Y porque en su fuero interno, él deseaba reclamarla como suya.

Capítulo 32

La avisaron de que el duque la esperaba para cenar cuando aún no sabía si debía o no acudir al gran salón. Hacía días que le evitaba hasta aquel encuentro en su despacho la noche anterior y quedarse a solas esa mañana fue un completo error.

O no.

La palabra amante viajaba una y otra vez repetidamente, pero el sentimiento de culpabilidad que debería sentir ante tal denominativo no le producía ningún tipo de estupor, sino más bien una inquietante sensación de legitimidad, como si dicho término escondiera entre sus pliegues una verdad que nadie sería capaz de pronunciar en voz alta.

¿Acaso no era ella fruto de la relación de dos amantes que se anhelaban con intensidad?

Cuando Adeline abrió la puerta de su dormitorio, no esperaba que él la estuviera aguardando precisamente para escoltarla, o más bien llevarla, hasta una silla adecuada, dejando atrás la silla de ruedas en la que siempre se sentaba.

—Gracias —murmuró cuando sintió como él rozaba su mejilla con el mentón sin saber si era un acto intencionado o no.

—Trabajáis para mi, así que no debéis darme las gracias —acordó con cordialidad sentándose en su propio asiento.

No podía considerar que realmente fuera un trabajo, de hecho, agradecía tener algo que hacer durante todo el día para no sentirse demasiado ociosa al tener que guardar estricto reposo, pero que él recalcara ese punto solo le hizo recordar su encuentro esa misma mañana y el hecho de que ambos habían estado a punto de ser descubiertos en una situación demasiado vergonzosa.

—Cierto. Recordadme entonces cuando parta, que mi deuda está saldada.

—Lo haré —apuntó con énfasis sin mirarla.

—¿Hoy no nos acompaña el señor Archie? —exclamó ante lo que resultaba evidente.

—Debe partir al alba, me temo que no nos deleitará con su presencia durante unos días.

Linette asintió cogiendo la copa de vino y dio unos cuantos sorbos sintiendo un nerviosismo extraño al percatarse de que volvería a estar completamente a solas con el duque.

—Antes mencionó que tiene una hermana casada con dos hijos —dijo Alexander mientras cortaba con minuciosidad las verduras de su plato.

—Si —afirmó observando su propio plato—. Dio a luz a su segundo hijo poco antes de mi… matrimonio —murmuró al pensar que en ese momento tenía dudas, pero aún así creyó que iba a ser inmensamente feliz y su propia hermana se alegraba por ella.

—¿Compartís al mismo padre? —preguntó con énfasis.

—No —negó volviendo a coger la copa de vino porque por alguna razón, hablar de aquello con el duque la inquietaba, como si mentirle fuera algo que no le agradaba—. Mi madre se volvió a casar cuando quedó viuda, así que solo somos hermanas por vía materna.

Alexander alzó la vista para observarla y comprobó que su plato seguía intacto.

—Deberíais comer de lo contrario enfermaréis y vuestra estancia se prolongará más de lo debido —puntualizó logrando que

ella dirigiera su mirada directa hacia él—. A menos que tengáis una clara intencionalidad en que así sea.

Linette comprobó que la miraba con intensidad y se mordió el labio.

—Jamás osaría darle motivos para aumentar sus quejas por mi presencia —alegó observando de soslayo a Adeline que observaba callada la escena y se llevó el tenedor a los labios.

Terminaron la cena entre silencios y preguntas insustanciales, hasta que un comentario absurdo le llevó a que él la retara a una partida de ajedrez y a pesar de que no era una gran jugadora, terminó aceptando porque era incapaz de no prolongar aquel momento.

Se instalaron junto al fuego en una mesa baja donde solo estaban iluminados por el fervor de las llamas y conforme el calor se instalaba en su cuerpo, un creciente crepitar se intensificaba al mismo tiempo que las miradas de él hacia ella aumentaban.

El tablero estaba dispuesto entre ambos como un territorio neutral, pero lo cierto es que en aquella partida ningún movimiento parecía inocente.

Linette movía las piezas con calma, deslizando los dedos por la madera como si el alfil guardara un secreto y la torre espiara a su adversario. Se fijó en que él observaba más sus manos que el propio tablero, esperando ese instante en que sus dedos se pudieran rozar al capturar una pieza en un movimiento veloz. El contacto era breve, accidental, pero suficiente para aumentar su fulgor.

—Jaque —murmuró ella sintiendo que la estaba dejando ganar.

Alexander se inclinó hacia delante, la distancia entre ambos se redujo considerablemente. El silencio dejó de ser cómodo, vibraba alrededor y lograba que cada movimiento fuese una insinuación, un avance audaz como las piezas que se deslizaban por aquel tablero con una finalidad.

Aunque la partida seguía avanzando, ninguno parecía realmente concentrado en ganar. El juego había dejado de tener

sentido, había una provocación contenida, un pulso silencioso entre ambos en el que cada jaque era una aproximación, una excusa para permanecer cerca el uno del otro.

Y entonces ella capturó su reina, sin apartar los ojos de los suyos.

—A veces conviene sacrificar lo más valioso —advirtió él antes de dar jaque mate a su rey.

—¿Me habéis hecho creer que podía ganar? —preguntó observando el tablero.

—No —negó con suavidad—. Os ofrecí libertad. La libertad siempre revela nuestros movimientos.

Linette arrugó la frente como si de algún modo creyera que aplicaba la misma regla a su forma de vida.

—¿Y qué habéis encontrado en mis movimientos? —inquirió curiosa.

—Falta de premeditación. Actuáis cuando el impulso os lo pide, no cuando lo exige la estrategia.

—Seguir el instinto no es algo errado, ¿Vos nunca lo hacéis? —concluyó Linette.

—Si lo hiciera, no estaríamos manteniendo esta conversación ahora mismo —alegó levantándose de la silla para dar por concluido el juego y se acercó hasta ella con la intención de elevarla en brazos para llevarla de regreso a su alcoba. Se inclinó sobre su rostro pasando una mano por la cintura y otra por debajo de sus piernas como siempre hacia, Linette colocó sus brazos alrededor de su cuello y rozó su mejilla con la punta de su nariz—, porque si lo hiciera, en este momento os llevaría a mi lecho y no al vuestro —susurró cerca de su oído para que solo ella pudiera oírlo.

La clara intencionalidad en sus palabras fue acompasada con aquella mirada oscura en la que se podía apreciar la lujuria. No es que Linette tuviera gran experiencia en dotes amatorias, pero podía reconocer el deseo en su mirada y el modo en que sus ojos se detuvieron en sus labios y después bajaban hasta el ligero escote que evidenciaba su vestido solo conseguía delatarlo aún más.

Que Alexander no ocultara sus intenciones la incitaba a codiciar ese peligro dulce que prometía su descaro y su propia falta de control la hacía sentir vulnerable frente a su roce. Era demasiado embriagador y pudo notar como el aire se volvía más denso, cargado de una electricidad imposible de ignorar.

—Tal vez deba recordarle que no es mi lecho, sino vuestro —susurró Linette cerca de su oído cuando entró con ella en su alcoba y supo que su propia doncella no la escucharía.

—¿Es una invitación? —Murmuró rodeando la cama.

—Eso sería una imprudencia, ¿No cree? —consideró ella estudiando su perfil y observando como las luces de los candelabros y el propio fuego de la chimenea vibraban en su rostro.

Decir que era apuesto apenas rozaba la verdad, definitivamente era insuficiente para describir el atractivo que la llevaba a sentirse de ese modo y a querer que no apartara las manos de ella a pesar de ser un pensamiento pecaminoso.

—La imprudencia nació para tentar al destino, es usted quien debe decidir si utilizar la llave que abre sus compuertas o permanecer en la oscuridad —jadeó dejándola sobre el lecho y apartándose rápidamente ante la presencia de Adeline—. Buenas noches, lady Linette —saludó formalmente por primera vez desde que había llegado a su propiedad y sin esperar una respuesta por su parte, se marchó de la alcoba cerrando la puerta tras él.

Su declaración de intenciones la turbó, puede que mucho más por lo que despertaban en ella que por la vergüenza de aceptar que lo deseaba del mismo modo que él. Linette sintió la atenta mirada de su doncella y alzó los brazos para que Adeline le retirara el vestido y su camisola para después colocarle el camisón de dormir. Solo esperaba que de algún modo no hubiera escuchado nada y, en caso de hacerlo, que al menos no hubiera comprendido lo que significaba.

—Diría que su excelencia comienza a sentir cierta dilección por usted, mi lady —mencionó la joven.

—Tal vez solo se muestra más cortés porque se acerca el momento de mi partida. En unos días el doctor Hemrson me retirará el entablillado y poder dar algunos pasos.

—Deduzco que la misma premura con la que usted desea marcharse, ¿O ha comenzado a encontrar placidez en este lugar? Normalmente quien visita Nordville queda tan enamorado y eclipsado por sus paisajes que no puede evitar alejarse con pesar. Usted aún no ha podido ver todo el esplendor de este lugar, espero que cuando pueda permitírselo su pierna, su excelencia se lo muestre.

Siendo sincera, aún no había planificado su partida. ¿Cuanto tardaría en llegar su carta?, ¿Una semana?, ¿Diez días? Dependería de si lo hacía en tren, barco o ambos y teniendo en cuenta que no estaba marcada con un sello nobiliario, probablemente aún más al tener que pasar el control de la corte real. Podría llevar semanas si la carta se extraviaba. Tendría que haber encontrado el valor para enviar esa misiva mucho antes y no verse expuesta a aquellas circunstancias con la incertidumbre de que Reishart pudiera regresar a por ella antes de tiempo.

—Desde luego es un lugar muy reconfortante, pero no pretendo abusar de la amabilidad del duque más de lo debido —corroboró alisando los pliegues inexistentes de las sábanas y comprobando que el movimiento de su pierna herida apenas le causaba ya dolor.

Eso significaba que estaba sanando con rapidez y debía idear un plan urgente si no recibía respuesta temprana de su hermana.

—No creo que a su excelencia le preocupe que se quede un poco más de tiempo, al fin y al cabo, le está ayudando con su trabajo en el invernadero —corroboró la muchacha antes de dirigirse hacia los candelabros y apagar todas las velas salvo la de su mesita de noche—. Si no necesita nada más me retirare por esta noche.

Se despidió de la muchacha con una sonrisa y su mirada se clavó en la puerta que comunicaba con la alcoba de Alexander. Su invitación bailaba entre susurros que hacían eco a través de las

señales sensatas que le indicaban abandonar aquel terrible pensamiento. Y por otro lado tenía la firme convicción de que jamás volvería a verlo, de que una vez se marchara, solo le quedaría la aprensión del tiempo perdido en lugar de recuerdos vividos.

Abrió el cajón de la mesita de noche y la llave de hierro saltó como si gritase su nombre. Notó el pulso acelerado en su pecho, la incertidumbre sobre sus movimientos, el temblor de sus piernas anticipándose al momento y se contuvo cerrando los ojos para respirar profundamente. Abrir esa puerta era mucho más que aceptarle como amante, era ratificar que comenzaba a sentir algo más profundo por ese hombre.

Y no sabía si estaba preparada para descubrirlo.

Apoyó la mano en la mesilla para alzarse y después avanzó por los postes de la cama, el tocador y llegó hasta la gran chimenea donde se quedó largo tiempo observando el baile ancestral de las llamas crepitando en un murmullo que antecede al propio lenguaje.

Le pareció escuchar un ruido al otro lado de la pared, justo en la habitación adyacente y caminó despacio, dejando caer su peso por la balaustrada de piedra que conformaba el hogar, después la pared y por último aquella puerta que daba al otro lado.

«La imprudencia nació para tentar al destino» rememoró en su mente.

Ella había dejado de tener destino, pero… ¿Estaba dispuesta a reescribirlo? Antes de poder pensarlo insertó la llave en la pequeña cerradura sintiendo como encajaba perfectamente antes de que la nuez comenzase a girar. Sin siquiera detenerse a sacarla, agarró el pomo y lo presionó conforme la puerta se abría hacia ella, notando que dejaba de entrar aire en sus pulmones y llenando su visión con la silueta del duque dejado caer sobre el marco de la puerta.

—No quiero continuar en la oscuridad —dijo en su defensa mientras le observaba con intensidad.

—Yo tampoco —gimió antes de dar un paso hacia ella y acoger entre sus manos su rostro para poseer su boca en un acto voraz.

Los dedos de Alexander se deslizaron por la curva de su cuello, rozando la línea de la mandíbula con delicadeza y firmeza, mientras ella respondía con un temblor apenas perceptible que lo desarmaba por completo. Cada instante multiplicaba la intensidad de lo que provocaba en él y un simple roce de cabello o de sus hombros, aceleraba su tensión llegando a producirle dolor el simple hecho de no poseerla.

Se separaron apenas un instante, mirándose a los ojos con una mezcla de incredulidad y avidez. La pasión contenida brillaba en cada pupila y el silencio creado entre ellos era ese susurro cargado de promesas y urgencia carnal.

—Sabíais que abriría la puerta —afirmó sin necesidad de preguntarlo, pues él ya aguardaba al otro lado.

—Si —contestó sin dejar de tocarla.

—¿Cómo? —inquirió con la voz medio rota por el deseo.

—Porque siento el mismo ardor que os consume, ese que no os deja respirar, no os deja dormir, no os deja ni siquiera pensar en otra cosa que no sea dejar que os devore, que os arrastre sin defensa, que os consuma hasta no quedar más que ceniza.

Linette colocó sus manos en el pecho de Alexander, notaba su respiración agitada, el latido de su corazón tan apresurado como el suyo. Saber que ella era fruto de aquel deseo la exaltaba y su excitación crecía conforme aquella mirada refulgía en un innato deseo.

—Sigo siendo la esposa de vuestro hermanastro —arremetió Linette en impulso de recordárselo, no solo a él, sino a ella mima y la certeza de que aquello no perduraría.

—Lo recuerdo en cada maldito instante que os deseo —rebatió él.

—Creía que eso era motivo suficiente para deteneros. —Aunque sus manos palpasen la fina camisa, podía sentir la dureza y el calor que emanaba su pecho.

Las puntas de sus dedos ardían ante el deseo de palpar su piel y, aun así, trataba de contenerlo.

—Lo era hasta que reclamé vuestro cuerpo —advirtió deslizando una de las mangas del camisón y desnudando su hombro izquierdo—. Hasta que supe que me pertenecéis por completo —continuó haciendo exactamente lo mismo con el otro y provocando que la prenda se deslizara por su cuerpo hasta caer a sus pies para mostrarse completamente desnuda ante él.

—Será efímero —gimió ella siendo consciente de que esta vez no había tanta oscuridad para impedir que viera su desnudez, sino que las llamas del fuego vibraban con la intensidad suficiente para que él se perdiera en cada curva, redondez y y llanura que evocaba su cuerpo.

—Entonces haremos que sea intenso —contestó en un tono de voz grave antes agarrarla de los muslos y elevarla sobre él para sentarla en el borde del lecho mientras él se encajaba entre sus piernas.

Sintió la boca de Alexander en su cuello conforme sus manos ascendían para atrapar sus pechos. La forma en que su propio cuerpo se arqueaba para ofrecerle un mayor acceso nacía de su propio impulso por la anticipación a sus caricias. Conforme sus labios iban trazando un sendero a través de su esternón, el candor crecía a su paso y se incrementó cuando atrapó su pezón entre los dientes a la par que alzaba su mirada llena de una lujuria que abrasaría hasta el alma más férrea.

Cada roce parecía encender un punto distinto de su cuerpo, una chispa diminuta que se unía a otra hasta formar un calor continuo, profundo y que la embargaba hasta abandonarse por completo y entregarse a aquella pasión cegadora.

Notó como la boca de Alexander abandonaba sus pechos para proseguir descendiendo por su vientre, evocando un cosquilleo que se intensificaba según avanzaba hasta que llegó al borde de sus rizos y palpó su entrepierna. El temblor la hizo retroceder, pero él sostuvo firmemente sus muslos con ambas manos y ella trató de apartarse por simple desconocimiento. ¿Estaba pensando hacer lo que ella creía que haría?

Su respuesta fue hundir su boca entre la apertura de sus piernas logrando que a ella se le escapara un grito de placer y sorpresa al mismo tiempo. Aquel ardor no era doloroso, todo lo contrario, la hacía sentirse más viva que nunca. Se expandía desde aquel punto hacia el resto de su cuerpo como si la sangre circulara mucho más deprisa, como si cada latido llevase consigo una corriente cálida que tensaba sus músculos, los contraía y aflojaba su voluntad a la entrega de aquel roce. El aire parecía insuficiente para contener aquello que crecía en su interior y su respiración se volvió cada vez más lenta, más densa, esperando que algo dentro de ella sucediera conforme sentía que se acercaba.

Linette extendió sus brazos y se aferró con ambas manos a la manta que cubría el lecho sintiendo que algo en ella estaba a punto de explosionar, sentía como se acercaba y, en el momento que abrió aún más sus piernas para él provocando que penetrara su lengua con más intensidad, sintió como aquella oleada de placer la devoraba con una fuerza luminosa.

No fue un estallido violento, sino una explosión íntima, como si mil chispas se encendieran a la vez bajo su piel.

Abrió los ojos volviendo en sí para ver la sombra que se alzaba sobre ella. Alexander se quitó la camisa en un movimiento mientras la arrojaba al suelo y se deleitaba al recorrer con su mirada cada ápice de piel expuesto. No sabía si el duque había visto a muchas mujeres desnudas, pero para ella era la primera vez que veía a un hombre y no podía contar la noche anterior porque la penumbra apenas le había dejado intuir sus músculos. Ahora, en cambio, sus ojos ambicionaban cada extremidad que él descubría y cuando permitió que los pantalones cayeran por gravedad, su mirada se concentró en aquel trozo de carne grande, firme y erecto provocando que su estremecimiento fuese real.

Sintió que su garganta se secaba, que era incapaz de pronunciar ninguna palabra y toda la seguridad que había mostrado la noche anterior se esfumó, como si esa oscuridad que se cernía ante ellos en el despacho le hubiera dado la valentía necesaria que ahora a la luz del fuego, se desvanecía.

Era alto, fuerte, proporcionado y ¡Por todos los dioses! No hacía justicia a esas estatuas de de mármol griegas de hombres desnudos. ¡Aquella cosa era inmensa!

—¿Puedo… tocaros? —titubeó al ver que él aguardaba de pie esperando que ella terminase su evaluación.

—Si me tocáis en este instante, perderé todo el control que poseo —gimió inclinándose sobre ella y rodeando con una mano su cintura para alzarla y obligarla a encaramarse a su cuerpo—, pero dejaré que exploréis todo lo que deseáis cuando termine de poseeros.

Su boca volvió a poseerla con ímpetu mientras sentía que el mullido colchón volvía a estar bajo su espalda, esta vez notó el peso del duque sobre ella, envolviéndola por completo, bañándola en su calor, en el roce de su piel y la sensación fue enloquecedora. Notó como iniciaba a abrirse camino en su interior, se preparó para el dolor esperando que en esta ocasión no fuera tan intenso. A diferencia de la noche anterior no notaba solo la presión e incomodidad, sino un abrumador espasmo que ascendía y que la incitaba a buscar aquel contacto.

Alexander se hundió por completo en ella buscando resquicios de un control inexistente para evitar que su impulsividad volviera a provocarle algún daño.

Su lengua se adentro hasta el fondo de su boca, como si necesitara poseerla de todas las formas posibles para reclamarla como suya y ella respondió con un jadeo, inclinando sus caderas hacia él, invitándole a poseerla con mayor intensidad, logrando que esa brizna que aún le hacía mantener un poco de calma, se esfumara por completo. Agarró con firmeza sus glúteos y jadeó antes de salir lentamente para adentrarse con más vehemencia. El gemido que provocó de placer en su boca solo le dio a entender que aquella mujer anhelaba lo mismo que él y fue su completa perdición.

La intensidad de sus embestidas fue creciendo hasta que se perdieron en una marea de jadeos, gemidos y sollozos mientras todo

a su alrededor desaparecía.

El ritmo se volvió implacable, casi desesperado, como si cada movimiento fuera un intento de fundirse por completo el uno en el otro, deseando borrar la frontera entre piel y piel ante la necesidad imperiosa de pertenecerse. El aire se volvió ardiente y la urgencia con la que se buscaban ya no admitía ninguna contención.

Linette se arqueaba para recibirle con mas fulgor, sus dedos se aferraban a su espalda, su pierna se anclaba a sus glúteos para aferrar cada embate, que le arrancaba un sonido más profundo mientras sentía que el placer la desarmaba pieza por pieza. Notó como viajaba hacia un lugar sin retorno y solo quería perderse junto a él… con él… en él.

—Es un delirio… voy a caer… —gimió sintiendo que aquella inmensidad la embargaba, que era como una ola gigantesca que pensaba ahogarla y lo único que podía hacer era recibirla con los brazos abiertos.

—Caed conmigo —jadeó cerca de su oído conforme iniciaba a derramar su simiente dentro de ella.

El mundo se detuvo para Linette sintiendo que solo quedaba esa corriente ardiente que ascendía a través de ella sin tregua, embaucándola hasta succionarla y llevarla a la cima del clímax en una tensión exquisita.

Sus cuerpos temblaron al unísono, aferrados, casi sin aliento mientras el placer los consumía en oleadas sucesivas e intensas que resultaban imposibles de contener. El sonido de sus respiraciones agitadas les devolvió a la realidad, aún estremecidos por la sensación de haber cruzado juntos un incendio del que les resultaría imposible salir indemnes.

Ella se vio reflejada en su mirada oscura que la observaba con intensidad. No había rastro de arrepentimiento. No existía la culpa. Lo único que prevalecía era la innata sensación de que entre ambos había nacido algo más arrollador que el propio deseo, una fuerza imposible de negar y aún más imposible de poder dominar.

Algo se había arraigado en su interior con una fortaleza nueva y desconcertante. El duque comenzaba a importarle más de lo que estaría dispuesta a admitir.

Capítulo 33

El murmullo vibrante del servicio que avivaba el fuego de la chimenea la atrajo de su ensoñación. Vislumbró la luz que se filtraba con timidez entre los visillos de encaje y dedujo que era un nuevo día. En el momento que Linette trató de desperezarse notó enseguida la tensión de sus músculos doloridos y eso atrajo los recuerdos de una noche placentera en la que había permanecido despierta hasta altas horas de la madrugada.

Sus mejillas ardieron ante el recuerdo vibrante de los lugares en los que el duque de Nordville la había tocado, acariciado… besado con intensidad. Probablemente no quedaba un solo ápice de su piel sin explorar por sus manos o su boca y eso solo hacía que deseara meterse bajo las sábanas para que nadie pudiera notarlo en su cara.

No recordaba despedirse de él, pero si haberse quedado dormida entre sus brazos y, comprobando que estaba a solas en su lecho, dedujo que él debió marcharse al suyo en cuanto morfeo la atrajo.

—Al fin está despierta, mi lady —mencionó Adeline acercándose a la cama—. Estaba profundamente dormida y no deseaba importunarla.

—¿Que hora es? —exclamó con la voz pesada.

Aún notaba el cansancio por la falta de sueño, pero no iba a admitir el motivo de este a su doncella.

—Hora de prepararse para bajar a desayunar. El duque ha tenido que marcharse temprano para resolver un contratiempo con uno de sus arrendatarios, ha mencionado que no salga de la mansión hasta su regreso.

¿No deseaba que fuera al invernadero para continuar dibujando? Estaba claro que no le agradaba la idea de que alguien estuviera a solas en su lugar más preciado, o quizá es que aún no confiaba tanto en ella como había iniciado a pensar tras ofrecerle los documentos de su investigación.

—¿Sabe que ha ocurrido? —preguntó incorporándose.

—No, mi lady. Recibió una misiva urgente e informó a Herald antes de partir —confirmó Adeline acercándose con un sencillo vestido en tonalidad salmón que no resaltaría demasiado en su tono de piel, pero cuyo corte favorecía bastante su figura, aunque estando siempre sentada no es que se apreciara demasiado.

No insistió en ello para no mostrar ningún interés personal en concreto. Cada amanecer descontaba un nuevo día que pasaría en aquel lugar y, por más que los recuerdos ardientes de la noche pasada la estremecieran, no cambiaban ese hecho.

Desayunó en silencio, prolongando hasta la extenuación aquel momento con la certeza de que el duque podría regresar en cualquier momento, pero cuando retiraron todas las bandejas y platos, imaginó que aquel contratiempo le llevaría más tiempo del esperado. El cielo estaba nublado y la llovizna no tardó en caer de forma precipitada hasta convertirse en un aguacero intenso, se quedó observando por uno de los ventanales hacia el exterior a pesar de que no se podía apreciar nada por la fuerte lluvia.

Su inquietud se volvió plausible conforme las horas acontecían y Alexander no regresaba. ¿Era una preocupación aceptable? Que mostrara clara preocupación por la persona que la hospedaba en su casa debía ser un acto común y corriente, pero el sentimiento de presión en su pecho ante la posibilidad de que le

hubiera ocurrido algo comenzó a ser tan intenso que el propio temblor en sus dedos le impedía tocar el piano con soltura.

Habían envuelto la mansión en candelabros y velas por doquier debido a la oscuridad que dejaba la tormenta. Apenas probó bocado durante el almuerzo y lo único que fue capaz de ingerir era el té caliente, aunque ni siquiera este calmaba sus nervios. Incluso se atrevió a adentrarse en el despacho de Alexander para coger prestado uno de sus libros y al menos tener la excusa de mantener una página abierta a pesar de no lograr concentrarse ni tan siquiera unos minutos.

—¿Es normal que su excelencia se demore tanto tiempo en sus asuntos? —El anochecer había traído consigo que su desazón no pudiera ser ocultado por más tiempo.

Continuaba lloviendo con menor intensidad, pero eso no le restaba intranquilidad. Eran demasiadas horas ausente para un hombre que, salvo en momentos muy puntuales jamás se alejaba de allí.

—Los caminos deben haber quedado intransitables, mi lady. Es posible que tarde en regresar debido a ello —contestó Adeline en un tono que no aportaba tranquilidad, aunque esta fuera su intención.

—¿Y si le ha ocurrido algo?, ¿Nadie irá a buscarle? Puede estar herido, haberse caído del caballo o… —Había tantas posibilidades que prefería no mencionar las más fatídicas. Con el señor Archie fuera de la ciudad, se preguntó quien más aparte de él y sus propios sirvientes podría preocuparse por el duque de Nordville.

¿Tendría familia más allá de su hermanastro? No le había hablado de otros hermanos, ni de primos, tíos o familiares lejanos. ¿A quien pasaría su ducado si a él le ocurría algo? Realmente no sabía apenas nada sobre Alexander, pero no podía culparlo cuando ella misma no le había dado información sobre su propio pasado.

—Que se preocupe por su excelencia indica que ya no parece despreciarle como al inicio, ¿O me equivoco?

—Nunca le he despreciado —mintió a medias, porque realmente sí que había despreciado el modo en que tenía de tratarla los primeros días a pesar de que jamás le había negado su hospitalidad o comodidades—, solo me preocupo por él como lo haría por cualquier otro ser humano.

Observó como la doncella sonreía y asentía, pero si sospechaba algo de sus verdaderos sentimientos hacia el duque, no mencionó nada. ¿Es posible que hubiera podido sospechar algo sobre lo que ocurría entre ellos?

—Dígale a la señora Hadfork que preparen el baño y comiencen a calentar algunos cubos. Si su excelencia regresa, lo hará en unas condiciones lamentables y la espera podría hacer que se enfriara demasiado—. Usad aceite de esencia de romero, pino y jengibre —añadió precipitadamente.

—Por supuesto, mi lady —aseguró mientras se alejaba hacia la zona del servicio dejándola a solas y ella misma volvió a acercarse a los ventanales que daban al frente de la mansión como si con ello tuviera la esperanza de verle regresar.

El sonido del portón de entrada la avisó antes de que pudiera ver algo a través de la oscuridad y la figura del duque con la capa completamente embarrada al igual que sus botas, profesaba que su travesía no había sido precisamente confortable, algo que ella había intuido tiempo atrás. El sombrero estaba casi destrozado por el agua y aun así, tenía el cabello completamente empapado.

El alivio que supuso verlo de regreso era demasiado intenso hasta el punto de no poder camuflarlo y aquella mirada que él le dirigió solo provocó que dejase de respirar aun sin darse cuenta de ello.

—¿Donde están todos? —preguntó con calma.

—Desaparecéis todo el día y ordenáis que se me prohiba salir de vuestra casa, ¿Es eso es lo primero que tenéis que decir? —exclamó enfadada e irritada, porque aquel cúmulo de sentimientos extraños que albergaba en su interior estaban brotando sin freno.

—Sabía que habría tormenta, de hecho, ha sido más intensa y ha durado más de lo que esperaba, no quería que corrieseis ningún riesgo si os exponíais al salir.

—¿No debería ser yo quien decida los riesgos que corro? Vos mismo os habéis ido a pesar de saber lo que sucedería —exclamó furiosa.

—Conozco perfectamente como es el clima aquí y puedo recorrer los caminos con los ojos cerrados orientándome únicamente por instinto, aunque para muchos puedan parecer intransitables. Puedo hacer frente a los riesgos que sucedan, pero vos ni siquiera podéis caminar aún y no iba a permitir que enfermarais de nuevo, aunque solo fuera por un leve resfriado.

Se desprendió de la capa dejándola caer al suelo y tal como Linette había imaginado, su chaqueta también había sufrido bajo la intensa lluvia.

—¿Y que habría pasado si no regresáis? —gimió ella con temblor en su voz.

—¿Estabais preocupada por vuestra situación, mi lady?, ¿O temíais por mí?

Admitir que el último de sus pensamientos había sido hacia ella o su porvenir si él no regresaba era algo que no pensaba admitir. No por orgullo, sino porque eso implicaba afirmar que, de algún modo, él le importaba y por más cierto que fuera dicha afirmación, no se lo podía permitir en su situación.

—Temer por vos no figura entre mis hábitos, excelencia. Bastante tengo con atender lo que me concierne —aseguró sintiendo que era incapaz de sostener la mirada como si él pudiera detectar en ella que mentía.

—Podría asegurar que anoche os concernía —murmuró acercándose lo suficiente a ella para que algunas gotas de su cabello empapado cayeran sobre sus piernas.

No le importó el frescor, de hecho, anheló tocarle y ser ella misma quien le hiciera entrar en calor y tal como entró ese

pensamiento trató de apartarlo al no ser capaz de controlarse en presencia del duque.

—¡Gracias a Dios que está usted bien, excelencia! —exclamó la señora Hadfork provocando que Alexander diera un paso atrás para mantener una distancia prudente y ella volviera a mantener la compostura—. Lady Linette ordenó que le preparásemos un baño caliente y menos mal que lo hizo dado el estado en el que se encuentra. Ya está todo listo en su alcoba, excelencia.

Alexander se giró hacia la joven y sonrió con evidente sorna.

—Qué amable por su parte lady Linette —admitió arrastrando las palabras—. ¿Le importaría esperar en mi despacho? Tengo algunos asuntos que tratar con usted referentes a la investigación en privado —continúo y dirigió su vista hacia la sirvienta—. ¿Podría servir la cena en mi mesa, señora Hadfork? Me temo que tengo demasiada hambre y no tengo paciencia después de todo el día para algo más formal.

—Enseguida, excelencia —contestó la señora Hadfork y puso rumbo hacia la zona del servicio dejándoles de nuevo a solas.

—Mentirme tendrá un coste que debéis pagar —objetó Alexander volviendo de nuevo su mirada hacia ella—. Esperadme en mi despacho —No era una sugerencia, esta vez claramente era una orden.

Aguardó tal como le había pedido y observó como la señora Hadfork dejaba un carrito de madera lleno de platos, además de una bandeja antes de marcharse y dejarla de nuevo a solas.

¿No era imprudente que una dama casada como ella se reuniera a solas en el despacho de un hombre que no era su marido? Ya de por sí convivir bajo el mismo techo lo era, por lo que añadir más detalles a aquel asunto dejó de importarle. La Linette de hacía unas cuantas semanas se habría comportado de un modo muy distinto, en cambio, allí estaba… anhelando enfrentarse de nuevo a ese hombre que despertaba en ella unos sentimientos jamás vividos.

Alexander disfrutó de aquel candente baño y del aroma especiado que desprendía. Reconoció las esencias y sonrió aun más al saber que, sin duda, habría sido también una petición de la dama porque a la señora Hadfork jamás se le habría ocurrido. Con sumo gusto se habría quedado más tiempo dejando que sus músculos se entumecieran bajo el agua caliente, pero su cuerpo pedía anhelante otro tipo de calor, uno que solo cierta mujer era capaz de proporcionarle.

Se vistió con ropa seca y no se esforzó en anudarse el pañuelo o meterse la camisa por el pantalón, simplemente recorrió la distancia de su alcoba al despacho con premura y, cuando sintió el calor que embargaba la estancia, cerró la puerta provocando que volviera la mirada.

—Vuestros sirvientes se preguntarán qué motivos tenéis para cerrar esa puerta.

—Mis sirvientes no hacen preguntas de las que no quieren saber respuestas.

—¿Y no os importan las consecuencias? —decretó ella.

—Las consecuencias son un precio que siempre he tenido que pagar. —Se acercó hasta colocarse frente a ella y se inclinó lentamente sobre su figura para acercarse a su altura hasta casi rozar sus labios—, pero si os importan a vos, abriré esa puerta —dijo antes de arremeter de nuevo contra su boca e introducirle la lengua de un modo salvaje.

¿Le importaban?, ¿Realmente le importaba que pudieran saber que el duque y ella se habían convertido en amantes? Su propio marido la había expuesto a dichos rumores, aunque no fuese cierto, el simple hecho de vivir bajo su techo completamente a solas, lo propiciaba. ¿Realmente le importaba que lo sospecharan?

Si existían motivos para oponerse, estos desaparecieron en cuanto él la incorporó de la silla y sintió que la acercaba a una de las butacas cerca del fuego y apartaba su boca de la suya para colocarla de espaldas a él.

Alexander le hizo apoyar la rodilla de su pierna convaleciente sobre la butaca, mientras sentía el roce de su pecho en la espalda y se inclinó hacia delante como respuesta ante el contacto de su cuerpo junto al suyo provocaba en ella.

—Os dije que mentirme tendría un coste —jadeó en su oreja antes de morderla y gimió sin poder evitarlo a la par que él ascendía con su mano tocando sus pechos a través del vestido hasta acoger su garganta y forzarla a girar el rostro para apresar de nuevo su boca en un gesto rápido y voraz con el que ella se quedó deseando alargar.

Linette podía imaginar que clase de coste iba a tener que pagar y la agonía solo hacía crecer su excitación hasta que sintió que la otra mano libre del duque ascendía bajo su falda por su muslo derecho y se abría paso entre su ropa interior hasta encontrar el acceso a su hendidura.

Notaba la humedad, la placidez que emergía de ella ante su excitación y eso pareció satisfacerle en demasía.

Alexander dejó un rastro de besos rudos por su nuca y parte de su espalda, pero no la desnudó, solo le bajó la ropa interior cuando comprobó que estaba preparada para él y se desabrochó el pantalón para liberar su propia excitación. Apretó su mano contra sus labios cuando se deslizó dentro de ella de un solo movimiento, sintiendo que su estrechez se abría para él y lo recibía de forma placentera.

Había pasado todo el día evocando el modo en que la había hecho suya varias veces durante la noche. En como se había deleitado explorando su cuerpo y como luego ella, con timidez, había tocado el suyo. La pasión que nacía de cada encuentro superaba con creces la anterior y ahora se había vuelto una completa adicción a la que era incapaz de renunciar.

Su excitación crecía conforme salía para volver a hundirse en ella sin miramientos, sin pudor, sin ternura, sino en un estado propiamente salvaje únicamente debida a la necesidad imperiosa de poseerla, de reclamarla como suya.

Sentía que le pertenecía en un modo al que ni siquiera era capaz de poner nombre y aquella sensación solo demostraba que ella había comenzado a importarle en un modo, del que jamás se había permitido que nadie le importase.

Ella se abría para él como una flor que expande sus pétalos ante la calidez del sol y cuando lo hacía, perdía todo juicio posible que quedara aún en él. Apretó su cadera contra él mientras la empujó con una embestida tras otra desfogando todo el ardor que le consumía. Oía sus gemidos acallados parcialmente por la mano que aprisionaba sus labios y ladeó su rostro para atrapar su boca con la suya sin dejar de embestirla, haciendo que ahora esos gemidos los acallara su propia lengua.

Deslizó una mano para tocar el punto exacto de su entrepierna y notó como los espasmos le indicaban que había alcanzado el clímax, eso fue suficiente para que él lo alcanzase junto a ella y se derramase en su interior sin poder controlarlo.

La aferró contra sí mismo sintiendo como ella perdía sus propias fuerzas y la idea de acogerla entre sus brazos y llevarla al lecho para volver a amarla durante toda la noche sin la necesidad de fugarse en cuanto ella se durmiera sonaba exquisita, pero el nombre de Reishart aparecía para darle esa cordura que cada vez que la miraba, perdía.

—Ahora sí tengo hambre. Será mejor que tomemos esa cena —dijo alejándose de ella y abrochándose su pantalón mientras dejaba que ella hiciera lo mismo con su ropa interior.

—¿Ahora? Le dijo a la señora Hadfork que estaba hambriento y no tenía paciencia para esperar una cena formal en el salón.

—No, querida —La palabra salió tan suave de sus labios que Linette sintió como algo dentro de ella se estremecía—. Tenía hambre de vos —afirmó dirigiéndole una última mirada intensa antes de abrir la puerta y que ella se quedase sin respuesta.

Era extraño mantener una conversación sobre un asunto trivial después de lo sucedido, pero Linette lo intentó con todas sus fuerzas a pesar de que cada vez que su vista recorría la mandíbula

marcada del duque, el inicio de su barba, la curvatura de sus cejas, el puente de la nariz recta o la nuez de su garganta mientras tragaba el licor de su copa, se alejase de la conversación.

—Nunca ha hablado de su familia, más allá de su madre, su padrastro o el propio Reishart —dijo ella cuando se quedaron en silencio.

—Tampoco usted de la suya —contrastó él.

Se había servido una copa de coñac tras acabar la cena y, a pesar de que Linette no estaba acostumbrada a compartir ese espacio de intimidad en el que su padre solía resguardarse en el despacho junto a algún amigo o su propia madre, era extraño sentirlo en sus propias carnes. Sentir como era ese momento a pesar de que él y ella no compartieran ningún vínculo.

Bueno. ¿El de amantes podía considerarse uno de ellos?

La palabra debería hacerla sentir fuego en su pecho y, sin embargo, solo era capaz de reverberar el candor que le provocaba pensar lo que habían compartido justo allí solo un par de horas atrás.

—Tiene razón. No tengo ningún derecho a preguntar. Es solo que hoy, cuando se acercó la noche y no regresaba, me pregunté si existe alguien en algún lugar que se preocupe por usted.

—Nunca he necesitado a nadie —afirmó levantándose rápidamente como si quisiera poner distancia entre ambos.

—¿Y por eso se pasa cada día de su vida realizando una labor desinteresada de la que solo se beneficiarán otros? Es el acto menos egoísta que he visto en mi vida. No creo que alguien que solo busca salvar vidas y el bienestar hacia los demás decida libremente estar solo.

Le escuchó sonreír de forma cínica y después se volvió hacia ella.

—¿Y cuál es su teoría? —afirmó—. Le recuerdo que si no fuera alguien egoísta, no me abría metido en la cama de una mujer casada, concretamente en la de mi hermanastro, ¿No lo cree usted?

—gimió—. Y si piensa que albergo algún tipo de arrepentimiento, se equivoca. ¿Podría decir lo mismo de vos?

—Mentiría si dijera que no —se sinceró—, pero desconozco en qué situación nos deja eso.

No estaba admitiendo que sintiera algo por él a pesar de que comenzaba a ser incapaz de negárselo a sí misma. No le amaba. Al menos no creía que lo hiciera, pero era innegable el deseo de permanecer a su lado y también de la aflicción que suponía saber que eso no sería posible.

Él sostuvo su mirada sin apenas pestañear, como si intentara descifrar en sus ojos aquello que se negaba a pronunciar. El silencio se tensó entre ambos, parecía cargado de algo que iba más allá de unos sentimientos que ninguno estaba dispuesto a nombrar.

—Nos deja exactamente donde estamos ahora —admitió con una calma aparente que no sentía—. Sabiendo lo que somos y lo que no podemos ser.

Linette sintió como su corazón latía con violencia, con ese tipo de premura que anticipa un sentimiento que va mucho más allá de lo que se puede expresar o mostrar con palabras. Y aún así, fue incapaz de decir nada porque ese —*lo que no podemos ser*— era mucho más que cinco palabras, más que un dolor profundo en su pecho, era la admisión de que para él, ella también suponía algo más que la insondable atracción que sentían el uno hacia el otro.

Capítulo 34

Los estragos de la mañana se vieron con la luz de un nuevo día. Esa noche Linette no dejó la puerta abierta que comunicaba con la alcoba de Alexander y él por su parte, tampoco llamó para que la abriera.

No sabía si este hecho le provocaba desazón o alivio. Admitir lo que él le hacía sentir hasta el punto de olvidar cualquier cosa que no fuera el instante que compartían, suponía que se alejara de una realidad cada vez más presente.

«Lo que no podían ser y jamás serían» tal como él había dicho.

Descubrió que le habían instalado todo lo necesario para seguir dibujando en una salita privada con vistas al jardín. Ni siquiera la informó el duque, sino que fue la propia señora Hadfork la que le indicó que estaría más cómoda. No visitó el invernadero ese día, tampoco el siguiente y al tercero dedujo que muy probablemente no regresaría. El duque volvió a su rutina habitual en la que se ausentaba todas las mañanas, con la diferencia de que ahora almorzaba siempre fuera de la mansión y regresaba con la puesta de sol para encerrarse en su despacho.

Tuvo claro que la evitaba, así que no se molestó en enfrentarlo, su propio orgullo hizo que ella también lo hiciera y se recluyera en su propio dormitorio.

Mentiría si afirmaba que no pensaba en él. Que no acariciaba las sábanas de su propio lecho evocando unos recuerdos que la hacían desear volver a repetirlo con un hambre que no sacia ningún apetito, siendo muy consciente de que no encontraría consuelo.

El doctor Hemrson vino a visitarla, por lo que vislumbrar aquel rostro jovial y amable le provocó una sonrisa súbita, que se apagó en el instante en que vio que tras él, el duque de Nordville se adentraba en su propia alcoba.

Su mirada conectó con la suya durante unos breves segundos, los suficientes para saber que su aspecto mostraba una clara desmejoría. Su cabello estaba revuelto, lucía unas bolsas bajo los ojos y su semblante era aún más taciturno que el que había mostrado desde que llegó a aquella casa.

—¿Que tal se encuentra? —La voz del doctor Hemrson le hizo apartar la vista y volver la mirada hacia este.

—Mucho mejor —dijo cuando fue capaz de procesar su pregunta.

Le explicó que se había incorporado algunas veces y que era un dolor apenas imperceptible. La conclusión del doctor Hemrson fue que su pierna había cicatrizado mejor de lo esperado y eso era una buena señal.

—Le retiraré las tablillas y el vendaje, así podrá sentirse más cómoda, pero no debe caminar de inmediato, deberá ir poco a poco y sin esforzarse. Puede iniciar manteniéndose de pie y apoyando más peso en la otra pierna o caminar unos pocos pasos con ayuda, preferiblemente de alguien que pueda sostener con facilidad su peso. Si siente dolor deténgase de inmediato y no se esfuerce o me veré en la obligación de volver a inmovilizarle la pierna.

De algún modo le llegaban las palabras del médico, pero la presencia constante del duque de Nordville la aturdía en sobremanera, hasta el punto de asentir sin que la información llegase realmente a su cerebro.

En el momento que sintió como le quitaba del vendaje que le había oprimido la pierna después de todas aquellas semanas, se

sintió extraña. Debía haber sentido liberación, estar feliz porque volvía a ser de nuevo parcialmente autónoma en sus movimientos, pero lo único en lo que era capaz de pensar es que su estadía en aquel lugar se aceleraba hacia el final y no encontraba el modo para describir qué le hacía sentir eso.

Se levantó de la cama con ayuda del médico y éste le rodeó con cuidado la cintura para mantener la mayor parte de su peso. Instintivamente se apoyó sobre su hombro para buscar un punto de apoyo y cuando se irguió por completo para mantenerse de pie, aquellos ojos oscuros la observaban con minucia desde la penumbra. Si hubieran estado cerca, podría haber contado las motas verdes que se difuminaban entre aquel color marrón. Lo había observado tantas veces que conocía sus rasgos de memoria y aún con los ojos cerrados, puede que su aspecto pareciera revuelto y desaliñado, pero continuaba causando el mismo efecto seductor y atrayente al que era incapaz de hacer frente.

Intentó dar un paso y perdió estabilidad al sentir todo su peso de nuevo sin un apoyo estable, pero en cuanto sus piernas flaquearon, el doctor Hermson la apretó fuertemente contra sí y antes de que pudiera recomponerse, notó como la separaban del médico.

El calor regresó a ella latente, como si jamás la hubiera abandonado y reconociera de nuevo quien ejercía aquel desasosiego. No necesitaba mirarlo, ni siquiera detectar el aroma de su perfume amaderado con toques cítricos para saber que era él. ¿Por qué no sentía lo mismo cuando otro hombre la sostenía en ese modo?, ¿Por qué su cuerpo no reaccionaba de la misma manera cuando el doctor Hemrson la había agarrado con firmeza?

Su piel reaccionaba a su contacto como si ya le reconociera, igual que una sombra reconoce la luz que la proyecta.

—Dado que el doctor Hemrson no estará aquí siempre, será mejor que se acostumbre a que la sostenga —decretó sujetándola con tanta firmeza que Linette casi no sintió el propio peso de su cuerpo—. Al menos hasta que pueda mantenerse por su propio pie —añadió rápidamente.

Dio un paso, después otro y a pesar de que lo hizo con delicadeza, aun sentía la debilidad al apoyar su peso y como este cedía si intentaba forzarlo mínimamente, así que hizo una ligera mueca de dolor antes de reafirmarse en el brazo del duque que la rodeaba. Sus dedos tocaron los de él y por un momento sintió el fogonazo al sentir el contacto de su piel, pero aún más cuando percibió como los acariciaba entrelazándolos con los suyos en un gesto de ternura, a lo que ella respondió retirando la mano con rapidez.

—Estoy segura de que no será necesario. Adeline podría ayudarme —replicó Linette alzando la vista hacia su doncella, que observaba la situación con una sonrisa comedida.

—Su doncella no es lo bastante fuerte para soportar su peso tal y como ha mencionado el doctor Hermson y desgraciadamente Herald no es una opción. Eso limita sus opciones y las mías, pero serán solo unos días, ¿No es así? —exclamó dirigiéndose al médico.

—Por supuesto, excelencia. Si sigue las indicaciones en una semana podría estar caminando con cierta normalidad. Todo depende de como evolucione.

—Una semana será más que suficiente. He prolongado demasiado mi visita —arremetió sin mirarle y detecto como él apretaba con más énfasis su cintura.

—Se quedará el tiempo que sea necesario —contrastó el duque sin siquiera dirigirse hacia ella—. Acompañe al doctor a la puerta —dijo en referencia a la doncella a pesar de la connotación en el tono de su voz al dar la orden y el hecho de que eso significaba que se quedaran a solas en su alcoba.

Realmente imprudente, pero que el duque de Nordville siguiera las normas de decoro era como pedirle al sol que alumbrara en una noche sin luna.

—¿Es necesario que se comporte de ese modo? —replicó Linette en cuanto perdió de vista al doctor tras despedirse formalmente de él.

—Solo estoy asegurándome de que el doctor Hemrson mantenga las distancias con usted. Es evidente que para él, usted es mucho más que una simple paciente.

¿Qué?

—No sé de donde saca esa idea ridícula, solo está tratando de ser afable como seguramente lo será con la mayoría de sus pacientes. —Es cierto que había sido muy amable en sus visitas, perdiendo su propio tiempo para hacerle compañía o regalos, como el caballete de dibujo o la silla de ruedas para su propia comodidad.

—Sé perfectamente de lo que hablo —refunfuñó.

—¿Y ahora va a ejercer de guardián de mi reputación?, ¿Precisamente usted? —inquirió en tono jocoso ante lo evidente.

—En esta casa está segura y su reputación no será cuestionada pase lo que pase. No es de eso de lo que la protejo, sino del deseo que despierta en otros hombres.

Linette lo observó perpleja, incapaz de resistirse a aquella mirada intensa, la calidez que desprendía la cercanía de su cuerpo la envolvía en una nube de candor de la que se sentía cada vez más atraída hacia esa fuente de calor.

—¿Y acaso le importa? Me ha evitado durante días, creo que ha dejado bastante claro lo que eso significa. —No pensaba admitir que los había contado uno a uno y hora tras hora, así que prefería hacerle creer que no le importaba en absoluto su condescendencia.

—Si no me importara no tendría la terrible convicción de que si me acerco lo suficiente a usted, no tendré la fuerza de voluntad ni la entereza necesaria para apartarme. Y eso se convierte en una tortura cuando sé que está demasiado cerca, que desearía volver a tenerla entre mis brazos. He actuado por instinto, por egoísmo, por mi propio placer sin pensar que no sería justo para vos.

Saber que ella era la causa de aquel tormento, provocaba un verdadero huracán en su interior. El mismo que llevaba días atormentándola y del que no lograba encontrar ese rayo de claridad al que aferrarse para sentir un alivio que anhelaba.

—¿No sería justo para mí? —repitió despacio con la necesidad de saborear cada palabra antes de confrontarlo—. ¿O no sería justo para usted?

Él la miró desconcertado.

—No quiero arrastrarla hacia algo que quizá no pueda sostener.

—¿Y qué es lo que no puede sostener, excelencia? —preguntó decidida.

—A mí mismo y al hecho de que no seré capaz de soltarla.

Esta vez Linette sintió que sus piernas se aflojaban y no precisamente por debilidad, sino porque saber que los sentimientos del duque hacia ella eran reales, suponía una veracidad difícil de afrontar.

—¿Y si no deseo que me suelte? —susurró sintiendo que él la apretaba contra sí mismo y unía su frente a la suya notando el calor de su aliento contra sus labios, incitándola a inclinarse para rozarlos.

—Eso solo la perjudicaría —admitió él con la voz rota—. La deseo. La necesito. Pienso en usted como si fuera únicamente mía, como si nadie más tuviera derecho alguno a tocarla. Y eso me enloquece —continúo con dureza—. La quiero en mi casa, en mi cama, en mi vida y me he dado cuenta de que eso supone arrebatarle algo que no me pertenece.

Estaba hablando de convertirla oficialmente en su amante, como si aquella última conversación que habían mantenido en su despacho hubiera sido la prueba viviente de que era el camino que estaban tomando y, sin embargo, él se había retractado, había puesto distancia para que eso no sucediera sin su propio consentimiento.

Observó como él daba un paso atrás sin dejar de mirarla.

Su matrimonio era un límite invisible, una barrera que marcaba cada una de sus decisiones. Convertirse en su amante y entregarse a él por completo incluía romper con todo lo que conocía, renunciar a su familia, a su apellido, a su herencia y desafiar a

quienes la rodeaban. Pero ese era el único camino hacia lo que su corazón sentía como verdadero.

—Tampoco me pertenece a mí. Ya no —asumió teniendo en cuenta su situación.

Su matrimonio con Reishart ya le había arrebatado cualquier posibilidad, incluida la de vivir la vida que siempre había deseado, la que había experimentado allí mismo, justo donde él la había abandonado.

—No podré protegeros de los rumores. Ni de la sociedad. Ni de las miradas que os acecharán, pero sí puedo prometeros que Reishart no os tocará. Que mientras yo respire, nadie os volverá a hacer daño. —Sus palabras sonaban firmes, tajantes y Linette contuvo la respiración mientras se acercaba de nuevo a ella y rozaba con sus dedos la mejilla hasta colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja y ella cerró los ojos ante aquel dulce contacto.

Ese gesto simple era suficiente para saber que ella le pertenecía, que su lugar estaba allí mismo, entre sus brazos. Aún sin saber como ni cuando había sucedido.

—Podría negarlo una y mil veces, pero mi cuerpo y mi mente os pertenecen —afirmó abriendo los ojos y encontrando el brillo en su mirada y esa intensidad cargada de un deseo visceral que había aprendido a reconocer de forma deliberada.

Oyó los pasos de la doncella que regresaba, y aun así ninguno de los dos se movió. Era como si el mundo entero se hubiera detenido, dejando solo ese instante suspendido, donde se pertenecían por completo, donde se entregaban sin reservas y nada, absolutamente nada, importaba más.

Ahora su destino estaba en manos del duque de Nordville y por primera vez, sintió que no debía fingir, que no debía interpretar ningún papel sin ser alguien que no le pertenecía, sino solo ella, una mujer entregándose sin reservas, dejándose arrastrar por lo que realmente deseaba.

—¡Oh, disculpe! —se oyó la voz de Adeline en lo que claramente era una situación más que comprometida.

—¿Puede indicarle a la señora Hadfork que almorzaremos en el gran salón? Puede reunirse con nosotros inmediatamente después, hay algo que deseo mostrar a lady Linette y que estoy seguro de que será de su gran interés —advirtió sonriendo sin apartar la vista de ella y tampoco prolongar su distancia.

—Por supuesto excelencia, la informaré enseguida. —Linette no necesito mirar para saber que se habría marchado y que seguramente hizo una reverencia antes de hacerlo tal y como se esperaba que hiciera, pero seguramente debía estar realmente contrariada porque había quedado muy latente que entre ellos existía algo más que la mera formalidad del duque por sostenerla.

No le dio tiempo a avergonzarse, ¿No estaba siendo esa su decisión?, ¿No había una parte de sí misma dispuesta a renunciar a todo por permanecer junto a él?, ¿Por continuar sintiendo por una vez que su vida tenía algún sentido? Las emociones que afloraban, esa calidez extrema y el momento que él la acogió en brazos de nuevo y salió junto a ella de la alcoba, lo sintió… esa palpitación en su pecho, el inexorable deseo de amar y ser correspondida.

¿Podría el duque amarla para estar dispuesto a correr todos esos riesgos? Aún sin saber realmente quien era ella, había decidido confiar, había decidido creer, había decidido saltarse cualquier norma por tal de tenerla. Tal vez no necesitaba amor, sino una convicción clara de que él no deseaba perderla y para ella era más que suficiente.

—¿Deseáis realmente mostrarme algo o solo ha sido una excusa para deshaceros de mi doncella? —exclamó Linette.

Alexander sonrió, con ese tipo de sonrisa sincera que la cautivó aun más de lo que de por sí estaba. Si era atractivo con su semblante taciturno y serio, cuando sonreía simplemente sentía que se derretía por dentro.

—Ambos —afirmó—. Aunque si continuáis mirándome de ese modo, puede que os lleve a un destino demasiado oculto para que no nos encuentre.

Linette rió y él se deleitó con su risa provocando la suya propia.

—Apenas sonreís, pero cuando lo hacéis parece que el mundo deja de pesaros y durante ese momento os siento más cerca —confesó fijando la vista en su boca, en la forma de sus labios y en como sus comisuras se elevaban.

—Hace tiempo que no tenía motivos ni aliciente para hacerlo. Ni siquiera me había dado cuenta de ello.

—Me alegra saber que ahora los tenéis —se inclinó hacia él acercando su rostro al suyo.

—Sois la única culpable de ello, querida.

Era la segunda vez que la llamaba querida y, esa sensación de congoja acompañada de un evidente confort al sentirla se repitió en su estómago.

Alexander se adentró en una sala cerrada, pero estaba cegada por la oscuridad al tener las espesas cortinas echadas y los muebles cubiertos de sábanas, que no lograba apreciar realmente que tipo de estancia se trataba.

¿Tal vez era un salón más formal?, ¿Con muchos más elementos de entretenimiento? Le había quedado claro que las únicas partes funcionales de la casa eran las más cercanas a la puerta principal, probablemente de no ser ese el motivo, Alexander se habría conformado con un salón mucho más pequeño teniendo en cuenta que en su vida cotidiana apenas le daba uso.

—Cierra los ojos —le indicó mientras entraba y la dejaba suavemente sobre el suelo mientras le colocaba las manos en lo que intuyó sería el respaldo de una silla.

Linette no sabía que esperar, pero aún así los cerró mientras escuchaba el sonido de los pasos del duque de un lado a otro. La claridad de la luz embargó sus ojos y, aunque deseaba entreabrirlos para adelantarse al momento y descubrir de que se trataba, por insólito que pareciera no lo hizo, sino que esperó hasta que él le diera la orden, solo que, en lugar de eso, la obligó a caminar

despacio, sosteniéndola por la cintura, hasta que finalmente le pidió que los abriera.

La vista la lleno con paredes inmensas en doble altura llenas de grandes estanterías forradas de madera oscura en las que había apilados cientos o quizá miles de libros.

—La mayoría de los libros para mis investigaciones están aquí —dijo antes de que ella pudiera decir algo—. No solo colecciono plantas de todo el mundo, también textos de otras culturas, religiones o formas de pensar diferentes a la nuestra.

—Es… inmensa —logró articular pensando que la propia biblioteca de la mansión Sylverston no llegaba a un tercio de aquella y ella la había considerado bien surtida hasta ahora.

—He leído la gran mayoría de ellos, pero puedes sentirte libre para venir aquí cuando lo desees, llevarte los libros que más te interesen o quedarte a leer en este lugar. Solo quiero que puedas llegar a sentirte cómoda.

—¿Y qué hay de los deseos del duque de Nordville en cuanto a marcharme de su casa lo antes posible? —exclamó sin poder apartar la vista de los estantes superiores, donde estaba segura de que encontraría libros que jamás había oido nombrar en lenguas que ella no dominaba.

—Es posible que esos deseos estuvieran fundamentados en el hecho que desde que os vi, fue inevitable resistirme a vuestra belleza. Erais y sois una tentación constante. Y eso, me enloquecía —constató rodeándola con ambas manos para colocarse tras ella mientras susurraba cerca de su oído.

—¿Solo es deseo lo que os mueve a comportaros así?, ¿A ofrecerme la posibilidad de quedarme aquí como vuestra amante?, ¿De renunciar a todo por vos? —preguntó conforme giraba lentamente el rostro atisbando el perfil del duque que estaba demasiado cerca de sus labios.

—No —afirmó en voz baja sin apartarse de ella—. El deseo fue lo primero que supe reconocer, sería un necio si lo negase, pero no es lo único por lo que deseo reteneros aquí, ni lo que me empuja

a pediros que permanezcáis. Si así fuera, no estaría dispuesto a alterar vuestro mundo y el mío, ni a enfrentar las consecuencias que vendrían de manteneros a mi lado. No es un capricho, ni una distracción, os ofrezco un lugar junto a mí, porque vuestra ausencia me resultaría más insoportable que cualquier escándalo posible.

Sus palabras la reconfortaban y, aunque albergaba dudas, las mismas que la llevaban a pensar qué ocurriría si aceptaba, si realmente se convertía oficialmente en su amante y él se cansaba de ella o, lo más evidente, debería casarse, tener hijos y perpetuar el título de su linaje. ¿Podría echarse ella a un lado llegado el momento?, ¿Alejarse de él para verlo junto a otra mujer?

—¿Y qué ocurrirá cuando debáis casaros?, ¿Formar vuestra propia familia?, ¿Tener un heredero que continúe el legado Nordville?

—¿Creéis que si me importara tanto mi legado no lo habría hecho hace tiempo? Hay muchas otras cosas más valiosas que el dinero, el poder o un título nobiliario.

Había pasado toda su vida deseando encontrar un amor idílico, puro, simplemente deseando que la eligieran a ella por ser sólo lo que era. Puede que Alexander no la amara, pero que quisiera renunciar a su propia vida por una mujer de la que no sabía absolutamente nada, era todo cuanto ella había deseado encontrar.

Almorzaron juntos y después Alexander se marchó a su despacho para dejarla el resto de la tarde explorando aquella biblioteca. A pesar de que no le hubiera dado una respuesta tácita, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el tipo de vida que llevaría en aquel lugar si aceptaba. Deseosa de una vida apacible en el campo como había idealizado, permanecer en el condado de Nordville no solo le ofrecía eso, sino que además su vida tendría un mayor sentido ayudando a Alexander en sus investigaciones.

Vivir en ese lugar era todo cuanto había proyectado, solo que obtenerlo implicaba un precio demasiado alto. Y aún así, la idea de marcharse para siempre y no volver a verle, la atormentaba.

Esa noche Alexander la llevó a su alcoba cuando su doncella se retiró. Allí les aguardaba una bañera con agua humeante y llena de pétalos que desprendían un aroma embriagador. No hubo palabras, él simplemente se limitó a desnudarla, recorrer con sus manos todo su cuerpo y después la tomó, sin prisas, sin necesidad, sin fiereza… sino de una forma tan tierna que Linette lloró, pero de pura emoción.

Capítulo 35

Linette veía a través del espejo como su doncella le cepillaba con sumo cuidado el cabello. Adeline era de esas jóvenes a las que les gustaba hablar en demasía, pero desde que había percibido que entre Alexander y ella habían traspasado los límites del decoro, notó cierta mudez que interpretó como incomodidad en la muchacha.

—¿Os incomoda algo, Adeline? —preguntó sin poder evitarlo más tiempo.

—En absoluto mi lady. Lamento que hayáis tenido esa impresión de mí. —Se apresuró a decir la joven.

No es que se hubieran escondido precisamente en los últimos días, por lo que estaba claro que el servicio, incluyendo sobre todo a Adeline, se había dado cuenta de lo que sucedía.

—Tal vez no la conozca demasiado, llevo solo unas cuantas semanas en esta casa, pero he llegado a apreciarla y considerarla en buena estima. Me sentiría mal si os sentís incómoda por las circunstancias.

Notó como la joven inspiraba y después soltaba el aire contenido.

—El duque de Nordville es un hombre honorable, mi lady. Y usted llegó aquí en unas circunstancias muy trágicas, además fue su propio marido quien la abandonó en este lugar en ese pésimo

estado y no la culpo porque sus sentimientos hacia su excelencia puedan manifestarse. Es solo que…

—Que sigo estando casada con su hermanastro —arremetió Linette.

—No, mi lady. Es que… disculpe que me entrometa en ello, pero en todo este tiempo usted debería haber sangrado y aún no lo ha hecho.

En lo último que había pensado Linette desde que pasó la primera noche con el duque fueron las posibles consecuencias. Esas por las que ella misma había sufrido siempre. Su tez debió volverse pálida porque incluso la propia Adeline se acercó a ella para asegurarse de que se encontrara bien.

—No puede ser… —gimió—. Es imposible —dijo solo para convencerse a pesar de lo muy posible que podría ser. No solo había sido una vez, sino incontables para que dicha posibilidad estuviera muy presente.

—Me han hablado de una mujer que vende ungüentos y preparados para este tipo de situaciones, pero está a medio día de camino. Podría partir si lo desea y regresar mañana.

—¿Haría eso por mí? —exclamó Linette sintiendo terror y alivio al mismo tiempo.

Un hijo podría ser la máxima felicidad, pero ¿En esas condiciones?, ¡Dios! Solo de imaginar lo que Reishart podría hacer… repudiarlo o utilizarlo en su propio beneficio, ni siquiera sabía qué opción era peor.

—Por supuesto, mi lady. En estos casos actuar pronto es la opción más acertada.

—Si. Tiene razón. Vaya ahora mismo. Dígale a la señora Hadfork que le he dado el día libre, le dejo el motivo a su elección —mencionó aún aturdida y viendo como Adeline hacía una reverencia dejando el cepillo sobre su tocador con la intención de marcharse—. ¡Necesitará dinero para pagarle! Y yo no tengo nada.

—Si tiene, mi lady. La señora Hadfork me dijo que cuando llegó aquí, encontraron un pañuelo con sus iniciales en el bolsillo

interior de su bolsillo, llevaba consigo joyas y algunas monedas de oro. Su excelencia las puso a buen recaudo, puede devolvérmelo a mi regreso, no se preocupe —sonrió la joven con complicidad—. Estaré de vuelta mañana a primera hora, se lo prometo.

En cuanto Adeline se marchó, colocó instintivamente una mano en su vientre, como si pudiera sentir o percibir algo en él. El vacío la embargó al saber que, si elegía quedarse no solo el duque de Nordville renunciaba a su legado, sino que ella también debería renunciar al suyo. Puede que inconscientemente ya lo hubiera hecho al descubrir el engaño de Reishart, pero después de conocer a Alexander, de sentir esa conexión inexplicable que le atraía irrefrenablemente, era mucho más difícil aceptarlo.

A pesar de la ausencia de Adeline, la señora Hadfork se encargó de servir la cena en el gran salón. La conversación giraba en torno a los nuevos campos donde ya habían comenzado a trabajar para prepararlos con los primeros cultivos. Se trataba de otras plantas que Alexander ya había conseguido adaptar a la climatología del lugar y tenía semillas suficientes para iniciar una plantación de tamaño considerable. El entusiasmo que desprendía mientras hablaba de ello era tan contagioso, pero Linette sonreía a pesar de que sus pensamientos se evadieran cada cierto tiempo.

—Lamento la interrupción excelencia, pero tienen visita —dijo con evidente nerviosismo la mujer.

—A estas horas solo puede tratarse de Archie, no es necesario que anuncie su llegada señora Hadfork —comentó despreocupadamente Alexander.

—No es el señorito Archie, excelencia —advirtió la mujer y su vista se dirigió hacia Linette. El pánico contrajo todos sus músculos —. Es el señor Reishart.

No. No. No podía estar allí. No ahora. No así.

Sintió como la mano del duque se entrelazaba con la suya y se forzó a dirigir su mirada hacia él.

—No te irás de aquí en contra de tu voluntad. Te lo prometo —aseguró con firmeza—. Hágale pasar, señora Hadfork.

Linette no supo si fue la entereza de aquellas palabras o el hecho de que se hubiera dirigido hacia ella con la cercanía propia para tutearla, pero supo que confiaba en él y que, aunque su vida entera dependiera de su decisión, se la entregaría con fe ciega. Ni siquiera sabía de donde nacía este hecho o constatación de sus sentimientos, quizá es porque a pesar de saber que sus sentimientos estaban proliferando, ahora se daba cuenta de que amaba irremediablemente a ese hombre que estaba a su lado.

Decir que estaba preparada para volver a enfrentarse a la persona que la engañó deliberadamente y traicionó después, sería mentir descabelladamente, pero sostuvo que la figura del duque a su lado era apoyo suficiente para mantener una entereza que ciertamente no poseía.

Es evidente que solo existía una razón por la que habría venido y era para llevarla consigo o peor aún, para forzarla a darle un heredero que le garantizara el acceso a su herencia. Las dos opciones le parecían terroríficas y provocaba que su estómago diera un vuelco ante el evidente deseo de volcar sus entrañas.

El sonido de sus botas avisando de su llegada detuvo su corazón y, pese a que tuvo tiempo de sobra para memorizar los rasgos del señor Reishart, solo cuando logró vislumbrar su figura aproximándose a ellos con una sonrisa cínica dibujada en el rostro pudo ser consciente de toda la falsedad que lo rodeaba.

Le repugnaba.

—¡Qué alegría ver a la familia reunida! —exclamó como si la animosidad entre ellos no existiera o más bien, su cinismo era tan grande que no tenía límites. No esperó a que el duque de Nordville contestara, sino que sin ofrecimiento alguno rodeó la mesa y apartó la silla desocupada frente a ella a pesar de no tener ningún plato en el que servirse o cubiertos con los que alimentarse—. Os veo muy bien, querida. La vida campestre os sienta de maravilla —mencionó cogiendo un muslo de pollo con las manos y se lo llevó a la boca en un gesto despreocupado.

Ella era incapaz de articular palabra y por inercia, dirigió su vista hacia Alexander que parecía estar conteniéndose.

—Creo que fui muy explícito la última vez que nos vimos sobre lo que ocurriría si volvías a mis tierras, Reishart —dijo con severidad.

—Mi esposa está en vuestra propiedad. No he tenido más remedio que venir hasta aquí para recuperarla, no podéis culparme de ello. Además, os he hecho un favor… ahora conocéis a vuestra hermana.

—No somos hermanos —contradijo con una animadversión palpable en su tono de voz.

—Cierto… cierto —admitió y después hizo una mueca con una débil sonrisa—. Había esperado que mi querida Linette suavizara vuestro agrio carácter, pero me temo que erraba en mis pretensiones. Prepararos esposa, vendréis conmigo esta noche.

—Ella no irá a ninguna parte —afirmó Alexander adelantándose a la respuesta de Linette.

La sonrisa de complacencia por parte Reishart no se hizo esperar.

—Lamento informarte de que ella es legalmente mi esposa y tengo todo el derecho a decidir o cuestionar cuánto me plazca. Ni siquiera vuestro título podría impedirlo, hermano.

Linette tembló ante el temor de lo que esas palabras significaban, sobre todo porque sabía lo que podría aguardarle, las propias amenazas crueles que él le había dirigido antes de marcharse y la certeza de que sería capaz de cumplirlas una a una.

—La abandonasteis medio muerta en mis dominios, motivo más que suficiente para demostrar lo poco que os importa.

—¡Oh, vamos! Solo la empujé del carruaje… una pequeña muestra de lo que le aguarda si no sigue mis órdenes, ¿No es así, querida? —El tono cínico y despectivo en su apelativo le dio verdaderos escalofríos.

—No me iré a ninguna parte con vos —afirmó Linette mirándole con un odio que nacía desde lo más profundo de su ser.

—¿No?, ¿Y entonces porqué habéis aguardado aquí a mi regreso tal y como os pedí que hicierais? —gimió dandole otro mordisco al muslo de pollo y demostrando una apatía que incitaba a su lado más salvaje y animal lanzarse sobre él y clavarle el mismo cuchillo con el que había cortado la carne.

—Me fracturasteis la pierna cuando me arrojasteis del carruaje. —No quería dar explicaciones, pero le iba a dejar muy claro que no se había quedado por sus amenazas, sino porque estaba limitada.

—No esperéis una disculpa por mi parte, si hubierais bajado cuando os lo ordené, no habríais sufrido las consecuencias. Que os sirva de lección para acatar mis ordenes de ahora en adelante. —Alexander clavo sus puños con la única misión de contener la paliza que deseaba darle hasta la extenuación a ese canalla sin escrúpulos —. Prepararos, partiremos hacia la casa campestre de Brighdawn esta misma noche.

—¿Brighdawn? —exclamó Alexander.

—¿No le habéis dicho quien sois? —preguntó Reishart sorprendido y Linette se limitó a no afirmar, pero tampoco desmentir en respuesta.

Las carcajadas de Reishart no se hicieron esperar, como si estuviera disfrutando realmente de la situación o más bien, del efecto que provocaba su presencia en ellos dos.

—Mi esposa es la hija del barón de Brighdawn. Y por supuesto, su linaje continuará a través de mis hijos —puntualizó logrando que Linette sintiera verdadero asco ante la idea de que ese ser repugnante pudiera tocarla en el mismo modo que lo había hecho Alexander.

La simple idea lograba que sintiera escalofríos.

—Dijisteis que vuestro padre era un duque —murmuró Alexander.

—Mi madre se casó con el duque de Sylverston cuando yo era muy pequeña. Es él a quien considero como un progenitor y quien hizo las funciones de este toda mi vida —contestó sin poder alegar abiertamente que sí era realmente su padre, aunque no lo fuese legalmente.

—¡Eso no lo convierte en vuestro padre! —exclamó airado y Linette no supo comprender si su irritación se debía a la falta de ese detalle o era la presencia de Reihart lo que le hacía estar en ese estado.

—Deduzco que tampoco le habéis contado que sois la medio hermana de la emperatriz rusa, ¿No es cierto? —mencionó cínicamente Reishart—. Como puedes comprobar *querido hermano* he entrado en la nobleza por la puerta grande —sonrió mostrando todos sus dientes—. Aunque no contaba con el detalle de que vuestro tutor usaría su influencia para poner límites mensuales en cuanto al gasto de la dote.

Linette comprendió enseguida las razones por las que había tardado tan poco tiempo en regresar por ella. Había sido muy cauto por parte de su padre limitar el gasto mensual precisamente para repeler las intenciones de un tipo como Reishart, así que solo era cuestión de tiempo que esa información llegara a su progenitor y actuara en consecuencia.

—Señora Hadfork, acompañad a lady Linette a su alcoba y permaneced junto a ella. El señor Reishart y yo tenemos asuntos que tratar —terció sin mirar a la aludida, sino dirigiéndose directamente a su ama de llaves leal que asintió y se acercó hasta Linette para ofrecerle su brazo.

Aunque cada día caminaba un poco más, aún no debía esforzarse demasiado, así que caminó despacio junto a la doncella mientras desaparecían para dirigirse hacia la escalera principal.

—Pensé que te complacería conocerla —advirtió Reishart despreocupado.

—A mi despacho. ¡Ahora! —exclamó levantándose sin importarle el ruido que generaba al arrastrar la silla.

No se molestó en mirar si Reishart le seguía, lo conocía suficiente para saber que lo haría y la verdadera razón por la que se hallaba allí.

Dinero. Había venido a por ella porque se había quedado sin dinero.

Si alguna vez pensó que Reishart podía tener una pizca de humanidad o sentido del deber, acababa de comprobar que estos habían quedado aniquilados por su cinismo, pero lo peor de todo había sido descubrir los verdaderos motivos por los que había abandonado a su esposa y ahora era demasiado tarde para fustigarse a sí mismo por sus acciones.

—Veo que eres un hombre de viejas costumbres, todo sigue exactamente igual que la última vez que estuve aquí.

Alexander no respondió, se limitó a encender un par de candelabros para que alumbraran lo suficiente su mesa.

—Los dos sabemos que no te interesa la decoración de esta casa, lo único que os ha importado siempre es el dinero y la forma en la que lo gastáis. No vais a llevaros a lady Linette, así que decid vuestro precio.

Reishart no parecía muy sorprendido, de hecho, ni siquiera le importaba que alguien le tuviera en tan poca consideración, como si ya hubiera asumido que era un cerdo arrogante y no le importaba en absoluto.

—Verás hermanito… resulta que ella es mi esposa. Tengo el documento legal que da fe de ello y tengo todos los derechos para hacer con ella lo que me plazca. Ni siquiera tú puedes protegerla. Así que dime, ¿Cuánto estarías dispuesto a pagar por ella?

De eso se había tratado siempre y aunque lo hubiera previsto ahora sabía que el precio iba a ser mucho mayor de lo que imaginaba.

—Puede que sea tu esposa legalmente, pero he sido testigo del abuso ejercido hacia ella, del maltrato y de las artimañas que usaste para forzarla a dicho matrimonio. En un juicio mi palabra

tendría mucha más validez que la vuestra, os lo aseguro —amenazó teniendo un entendimiento muy exhaustivo de las leyes.

—¿Una anulación?, ¿Divorcio? —Reishart dio una risotada—. Jamás se lo concedería y sabes tan bien como yo que conozco tu secretito… esa razón por la que vives recluido en este sitio. No tienes la influencia necesaria y aunque lo intentes, dejarías de tenerla si revelo esa información que tanto te empeñas en ocultar.

—Lamentablemente para vos, vuestro pasado os acecha. ¿Crees realmente que alguien creería en la palabra de un borracho libertino? Dudo que, dado el caso, la familia de vuestra esposa se posicione de vuestra parte, así que haríais bien con aceptar mi propuesta y largaos de aquí. De lo contrario corréis el riesgo de quedaros sin nada.

—Cinco mil libras —afirmó decidido—. Por ahora —aseguró dando por sentado que no pensaba conformarse solo con esa cifra, aunque fuera lo suficiente elevada para saber que era la asignación anual de muchos caballeros ricos.

Le quedaba claro que su idea era sangrarle con cada visita y, de hecho, había contado con ello hasta establecer una estrategia clara que impidiera a Reishart tener algún tipo de autoridad o control sobre Linette.

Se acercó a su mesa para sacar la llave de su lugar oculto y abrió el cajón obteniendo una bolsa de cuero pesada, se la lanzó a Reishart que la cogió al vuelo.

—Esto es todo lo que tengo en efectivo, me llevará tiempo reunir dicha cantidad, así que tendrás que conformarte hasta entonces —advirtió con una actitud despectiva.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, hermanito. Sabía que me darías las gracias por conocerla…

—¡Piérdete ahora mismo! —vociferó haciendo que el aludido sonriera con sorna, pero comenzó a alejarse hasta la puerta del despacho.

—Tres días —dijo casi en el umbral—. Me quedaré cerca… así que, si en tres días no me das lo que falta, me la llevaré y no te

gustará lo que le aguarda.

No se molestó en responder, estaba lo suficientemente asqueado para hacerlo porque resultaba evidente que no iba a tener ninguna contemplación en el modo de tratarla. La simple idea le resultaba aberrante, mucho más de lo que de por sí se sentía con toda aquella situación.

Esperó en silencio mientras escuchaba los pasos de Reishart alejarse, sintiendo que sus sentidos se entumecían y que había estado preparado para todo, menos para aquello.

No iba a ser fácil. Probablemente sería lo más duro que haría en su vida, pero debía hacerlo.

Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a la alcoba que algún día debería pertenecer a la duquesa de Nordville, hasta ahora no se había planteado quien podría ocupar su lugar, pero en las últimas semanas la posibilidad de que fuera una mujer distinta a Linette le conmocionaba. De algún modo se había apropiado de ella, de su hogar, incluso de él.

Y eso debía terminar.

Tocó el pomo de la puerta sintiendo que este quemaba su piel, pero aun así no se molestó en llamar, simplemente abrió la puerta y comprobó que permanecía sentada cerca del hogar, con la señora Hadfork a su lado que parecía intentar reconfortarla sin éxito.

—Se ha ido —afirmó como si esperaba que en esas tres palabras ella encontrara consuelo y efectivamente, notó el alivio inmediato en su rostro frente al horror que suponía tener que marcharse junto a el—. ¿Puede preparar un té? Lady Linette lo necesitará. Además, debo tratar un asunto urgente y privado.

—Desde luego. Volveré enseguida, mi lady. No se preocupe, su excelencia no permitiría que nadie le hiciera daño, ni tan siquiera su esposo.

Una sonrisa ladeada por parte de Linette fue toda respuesta. Que incluso los sirvientes de aquella casa supieran la verdadera

naturaleza de Reishart hasta el punto de ponerse a su favor, era una clara evidencia de la maldad de su esposo.

Si ella no le hubiera pedido a su padre que no lo investigara… si ella no hubiera insistido que respetara su elección sin preguntas, nada de aquello habría sucedido, pero tampoco habría conocido a Alexander y eso la abrumaba.

La señora Reishart cerró la puerta tras marcharse a pesar de que estuviera completamente fuera de lugar, pero teniendo en cuenta que su marido había estado allí y se había marchado, probablemente cualquier protocolo quedaba relegado al proceder interno de aquella casa. Ahora comprendía más que nunca cuando Alexander le dijo que nada de lo que sucediera dentro de los muros de su hogar trascendería, porque su personal era reducido, pero ínfimamente fiel a él. Y lo entendía, porque era la persona más honorable, justa y decidida que conocía. Se entregaba por y para los demás, sin pensar en él mismo, sin ser egoísta, sin mirar por su propio beneficio, sino por un bien común que iba mucho más allá de su propio sacrificio.

Y por eso le amaba. ¡Dios!, ¿Como no enamorarse de alguien así? Que hubiera tenido esa revelación justo en aquel momento era tan grandioso como temerario, teniendo en cuenta que había sido la primera vez que veía a su marido desde que descubriera que se había casado con un monstruo.

—Tenéis que iros.

Capítulo 36

Linette tardó varios instantes en procesar lo que acababa de decirle. O pedirle. U ordenarle. Lo cierto es que no importaba, el resultado era el mismo.

—Dijisteis que…

—Sé muy bien lo que dije —advirtió cortándola y manteniendo una distancia bastante considerable entre ellos—. Y me equivoqué.

¿No se acercaba por su incomodidad o porque le resultaba difícil tener que decirle aquello? ¿Qué le había podido decir Reishart para que cambiase de opinión?

—Regresará en tres días, así que tendréis que iros mañana antes del alba. Un carruaje se asegurará de llevaros hasta Londres.

¿Ya está?, ¿No había más explicación? Después de insistir una y otra vez que se aseguraría de protegerla, de pedirle que se quedara junto a él, de que se encargaría que nadie pudiera hacerle daño, ¿La echaba en cuanto Reishart aparecía?

¿Tan rápido cambiaba de opinión?, ¿Tan poco valor tenía esa estima o es que era fingida y se había dado cuenta de que no estaba dispuesto a asumir el coste?

—¿Qué os ha dicho? Al menos tengo derecho a saberlo —dijo reservándose para sí misma el dolor que tenía el significado de

pedirle que se marchara.

No pretendía protegerla o acompañarla, simplemente la echaba de su vida sin más. Se deshacía de ella para que otro cargara con su problema y, aunque en otras circunstancias lo habría entendido y aceptado, él le había hecho creer en su palabra, realmente se sintió segura junto a él, así que ahora solo quedaba en su lugar un vacío que necesitaba justificar de algún modo.

—Simplemente os ha puesto un precio que no estoy dispuesto a pagar. Ni siquiera por vos. Ya os advertí cuando llegasteis que Reishart no obtendría ni una sola libra más de mí. Solo os he hecho ganar tiempo antes de su regreso para que os marchéis. Deduzco que vuestro padrastro sabrá que hacer. Al fin y al cabo, es un hombre rico, ¿no? Debisteis escribirle hace tiempo para ponerle a tanto de la situación, nos habría ahorrado esta situación a ambos.

Aquella brusquedad en sus palabras terminó por romperla. Ni siquiera el golpe que sintió cuando Reishart la tiró del carruaje le había causado más dolor que aquella decepción.

—Si. Debí hacerlo, de ese modo no os habría causado tantas molestias. No necesito vuestro carruaje, ni vuestros servicios. Os agradecería que me devolvierais las pertenencias que llevaba conmigo cuando llegué. Sé que había algunas joyas y monedas de oro.

—Considerad el carruaje como el ultimo gesto que tendré hacia vos. Aún no podéis caminar con soltura y será más seguro que una mujer viajando sola en ferrocarril. Le daré a la señora Hadfork vuestras pertenencias para que os las entregue. Será mejor que descanséis, mañana os espera un largo viaje.

Y tal como la había habituado desde que llegó, volvió aquella máscara fría y se marchó sin siquiera esperar una palabra por su parte. Sin despedidas. Sin explicaciones. Sin nada más allá que no le dejase claro que ella no era alguien importante para él y, por ende, no pensaba responsabilizarse de su situación.

Aquella era la actitud que había esperado del duque de Nordville los primeros días que le conoció. Incluso la habría aceptado

sin considerar que él tenía algún tipo de responsabilidad hacia ella, pero… ¿No habían significado nada para él las ultimas semanas?, ¿Por qué había insistido en la posibilidad de quedarse a su lado si realmente no le importaba? No lo comprendía o más bien, no quería comprender que los sentimientos del duque siempre habían sido volubles.

La señora Reishart no volvió únicamente con el té, sino con sus joyas y las monedas de oro tal como había prometido Alexander. Le entregó tres de las monedas, una para Adeline, otra para Herald y otra para la propia señora Hadfork. No podía explicar el verdadero motivo de la ausencia de Adeline sin poner en riesgo que se lo revelara al propio duque, fue la mejor manera para saldar su deuda con la doncella y agradecer el trato amable recibido por parte de todo el servicio. Aunque la mujer se negó a tanta amabilidad alegando que sus servicios eran muy bien remunerados por su excelencia, insistió hasta que solo le agradeció la cortesía y, cuando le pidió si podía hacer algo por ella, se aprovechó de ello y de su absoluta discreción.

No preparó ninguno de los vestidos que el duque había ordenado para ella, tampoco algún objeto personal que pudiera serle útil. Únicamente aceptó una canasta con comida que le ofreció la señora Hadfork y, a pesar de que su único vestido había quedado en un estado lamentable, fue la única prenda que aceptó ponerse para marcharse, aparte de una muda que solicitó expresamente y que el ama de llaves fue bastante reticente a ofrecerle. Aún así, no se negó y aunque pasó toda la noche en vela pensando que el duque de Nordville cambiaría de opinión, o tal vez, volvería con una explicación que justificara el hecho de que sus palabras no tenían ningún significado para él, no lo hizo. Su espera quedó infructífera y llena de preguntas sin respuesta.

Tampoco hizo acto de presencia cuando el carruaje la aguardaba para partir. Y, aunque la señora Hadfork y Herald estuvieran presentes con el rostro enmarcado por la inquietud, ella simplemente sonrió, como si algo en su interior no quisiera darle la satisfacción de creer que de algún modo su partida la afectaba.

Si para él no significaba nada, para ella tampoco lo sería, aunque se rompiera en el mismo instante que cerrase la puerta del carruaje. Aunque sintiera que le habían arrancado el corazón, estrujado y después pisoteado. Aunque tuviera la certeza de que su sino debía ser ese, conocer a hombres que de un modo u otro, iban a destrozarla.

—Por favor, entréguele esta nota a Adeline de mi parte. Es una carta de recomendación y mi agradecimiento por su lealtad. Gracias por la amabilidad que he recibido a pesar de las circunstancias. Jamás la olvidaré —afirmó desde la ventanilla del carruaje y echando un último vistazo hacia la puerta principal, creyendo que por alguna razón, Alexander aparecería en el último momento.

Quizá no para detenerla, pero sí para despedirse. O, tal vez, para darle una razón que pudiera justificar su dolor, que pudiera hacerle creer que todo cuanto habían vivido era más que un producto de su imaginación. ¿Es que tal vez malinterpretó sus palabras?, ¿Fueron estas solo una tapadera para que ella cayera bajo sus redes amatorias?

No tenía sentido. No cuando precisamente fue ella quien le pidió que la tomara, quien se entregó a él sin reservas y sin ningún tipo de favor o beneficio a cambio.

Las lágrimas comenzaron a surcar su rostro antes de darse cuenta de que realmente estaba llorando, solo cuando su vista se empañó lo suficiente para tener que cerrar los ojos con fuerza.

Sus circunstancias no cambiaban. Su plan debía seguir siendo el mismo, así que se aferró a la muda que llevaba consigo y comenzó a rasgar las cuerdas que sujetaban su corpiño. Si quería llegar hasta el imperio ruso, no podría hacerlo como una dama de la alta nobleza que viajaba sin doncella, pero sería mucho más fácil cruzar todo el continente si era una simple sirvienta.

En el momento que se detuvieron para que los caballos se refrescaran, Linette se escabulló para que el cochero la perdiera de vista con la excusa de refrescarse. La fortuna estaba de su lado, un

carruaje de diligencia hizo una pequeña parada, así que sin importarle el destino, se aprovechó de que quedaba una vacante para comprar el pasaje. Afortunadamente había cambiado una de las monedas de oro en la taberna y nadie de aquel carruaje podía sospechar que bajo aquellos ropajes de sirvienta se podía esconder una dama.

Era la primera vez que actuaba de aquel modo impulsivo. La primera en la que tomaba un carruaje de diligencia compartido con otras personas de humilde posición. Y a pesar de los miedos e incertidumbre que podría generarle toda aquella situación, no lograba sentir otra cosa que no fuera su propia desazón.

Se deshizo del vestido maltrecho con el que llegó a Nordville abandonándolo en aquella posada y aunque lo más fácil habría sido continuar en el carruaje que le ofreció el duque para enviarla al hogar de sus padres, no pensaba rendirse o actuar tal como Reishart pensaría que haría. La única posibilidad de estar a salvo de sus garras era marchándose junto a Catherine, pero ahora no solo lo hacía para huir de su marido, sino porque no existía distancia suficiente para poder paliar el dolor en su pecho que Alexander le había infringido.



Alexander había montado en su caballo y se había alejado de la casa porque era incapaz de estar presente en el momento que ella se marchara. Aún así, había visto como el carruaje se alejaba desde una de las colinas y permaneció impertérrito sobre su caballo hasta que lo vio perderse de vista.

Se había ido.

Para siempre.

Y por más que él sintiera la inquietud en su pecho y unas ganas irrefrenables de azuzar a su caballo hasta darle alcance, sabía

que eso sería lo mejor para ella.

No importaba si creía que era un manipulador mezquino y rastrero. En realidad, no importaba nada, salvo que estuviera lejos de él. Lejos de allí. Lejos de Reishart.

No regresó a la mansión hasta que el sol ya apuntaba en alto. Sabía que cualquier rincón de aquella casa le recordaría a ella. El salón. La salita con el piano. Su propio despacho. Su alcoba…

Regresaría a ese silencio sepulcral que tanto había amado hasta que ella lo irrumpió con su hermosura. Ni siquiera era consciente de que no quería ese silencio, ni la soledad que lo embargaba, sino que se había resignado a ella hasta que probó un bocado de libertad.

Por una vez no pensó en los demás, sino en sí mismo. En sus deseos, en su ferviente ansia y no le importaron las consecuencias.

Pero siempre había consecuencias.

Siempre.

—¡Excelencia!, ¡Que bien que haya regresado! El señorito Archie…

No hizo falta que Herald continuase hablando, el propio Archie le alcanzó en el marco de la puerta.

—Vine lo más rápido que pude —mencionó precipitadamente Archie con un semblante tan serio que no le caracterizaba.

—Herald. Informe a la señora Hadfork que almorzaré en mi despacho, como siempre hacía —dijo sin ningún tipo de emoción y caminando en dirección al interior pensando que Archie le seguiría.

No solo lo hizo, sino que cerró la puerta de su despacho con extremada cautela mientras Alexander le quitaba el tapón a una botella sin importarle si era coñac, whisky o que fuera demasiado temprano para beber. Quería anular sus sentidos. Deseaba evaporar cualquier sentimiento de culpa.

—Has descubierto que es la hija del barón de Brighdawn —dijo antes de que su amigo pudiera hablar.

—¡Maldita sea!, ¡Si!, ¿Qué vas a hacer? —gimió Archie con notable inquietud.

—Nada. No voy a hacer nada —decretó llevándose un vaso a los labios y ofreciéndole el otro a su mejor amigo—. Se ha marchado esta mañana a casa, tal como debía hacer en cuanto se recuperara.

No iba a confesar absolutamente nada más. Ni siquiera a su mayor confidente.

Vio como Archie lo miraba con seriedad, ¿O tal vez era preocupación?

—¿La has enviado sola?

—Es evidente. Viaja en un carruaje privado, era el modo más seguro para ella.

—¡Deberías haberla acompañado! —gritó Archie dejando el vaso sobre la mesa y llevándose las manos a la cabeza—. ¡Reishart es demente!, ¡No puedo creer que la hayas dejado sola!

—Reishart estará gastándose el dinero que le ofrecí anoche como adelanto. Dudo que tenga sus miras puestas aquí. Simplemente aproveché la oportunidad y la envié lejos. Sabes perfectamente las razones por las que no puedo acompañarla.

—Tú no lo entiendes… —gimió Archie—. Me pediste que averiguara donde estaba Reishart y lo hice —continuó mirándole fijamente—. Ha adquirido deudas en demasiados suburbios, pero lo peor de todo es que ha dado como garantía de pago a su propia esposa —afirmó con evidente asco—. ¿Sabes lo que eso significa, Alexander? La ha vendido como la hermana furcia de la emperatriz rusa. No se va a conformar con dinero, venderá sus favores a otros…

La simple idea hizo que Alexander se tambaleara y tuviera que sujetarse a una de las librerías

Los golpes en su puerta sonaron con intensidad y el propio Archie se acercó para abrir la puerta.

—Un jinete ha traído esto, excelencia. Dice que es de extrema urgencia —mencionó Herald mostrándole la misiva que no era más

que una nota doblada sin ningún tipo de sello y que en el exterior llevaba su nombre.

—¿Que sucede? —replicó Archie acercándose para leer la nota, pero Alexander la dejó caer al suelo antes de que pudiera leer las dos únicas frases de su contenido.

—Linette ha desaparecido —murmuró como si le costara trabajo decirlo—. Se detuvieron a refrescar los caballos en una posada y no se sabe más de ella.

Alexander se llevó una mano a la cabeza sintiendo que esta iba a explotarle en cualquier momento. Aquello era su culpa. Únicamente su culpa. ¿Por qué la había dejado sola? Él era el único responsable. ¡Maldita sea!

Archie recogió la nota del suelo y la releyó varias veces. No arrojaba demasiada información, el pobre cochero había visto oportuno informar de la situación lo más rápido posible.

—Tenemos que encontrarla —decretó Archie.

—No —negó Alexander—. Tengo que encontrarla yo. Esto es por mi culpa. Solo mía —afirmó sabiendo que si Linette estaba en peligro era únicamente por no haberla protegido como se merecía.

Dio un golpe contra la mesa sintiendo como la madera crujía a pesar de no ceder, pero sus nudillos se ensangrentaron los suficiente para saber el dolor que le provocaba. Y aún así, ese dolor era incapaz de anular la sensación de miedo que acababa de embargarle.

—La encontrarás antes si te ayudo —insistió Archie colocándole una mano en el hombro.

—Encuentra a Reishart. Necesitamos saber si esto es obra de él. Sigue su pista y mantenme informado de sus pasos. No voy a dejar que someta a Linette aunque sea su esposa. Envía las misivas a la mansión de Londres.

—¿Vas a ir a Londres? —alzó una ceja asombrado.

—Esto es culpa mía. Si no me hubiera recluido en este lugar, todos sabrían que clase de escoria es Reishart y Linette jamás habría

caído en sus artimañas. Debo ser yo quien informe a su familia de las circunstancias y también, de asumir las consecuencias.

Archie guardó silencio durante unos segundos como si no supiera que responder.

—¿Estás seguro de ello? Cuando lo hagas no habrá marcha atrás —reiteró ante la posibilidad de intercambiar los papeles y ser él mismo quien se dirigiera a Londres y Alexander vigilar a Reishart.

—Ya no me importan las consecuencias —afirmó sintiéndose libre por primera vez en años.

Y no le importaban. En realidad, todo había dejado de tener significado salvo que Linette estuviera a salvo.

Decidió viajar a caballo porque era el modo más rápido de llegar hasta la posada, tiempo tendría de cambiar al semental por uno de los caballos del carruaje para hacer el resto del camino. Solo tuvo tiempo de dar la orden a la señora Hadfork para que empacara sus cosas y las enviara junto a Adeline en el primer tren con destino a Londres para que la doncella aguardara en la mansión de la ciudad hasta su llegada. Primero debía pasar por la posada, saber si alguien había visto a Linette. ¿Podría no haberse defendido si alguien intentó raptarla?

¡Por todos los Dioses!, ¡Una dama viajando sola! Cualquiera se habría aprovechado de la situación para conseguir una recompensa inmediata. Mas aún cuando nadie en su sano juicio podría eludir la belleza que ella irradiaba.

Podía asumir un rescate, combatir con una banda de criminales que solo buscaban dinero fácil, pero cuando llegó al lugar en que ella desapareció era como si la tierra se la hubiera tragado. Nadie había visto a la dama que él describía. Solo el tabernero la recordó porque le había entregado una moneda de oro, pero no se trataba de ninguna dama, sino de una sirvienta cualquiera, aunque sí era muy hermosa, reconoció.

¿Era posible que hubiera cambiado su identidad?, ¿Que ella misma se fugara para impedir que el carruaje la dejara en su hogar? Dedujo que nunca había sido su intención avisar a su familia. En

cualquier caso, no podía emitir una orden de búsqueda sin ser un familiar directo, así que sus opciones continuaban siendo las mismas.

El sol se ocultaba por el horizonte cuando llegó a la ciudad y tuvo que solicitar indicaciones hasta encontrar la casa de los Sylverston. Por algún motivo quiso aferrarse a la idea de que a pesar de su desaparición, Linette solo habría deseado proseguir su camino por cuenta propia y que, cuando el mayordomo le abriera la puerta, pudiera informarle de que lady Linette se hallaba perfectamente a salvo en el que deducía siempre había sido su hogar.

La casa de enormes dimensiones solo era un claro ejemplo de que el padrastro de Linette era un hombre influyente. No conocía de nada el ducado Sylverston, jamás había oído hablar de él, pero si había aceptado a una viuda con su hija, imaginaba que era un hombre de intachable reputación.

Se apeó del fatigado caballo atando las riendas a uno de los mampostes de la casa y subió con rectitud las escaleras. No se dejó arrastrar por la fatiga o el dolor de sus músculos tras tantas horas de ejercicio, simplemente le perseguía el deber, la culpa, el miedo… y golpeó con fuerza la aldaba para que no hubiera duda alguna de que alguien aguardaba tras la puerta.

El mayordomo no le hizo esperar y aunque lo observó primero antes de hablar, no dedujo en su rostro ningún sinónimo de sorpresa.

—Disculpe la interrupción, pero tengo un asunto urgente que tratar con el duque de Sylverston. Es de suma importancia que hable inmediatamente con él —insistió.

—Su excelencia no se encuentra en estos momentos, pero no tardará en llegar. ¿Quien le busca?

—Lord Kingsmere, duque de Nordville —se presentó—. Se trata de lady Linette Reishart.

El mayordomo hizo una reverencia y le dejó pasar, aunque aún había luz diurna, ya habían sido encendidas las lámparas de

aceite y los candelabros, así que tuvo una visión bastante amplia de las grandes dimensiones de aquella casa.

—Acompáñeme por favor —mencionó el mayordomo conforme le indicaba el camino hacia un saloncito para que aguardase a la llegada del duque de Sylverston—. Pediré que le preparen té, creo que por su atuendo ha tenido un viaje bastante largo, excelencia.

El mayordomo hizo una inclinación y le dejó a solas mientras Alexander solo podía sentir el sudor que emanaba de sus manos mientras caminaba sobre aquella alfombra tapizada sintiendo que cada segundo era uno más que le estaba robando a Linette.

—¡De ninguna manera! —oyó que vociferaba la voz de una mujer—. ¡Ese infame sin vergüenza no será bien recibido en mi casa!, ¡Ni hablar! —gritó con más énfasis mientras Alexander escuchó el repiqueteo de unos zapatos que se acercaban hacia donde él se hallaba hasta que vio por sí mismo como la puerta se abría y una mujer de belleza sublime a pesar de su edad lo confrontaba con furia, pero rápidamente esa furia dio paso a una palidez que le hizo perder todo el color que mantenía por su temperamento

—¡William! —gritó antes de que su cuerpo se desvaneciera.

Capítulo 37

Diecisiete años.

Ese era el tiempo exacto en el que su vida había cambiado. Siempre supo que sus rasgos no pertenecían a su difunto padre el duque de Nordville, pero solo cuando comenzó a hacerse un hombre, su querida madre tuvo que contarle una verdad que habría preferido no conocer.

No era el hijo legítimo del duque de Nordville, pese a haber sido reconocido y heredado el título correspondiente como su único heredero.

El destino había querido ser retorcido y caprichoso, lo suficiente para hacerle una copia exacta del hombre cuya sangre corría por sus venas. Esa misma sangre que también circulaba por Linette.

El barón de Brighdawn.

Jamás habría pensado que Reishart fuese tan retorcido como para buscar a su propia hermana y, además, lograr casarse con ella. El muy cerdo sabría que él no permitiría que le hiciera daño, que estaría dispuesto a entregar todo cuanto poseía para protegerla. ¡Y sería capaz de hacerlo! Maldito fuera el día que su madre le confió su secreto pensando que actuaría en buena fe y maldito también el momento en que su propia carne fue demasiado débil para no resistirse al encanto de Linette y acostarse con ella.

¡Con su propia hermana!, ¡Sangre de su sangre!

Puede que solo compartieran un progenitor, pero eso daba lo mismo. Compartían al mismo padre, aunque ninguno de los dos lo supiera en su momento. Iría al infierno y lamentablemente la arrastraría a ella consigo. Aún así, prefirió que ella no lo supiera. Que jamás conociera ese secreto que no solo la haría sufrir, sino que la torturaría mentalmente sin poder evitarlo. Si alguien tenía que cargar con esa culpa, sería solo él. Suficiente tormento y condena suponía saber que la única mujer por la que había sentido un deseo sin límite, firme y real había resultado ser su propia hermana. Pero era aún peor saber que continuaba deseándola y por eso mismo prefería vivir con su odio al pensar que la había engañado, manipulado, o que cada una de sus palabras fue una vil mentira.

Si. Prefería que ella pensara eso de él que asumir el suplicio de haberse acostado reiteradamente con su propio hermano.

—Lady Emily. ¡Lady Emily!, ¡Duquesa de Sylverston! — Observó con detenimiento a la mujer que yacía en el suelo a pesar de la insistente llamada de su mayordomo.

La misma que había sido esposa de un padre que no conoció y si alguna vez albergó alguna duda sobre la veracidad en las palabras de su madre, ahora solo podía atestiguar que eran demasiado ciertas.

Él era una copia viviente del baron de Brighdawn. Normal que se hubiera desmayado al pensar que había visto un fantasma de su primer marido.

Alexander la acogió para depositarla en uno de los sillones a pesar de su inconsciencia. Los gritos habían atraído a un par de doncellas y el mayordomo dio instrucciones enseguida para que trajeran las sales en un intento de despertarla y que recuperara la conciencia.

—¿Que está sucediendo? —bramó una voz grave, firme y de absoluta autoridad que resonaba por las paredes de aquel saloncito a pesar de que provenía del exterior.

No eran esas las circunstancias que había esperado para enfrentarse al padrastro de Lynette, ni las más apropiadas, pero el tiempo jugaba en su contra, sobre todo si ella estaba en peligro. La noche se acercaba y dios sabe donde se hallaba, en qué condiciones y con quien.

—Mi lord —murmuró el mayordomo—. La duquesa se ha desmayado y…

Puede que el mayordomo le estuviera contando que solo estaban tratando de hacerla despertar ante aquel desmayo inexplicable, pero el duque de Sylverston le observaba con fijación, como si no pudiera apartar los ojos de él, sin pronunciar ni una palabra, sin hacer ningún movimiento.

—Lamento la irrupción, excelencia y me disculpo por presentarme sin avisar, pero debo tratar una cuestión de extrema gravedad.

—Mi lord, el duque de Nordville, lord Kingsmere dice que tiene una cuestión importante que atañe a lady Linette.

Henry arrugó la frente y pasó la mirada del mayordomo al extraño que había en su propia casa.

—No sé quien es, ni porque es idéntico al primer marido de mi esposa, pero sí tengo claro que usted no es el duque de Nordville —afirmó con contundencia.

—Lady Linette ha desaparecido —dijo sin dar explicaciones sabiendo que aquella frase atraería la completa atención del duque —. Reishart la abandonó en mi casa, en el condado de Nordville. Herida. Moribunda. Y con evidentes señales de maltrato. Sé que entre sus artimañas para manipular la situación y hacer que ella se casara con él estaba la de suplantar mi identidad. Fuese quien fuese el hombre al que conoció como duque de Nordville, le mintió. Y sinceramente, no tengo tiempo para argumentar las razones que lo demuestran porque cada minuto que estamos hablando, es posible que Linette corra peligro en manos de ese canalla.

Henry respiró con dificultad y tuvo que sostenerse a lo primero que encontró, que no era otra cosa que una mesita baja de

té de la que estuvo a punto de tirar un florero de porcelana china.

—No puede ser posible… —gimió con evidente preocupación.

En ese momento la doncella llegó con las sales y el mayordomo las pasó rápidamente por la duquesa que comenzó a murmurar palabras sin sentido antes de abrir los ojos y recuperar la conciencia hasta recordar exactamente el motivo de su desmayo.

—¡Dios mío, William!, ¿Eres realmente tú?, ¿Como es eso posible? —gimió llevándose una mano temblorosa a los labios ante aquella incredulidad, salvo que sus ojos no mentían, era una réplica exacta de su difunto marido.

—Querida, no es William. Es el duque de Nordville y está aquí por Linette.

Emily observó a su marido y después al hombre que decía ser el hermano del marido de su hija.

—Eso no es posible, el duque de Nordville era ese hombre que… ¿Nos engañó? —concluyó rápidamente.

—Sé que todo esto es difícil de asumir, pero no podemos perder tiempo. No soy un familiar de lady Linette así que no puedo interponer la orden de búsqueda en su nombre. Desconozco si huyó por cuenta propia o si alguien la interceptó, o si fue el propio Reishart quien lo hizo, pero si es así, ella corre grave peligro. Tengo a alguien siguiendo los pasos de mi hermanastro, enviará noticias a la mansión de Nordville en Londres.

—¿Tienes algún tipo de parentesco con el barón de Brighdawn? —exclamó Emily mirando fijamente a los ojos del hombre que aseguraba ser el duque de Nordville.

—Oficialmente no —respondió con sinceridad.

—¿Y extraoficialmente? —exclamó ella con los ojos vidriosos.

—Es mi padre —afirmó sabiendo que sería inútil negarlo, que su propio físico le delataba.

A Emily se le escapó un gemido de conmoción y se llevó una mano al pecho.

—Envía a uno de los criados para que de aviso a la policía, Henry. Nuestra hija esta en peligro —dijo dirigiéndose a su marido y este asintió mientras se apresuraba a salir de la estancia.

Que la duquesa de Sylverston le creyera era un alivio, aunque no sabía si se fiaba de él por su confesión o porque prefería no correr ningún tipo de riesgo.

—¿William sabía que tenía un hijo ilegítimo? —preguntó con tacto cuando se quedaron a solas.

—No. Ni siquiera mi madre supo quien era realmente mi padre hasta que comencé a convertirme en hombre y mis rasgos se hicieron demasiado inconfundibles —confesó frotándose las manos porque tratar aquel tema era demasiado delicado para él.

Su madre le había ocultado todo lo posible la verdad, hasta que esta se hizo tan innegable que no tuvo más remedio que confesárselo para protegerle. Si alguien cercano al barón de Brighdawn le veía, reconocería de inmediato que guardaba algún tipo de relación y su herencia podría verse afectada al descubrirse que no era hijo legítimo del duque de Nordville.

Así que se ocultó. Vivió con un apellido que no le correspondía. Aceptando la soledad y el silencio autoimpuestos solo para salvaguardar un legado que ni siquiera le pertenecía.

—¿Como es posible? —susurró Emily acercándose hacia él, probablemente porque aún se sentía demasiado confusa para aceptar que tenía ante sus ojos la clara imagen de su difunto esposo. Joven, vibrante… tal y como ella lo recordaba.

Emily le observaba atónita, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos y lo considerase técnicamente imposible. Hasta ahora creyó que lo era, que William no podría haber tenido ningún hijo en vida porque resultaba técnicamente inviable. Y, sin embargo, estaba allí, una prueba viviente de que era real. ¿Tal vez fuera un milagro?

Alexander no sabía exactamente a qué se refería, pero dedujo que estaba lo suficiente aturdida y confusa por las circunstancias para hacerle aquella pregunta. Quizá deseaba detalles o es probable que tuviera una idea errada de su difunto marido que le llevaba a

creer si existía la posibilidad de que hubiera tenido más hijos ilegítimos.

No tenía respuesta para eso. Ni siquiera su propia madre había sabido que por sus venas no corría la sangre de su esposo, sino la de aquel amante fugaz hasta varios años después.

—No es mi intención que se sienta traicionada, me consta que ocurrió mucho antes de su matrimonio con el barón, pero lamento profundamente que mi presencia la incomode.

—No… —Emily tuvo que cerrar los ojos con fuerza e inspirar hondo antes de poder hablar, porque cada vez le observaba, sentía una inquietud impropia.

Durante años había pensado tanto en él. Fue y siempre sería su mejor amigo, saber que existía una parte de él con vida era el mayor regalo que podría tener. Y estaba allí, frente a ella, sabiendo que cuando William murió, se marchó pensando que su existencia desaparecería y que el único legado que podía dejar era su arte.

Pero lo que tenía ante sus ojos era una copia exacta de sí mismo, algo insólito.

—Disculpe —volvió a insistir Emily—. No me siento traicionada, es solo que me cuesta verle sin pensar que al mismo tiempo no es él. Han pasado demasiados años… —murmuró—, pero ahora no es momento de pensar en ello, sino en Linette. Ese es el motivo que le ha traído hasta aquí, ¿no? Quiero saber con qué clase de hombre se ha casado mi hija.

Henry regresó para avisar de que ya había enviado a un lacayo para que un inspector se acercara. Lo mejor era tratar aquel asunto con discreción y, sobre todo, precaución. Mientras aguardaban, Alexander les informó de quien era realmente el hombre con el que se había casado Linette y las circunstancias que acontecían a su desaparición, incluyendo el riesgo de que él la encontrara y, las intenciones desproporcionadas de Reishart.

Sus acusaciones eran graves. No solo se trataba de intencionalidad, sino que únicamente un monstruo sería capaz de

haber tramado dicho plan con la única pretensión de beneficiarse de ello.

Era posible que los planes de Reishart fueran egoístas y buscara dinero, pero en las horas que había cabalgado hacia Londres, llegó a la conclusión de que el motivo principal por el que actuó decididamente para engañar a toda la familia Sylverston y a lady Linette, fue él. Estaba decidido a atormentarlo. Claramente buscaba un daño más profundo que el de reducir sus arcas considerablemente, más aún teniendo en cuenta que él jamás le había dado importancia al dinero. Deseaba destruirle, hacer que se sintiera mezquino por no poder evitar salvar a su propia hermana de sus garras y sólo ahora comprendía que ni siquiera el legado que ella llevaba le importaba.

No la buscó por dinero, aunque lo tuviera. Ni tampoco porque su rango le haría entrar en la nobleza. Reishart se casó con Linette porque supo desde el principio que ella se convertiría en su punto débil, pero jamás llegaría a imaginar cuánto.

Ya era noche cerrada cuando el inspector de la policía se marchó con toda la información recaudada. Era uno de los mejores y emitiría una orden de búsqueda además de enviar una patrulla para recabar pruebas, pero fue muy directo al admitir que si se trataba de un secuestro ya habrían tenido noticias, así que sus opiniones podían ser una fuga voluntaria en el mejor de los casos o que estuviera en manos de su propio esposo, lo cuál les dejaba en una situación de incertidumbre.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —gimió Emily cuando volvieron a quedarse a solas—. ¿Y si está en serias dificultades, Henry?, ¿Por qué no nos pidió ayuda antes?, ¿Por qué no confió en nosotros? —Su voz se rompió derramando lágrimas en silencio, como si se obligase a no romperse.

—No quería que sufrierais por ella, por eso mantuvo silencio respecto a su identidad todo el tiempo. —Alexander no sabía porqué trataba de justificar los actos de Linette, pero al ver el amor que sus padres sentían por ella, supo la razón de que callara todo ese tiempo.

—Es posible que haya buscado refugio en la casa de campo, enviaré misivas urgentes a todas nuestras propiedades para que nos avisen y sepan como actuar si aparece. Organizaré una búsqueda interna con nuestros conocidos. Te prometo que la encontraremos y que ese malnacido no le pondrá una mano encima.

Alexander observó la actitud del duque de Sylverston que demostraba una vez más, que para él era su hija, aunque llevase la sangre de otro hombre.

—Debo ir a mi casa en Londres, envié a alguien de confianza a perseguir los pasos de Reishart y me informará de inmediato. Si la tiene él, lo sabremos, pero si no es así, no tardará en averiguar que abandonó Nordville.

—Conozco a mi hija —dijo Emily—. Si no quiso venir aquí a Londres para que la verdad se supiera y fuese juzgada por todos creyendo que eso nos expondría —continuó mirando a su marido—. Solo hay un lugar al que iría.

—San Petersburgo —dijo Alexander pensando en esa única carta que Linette envió mientras estaba en su hogar—. Linette mandó una carta dirigida a la emperatriz rusa, fue la única correspondencia que envió. Yo mismo la sellé con el ducado de Nordville para que pudiera llegar a la corte.

No sabía si en ella narraba su situación, si le pedía ayuda o si la informaba para pedirle asilo y protección cuando llegara, pero eso podía encajar con su desaparición, con llevar un disfraz de doncella para pasar desapercibida y con que nadie hubiera visto a una mujer gritar o ser forzada a subir a un carruaje.

Aún así, realizar ese tipo de viaje ella sola era peligroso, extremadamente arriesgado y dios sabe a qué tipo de personas sin escrúpulos debería enfrentarse.

La rabia consumía a Alexander. Su estado de culpa era tan colosal que solo sentía la necesidad de fustigarse a sí mismo por todos sus errores.

La deseaba. La quería. La amaba. Y solo necesitaba saber que ella estaba bien. Protegida. A salvo. Que fuera feliz, aunque

estuviera en la otra punta del mundo lejos de él, pero podría continuar viviendo sabiendo que ella era feliz.

—Catherine nos escribirá si esas son sus intenciones, aunque Linette le pidiera expresamente que no lo hiciera, nos pondría en sobreaviso para protegerla.

—¿Es que no conoces a tus hijas? —exclamó Emily—. Lo más probable es que Catherine envíe a un emisario para escoltarla y cuando estuviera a salvo en palacio, sí nos avisaría, pero con este giro inesperado de los acontecimientos, Linette habrá decidido viajar sola y si su marido se llevó todos sus documentos, será un riesgo mayor para ella.

—Tal vez no consiga salir del país y eso la haga regresar a casa —afirmó Henry sintiendo verdadero dolor de cabeza.

—Acudiría antes a sus tías. Sé como se siente. Está sola, asustada, pero decidida… y tengo que aferrarme a que se ha marchado por voluntad propia si no quiero terminar desquiciada ante el dolor que supone asumir todo a lo que ha debido enfrentarse hasta ahora. Tengo que encontrarla, Henry. Tengo que decirle que esto no es culpa suya, sino nuestra, porque no soportaría la idea de que vuelva a sufrir por nuestra culpa.

Alexander sentía que era un testigo inapropiado. Puede que las circunstancias llevasen a los duques de Sylverston a hablar con franqueza, pero se sentía un intruso al que no le correspondía escuchar los sentimientos de aquella mujer que claramente amaba con todo su ser a sus hijos.

—Pídeme lo que quieras. Dime que quieres que haga y lo haré —contestó Henry.

—Tengo que ir a Rusia. Si ella va vestida como una sirvienta sin documentación, nadie la creerá. Necesito estar allí, Henry y necesito que tu hagas hasta lo imposible por buscarla aquí, por encontrar la certeza de que nadie la retiene.

—Te prometo que levantaré hasta la ultima piedra de Gran Bretaña si es necesario para averiguarlo. Le pediré a uno de nuestros amigos que te acompañe.

—Necesitamos toda la ayuda posible aquí, Henry. Puedo ir con una de mis doncellas.

—Yo puedo acompañarla. —Se atrevió a decir Alexander—. No podré quedarme de brazos cruzados sabiendo que ella corre peligro, solicitaré que desvíen toda la correspondencia de mi informante aquí, lord Sylverston.

—No puedo pedirle eso —intervino Henry.

—Si me quedo aquí cometeré un crimen y no seré capaz de detenerme cuando confronte a Reishart. Me haría un favor si deja que acompañe a su esposa y me asegure que llega sana y salva. —Por no mencionar que necesitaba ver con sus propios ojos que Linette no había sufrido.

Henry miró a su esposa y ella le devolvió la mirada, después la dirigió hacia lord Kingsmere y posteriormente volvió a mirar a su marido.

—Linette debe ser como una hermana para él, Henry. No tengo motivos para dudar de sus buenas intenciones.

Alexander sintió que se clavaba algo en su pecho. Un dolor profundo ante lo que significaban esas palabras. Si, puede que fuera su hermana, pero no la amaba como tal y desgraciadamente, ya era tarde para haber refrenado sus instintos, esos que le hacían pensar continuamente en Linette bajo su cuerpo y no como una mujer pura e inocente.

Capítulo 38

Puede que su plan no fuera tan eficiente, al menos es lo que pensaba Linette mientras contemplaba el movimiento en el puerto y la exigencia del control portuario en pedir la documentación. Hasta ese momento su único propósito había sido el de huir, coger el primer barco en el que pudiera enrolarse y llegar hasta el imperio ruso en tren o carruaje. Le sería mucho más fácil que nadie la descubriera en alta mar si el destino era Francia que Rusia, aunque pudiera llegar mucho antes. Incluso esa segunda opción le daba la posibilidad de pasar por el ducado de Florencia y recibir la ayuda de tía Camelia, ese sería el único modo de llegar a la corte Rusa sin que nadie la tomara por una simple sirvienta con ínfulas de grandeza.

Si. Ese sin duda era su plan, pero a menos que consiguiera colarse como polizón, resultaría inviable y la tentación de alquilar un carruaje que la llevase hasta el hogar cálido en el que había crecido a tan solo una hora de allí, comenzaba a instalarse. Los riesgos de que alguien la reconociera estaban presentes, al igual que la oscuridad, por esa misma razón aprovechó que estaban cargando uno de los navíos para ocultarse entre la mercancía y subir a un barco con destino Francia.

Su corazón estaba acelerado, el riesgo de que pudieran descubrirla y detenerla como una criminal estaba presente y, aún

así, sentía la necesidad de abandonar Inglaterra para siempre, de escapar lejos del dolor, como si su mente se aferrase a la posibilidad de que al llegar a su destino, su corazón resquebrajado se repararía, el desconsuelo desaparecería y ella podría volver a respirar sin sentir que era una tortura.

Solo debía pasar la noche allí, escondida y cuando amaneciera llegaría a tierras francesas donde todo sería mucho más fácil.

Y así fue. Todo parecía ir de maravilla hasta que escuchó que faltaba poca distancia para llegar a tierra y escabulló de su escondite con la única intención de mezclarse entre los pasajeros y pasar desapercibida.

Era una sirvienta, nadie podría fijarse en ella. Nadie.

Y ese fue su error, porque en cuanto alcanzó la cubierta, alguien del personal del barco la interceptó.

—No recuerdo haberla visto subir a bordo —mencionó aferrándola del brazo.

Linette hizo un vano intento por soltarse, pero no lo consiguió.

—Viajo con mi señora, tal vez no pueda recordar a todos los pasajeros —respondió volviendo a intentar soltarse.

—Le aseguro que me fijaría muy bien en una mujer como usted, desde luego no pasaría desapercibida.

Linette se dio cuenta en ese momento que había olvidado ponerse el sombrero, probablemente se le habría caído mientras lo utilizó para taparse el rostro mientras dormía un par de horas y en ese momento se reprochó a sí misma ser tan descuidada.

—Suélteme. ¡No tiene ningún derecho a tocarme! —bramó alzando la voz y atrayendo la atención de otros pasajeros.

—Lo tengo si es un polizón. ¿No cree? Pero podemos resolver esto de otra manera, si le parece… una que puede satisfacernos a ambos.

La simple mención asqueó a Linette porque no hacía falta ser un genio para entender que querían decir sus palabras si iban acompañadas con ese modo de observarla, paseando sus ojos lascivamente por su cuerpo.

—Lo que imaginaba, vendrá conmigo —sonrió lascivamente aquel tipo gordinflón con barba descuidada y al que le faltaba media dentadura.

En ese momento sintió que su mundo se venía abajo, que nadie de aquel barco respondería por ella, que ese tipo era más fuerte y la forzaría y en ese momento se sintió débil y estúpida por pensar que podría viajar sola y que disfrazada de sirvienta nadie se fijaría en ella, pero a pesar del miedo, se resistió. No pensaba ir con ese hombre a ninguna parte, prefería lanzarse al mar e intentar llegar a nado aunque la temperatura del agua fuese gélida, pero moriría congelada antes que dejar que ese ser repugnante ser le pusiera las manos en cima.

Sus vanos intentos por forzarla a caminar para alejarla de cubierta en dirección al interior provocaron murmullos y más audiencia de la requerida por aquel hombre. Era demasiado temprano y algunos de los pasajeros aún dormían en sus camarotes, pero un ángel debió cruzarse en su camino cuando oyó la voz firme de una mujer.

—¡Suéltela ahora mismo o responderá con su propia vida! —exclamó con tanta firmeza que aquel hombre se detuvo en seco, pero aún mantenía agarrado el brazo de Linette evitando que esta pudiera escapar de él.

—¿Y eso quien lo dice? No tiene autoridad en este barco.

—Usted tampoco, pero le garantizo que si no lo hace lo lamentará el resto de su patéticamente existencia —Linette se giró bruscamente.

Tal vez no hubiera reconocido el sonido de aquella voz la primera vez que habló, pero ahora estaba muy segura de quien era y exclamó un aullido del que no supo si era alivio o sorpresa, pero

no le importaba, jamás había estado tan feliz de ver a una de sus tías.

—Es una simple doncella y usted solo una mujer rica.

Catherine se agarro la falda y con un movimiento audaz le propinó una patada en la entrepierna sin importarle quien la estaba viendo o cuantos testigos dejaba a su paso. El hombre soltó de inmediato a Linette y esta corrió al lado de su tía.

—Nadie toca a una mujer sin su permiso y menos aún a mi sobrina. ¡Vamos Linette! Creo que tienes demasiadas cosas que contarme.

Pero lo único de lo que fue capaz de hacer es de echarse a los brazos de su tía y llorar.

Porque las palabras dolían. El recuerdo dolía. Pensar en él… dolía.

Y mientras lloraba, Catherine la reconfortaba acariciando su espalda diciendo que estuviera tranquila. Pues, al igual que ella, huyó lejos de Londres poco después de desposarse con su marido, así que era la más indicada para comprender sus acciones, aunque en ese momento ella no supiera que los motivos por los que Linette huía eran muy distintos a los que en su día tuvo ella.

—¿Te has colado como polizón en este barco, Linette? —preguntó cuando notó que el llanto cesaba paulatinamente.

Estaban a pocos minutos de atracar en puerto, ya se veía el movimiento de carruajes y personal preparado para el amarre, así como la propia tripulación del barco que no dejaba de emitir órdenes.

—Si —susurró—. No tenía documentación y necesitaba escapar de Inglaterra.

—Debe ser realmente malo para que decidas viajar sin ningún documento, aunque fuera falso y vestida como una simple sirvienta. ¡Dios!, ¿Sabes lo que te habría hecho ese degenerado maloliente si no llego a salir a cubierta en ese instante? Nunca pensé que diría esto, pero al menos la muerte de mi tía ha servido para salvarte.

—¿Vuestra tía a muerto? —gimió Linette.

—Si. Su temple era tan fuerte que llegué a pensar que nos sobreviviría a todos, pero recibí ayer una misiva informando de su fallecimiento, por eso viajaba en este navío. La decisión fue tan precipitada que David no ha podido acompañarme, así que decidí hacer el viaje con mi doncella personal y el cochero. Traje mi propio carruaje.

Teniendo una empresa de carruajes, la duquesa de Lennox jamás viajaría en un coche de alquiler.

—Lo siento —gimió Linette.

—Gracias tesoro, pero creo que tienes cosas más importantes que decirme. ¿A donde pretendías dirigirte tras coger este barco? No ibas a llegar muy lejos sin protección o documentación que te sostenga. Puedes disfrazarte de sirvienta, pero un rostro como el tuyo atraería la atención de hombres como ese y créeme, no querrías saber lo que pensaba hacerte.

Linette cerró los ojos dejando escapar más lágrimas silenciosas y permitiendo que su tía Catherine se las limpiara absorbiendo las gotas saladas con el tejido de sus guantes.

—San Petersburgo —afirmó y observó como su tía la miraba en un gesto de comprensión.

—De momento tendrás que conformarte con el ducado de Florencia, después veremos si realmente quieres viajar para encontrarte con tu hermana o decides regresar conmigo a Londres.

Aunque Linette sabía que no pensaba regresar y que jamás lo haría, aún no estaba preparada para confesar todo lo acontecido. Al menos no allí, no en ese momento, pero sin duda, sentía que su tía Catherine sería la que menos juzgaría sus actos y la que al mismo tiempo más defendería su huída.

—El único barco con destino San Petersburgo es el que acaba de atracar y no saldrá hasta mañana que realice su ruta de regreso —dijo Alexander dirigiéndose al duque de Sylverston—. Los únicos barcos que han salido desde ayer tienen como destino Francia, España o America. ¿Es posible que estuviera en uno de ellos?

La poca información que tenían no era esperanzadora. Archie le había escrito para decirle que Reishart no se encontraba en Nordville y que estaba tras su pista, pero si no había sido él quien frustró la huida de Linette, era muy probable que ya supiera que había abandonado el condado.

—Es posible, pero eso significa que las rutas desde Francia se amplifican. Podría estar en cualquier parte de ser así —contestó Henry con evidentes señales de cansancio.

Ninguno había descansado por más que lo hubieran intentado, pero era imposible concebir el sueño sin saber realmente donde se encontraba, cuánto más tiempo pasaba, mas temía Alexander que no podría encontrarla.

Y la culpa no dejaba de consumirlo. De ahogarlo. De sentir que por más que respiraba, se asfixiaba.

—Excelencia, ¿Acaso alguno de mis hombres le ha informado para que venga? —La voz del inspector de policía que se había personificado en la mansión Sylverston la noche anterior atrajo la atención de ambos hombres.

—¿De qué debería haber sido informado?, ¿Ella está aquí? —exclamó Henry.

—He registrado una denuncia por parte de un miembro de tripulación hacia una dama que viajaba en uno de los navíos con destino Francia la noche pasada. Lo curioso de esta denuncia es que el hombre asegura que defendía a una sirvienta de la que él está seguro que iba como polizón en el navío —atestiguó el inspector—. No le habría dado mayor importancia si no fuera porque este hombre también la oyó decir que ella era su sobrina y llamó a la joven “Linette”. ¿Puede coincidir con la mujer que buscan?

Henry cerró los ojos y respiró con un poco más de serenidad.

—La duquesa de Lennox viajó anoche en un barco con destino Francia. Debe ser ella —corroboró Henry y emitió una débil sonrisa—. Tiene que ser ella.

Alexander quería sentir alivio. Quería creer que ella era esa mujer, que se encontraba junto a alguien que la protegería, pero con Reishart siguiendo sus pasos no podía.

Ella era su responsabilidad. Era su deber.

Ella era suya, aunque jamás pudiera reclamarla, aunque jamás le perteneciera de verdad.

—Hay algo más, excelencia. Esta mañana he recibido el comunicado de otra denuncia dirigida hacia la mujer que buscan. Se trata de su marido, el señor Reishart. Según consta, su esposa ha desaparecido de forma forzosa, es más, en dicha denuncia consta que ha sido el duque de Nordville quien ha secuestrado a la mujer —mencionó dirigiendo su vista hacia Alexander que apretó los puños con rabia sin decir una sola palabra.

Muy propio de Reishart actuar de ese modo, pero también podía significar que pensaba que él había huido con Linette y daba más realismo a la posibilidad de que ella se hubiera escapado a Francia.

—Debe creer que huyó conmigo —constató Alexander a pesar de no tener ninguna prueba para defenderse.

—Hay algunos elementos en la versión del señor Reishart que no encajan. Él afirma que visitó junto a su esposa la mansión de Nordville y que la animosidad que existe entre ustedes le llevó a raptar a lady Linette en un acto de venganza. Esto sería plausible con la versión de que ella escapara, pero en ese caso ¿Por qué tardar tanto en denunciar y no avisar a la familia? Tampoco explica que se disfrazara de doncella y que se colara como polizón en uno de esos barcos para huir. Si lady Linette estaba huyendo de usted, habría pedido ayuda a su propia familia, su casa está cerca de aquí. En cambio, si estuviera huyendo de su propio marido, las leyes inglesas la obligarían a regresar junto a él. —El inspector hizo una pausa como si esperase la reacción por parte de Alexander, pero

este se mantuvo en silencio—. No voy a detenerle, pero será mejor que actúen pronto. Si no hay pruebas evidentes contra el señor Reishart, tendré la obligación de informarle sobre el paradero de su esposa y eso solo les deja un margen de medio día para encontrarla antes que él.

—¿Por qué decide creerme? —exclamó Alexander.

—Porque si algo me ha dado la experiencia, es calar a los tipos como el señor Reishart. El hambre en su mirada dice más que sus palabras. —Sin duda, ese hombre debía ser uno de los mejores en su campo—. Medio día, excelencia. Recuérdelo.

Acto seguido saludó a ambos caballeros y observaron como el inspector se alejaba mientras guardaban silencio. Alexander cuadró los hombros y esperó a que el padre de Linette hablase primero.

—¿Ella te importa realmente?, ¿O haces esto por un absurdo deber de responsabilidad? —inquirió con audacia.

No había esperado esa pregunta, pero tampoco le sorprendía viniendo de un hombre como él.

—Daría mi vida por ella —contestó sin darle una respuesta exacta, pero vio que era más que suficiente para lo que el duque de Sylverston necesitaba saber.

—Ambos le hemos oído. Linette necesita llegar a San Petersburgo. Es el único lugar donde recibirá asilo político hasta que consiga convencer a la corte de anular su matrimonio, es el mejor modo para que ese canalla no pueda reclamarla. Si viaja junto a su tía Catherine, se dirigirán al ducado de Florencia. Deberás viajar en tren, así lograrás llegar mucho antes, asegúrate de que el duque de Guicciardini le otorgue un salvoconducto, será el único modo de entrar en la corte rusa si no tiene su documentación consigo.

—Espere un momento… ¿Quiere que vaya yo? —preguntó Alexander.

—Si has decidido exponerte sabiendo que tu legitimidad como duque de Nordville podría verse afectada, solo puede existir un motivo y es porque ella es importante para ti. Tal vez no lo entendí anoche cuando mi esposa confió plenamente en tu palabra sin

apenas conocerte, pero ahora lo entiendo. Tu padre fue un hombre de honor incuestionable y estaría muy orgulloso de saber que su hijo lo ha heredado de él.

Era la primera vez que alguien le hablaba de ese padre que nunca se permitió mencionar, del que nunca oyó hablar y habría preferido no saber su nombre. Un padre que le había dado sus rasgos, su fisionomía y por lo que ahora sabía, también su carácter.

Capítulo 39

Los días de viaje en carruaje sirvieron para que Linette le confesara todos los detalles desde el momento en que abandonó su hogar tras casarse don Reishart a su tía Catherine, incluyendo el modo en el que el duque de Nordville la había echado de su palacio y ni siquiera tuvo que mencionar su relación extramarital, la propia duquesa de Lennox se lo leyó en el rostro. Que no la juzgara por ello, mermó su inquietud, más aún cuando cada día sus sospechas sobre albergar en su vientre el fruto de esa pasión que la había cegado aumentaban.

No pensó en ello cuando huyó. Tampoco era una posibilidad que hubiera confesado a su tía, quizá porque si realmente existía un niño creciendo en su interior, ella lo querría. Lo amaría. Y por nada del mundo impediría que viniese al mundo.

—Finalmente hemos llegado —declaró Catherine divisando la casa señorial de los Guicciardini, donde pensaba alojarse el tiempo necesario para esclarecer todos los asuntos en referencia a la defunción de su tía y sus propiedades.

El personal de la casa les atendió enseguida y en cuanto lady Camelia las vio, no pareció sorprenderse en absoluto de su llegada, algo que a Linette le sorprendió.

—¡Venid!, ¡Entrad enseguida! —Se apresuró a decir mientras Catherine arrugaba la frente en señal de protesta por aquel

recibimiento.

—Es posible que esperases mi llegada, pero no la de Linette. ¿Como es posible que supieras que veníamos?

Camelia las dirigió hacia el despacho de su marido que en aquellos momentos se encontraba vacío y recogió una de las misivas que había sido abierta a juzgar por el sello partido.

—Recibimos esto de tu padre, lo trajo el mismo hombre que vino para escoltarte hasta la corte imperial rusa. Era de vital importancia que no te demorases aquí. Ya se ha emitido un salvoconducto y documentación falsa para el viaje mas rápido a través de ferrocarril.

—¿Mi padre lo sabe? —exclamó Linette aterrorizada.

—Por supuesto que lo sabe, mi niña —contestó Camelia con una leve sonrisa y se acercó a Linette para acoger su rostro entre las manos—. Cuentas con el apoyo de tu familia, si él no está aquí, es porque hará hasta lo imposible para anular tu matrimonio y el único lugar donde tendrás inmunidad política es en la corte de tu hermana.

Ese había sido su plan inicial y evidentemente su padre lo sabía, ¿Pero como podía saber que viajaba junto a su tía? Sus ojos se empañaron al saber que su familia lo sabía, que ese peso que sentía en su pecho oprimía un poco menos, aunque en esos momentos se sintiera lejos de su hogar, pero sus tías también eran su hogar y pronto lo sería la corte de su hermana.

—¿Su marido sabe que ella está aquí? —preguntó Catherine con tacto.

—No habrá tardado demasiado en averiguarlo, así que es posible que esté ahí fuera a la espera de tu llegada, de ahí la importancia de que nadie la vea salir. Ya está todo preparado. Mis doncellas te vestirán apropiadamente, hemos buscado a una joven que tiene tus rasgos, para que en el mismo momento que salgáis, ella nos acompañe a Catherine y a mí. Si Reishart está aquí y se oculta en alguna parte, creerá que eres tú y eso os dará margen para escapar.

Linette respiró hondo. En sus planes no estaba que Reishart averiguara su paradero y frustrase sus planes. Al menos no hasta estar completamente a salvo de él.

—Debimos haber hecho el viaje en tren, eso no le habría dado margen de actuación a ese desgraciado —corroboró Catherine.

—Ya es un milagro que viajaras en ese barco, tía Catherine. Todo esto es mi culpa… si no me hubiera cegado la presión de casarme para alejarme de Londres, habría podido ver que Reishar solo era una fachada, alguien que fingía ser perfecto precisamente para engañarme.

—Tú no vas a culparte de nada. Ninguno de nosotros lo vio, ni siquiera tu padre. Él supo jugar muy bien sus cargas para engañarnos a todos.

—Pero yo le pedí a padre que no investigara, que por una vez respetara mi decisión. Fui tan estúpida…

—Todos cometemos errores por estupidez —intervino Camelia —, pero este no es el final. No si está en nuestras manos que así sea.

La abrazó sin permiso y pese a que no le quedaban más lágrimas que derramar, por sus mejillas surcaron dos demasiado silenciosas para ser percibidas.

La acompañaron a la habitación de la duquesa de Guicciardini donde tomó un baño que la hizo sentirse nueva y la vistieron con un vestido sencillo en tonalidad crema, pero con detalles bordados de flores rojas, verdes y azules que le daban un aspecto reluciente. El corte de la *belle époque* era propio a la moda de Florencia más que inglesa, pero le encantó sentirse diferente, o al menos alejarse de esa mujer fugitiva que huía de su marido y del hermanastro de este.

—Fingiréis ser un matrimonio, eso llamará menos la atención —dijo Camelia cuando Linette regresó al salón principal de la casa donde sus tías la aguardaban algo inquietas dada la situación.

Le habían preparado una pequeña maleta con un cambio y enseres de higiene básicos para el viaje.

¿Un matrimonio?, ¿Con quien? Y entonces pensó en el hombre que había enviado su padre y que, sin duda, debía ser de su plena confianza. ¿Sería uno de sus tíos?, ¿Quizá su primo el conde de Norwing?

Estaba claro que ella debía conocerlo o su padre no se habría atrevido a enviar a alguien para tal cometido, sin embargo, Camelia no hizo referencia como si ella misma le conociera, por tanto, concluyó que debía ser uno de sus primos por parte de alguna de las ocho hermanas de su madre.

—Te colaste en un barco como polizón de carga, esto será mucho más fácil —afirmó Catherine agarrándole la mano con fuerza antes de escuchar voces que se acercaban.

Linette se giró justo antes de que la visual hacia la doble puerta abierta permitiera ver a las dos figuras masculinas que la cruzaran. Había esperado encontrarse con un rostro conocido, alguien de su plena confianza y a la vez también de su propio padre, incluso podría ser uno de sus trabajadores más fieles porque así pasaría completamente inadvertido, pero jamás. Jamás. ¡Jamás! Pensó que podría ser él.

—¿Que hacéis aquí? —bramó cuando su mirada se entrelazó con la suya.

Estaba enfadada. Furiosa. ¡Encolerizada!, ¿La echaba de su casa y ahora se presentaba en Florencia sin más?, ¿Para qué? No. Alexander no podía ser el hombre que su padre había enviado para escoltarla a la corte rusa porque simplemente no se conocían. ¡No tenían ningún tipo de contacto! Jamás confiaría la vida de su hija a un caballero del que no podía fiarse.

—Podría hacer esa misma pregunta cuando os presté mi carruaje para viajar expresamente a Londres y decidisteis desaparecer —contestó sin mostrar lo que dentro de él refulgía con una intensidad apabullante.

Habían sido demasiados días de espera, de creer que ella no podría ser la mujer que imaginaban de ese barco ante su tardanza, pero mientras lady Catherine no llegase a su destino, la esperanza se mantenía. Hacía exactamente dos horas y diecisiete minutos que le habían comunicado su llegada. Desde ese momento sintió que renacía, volvía a la vida y su temor más certero se esfumaba, pero hasta que no la había visto con sus propios ojos, volver a ver como aquella mirada gris generaba un calor aplastante en su pecho, no pudo sentir que respiraba de verdad y que ella estaba lejos de las garras de su hermanastro.

—No era vuestra responsabilidad, como tampoco lo soy ahora. Sean cuáles sean los motivos que le han traído aquí, podéis iros al mismísimo infierno.

—¿Puede alguien decirme quien es este joven? —Preguntó Catherine desconcertada—. Tengo la sensación de haberle visto en alguna parte, pero no recuerdo donde…

—Es lord Kingsmere, el duque de Nordville —intervino Camelia—. Excelencia, ella es una querida amiga muy apreciada, la duquesa de Lennox —formalizó haciendo las presentaciones y, a pesar de que Alexander no deseaba apartar la vista de Linette, se dirigió hacia la hermosa mujer rubia de ojos azules que la había acompañado cuya fortuna había hecho que se cruzaran en ese barco.

—Le agradezco su intervención, mi lady. Y le doy mis condolencias por su reciente pérdida —dijo Alexander.

—Ahora entiendo todo lo que me contaste de él… —murmuró en voz muy baja para que solo Linette pudiera escucharla y esta replicó con la mirada—. ¿Que? Solo digo la verdad, además ha venido hasta aquí, eso significa que debes importarle.

Eso era un disparate. Si Alexander estaba allí solo era por una razón; su sentido de culpabilidad, su honor o como quisiera llamarlo, pero desde luego no porque ella le importara.

—Le agradezco que piense en mi pérdida en estos momentos —admitió Catherine finalmente en voz alta—, pero sobre todo que

haya venido hasta aquí para escoltar a mi sobrina. Nadie mejor que usted conoce al señor Reishart y sabrá como protegerla.

—¡Tía Catherine! —exclamó Linette al ver que su propia tía se ponía en contra de su posición respecto a que fuera él quien la acompañara.

¿Acaso nadie había escuchado que acababa de enviarle al infierno? Eso dejaba bastante claro que no pensaba ir junto a él a ninguna parte.

—Las opciones son limitadas, Linette —dijo Alexander captando su atención—. Podéis viajar conmigo hasta un lugar donde tendríais inmunidad diplomática o quedaros aquí y correr el riesgo de que Reishart os obligue a regresar junto a él. Lamentablemente la ley se lo permitiría si no hay pruebas en su contra para impedírselo.

¿Por qué todos parecían estar de acuerdo en ese plan?, ¿Por qué no podía viajar con otra persona que no fuera él?

—Querida, lord Kingsmere tiene razón. Es más fácil pasar inadvertidos como una pareja joven de recién casados. Llamaría menos la atención y si Gabriele, Catherine y yo permanecemos aquí, nadie sospechará de vuestra huida. Hemos llegado a la conclusión de que es la mejor manera para ponerte a salvo —dijo con mucho tacto su tía Camelia.

Puede que no fueran sus tías de sangre, pero sin duda, se preocupaban de ella como si lo fuera. Linette hizo un gesto de asentimiento hacia ella y se giró para encarar al duque. No a su excelencia Gabriele de Guicciardini duque de Florencia, sino al hombre que amaba, que a pesar de sentir que la había traicionado cuando más le necesitaba, su corazón continuaba latiendo desbocado cuando aquellos ojos castaños le devolvían la mirada.

—Solo iré con vos hasta la corte imperial rusa y después desapareceréis para siempre de mi vida —afirmó con contundencia.

—Será como deseéis que sea.

No iba a discutir. Él era el primer interesado en poner distancia entre ellos por un motivo muy distinto a su propio deseo.

Nadie podría saber lo que había ocurrido entre ambos y, sobre todo, ella no debía saber que compartían al mismo padre.

Siguieron el plan establecido y una hora después de abandonar la mansión de Guicciardini, Linette tomaba asiento en uno de los vagones con destino Milán, para después hacer otro trayecto hasta Viena, Varsovia y finalmente San Petersburgo. Le sorprendió la soltura con la que Alexander manejaba la situación, como si estuviera realmente acostumbrado a viajar y no fuera esa figura reservada y solitaria que se mantenía oculta en su palacio.

No le dirigió la palabra durante el primer trayecto, ni siquiera para saber como habían averiguado él y Reishart su paradero. Debería sentir miedo si su marido estaba tras sus pasos, pero lo único que era capaz de sentir era rabia, frustración, una animosidad creciente por sentirse manipulada.

Alexander había jugado con sus sentimientos, le había hecho sentirse protegida, a salvo, querida entre sus brazos, amada con intensidad, aunque realmente no la quisiera de verdad, para después romperlo todo en un instante y echarla de su vida sin más.

No entendía porqué él estaba allí. ¿Por que no enviar a Archie en su lugar?, ¿Por qué incluso parecía que su propio padre había consentido que él la escoltara hasta estar a salvo junto a su hermana? No entendía nada y eso la frustraba aún más, porque no iba a ceder para conseguir respuestas, no iba a demostrarle que se sentía herida, humillada y engañada.

Pero que guardara silencio la enfurecía todavía más.

—¿Por qué estáis aquí? —exclamó finalmente con toda esa ira que llevaba guardando para sí misma.

—Vuestro padrastro me lo pidió personalmente —respondió en un tono seco, distante y eso provocó que le ardiera la piel en llamas sabiendo que era la misma actitud detestable que mantuvo cuando llegó a su casa, esa en la que solo mostraba desconfianza.

—Podríais haberle respondido que enviara a otra persona —insistió Linette.

—No había tiempo. Reishart sería informado de que viajabais en ese barco con destino Francia. El hombre con el que tuvisteis un altercado durante el trayecto denunció a la duquesa de Lennox e informó de vuestra identidad. La policía nos dio la información en primer lugar, pero nos avisó de que estaban en la obligación de informar a vuestro marido. Ha interpuesto una denuncia de desaparición para que seáis encontrada y llevada ante él. —No mencionó que el propio Henry lo había hecho en primer lugar y que, a pesar de sus alegaciones y amenazas, pesaría más la demanda de Reishart que la de su tutor porque no tenían pruebas que demostraran su acusación.

Linette se revolvió en su asiento incapaz de mirar hacia todas partes, como si fuera consciente del peligro real al que estaba expuesta. Había creído que tras salir de Inglaterra Reishart no podría encontrarla, que a pesar de la preocupación en su tía Camelia, no corría un peligro plausible, pero ahora comenzaba a sentir terror, uno tan real que su cuerpo comenzó a temblar.

—¿Esto es porque no le diste el dinero que deseaba? —murmuró.

—Solo hay una cosa que le importe más que el dinero a Reishart —contestó Alexander—. Y es verme perder, destruir todo aquello que me importa. Por eso os dejó en mi casa. No quería solo deshaceros de vos, quería que os tomara estima para después corromper vuestra ingenuidad y bondad, de ese modo podría causarme daño. No voy a permitir que os utilice como un peón solo para vengarse de mí.

—Eso solo sucedería si os importase, si significara algo para vos y ambos sabemos que no es así. Me dejasteis muy claro cuando me echasteis de Nordville que el dinero era más importante que yo.

Alexander desearía decirle que solo le dijo aquello para protegerla. Era más fácil convivir con su odio que con su rechazo. No podía ni imaginar ver su rostro de asco, dolor y repugnancia si supiera que había compartido el lecho con su propio hermano.

—Pero Reishart no lo sabe —contestó apartando la mirada porque era incapaz de sostenerla sintiendo como aquellas palabras se clavaban en su alma.

Nunca le había dolido tanto mentir de ese modo con la única intención de protegerla.

Si existía una posibilidad de que ella le contara sus sospechas sobre un posible embarazo, aquellas palabras la habían aniquilado. Que confirmase lo que ella imaginaba no disminuía el dolor, pero tener que soportar su presencia lo hacía más difícil de aceptar.

Era la primera vez que dormía en tren y agradeció que los sofás se convirtieran en camas para estar enfrentados, de esa manera podía darle la espalda y mirar hacia la pared sin sentir que él estaba a tan solo dos pasos de distancia, aunque su olor no dejara de volverse intenso; una mezcla cítrica, fresca con ese característico toque amaderado que no dejaba de perturbarla. Aún así logró dormirse en algún momento, probablemente porque su propio cuerpo era incapaz de resistirse al cansancio del viaje.

Conforme se acercaban al norte, la temperatura bajaba, sintiendo que el vestido que llevaba era demasiado ligero a pesar de que hubieran dejado atrás el invierno. Aún así se negó a decir nada, ya que la dinámica entre ellos había sido la de hablar lo justo y necesario durante el viaje, evitándose durante el tiempo que se mantenían dentro del compartimento privado. Pero eran demasiados los momentos en los que ella lo había interceptado observándola en silencio y en cuánto lo descubría, Alexander apartaba la mirada rápidamente como si no quisiera ser descubierto espiándola en secreto.

¿Por qué sentía que le ocultaba algo?, ¿Es que su padre habría llegado a un acuerdo tácito con él?

Por más que lo meditara, era imposible que hubiera fingido el modo en que la había deseado, en cada beso robado, en la manera de plasmar en aquellas palabras su aliciente por tenerla a su lado a pesar de que siempre le ofreció libre elección. No entendía nada. Nunca había comprendido su carácter y quizá en un principio quiso

justificarlo con desconfianza para después descubrir que solo era un hombre de nobleza única y carácter bondadoso, para después sentir que esa sensación se evaporaba de nuevo y quedaba solo un ser frío y distante.

¿Quien era realmente el duque de Nordville?, ¿Quién era Alexander?

—Tenéis frío —comentó quitándose su propio abrigo y ofreciéndoselo a ella.

Con las prisas, nadie tuvo en cuenta el drástico cambio de temperatura entre Florencia y San Petersburgo en aquella época del año. Su abrigo era primaveral, demasiado liviano para esa temperatura.

—No necesito que os comportéis como si realmente fuerais mi marido —dijo secamente Linette sin hacer un solo gesto para coger el abrigo que le ofrecía, aunque por dentro solo quisiera alargar la mano para sentir algo más de calor.

—No servirá de nada que os escolte hasta San Petersburgo si enfermáis o morís helada durante el trayecto. —Acto seguido se levantó y fue él mismo el que sacudió la prenda para colocarla sobre los hombros de la joven—. ¡Maldita sea!, ¡Estáis halada! —exclamó al rozar su cuello para tratar de colocarle bien el abrigo.

—Tal vez eso sería lo más conveniente teniendo en cuenta mi situación, ¿no? —gimió con cinismo—. Me casé con alguien que creí sincero y honrado cuando en realidad se trataba de alguien perverso y cruel. Jamás podré escapar de él. No me dejará ser libre… así que mi destino será ver en silencio la felicidad de otros.

Alexander se arrodilló frente a ella y colocó sus manos en su rostro, notando el frio instantáneo de sus mejillas.

—Tenéis una familia que os ama incondicionalmente. Vuestro padrastro hará lo impensable para anular el matrimonio. Me he ofrecido a testificar en vuestro favor, la corte comprenderá la situación y no permitiría que alguien como Reishart desprestigie la reputación de la baronía de Brighdawn.

Linette mostró una sonrisa irónica, como si en esos momentos lo que menos le preocupara fuera aquello.

—Volveréis a ser libre, podréis volver a casaros, tener vuestra propia familia y continuar el legado de vuestro padre como él querría.

Linette dejó salir el aire que contenía y cerró los ojos.

—¿Y donde encajáis vos en todo eso? —preguntó en esa necesidad de respuestas, de saber porqué él había roto con ella bruscamente y, sin embargo, había abandonado su soledad, su investigación, sus plantas… por ella. ¿Significaba eso que sí le importaba?, ¿Que mínimamente él sentía algo por ella?

—Yo tengo mi propio camino que seguir y no forma parte del vuestro.

Capítulo 40

El tren se detuvo con un golpe seco seguido de un largo silbido. Las puertas se abrieron haciendo que entrase un aire gélido al que estaba poco acostumbrada. Contra todo pronostico habían llegado a San Petersburgo en tres días utilizando trenes cama de primera clase y aunque estaba completamente agotada, sabía lo que eso significaba.

No volvería a ver a Alexander.

Su conversación tras decirle que sus caminos se separarían para siempre había sido de incómodos silencios en los que ella fingía dormir y él no dejaba de moverse inquieto. Se había limitado a mantener la vista fija en un libro que había comprado al azar en la última estación solo para evitar mirarle o que él pudiera hablarle. No cruzaron palabra alguna durante el resto del viaje, como tampoco alzó la vista para averiguar si aún continuaba observándola a hurtadillas.

Ya no le importaba.

No importaban cuáles eran esas razones para alejarla de él. Estaba claro que no se trataba del dinero. Ni de Reishart. ¿Tal vez era porque jamás había considerado la posibilidad real de estar junto a ella? La deseó cuando ya estaba casada con otro antes de saber que aún era pura y ningún hombre la había tocado. Y ahora le decía

que podría encontrar la felicidad cuando consiguiera la anulación, pero obviamente no junto él, sino con otra persona.

¿Que más necesitaba para convencerse de que no la amaba? ¿Que jamás la había amado realmente? Tal vez el dolor que sentía solo eran sus esperanzas volatilizándose, porque para ella sí había sido real, había rozado el éxtasis de la felicidad, había creído que finalmente alguien la deseaba y la quería de verdad.

Y solo fue un velo superficial. Una falacia bien orquestada producto de una pasión cegadora en la que evidentemente solo ella había salido perdedora.

Un carruaje alquilado les dejó en las calles cercanas a palacio ya que el acceso era exclusivo a los miembros de la corte, por lo que hicieron el resto del recorrido a pie. Estaban a solo unos pasos de conseguirlo, Alexander caminaba de manera decidida conforme Linette intentaba seguirle el ritmo y en el momento que ella ralentizó el paso al ver como el palacio se alzaba tras las verjas que lo protegían, sintió que él entrelazaba su mano con la suya y estiró de ella.

—Este es el punto más peligroso para deteneros. No os apartéis de mí —susurró cerca de su oído mientras Linette sentía como la sujetaba con firmeza y el calor de su mano comenzó a expandirse hacia el brazo.

Era la primera vez que la tocaba con intencionalidad y le sorprendió que ni siquiera la soltó cuando tuvo que mostrar el salvoconducto para que les dejaran pasar, como tampoco cuando los guardias los escoltaron al interior de palacio.

El primer rostro que Linette reconoció fue el de Aleksei. Su relación no era demasiado estrecha, pero le sorprendió que se acercara y la abrazara antes de pronunciar una palabra.

—Vuestra madre y hermana estaban realmente preocupadas por vos —dijo antes de soltarla—. A la emperatriz le complacerá saber que habéis llegado sana y salva, aunque me habría gustado ser yo quien os escoltara —sonrió cómplice y después alzó la vista hacia Alexander que le observaba con minucia.

Eran aproximadamente de la misma altura, quizá Aleksei tenía una constitución más delgada y fibrosa, pero la discrepancia estaba en sus rasgos y la destacable piel bronceada de Alexander en comparación con el duque ruso.

—¿Mi madre está aquí? —exclamó Linette atrayendo su atención de nuevo a ella.

—Si —afirmó con otra dulce sonrisa que cautivaría a cualquier joven—. Recibimos vuestra misiva urgente y partí de inmediato hacia Londres con tiempo favorable. Acudí al condado de Nordville para escoltaros hasta aquí con mi guardia real, pero descubrí vuestra desaparición y el duque de Sylverston me informó de lo acontecido. Vuestra madre quería estar presente cuando llegaseis, así que lo que menos podía hacer en ese caso era acompañarla de regreso.

—Lamento que todos os hayáis visto involucrados por mi culpa —contestó y antes de que Alexander o el primo del zar pudieran intervenir, los gritos de una mujer atrajeron la atención de todos y a Linette comenzaron a escapársele las lágrimas antes incluso de que su propia madre la estrechara fuerte entre sus brazos.

Ni siquiera sabía cuanto había necesitado aquello hasta que lo tuvo.

El miedo. La incertidumbre. La decepción. La culpa. Todo había quedado en una insignificancia al sentir como la duquesa de Sylverston la abrazaba.

—Lo siento mamá —gimió entre sollozos.

—Tu no tienes nada por lo que pedir disculpas y mucho menos culparte de ello —objetó Emily sin soltarla.

Alexander observó a la joven con rasgos similares a la duquesa de Sylverston que se acercaba a ellas. El parecido le llevaba a no tener duda alguna sobre el parentesco de ambas mujeres y dedujo que se trataba de la hermana de Linette.

La emperatriz de todas las Rusias.

Sin duda eran una familia unida y comprendía perfectamente porque Linette siempre quiso ocultarle quien era en realidad.

Deseaba protegerlos. No tanto de un escándalo social, sino del dolor que podrían sentir por ella. Estaría vigilada, a salvo, protegida… y aún así tener que alejarse de ella no lo hacía menos doloroso.

Observó como el hombre que la había abrazado las observaba y permanecía en guardia. Sus distinciones le hacían saber que ostentaba un cargo alto, pero desconocía que parentesco o relación tenía con Linette. El modo cercano en que se acercó a ella le daba a entender que su relación era estrecha y si él mismo había viajado hasta Londres para escoltarla de regreso, descartaba que fuera el propio zar.

—Creo que no hemos sido presentados —dijo como si le hubiera leído el pensamiento—. Aleksei Droganov, duque de Curlandia y generalísimo de las tropas imperiales rusas. Agradezco en nombre de su majestad imperial que haya escoltado a la hermana de la emperatriz a nuestra corte.

—Lord Kingsmere, duque de Nordville para servirle —contestó formalmente a pesar de que su atención continuara puesta en Linette que ahora abrazaba a su hermana—. No debe agradecerme nada, solo cumplía con mi deber.

—Gracias por traerla sana y salva lord Kingsmere —intervino ahora la voz de lady Emily acercándose a él—. No dudé ni un instante en que lo haríais cuando Henry me dijo que partisteis de inmediato tras ella.

—Le agradezco la confianza mi lady. Y le agradecería que nuestro secreto no viera la luz y quedara entre nosotros —alegó en un tono de voz más bajo y volvió a mirar a Linette esperando que esta no pudiera escucharla.

Emily frunció el ceño y después volvió la vista hacia Linette dándose cuenta de que él la observaba.

—Por supuesto, Lord Kingsmere. No me corresponde a mi revelarlo, pero sí me gustaría que se quedara unos días para saber más de usted. Después de todo ha sido un viaje largo y necesitará descansar antes de regresar. El próximo barco hacia Londres saldrá en cuatro días.

Sabía que se debía marchar enseguida, que cuánto más tiempo se quedara cerca de ella peor sería para su propia integridad, pero cuando notó como ese duque de Curlandia se acercaba a Linette y le colocaba un brazo sobre los hombros, su propio instinto habló por él.

—Por supuesto —afirmó volviendo la vista hacia la duquesa y comprobó que esta sonreía sin poder dejar de mirarle.

Le asignaron una habitación en el mismo pasillo que se alojaba Linette y su propia madre. Al parecer eran las estancias reservadas a la familia real y aunque él no pertenecía a ese grupo, parecían haberlo considerado como tal, aunque comprobó que el duque de Curlandia no parecía alojarse en aquel pasillo y, a pesar de no tener ninguna objeción en su contra, era incapaz de apartar la imagen cercana que mostraba hacia ella.

No tenía derecho a estar celoso. A que otro hombre pudiera desearla como la deseaba él. Y aún así, era demasiado difícil aceptar que ella prosiguiera con su vida. Que una vez consiguiera la nulidad matrimonial volviera a casarse, formar una familia… porque se merecía ser feliz después de todo.

Y él… volvería a su palacio. Regresaría a la soledad y el silencio. Buscaría como siempre había hecho, mejorar el mundo desde un lugar recóndito.



—No puedo ni imaginar lo que tuvo que ser para ti, estar en esa casa con un hombre desconocido y sin poder ir a ninguna parte al tener la pierna rota. ¡Debiste escribir a papá! —reclamó Catherine a su hermana cuando les contó a ella y su madre con detalle todo lo que había vivido tras su ceremonia.

Omitió su relación personal con Alexander, como si no se sintiera capaz de decirlo o quizá, porque ya sentía demasiada

humillación al ser rechazada por él como para admitir que estaba enamorada del hermanastro de su marido.

—No puedes juzgarla, Catherine —arremetió Emily—. Tú tampoco nos informaste cuando te sentías sola y desamparada por tu propio esposo. O cuando estuviste en peligro. Debemos aceptar los sentimientos de Linette y lo difícil que fue para ella darse cuenta de que su marido era en realidad un impostor que supo engañarnos a todos. Al menos tenemos la suerte de que el duque de Nordville es un caballero de honor y de no ser por él, ella no estaría a salvo.

—No pongo en duda la honorabilidad de lord Kingsmere, pero aun no comprendo porqué Reishart la dejó con él. Ni siquiera son hermanos de verdad, ¿no? Y entre ellos no existe una buena relación, más bien todo lo contrario por lo que Linette nos ha contado.

—Reishart solo pretendía usarme para dañar a su hermanastro. Pensó que Alexander me tendría la estima necesaria para abogar en mi defensa y de ese modo, poder manipularle bajo la amenaza de hacerme daño. Si me ha acompañado hasta aquí solo es por su sentido de culpa al no ceder ante la presión de Reishart. Estando aquí él se libra de ambos para poder continuar con su vida —intervino Linette antes de que su madre pudiera responder.

—No te ha acompañado para deshacerse de ti, tesoro. A él le importas mucho más de lo que crees —murmuró Emily en un tono suave captando la atención de Linette.

—No, madre. No le conoces en absoluto. Me ha dejado bastante claro desde el principio que no quiere saber nada de mí y que solo he sido un estorbo en su vida.

—Si fueras un estorbo, no recorrería medio mundo para ponerte a salvo. Es posible que él sufra más de lo que tus ojos logran ver, todos tenemos secretos que esconder después de todo, ¿no? —Emily palmeó la mano y se levantó con gracia—. Creo que tu hermana está muy cansada del viaje y necesita un sueño reparador ahora que está en buenas manos —advirtió dirigiéndose a Catherine para que la dejaran a solas.

—Si no te importa, me gustaría hablar un momento a solas con mi hermana —intervino Catherine—. Te prometo que no le robaré demasiado tiempo, madre.

Emily asintió y se marchó sonriendo ante la complicidad de sus hijas. Siempre tan diferentes tanto física como emocionalmente y, aun así, el amor y la protección de hermanas prevalecía sobre todo lo demás. Se sentía orgullosa de sus hijas, no importaba los errores que cometieran, ella misma fue la primera en tomar decisiones equivocadas en el pasado, aunque de ese error naciera Linette y le enseñara el significado de ser madre, de amar a alguien de forma incondicional. Le dolía que ella no hubiera obtenido esa felicidad, pero lo haría. Tal como sucedió con ella, esa situación la refortalecería y encontraría a un caballero que la amara de verdad.

Catherine esperó un tiempo prudencial, no tanto a que su madre pudiera querer escuchar la conversación a través de la puerta pese a que no era ese tipo de mujer, sino porque no quería ser demasiado directa para que su hermana no se sintiera intimidada.

—He pensado que te sentiría más cómoda si te realizaba la pregunta sin que nuestra madre estuviera presente —aclaró Catherine con tacto y se frotó las manos en la falda.

—¿Qué pregunta?

—¿Existe alguna posibilidad de que lleves al futuro barón de Brighdawn en tu vientre?

Estuvo a punto de responder que no. Que gracias al cielo Reishart jamás la tocó, pero enseguida se llevó una mano al vientre siendo consciente de la gran probabilidad de estar embarazada. ¿Sería capaz de reconocerlo para acceder a la herencia de la baronía a través de él?

—Reishart no llegó a tocarme —murmuró Linette y Catherine sintió como el pecho se le insuflaba de alivio.

—En ese caso será mucho más fácil conseguir la anulación —contestó feliz cogiendo las manos de su hermana entre las suyas—. Si no hubo consumación del matrimonio y claramente te abandonó, será más sencillo.

—No lo entiendes, Catherine. Es posible que sí esté esperando un hijo, pero no de Reishart.

En ese momento su hermana la observó como si le hubieran crecido cuernos y serpientes por la cabeza.

—Si ese hombre se ha aprovechado de ti, juro que…

—Le quiero —irrumpió Linette haciendo que sus ojos se empañaran—. No tenía planeado que ocurriera y cada día me repetía que estaba mal y que debería marcharme para siempre, pero no pude evitar enamorarme de él.

Catherine la abrazó para consolarla mientras Linette sollozaba sintiendo que por fin podía confesarle a alguien sus verdaderos sentimientos, el dolor que oprimía su pecho por tener el corazón resquebrajado ante su rechazo.

—Todo se solucionará. Padre conseguirá la anulación y serás libre para casarte de nuevo con el duque de Nordville. Madre tiene razón, si ha recorrido medio mundo para traerte hasta aquí y ponerte a salvo de Reishart, es porque le importas de verdad.

Linette comenzó a negar con la cabeza y se apartó del hombro de Catherine para limpiarse las lágrimas.

—No. No me quiere. Pensé que entre nosotros había algo especial, algo inequívoco, pero solo yo lo sentía. Me dejó muy claro que nuestros caminos se separaban y que yo debía rehacer mi vida muy lejos de la suya. No me ama. Y si alguna vez llegó mínimamente a hacerlo, se dio cuenta de que no estaba dispuesto a sacrificar nada por ese sentimiento.

Catherine volvió a abrazarla con más fuerza.

—Solo un necio podría no enamorarse de ti —dijo con firmeza —. Encontraremos una solución, pero ten claro que siempre tendrás un lugar privilegiado aquí.

Linette se quedó a solas finalmente y se abandonó al sueño profundo, no sin antes preguntarse a qué podría referirse su madre antes de marcharse cuando habló de Alexander. ¿Por qué hizo referencia a secretos o sufrimiento respecto a él como si le conociera? No tenía ningún sentido y tal vez solo era el

agradecimiento lo que había provocado esa reacción en ella, pero aún así era incapaz de alejar ese pensamiento de ella.

No le había vuelto a ver desde que llegaron, pero tampoco le habían informado de que se hubiera marchado. ¿Quizá se iría sin despedirse? Dadas las circunstancias casi era la mejor opción, pero cuando entró en el salón donde habían preparado el almuerzo al día siguiente, divisó su rostro junto al resto de la familia. Notó la mirada de Alexander sobre la suya sin decir nada, pero antes siquiera de hablar, Aleksei la invitó a sentarse a su lado y no declinó la oferta, eso significaba estar lejos de él.

A pesar de que Linette intentaba no desviar la vista hacia Alexander, se había visto en más de una ocasión arrastrada por la tentación y observó que éste mantenía una conversación lo suficiente interesante con su cuñado, el zar Nikolai para no prestar atención a nada más.

Así que en cuanto Aleksei le ofreció acompañarla a dar un paseo por los jardines, acepto de inmediato solo para alejarse de allí, o más bien de él.

El duque de Curlandia era una compañía agradable, por no hablar de que era un hombre sumamente atractivo con un rostro impecable y una sonrisa pícara capaz de derretir a una mujer con el corazón de hielo, pero no dejaba de evidenciar las grandes diferencias entre un hombre como él y Alexander. Sería muy fácil enamorarse de Aleksei, tanto que se sorprendía a sí misma saber que, aunque quisiera, no podría, porque su corazón pertenecía por completo al mismo hombre que se lo había roto en mil pedazos.

—Tengo pensado pasar un tiempo en Inglaterra —dijo atrayendo su atención.

—Sin duda es un clima mucho más cálido, excelencia —respondió complaciente Linette.

—¡Oh, por favor! Llámame Aleksei, al fin y al cabo somos familia, ¿no?

No. No lo eran, pero tampoco pensaba discutir sobre ello si él la tenía en esa estima.

—Por supuesto. ¿Y que motivación podría llevarte a abandonar la corte? Sé que eres la mano derecha de mi cuñado, me sorprende que te deje partir tan fácilmente estando al frente de sus tropas.

—No planeo marcharme de forma indefinida y le he dicho que pretendo sentar la cabeza y buscar esposa. Dicen que la temporada social en Londres suele ser muy fructuosa —contestó con ese tono irónico en el que claramente estaba bromeando, pero al mismo tiempo podría estar hablando en serio.

Linette fue incapaz de evitar una carcajada, por algún motivo no se imaginaba al robacorazones duque de Curlandia enamorado de una sola mujer.

—Sin duda lograrás causar sensación, pero me cuesta creer que necesites viajar hasta Londres solo para contraer matrimonio, sobre todo teniendo tantas candidatas más que dispuestas a ejercer esas funciones aquí mismo.

—No estoy interesado en ninguna dama de la corte rusa, por suerte o por desgracia las conozco a todas y la mayoría solo están interesadas en la posición de ventaja que adquieren a través del matrimonio.

Que alguien como Aleksei buscara algo más profundo y real decía mucho de él, sobre todo teniendo en cuenta que la percepción de Linette hacia ese caballero siempre había sido superficial. Un hombre que solo se fijaba en las mujeres bellas sin interesarle ningún tipo de relación formal. Quizá por eso había evitado acercarse a él, al menos hasta ahora.

—¿Y por qué Londres?, ¿Por qué no París, Austria o España entre otras monarquías?

—La realidad es que Rusia e Inglaterra mantienen una tensión diplomática desde hace años. Nikolai quiere establecer acuerdos que disipen el conflicto geopolítico que se mantiene ante la expansión hacia Asia, así que me he ofrecido voluntario para establecer una estrategia y lograr una alianza entre ambos países.

—Y qué mejor manera de demostrar buenas intenciones que además de tener una zarina inglesa, la mano derecha del zar también contraiga matrimonio con una dama británica.

—Veo que eres tan inteligente como tu hermana —contestó guiñándole el ojo—. ¿Algún consejo para cortejar a una dama inglesa?

Linette volvió a reír y entrelazó su brazo en el de Aleksei para apoyarse. Había tenido largos descansos durante el viaje, pero su pierna aún se sentía fatigada por haber estado tanto tiempo en reposo. Cada vez sufría menos pinchazos a la hora de caminar, pero no debía forzarla demasiado.

—No creo que necesites ninguno. Te diría que te dejaras llevar por tu instinto, pero en ocasiones tampoco funciona o de lo contrario no me encontraría en la situación en la que estoy ahora.

—Yo no diría que no funciona, después de todo sí has encontrado a alguien, ¿no? —. Por un momento Linette pensó que se refería a él mismo y que le estaba gastando alguna especie de broma, pero al ver que no respondía, continuó—. He visto como lo mirabas esta mañana y como él no pretendía soltar tu mano cuando llegasteis juntos. Soy la última persona que juzgaría una relación extramatrimonial, sobre todo teniendo en cuenta que pronto volverás a ser una mujer libre.

—No… —negó rápidamente—. Creo que te has hecho una idea equivocada.

—Sé lo que es pensar en alguien y no poder sacarle de tu cabeza. Y sé lo que significa saber que esa persona jamás podrá corresponderte del modo en que tú deseas que lo hiciese, ni te mirará en el modo que sí lo hace hacia la persona que ama incondicionalmente —contestó mientras continuaba caminando con la vista al frente—. He visto lo que hay entre vosotros y eso es algo que se da muy pocas veces.

Aleksei se detuvo y Linette alzó la vista para observar que Nikolai y Alexander venían hacia ellos. Notó como su acompañante acariciaba con dulzura su mano mientras ella trataba de

recomponerse al mismo tiempo que sus últimas palabras retumbaban en su mente.

—Me alegra saber que disfrutas de tu cometido, querido primo, pero no está entre tus funciones el de seducir a mi cuñada —mencionó Nikolai sorprendiéndolos a todos.

—Eso tendría que decidirlo ella, ¿No crees? —contestó con bastante calma y sin soltar su mano. Al fin y al cabo, pronto será una mujer libre y puede tomar la decisión que desee.

Nikolai rodó los ojos como si estuviera armándose de paciencia antes de perder los estribos.

—¿Os importaría acompañar a lady Linette el resto de la mañana, lord Kingsmere? Me temo que mi primo y yo tenemos una reunión con el ministro de justicia a la cuál no podemos faltar.

—Por supuesto, alteza imperial —contestó con voz ruda Alexander mientras veía que ambos hombres se alejaban de ellos dejándoles en una situación incómoda.

Linette le dio la espalda y comenzó a caminar en la misma dirección por la que había paseado junto a Aleksei deshaciendo sus pasos.

—Creía que os marcharíais enseguida —intervino ella sin mirarle, sin detenerse y sin esperar que él caminara a su lado.

—El próximo barco que parte hacia Londres es en tres días —contestó sin justificar que existían otros medios de transporte para llegar y que había sido la propia duquesa de Sylverston la que le pidió quedarse.

—Puedo regresar sola a palacio. No necesito compañía.

—Hasta que no tengamos noticias de Reishart para saber exactamente donde está, es más seguro que siempre estéis acompañada.

Linette no lo soportó más y se dio media vuelta para encararle, provocando que ambos chocaran de frente y Alexander tuvo que rodearle la cintura para evitar que esta cayera al suelo por la inercia de su empuje.

Sus rostros estaban tan cerca el uno del otro que fue inevitable saborear la anticipación de probar sus labios y la necesidad de hacerlo era tan palpable que Linette advirtió como él descendía su mirada hacia esa parte de su anatomía. Instintivamente los entreabrió e incluso se acercó ligeramente llegando a rozarle y como si eso hubiera creado una explosión entre ellos… durante un instante pensó que se apartaría, que la alejaría, o tal vez que volvería a decirle que entre ellos todo se había terminado, pero en su lugar sintió como afirmaba su agarre con más fuerza antes de lanzarse hacia su boca y poseerla con un ímpetu imparable.

Ella se aferró a él dejando escapar un gemido a la par que respondía con ansia sin importar que estuvieran a plena luz del día a pesar de que las enormes jardineras que los rodeaban le dieran algo de privacidad.

Sus lenguas se rozaron y retrocedieron para después volver a encontrarse con un ardor que parecía encender el aire entre ellos. Sin prisa, pero al mismo tiempo con impaciencia como si cada movimiento exigiera más y no estuvieran dispuestos a ceder ante ninguna pausa. Se aferraron el uno al otro exhibiendo el deseo mutuo dejando que el mundo a su alrededor desapareciera y solo existiera el calor que nacía de sus bocas y se expandía al resto de sus cuerpos.

—No —negó él apartándose como si sintiera verdadero dolor al hacerlo—. No. No. No. No. No… no puedo hacerlo. No podemos hacerlo. Esto no está bien.

Linette no llegaba a comprender porqué proclamaba claramente el deseo ferviente que entre ellos existía con aquel beso y solo un instante después se lo negaba a ambos.

—¿No está bien para ti o no está bien para mí? —exclamó ella notando el pulso acelerado de su corazón, sintiendo como su propia respiración era agitada y descompasada.

—Lo que tú necesitas yo no puedo ofrecértelo —murmuró sin apartarse de ella—. Ni podré hacerlo jamás.

—¡Muy bien! —alzó la voz enfadada. Desconocía cuáles eran esos motivos que podían llevarlo a besarla, a abrazarla, a querer protegerla, pero al mismo tiempo apartarla como si no le importara lo más mínimo sus sentimientos—. ¡Marchaos pues!, ¡Iros de aquí inmediatamente! No quiero volver a veros. No quiero que sigáis aquí, ni que os sintáis responsable de algún modo de mí puesto que no somos nada. Ni familia. Ni amigos. Ni amantes. Ni siquiera un recuerdo claro de lo que tuvimos o pudo haber sido. ¡Nada! Así que no tiene sentido que permanezcáis aquí.

Durante unos segundos ella le observó como si él estuviera a punto de decir algo, pero sin atreverse a hacerlo. Como si algo se lo impidiera y eso era aún peor, porque fuera lo que fuera, no deseaba confiar en ella para solucionarlo juntos o simplemente tal como le había dicho cuando la echó de su casa, ella no valía lo suficiente para pagar su precio.

Su vista comenzó a nublarse y se negó a llorar delante de él. No pensaba derramar ni una sola lágrima en su presencia, no iba a mostrarle su vulnerabilidad, así que le dio la espalda y echó a correr sin importarle el dolor que suponía cada impacto de su pierna con el terreno.

Sabía exactamente hacia donde se dirigía, reconoció de inmediato la entrada a un pequeño laberinto que en realidad solo eran varias calles ajardinadas que convergían en una preciosa fuente, ideal para amantes que huyen de ser vistos, aunque irónicamente ella huía precisamente del que había sido su amante.

Apenas entró, comprobó que no había nadie paseando por el lugar y aprovechó para sentarse a la sombra, dispuesta a no salir de allí hasta que hubiera pasado el tiempo suficiente para que él se marchara. Tal vez el hecho de pensar en que no volvería a verle dolía, pero lo hacía aún más saber que él estaba ahí, cerca de ella y al mismo tiempo tan lejos.

Escuchó unos pasos y su respiración se pausó pensando que podría ser el propio Alexander siguiéndola, pero en cuanto divisó el uniforme oficial de la guardia real se apartó las lágrimas antes de percatarse que aquel soldado estaba completamente solo. Por un

momento le extrañó, pero inmediatamente pensó que quizá lo había enviado el propio Alexander o se había dado cuenta de que se había alejado y venía a asegurarse de que estaba bien.

En cualquier caso, se incorporó con la intención de abandonar el lugar y regresar a palacio, pero entonces vio el rostro del soldado, el modo en que sonreía y le reconoció de inmediato.

—No es posible… —murmuró en un jadeo antes de comenzar a dar pasos hacia atrás y rodear la fuente mientras él caminaba decidido hacia ella.

—Veo que me recordáis bien, cosita bonita —mencionó como si se tratara de un juego—. Voy a divertirme jugando contigo, llevo demasiado tiempo esperando este momento —añadió caminando despacio para colocarse en un punto en el que si ella decidía escapar, podría atraparla antes de lograr pedir ayuda.

¿Dónde estaba él?, ¿Dónde estaba Reishart? Se preguntó mirando en todas las direcciones posibles como si fuera a aparecerse mágicamente.

Capítulo 41

Si ese tipo había logrado entrar y burlarse de los guardias utilizando uno de sus uniformes, eso quería decir que Reishart no podía estar demasiado lejos. Ese hombre era su cómplice, se había hecho pasar por el duque de Nordville engañando a todos, incluso a sus propios padres para humillarla y forzar su maldito enlace. ¿Cómo pudo ser tan fácil para ellos?, ¿Cómo pudo estar tan ciega como para no verlo? No solo estaban seguros de que ella aceptaría, sino también de que nadie sospecharía que se trataba solo de una argucia para caer en su propia trampa.

Y cayó de lleno.

—Llevo tres días esperando vuestra llegada, no pensé que me lo pondríais tan fácil, pero lo tomaré como una señal de las ganas que tenéis de meteros en mi cama, ¿No es así? —Linette le miró con asco y repugnancia, recordando sus insinuaciones cuando descubrió toda la farsa en aquel carruaje que destruyó no solo sus sueños, sino también su vida—. Desde el principio supe que seriáis realmente fogosa y me excita solo pensar en cuánto te resistirás a pesar de que lo deseas.

La sensación de horror ante la amenaza de aquellas palabras activo su mecanismo de defensa con la ferviente idea de que prefería morir antes que ceder ante él.

—Me dais asco —dijo conforme daba pasos suaves alejándose de él y evaluando cuales eran sus opciones.

Su pierna no le permitiría correr lo suficientemente rápido y solo había dos entradas y salidas en aquel pequeño laberinto ajardinado. La posibilidad de que alguien se internara era escasa, pero cuanto más tiempo ganara en aquel lugar, mas probabilidades tendría de que la buscaran.

Aunque la única persona que sabía exactamente donde estaba era la misma a la que le había pedido que se marchara de forma inmediata.

—Eso lo dices ahora… pero te garantizo que después te encantará que te monte una y otra vez como a una yegua. A todas os gusta, aunque digáis lo contrario.

Resultaba evidente que aquel hombre estaba desquiciado y que dialogar no le llevaría a ninguna parte, pero aún así, debía intentarlo. Debía ganar el tiempo suficiente para que alguien acudiera en su ayuda.

—¿Qué ganáis con esto? Reishart puede beneficiarse económicamente, ascender a la nobleza a través de un título nobiliario, pero vos no. ¿Qué os a prometido?

Aquel tipo sonrió con lascivia y la sensación de Linette es que no parecía temer las consecuencias e incluso tampoco estaba ansioso por si podría llegar alguien y descubrirle.

Se fijó en el arma de fuego que llevaba a la cintura además de la espada y supo que no tendría ningún reparo en disparar y matar a cualquiera que se interpusiera entre ellos.

—Los deseos de Reishart difieren de los míos, pero a ambos nos gusta la buena vida. Él planea vengarse de su hermanastro hasta arruinarle y destruirle. A mi no me importa que lleve a acabo sus planes siempre y cuando me beneficien. Me ha prometido que podré jugar contigo hasta cansarme y después te cederá como furcia para que otros también te prueben, sin duda serás un bocadito exquisito que todos querrán degustar. —Sus palabras sonaban como si aquello fuera algo que la propia Linette desearía en lugar de

provocarle verdadera repulsa—. No te preocupes, conmigo aprenderás a complacer a un hombre.

—¡Prefiero estar muerta antes de que vos o cualquier otro me toque! —gritó antes de cogerse la falda del vestido para remangársela y echó a correr hacia la abertura contraria a la que había entrado.

Apenas dio unos cuántos pasos cuando vio a otro hombre dirigirse hacia ellos también vestido de soldado y ella tuvo toda la intención de arrojarse contra él sintiendo que sería su salvación, pero al fijarse en los rasgos de su rostro, palideció.

Reishart emitió una mueca de satisfacción, como si estuviera realmente complacido de que ella le hubiera facilitado las cosas más de lo esperado. Estaba sola e indefensa a pesar de haber recorrido todo el continente para ponerse a salvo y huir de él.

—Te dije cuáles serían las consecuencias si te marchabas de Nordville, esposa. Y me temo que me has desobedecido. Así que a partir de ahora venderé tus servicios y sacaré el máximo provecho de nuestro matrimonio —advirtió con verdadero desprecio.

Le parecía insólito que tan solo meses atrás ese mismo hombre se hubiera comportado como un verdadero caballero con ella hasta el punto de llegar a pensar que podría ser feliz a su lado. Que cada palabra, gesto y comportamiento hubiera sido impecable solo para seducirla y convencerla de que era el hombre adecuado con el que debía casarse.

Una actuación tan magistral que le ponía los pelos de punta al saber lo que en realidad escondía.

—Tendríais que matarme antes de aceptar ir con vos a alguna parte —dijo Linette sabiendo que si ella moría, Reishart no obtendría ningún beneficio.

No habría un heredero para reclamar la baronía y no tendría acceso a su dinero, su padre se encargaría de ello. Su muerte implicaba perder todo cuanto deseaba, así que lo único que sabía es que no podía matarla.

—Debería decirte que eres mi esposa y tienes la obligación de obedecerme, pero dado que eso no parece haber sido suficiente, mi querido amigo Michael aquí presente tiene ordenes precisas de actuar si te opones a venir conmigo de buen agrado. ¿No es así? —exclamó alzando la vista tras ella.

—No fue tan difícil hacerse pasar por un guardia de la corte real, así que no lo será entrar en palacio y encontrar a la emperatriz y sus hijos.

—¿No querrás ser la culpable del sufrimiento de esos pobres niños, ¿Verdad? —preguntó fingiendo una emoción de estupor que claramente no sentía.

Se preguntó si Reishart era capaz de sentir alguna clase de empatía o su corazón estaba tan podrido que ni siquiera era capaz de distinguir el límite entre la crueldad y el simple capricho.

Supo que sería muy capaz de hacerlo, o al menos de intentarlo. Y si habían conseguido colarse en el palacio con facilidad, ¿Quien decía que no podría ser capaz de llevar a cabo su amenaza? Aunque solo fuera un vano intento para que ella colaborase y llevar a cabo su macabro plan.

No podía correr el riesgo. Al menos no estando en juego la vida de sus sobrinos y su propia hermana. A pesar de que estuviera rodeada por la corte real, de que fuera casi imposible acceder libremente a ellos, no podría vivir sabiendo que había podido evitar una desgracia.

Ese era su error y, por tanto, debía pagar solo ella.

Estaba en una encrucijada, no tenía salida ya que si deshacía sus pasos, se encontraba con el pervertido cómplice de su marido y frente a ella tenía al propio diablo. Su única opción era ceder y esperar que el plan de huida que habían perpetrado no funcionara al darse cuenta de su ausencia.

El fuego en su garganta ante la rabia que sentía en su interior le impedía poder hablar y aun así, notaba como ambos acortaban la distancia hacia ella con la clara intención de apresarla. Por algún motivo deshizo sus pasos en dirección al tal Michael, como si

pensara que era menor rival para deshacerse de su agarre. Tal vez no tenía salida, pero eso no significaba que aún pudiera mantener una mínima esperanza porque alguien la encontrara.

Sintió como este la agarraba del brazo y gritó tratando de soltarse, pero la fuerza de aquel hombre no remitía llegando a cogerla con ambos brazos para apresarla y levantarla del suelo evitando que pudiera darle una patada.

Linette se resistió en un propio instinto de supervivencia y vio como Reishart aceleraba el paso probablemente con la intención de acallarla mientras el tipo que la sostenía la forzaba a estar retenida a pesar de sus esfuerzos.

Un golpe seco provocó que en un instante se liberase con demasiada facilidad hasta el punto de que otros brazos la sujetaran, pero esta vez no manifestaban dureza, sino una protección extrema. Y entonces el perfume de Alexander llegó antes de que ella misma pudiera darse cuenta de quien era la persona que la sostenía.

Su cruce de miradas fue fugaz, lo suficiente para transmitirle que no pensaba dejar que Reishart la dañara, pero en ellos Linette vio mucho más. No era solo que aún permanecía allí a pesar de que le hubiera gritado que se marchara, sino que estaba dispuesto a entregar su vida por salvarla.

¿Por qué?, ¿Por qué decirle que el precio que Reishart exigía era mucho más del que estaba dispuesto a dar si ahora parecía enfrentarse a él sin miedo a nada? No tenía sentido. No comprendía porque sus acciones eran tan contradictorias. Porqué en un momento la besaba con pasión y luego le decía que no podía ofrecerle nada.

—Vaya… vaya… vaya hermanito. No sabía que te hubieras aficionado tanto a ella como para recorrer medio mundo y salir de tu adorada cueva. Eso no me lo esperaba de ti.

—Esta historia es conmigo, ¿no? Pues aquí me tenéis. Dejadla en paz.

Reishart emitió una carcajada y se sacó con parsimonia el arma de fuego que llevaba atada al cinto como todos los

guardias. Era evidente que habían debido obtener los uniformes de dos guardias reales, en algún momento se percatarían de su ausencia y solo era cuestión de tiempo que alguien viniera.

—Eso sería demasiado fácil y me temo que he esperado mucho tiempo este momento para no deleitarme en tu propio sufrimiento. ¿No crees? Siempre me has tratado como si te sintieras superior, ni siquiera te has dirigido hacia mi de forma cercana como en cambio hiciste con ese andrajoso hijo de nadie al que sí consideraste un hermano. Yo tuve que soportar años de menosprecio, sintiéndome un intruso en un lugar que no me pertenecía cuando el verdadero impostor siempre fuiste tú. Nordville no debería pertenecerte a ti, sino a mí.

Linette no sabía a que se estaba refiriendo, pero estaba claro que la mente de Reishart difería de la realidad y se creía con un derecho que no le correspondía solamente por envidia de la posición que siempre había gozado Alexander. En cuanto vio que encañonaba el arma hacia ellos, se colocó delante de él, siendo muy consciente de que no dispararía, hacerlo implicaría perderlo todo.

—Márchate —murmuró Alexander cerca de ella.

—No. —Se negó—. Me necesita viva. No se atreverá a disparar contra mí —dijo a pesar de que Alexander tratara de apartarla de él para ponerla a salvo precisamente tras él.

—No podréis salir de aquí sin más. Menos aún sin vuestro cómplice. —Se atrevió a decir Alexander echando un vistazo fugaz al cuerpo inerte del hombre que permanecía tirado y que podría recuperar la conciencia más pronto que tarde.

El golpe que le había dado con una piedra fue lo suficiente fuerte para noquearle, pero no esperaba que durase demasiado y solo contaba con esa ventaja para poner a salvo a Linette de las garras de su hermanastro.

—Nadie se atreverá a acercarse si la vida de la hermana de la emperatriz está en peligro. Además, es mi esposa. Tengo pleno derecho a decidir sobre ella en cualquier cuestión y nadie podría oponerse. Ni siquiera tú. Puedo matarla si ese es mi deseo. Poseerla

o vender su cuerpo como haré sin que tú puedas hacer absolutamente nada.

Estaba claro que sus palabras solo buscaban que Alexander perdiera la cordura y diera un paso en falso para darle ventaja.

—Ese matrimonio tiene los días contados. En este momento es más que probable que el duque de Sylverston haya conseguido la anulación, así que no obtendréis nada. No tendréis ningún derecho sobre ella, solo tendréis deudas que saldar y de las que pondrán un precio a vuestra cabeza. Según lo veo yo, solo tenéis una opción si queréis regresar a Londres como un hombre rico.

—No le concederán la anulación sin pruebas —negó a pesar de que se apreciaban ciertas dudas en su tono de voz.

—¿De verdad lo creéis? Creo que en vuestro plan no habéis tenido en cuenta la influencia que sostiene la familia de vuestra esposa frente a vos. ¿Y sino porqué habéis entrado furtivamente? Sabéis que la corte imperial rusa la protege y si os atrevéis a cruzar esa puerta con ella, toda la ira del zar se verterá contra vos. No saldréis con vida de este palacio, pero os ofrezco una alternativa.

Existía duda en el rostro de Reishart, pero si había sido capaz de llegar hasta allí, de trazar ese plan, era obvio que no pensaba renunciar para marcharse con las manos vacías.

Linette escuchó como amartillaba el arma con la clara intención de disparar y a ella se le detuvo el corazón pensando que lo haría solo para ganar tiempo de huir. Al fin y al cabo, no estaba frente a un hombre que razonara, sino con alguien ciego de envidia que solo deseaba vanagloriarse con el sufrimiento ajeno.

—Dime cuál es tu propuesta, pero si no me gusta, estoy dispuesto a disparar y tal vez no tenga tan buena puntería como quisieras —contestó Reishart sin apartar la vista.

—No puedo darte el ducado, pero sí todo el patrimonio que no está ligado a él —contestó tuteándole por primera vez como si pudiera demostrarle que estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo —. Lucha como un hombre contra mí y si me vences, será todo tuyo, pero si no lo haces… Linette será libre y no recibirás ni un solo

penique. Puedes mantener el arma en la mano izquierda mientras luchas con la espada en la derecha. —De algún modo supo que con esa ventaja no se negaría a aceptar, aunque eso jugara en su contra.

—Siempre has sido un hombre de honor, ¿no? Dame tu palabra de que me lo darás todo. Hasta el último penique que os pertenezca —dijo sin bajar el arma.

—Tienes mi palabra de que si me vences, será todo tuyo.

—Parece que tenemos un trato… ¡Apártate zorra! —exigió a Linette haciendo un movimiento con la pistola y ella dudó, pero Alexander la forzó a que se apartara de él.

En el mismo momento que lo hizo, el sonido ensordecedor del disparo la hizo gritar mientras un miedo atroz la dejaba completamente indefensa. El terror de perder a Alexander fue tal que no pudo mover un solo músculo hasta que se dio cuenta de que la dirección del proyectil había impactado en su pierna.

—No pensarías que iba a darte ventaja, ¿no? —exclamó Reishart tirando la pistola hacia un lado—. En tu trato no indicabas que no pudiera usarla. La próxima vez deberías medir mejor tus palabras, hermanito.

Reishart desenvainó la espada con la intención de acercarse a Alexander para asestarle una estocada, pero a pesar del disparo en la pierna, éste fue lo suficiente ágil para agacharse y recuperar la espada del cómplice que yacía en el suelo aún inconsciente.

Durante varios instantes, Alexander solo fue capaz de defenderse y Linette sospechó que el dolor de su pierna mermaba su fuerza siendo incapaz de luchar con todos sus sentidos.

Quería correr y pedir ayuda al mismo tiempo que la idea de alejarse de Alexander en ese estado le provocaba pavor. Como si temiera perderle, sentir que estaba débil y que Reishart podría hacerle un daño aún más irreparable hasta el punto de causarle la muerte, la aterraba.

Reishart volvió a arremeter con una estocada recta, dirigiendo la punta al frente con rapidez y con una clara intención de asestarle

en la cabeza. Alexander se defendió con facilidad ya que su torpeza no estaba en la agilidad con la espada y adelantarse a los movimientos de su enemigo, sino en el dolor que implicaba cada movimiento y la lentitud con la que debía combatir.

Desvió la hoja de su espada girando hacia dentro para alejar la estocada con un movimiento corto de muñeca, empujando el acero hacia un lado y logró hacerle un tajo descendente que rasgó el uniforme de soldado hasta cortar ligeramente la carne.

Reishart pareció malhumorado al ver que a pesar de la herida en la pierna, Alexander pudiera ser capaz de vencerle, así que arremetió asestando un golpe en diagonal desde arriba desde el que se defendió bloqueándolo provocando que las hojas chocaran y se deslizaran una contra la otra con firmeza.

Linette observó como Alexander tuvo que poner su propia mano para sujetar con fuerza la espada provocando que brotara sangre al cortarse con la hoja y sintiera su corazón en un puño al saber lo que eso significaba.

—¡Marchaos! —gritó Alexander—. ¡Alejaros de aquí! —insistió dirigiéndose a Linette.

—¡Ni hablar! —bramó con entereza—. Si pensáis por un instante que os dejaré a su merced, es que no me conocéis.

Linette observó que el cómplice de Reishart comenzaba a moverse aturdido y antes de que pudiera recuperar la conciencia se acercó para robarle el arma que llevaba en la funda de su cinturón. Jamás había disparado una, pero sí que había observado a otros hacerlo, así que como si supiera perfectamente su funcionamiento, tiró del seguro y le costó dos intentos hasta lograrlo.

—¿Tanto te importa, hermanito?, ¿Acaso la quieres? Dudo mucho que le hayas revelado tu secreto, ese que tanto te empeñas en ocultar a todos.

En un movimiento rápido, Alexander aunó la suficiente fuerza para empujarlo y poder rodar hasta alejarse y librarse de su arremetimiento, pero Reishart no le concedió demasiada tregua, volvió a alzar la espada, aunque esta vez pudo responder con un

giro rápido para esquivar el golpe antes de levantarse y colocarse en guardia.

Interceptó varios golpes más hasta empujarlo hacia fuera en un desvío lateral y como si se hubiera acostumbrado al dolor o supiera que estaba perdiendo demasiado sangre, cambió las tornas. Comenzó a atacar en lugar de defender y avanzando con una estocada tras otra directo al centro.

Notó como Reishart reculaba, cediendo terreno, avanzando hacia atrás sin saber como lograba esquivar los golpes a duras penas hasta que en un juego de muñeca logro rozar con hoja de la espada la mano que la empuñaba y realizarle un corte lo suficiente profundo para que tuviera que soltarla. Acto seguido, Alexander alzó la empuñadura colocando el filo a ras de su cuello, le bastaba un fino movimiento para sesgarle la vida si realmente lo deseaba.

—Habéis perdido —dijo abruptamente volviendo a señalar las distancias en una clara evidencia de que jamás le consideraría como alguien cercano.

—¡Linette! —exclamó alguien y ella se giró para comprobar que se trataba de su madre y hermana.

Las seguía un pequeño séquito de guardias que se adentraron en la pequeña plaza rodeando la fuente y cerrando ambas salidas.

—¡Estos caballeros son dos impostores que se han hecho pasar por guardias de la corte imperial con la intención de perpetrar un atentado contra la emperatriz y su familia! —exclamó Alexander en un perfecto francés—. Nunca os deseé ningún mal, ni siquiera cuando mi propia madre os antepuso a mí porque le dabais lástima. Traté de ayudaros. Respeté la promesa que le hice en su lecho de muerte e intenté por todos los medios que enmendarais vuestros errores, pero no se puede reparar un alma corrompida como la vuestra y lo que os suceda, no pesará en mi conciencia. Ya no.

Alexander se giró para darle la espalda sintiendo que se había quitado un gran peso de encima. La promesa que su madre le hizo cumplir antes de morir siempre había pesado sobre sus hombros como un recuerdo de que le estaba fallando, pero se acabó. No

pensaba continuar sintiendo ningún tipo de remordimiento hacia alguien que estaba dispuesto a utilizar lo que más amaba solo para causarle daño, corromperle y beneficiarse de su dolor sin importarle las consecuencias.

—¡No! —gritó Linette mientras se rasgaba su voz.

—¡Si yo caigo!, ¡Tu caerás conmigo! —bramó Reishart tras recuperar la espada y avanzar con la intención de atacarle desde la espalda como un cobarde.

Los años de entrenamiento hicieron que Alexander se agachara al mismo tiempo que giraba su cuerpo sobre la pierna que no tenía herida y golpeara de forma horizontal con la espada ante la intención de esquivar el golpe. El movimiento pilló desprevenido a Reishart que se encontraba con las manos en alto dispuesto a asestar el golpe de gracia cuando sintió el corte profundo que le rasgó el vientre provocando que su movimiento quedara pausado y poco después cayera de rodillas al tiempo que la sangre brotaba sin cese como si no pudiera dar explicación a lo sucedido, al hecho de que no debía ser él quien muriera, sino el propio Alexander que le observaba enmudecido.

Linette tiró el arma y corrió rápidamente hacia Alexander que se tambaleaba observando como la vida de su hermanastro se desvanecía por sus propias manos. Nunca había sido su intención sesgarla. Ser él quien le matara y, contra todo pronostico, acababa de hacerlo.

Había matado a un hombre.

Había matado a su hermanastro.

Había matado al esposo de Linette.

Y lo único que era capaz de sentir es que ella sería libre. Completamente libre y a salvo.

—Alexander suelta la espada —oyó la voz de Linette a su lado mientras era incapaz de apartar la vista del cuerpo inerte de su hermanastro.

—Está muerto —dijo sintiendo que necesitaba decirlo en voz alta para confirmarlo—. Lo he matado —continuó sin poder apartar

la vista, como si tuviera la necesidad de continuar mirando y comprobar que no abría los ojos, volvía a ponerse en pie y proseguía con la intención de cumplir sus amenazas.

—Alexander estás herido. Tu pierna está sangrando y necesitas que te vea un médico con urgencia —intervino Linette e inmediatamente se giró hacia ella.

Por un momento se había olvidado de su propio dolor, de la sangre que brotaba tanto de su mano como la que le chorreaba por el pantalón hasta dejar un cerco en la arena.

—No importa si muero —murmuró—. Mi vida carece de sentido si no puedo estar contigo. Y no puedo. Por más que te ame, no puedo.

Linette agrandó los ojos ante aquella confesión y se acercó aún más a él, pegándose tanto a su cuerpo que sentía la necesidad de fusionarse. Había temido tanto perderlo, que ahora era más que consciente de que no podría volver a separarse de él.

—Sea lo que sea eso que tanto temes, no me importa. Estoy dispuesta a bajar al mismísimo infierno si es necesario para estar contigo.

Alexander se perdió en aquella mirada gris cuya tormenta parecía sumergirlo en su interior. Esa misma tonalidad que lo había eclipsado desde el primer instante en que la vio.

—No se trata de ti o de mí, sino de límites que existen y que ni siquiera el amor puede cruzar. No podemos ir en contra de las leyes de la naturaleza.

—No lo entiendo… —gimió ella—. ¿Qué es lo que tanto temes que descubra?, ¿Qué es ese secreto que Reishart conocía y que tanto te atormenta?

—Si lo supieras no me pedirías que lo dijera, porque en el momento que lo haga, me odiarás. Y te odiarás a ti misma —murmuró como si le constara confesarlo—. Y no podría soportar que llevaras esa carga.

—Entonces dímelo —insistió ella con la voz quebrada—. No puedes decirme que me amas y al mismo tiempo que ese amor es

imposible sin una razón.

Las manos de Alexander temblaron. Dio un paso atrás, como si la cercanía de ella fuese ya una falta que no debía permitirse.

—Hay verdades que cambian todo —dijo con dificultad—. Verdades que duelen más que permanecer en la ignorancia.

Ella frunció el ceño, estaba cansada de ese maldito secreto y fuera lo que fuese, no le importaba saberlo. No le importaba su pasado o el tormento que le provocaba culparse de ese modo. Linette conocía muy bien la pureza y nobleza del hombre al que había entregado su corazón sin reservas y no pensaba arrepentirse de ello.

—Prefiero el dolor de la verdad, que pasar el resto de mis días pensando que no tuve elección.

Él cerró los ojos un instante, como si reunir valor fuera más doloroso que la propia herida que tenía en su pierna. Cuando volvió a abrirlos, había en ellos una tristeza antigua, resignada. Sabía que sus palabras marcarían el destino de ambos y que ella jamás volvería a mirarle del mismo modo.

—Mi padre —hizo una pausa para aunar valor—. Mi verdadero padre, el que me dio la vida y cuya sangre corre por mis venas no es el duque de Nordville.

Linette no apartó la mirada y cuando observó que él hacía una pausa, pensó que eso era lo que tanto le atormentaba.

Ser un bastardo. Un impostor. Alguien que había tenido que fingir toda su vida ser quien no era.

Y ella sabía perfectamente como se sentía.

—No me importa quien fuese tu padre. No me importa la pureza de tu sangre o que no creas ser merecedor de lo que posees. Yo te elegiría a ti por encima de todo. Sin importarme si fueras un duque o un simple mozo de cuadras. —Linette se alzó de puntillas con la intención de besarle, pero él la detuvo.

—No —negó apartándola de él—. No lo entiendes —insistió—. La razón por la que Reishart te eligió. La verdadera razón por la que

te embaucó y después te dejó malherida en mi casa para forzarme a acogerte es porque sabía que teníamos algo en común. —Linette le miró confusa, ahora sí estaba completamente perdida sin comprender a qué demonios se refería—. Mi verdadero padre es el barón de Brighdawn. Eso significa que tú y yo somos hermanos.

En ese momento ella dio un paso atrás y se llevó las manos a los labios acallando un grito en señal de absoluta conmoción.

Capítulo 42

La estupefacción sobrecogió a Linette que era incapaz de articular palabra al comprender lo que él imaginaba y su cerebro trataba de asimilar que ese padre que todos pensaban que era suyo y del que no solo había heredado su apellido sino también todos sus bienes, era en realidad, el padre de él.

Había sido fácil aceptar llevar su apellido y recibir su herencia al saber que el barón de Brighdawn no tuvo hijos. Su herencia se perdería y el título desaparecía. Eso es lo que siempre le había contado su madre cuando recibió con alegría la noticia de su embarazo a pesar de saber que él no era el padre del hijo que esperaba.

Pero sí había tenido un hijo. Un hijo ilegítimo que llevaba el apellido de otro.

Igual que ella.

Las voces del cómplice de Reishart pidiendo que le soltaran atrajo la atención de todos y Linette le miró revolviéndose a pesar de su conmoción, para después pasear la vista sobre el cadáver de su propio marido, completamente inerte y luego volver a Alexander que la observaba catatónico. Ella sintió que su mundo entero colapsaba al sentir todas las emociones por las que él había sufrido y convergían ahora mismo en su interior.

Catherine dio un paso con la intención de acercarse a su hermana, pero notó como su madre, la duquesa de Sylverston la detenía e hizo un movimiento de negación con la cabeza. Estaban siendo testigos de un momento que jamás creyó que ocurriría y, sin duda, solo les pertenecía a ellos.

—¿Pensabas guardar ese secreto solo para ti?, ¿Creías que solo tú podrías sufrir? —preguntó entonces sin importarle todos los testigos que le rodeaban.

—Prefería convivir con tu odio antes de revelarte la verdad y tuvieras que convivir con ese lastre que nos concierne a ambos.

—Tú no podías saberlo —inquirió Linette—. Fue un error no contarte quien era. No confiar en ti y revelarte mi procedencia, pero jamás te mentí, Alexander.

Volvió a acercarse a él y le colocó las manos en el pecho mientras él era incapaz de apartar sus ojos de ella, como si temiera ver en ellos culpa o arrepentimiento.

—Ambos sabíamos que existía una razón para que él te dejara en mi hogar, pero jamás pensé que su plan sería tan retorcido.

—Y gracias a su mente retorcida pude conocerte —agregó Linette—. Sufrí. Lloré. Quise morir cuando descubrí la verdad sobre mi matrimonio, pero todo eso me llevó hasta ti, Alexander y por primera vez supe lo que era sentir, lo que era vivir… y comprendí que del dolor más profundo se puede encontrar el amor capaz de devolvernos el alma. Hacer que mi corazón sienta latidos de esperanza, de vida y de sueños que deseo compartir contigo.

—No podemos evitar ser quienes somos, Linette —gimió él con dolor.

—No —negó ella—. Aunque nos hayamos pasado la vida fingiendo ser quienes no somos. Sintiendo que nuestro apellido no nos pertenece, como un impostor al que todo el mundo observa.

Notó como él cambiaba el semblante y fruncía el ceño sin comprender sus palabras.

—Te dije que mi padre era un duque, el duque de Sylverston —dijo esbozando una débil sonrisa—. No porque me haya educado

como a su hija, sino porque él es mi verdadero padre. No somos hermanos, Alexander. Aunque el destino haya querido jugar con nosotros, por nuestras venas no corre la misma sangre.

Alexander alzó las manos y acogió el rostro de Linette con firmeza, mirándola con una intensidad propia de quien sabe que esas palabras confirmarán su sentencia en vida, que, de ser ciertas, no existiría cielo o infierno que le separase de ella.

—¿No lo somos? —gimió con una esperanza propia de alguien que se aferra a un hilo de vida.

—No —negó ella esbozando una sonrisa más amplia mientras negaba al mismo tiempo con la cabeza.

Alexander se lanzó a sus labios con desesperación. No le importaba el dolor de su pierna. Ni que su mano sangrara y estuviera manchando la piel de su rostro. No le importaban los testigos que les observaban o el hecho de que había acabado con la vida de su propio hermanastro.

No le importaba nada. Nada salvo tener consigo a la mujer que amaba.

—Serás mía —jadeó aun sin dejar de besarla—. No me importa cuándo o cómo, pero serás mía —insistió volviendo a poseer su boca.

—No lo seré si no te atiende inmediatamente un médico.

Y como si ella le hubiera recordado sus heridas, el dolor le hizo flaquear y ella tuvo que gritar para que varios soldados le ayudaran a sostenerle.

Linette hizo ademán de seguirle, pero su madre la detuvo mientras veía como los soldados se llevaban a la fuerza al cómplice de Reishart y también levantaban el cuerpo de este para llevárselo.

Había sangre cubriendo el suelo por varias zonas y de pronto se estremeció al pensar que Alexander pudiera haber perdido la suficiente para no tener fuerzas de recuperarse.

—Debo ir con él, madre —dijo como si le faltara el aliento.

—Lo sé, pero ahora deben atenderle como es debido y es mejor para él que concentre sus fuerzas en recuperarse y no en estar pendiente de ti —contestó Emily consolando a su hija—. Además, a ti también deberían verte.

Linette le devolvió la mirada rápidamente a su madre.

—Estoy bien, madre. Esta sangre no es mía —alegó tratando de aligerar la conversación para marcharse tras los soldados que sostenían a Alexander y lo llevaban con presteza hacia el interior del palacio.

—Me alegra saberlo, pero no me refiero a una herida, sino a la posibilidad de que estes en cinta.

Rápidamente miró en dirección a su hermana y esta abrió los ojos sorprendida.

—Te juro que no le he dicho nada —dijo antes de que pudiera echárselo en cara.

—Soy vuestra madre —arremetió contra ambas—. No necesito que me digáis ciertas cosas para suponerlas. —Hizo una pausa y después desvió su mirada hacia la sangre que aún quedaba donde poco antes yacía el cuerpo de Reishart—. Sé que te casaste con Reishart de forma precipitada, pero ¿Llegaste a amarle?

Linette comprendía la pregunta de su madre, al fin y al cabo ahora él ya no estaba, pero lo único que sentía era alivio tras su muerte. ¿Debía sentirse culpable por no sentir nada? Ni siquiera una pizca de remordimiento, pero ¿Como hacerlo si él la había engañado, manipulado y dispuesto a convertir su vida en un infierno?

—Pensaba que si, o más bien que podría hacerlo, pero solo fue una idea desdibujada de lo que creía que era amor. Cuando descubrí su engaño no sentí desconsuelo por su traición, sino por ser tan estúpida para caer en su trampa. No puedo decir que lamento su pérdida. Ni siquiera puedo derramar una sola lágrima al saber que ya no está. Solo hay una cosa que puedo agradecerle y es que sin él, no habría podido llegar conocer a Alexander.

—El hijo de William —dijo Emily sintiendo cierta emoción en sus palabras.

—¿No dudas de que lo sea? —preguntó Linette sorprendida.

—No puedo tener duda alguna —sonrió con dulzura—. Si se ha ocultado todo este tiempo es por su parecido tan asombroso a su padre. Cuando apareció en casa y le vi, me desmayé de la impresión. Es exactamente igual a él, Linette. Tiene sus rasgos exactos.

—¿Sabias todo este tiempo que él era el hijo del barón y no dijiste nada? —exclamó Catherine.

—No me correspondía a mi decirlo, querida. Ese es un secreto que sólo le pertenecía a él, al igual que a tu hermana el suyo. No soy yo quien debe decidir cuándo y cómo contarlo, pero me alegra saber que lo haya hecho y que eso signifique que estará cerca de nosotros. Este giro de los acontecimientos cambia por completo tus circunstancias, deberé enviar una carta urgente a tu padre para que detenga el tramite de tu anulación matrimonial, pero también deberé informarle si estás esperando o no al futuro heredero de Brighdawn, porque de hacerlo, lo cambiaría todo.

Si estaba realmente embarazada, ese hijo nacería dentro de su matrimonio con Reishart y eso solo podía significar una cosa; que su propia historia se repetiría.

No.

Aunque deseara fervientemente ser madre, no podría darle a su hijo el mismo estigma que ella había vivido toda su vida. La misma que también había debido llevar Alexander teniendo que recluirse para no ser visto.

Se llevó las manos a su vientre y deseó fervientemente no estarlo. Que allí dentro no se hubiera creado ninguna vida, así que en el momento que le pidieron tumbarse en la cama de su propia estancia para examinarla. Sus piernas temblaron y observó a su madre que la alentaba.

—Solo durará unos minutos, no tienes nada que temer —le advirtió Catherine aferrándole la mano.

Negarlo no podía cambiar las circunstancias, así que se subió al lecho y siguió las instrucciones en francés que le daba la doncella

y el médico. Aferró con fuerza las sábanas cuando sintió las manos de aquel hombre en su vientre mientras le presionaba la piel hundiendo sus dedos y después le practicó un examen interno. Fue desagradable, pero sus pensamientos solo estaban obcecados en la ferviente necesidad de no estar esperando un hijo de Alexander.

—¿Y bien? —preguntó Catherine en ruso.

—Es pronto para estar seguro, pero por mi experiencia y su estado es muy probable que esté embarazada —contestó en un entorpecido ingles para que todas las damas se enteraran.

Linette se mordió el labio para retener la vorágine de emociones que eso implicaba. Lo deseaba. ¡Por supuesto que lo deseaba! Pero ella sabía lo que significaba. Había vivido en carnes propias lo que su propio hijo sufriría y… no sabía si era capaz de soportarlo.

—¿Podéis dejarnos un momento a solas? —exclamó Emily—. Tú también, Catherine. Hay algo que necesito hablar con tu hermana.

Catherine se dio cuenta de las circunstancias, por lo que hizo salir a todo el mundo y justo antes de marcharse apretó con firmeza la mano de su hermana haciendo un gesto afirmativo hacia su madre.

—Sé lo que me vas a decir —dijo Linette aclarándose los ojos ante unas lágrimas que estaba evitando que cayeran de sus ojos.

—No. No lo sabes —contestó subiéndose a la cama y sentándose a su lado—. Sé que toda tu vida te has sentido una impostora por llevar un apellido que no te correspondía, pero en realidad no es cierto. Puede que no lleves la sangre de William, que no te creas merecedora del título nobiliario que has heredado y que le corresponderá a tu hijo por derecho. Pero él te quería, Linette. Te amó más de lo que hice yo cuando descubrió que te esperaba y fue inmensamente feliz de que llevaras su apellido, de entregarte todo cuanto poseía, de reconocerte como su propia hija, aunque no lo fueras. Porque William era así, era la persona con el corazón más amable y sincero que conocí. Y le amé. Le quise como se quiere a un

verdadero hermano y nunca podré estar lo suficiente agradecida de todo lo que hizo por mí. Sé que te has sentido juzgada por nuestra culpa, que has tenido que llevar el estigma de ser esa hija no reconocida por su verdadero padre, pero nada de todo ello fue culpa tuya.

—Y aún así cometeré el mismo error con mi propio hijo. Deberá pagar el mismo precio que tuvimos que pagar nosotros —confesó.

—No, querida. ¿No comprendes lo que esto significa? Tu hijo lleva la sangre de William. Su título le corresponde por derecho propio. —La voz de Emily se rompió por un momento—. Es como si el destino hubiera querido que así fuera y estoy segura de que él, allá donde esté se sentirá realmente feliz de saber que su linaje aún continuará a través de vosotros.

—Sé que él fue muy importante para ti, mamá, pero yo no lo conocí. Y cada vez que me miraba al espejo, solo veía en mi reflejo rasgos de mi verdadero padre, el mismo al que nunca podía llamar en público como tal, pero solo ahora puedo comprender las circunstancias que te llevaron a casarte precipitadamente. —Aunque las suyas no fueran las mismas, habría actuado de la misma forma de haber estado en su piel—. Lo hiciste para protegerte. Y para protegerme, aunque aún no supieras que existía. Y aunque he pasado toda mi vida creyendo que fingía ser alguien que no era, por primera vez siento que todo encaja, que tenía un propósito y que ese camino que he perseguido me ha llevado hasta aquí. Hasta este preciso instante. Hasta él.

Emily entrelazó los dedos con los de su hija y la apretó con firmeza.

—¿Le amas? —Era la segunda vez que le hacía la misma pregunta, pero esta vez su respuesta era muy distinta.

Creía saber lo que significaba amar, pero estaba muy lejos de imaginar que ese sentimiento no se pedía, ni se forzaba, sino que nacía sin más.

Sin preguntas, sin permiso y sin pedir nada a cambio.

—Con toda mi alma —respondió siendo muy consciente de que su corazón tenía dueño y que ese mismo dueño, le correspondía.

—Me alegra saberlo —respondió Emily—. Porqué sé que nadie te amaría más de lo que él ha demostrado que te ama.

Capítulo 43

Linette pudo entrar en la habitación de Alexander cuando el médico le dio instrucciones de que el sangrado había remitido, pero fue muy explícito al indicar que debía guardar reposo absoluto durante unos días para evaluar posible infección. Alexander había tenido demasiada suerte al tener orificio de entrada y salida, eso significaba que no se habían alojado restos del proyectil en el interior que pudieran causar infecciones, pero no sería la primera ni la ultima vez que una herida de ese tipo pudiera complicarse e infectarse.

Había varias doncellas arreglando la habitación en la que se podía apreciar vendajes ensangrentados, tirados por el suelo, instrumental médico y varias palanganas con agua rojiza de haber limpiado en numerosas ocasiones la herida.

—El doctor le ha recetado láudano para el dolor, pero no quiere tomar nada. Tal vez usted pueda convencerlo, mi lady —dijo con paciencia una de las doncellas.

Notó como Alexander trataba de incorporarse y emitía una mueca de dolor, ella dio varias zancadas hasta alcanzar el lecho sintiendo el tirón en su propia pierna y se lanzó prácticamente en sus brazos.

—Deberías tomar ese láudano —dijo Linette sintiendo como él la rodeaba con sus brazos y aprovechaba su posición para acercarla

más.

—El láudano adormece los sentidos y prefiero soportar el dolor que perder la capacidad de sentir.

—¿Por qué? —preguntó Linette sintiendo como su corazón se aceleraba.

—Porque quiero sentir que estás aquí, que eres real y que no formas parte de una ilusión o un sueño. Necesito que sepas que jamás habría querido que te marcharas, que prefería tu odio y tu desprecio a que cargaras con la culpa de lo que sentíamos sin poder estar juntos. Que sentí como una parte de mí se desvanecía cuando vi como te alejabas, pero si me acercaba a ti sabría que no podría dejarte marchar.

—Ambos hemos pagado con creces el silencio del otro. Yo por no decirte realmente quien era y tú, por desear cargar todo ese peso en tu conciencia. Prométeme que no volverán a existir secretos entre nosotros, que confiaremos plenamente el uno en el otro y que compartiremos cada pensamiento, miedo o alegría como si el mundo entero dependiera de nuestra verdad —contestó Linette decidida.

Alexander subió sus manos por la espalda y la acercó aún más a él, provocando que ella cayera sobre su pecho mientras él descansaba sobre los almohadones.

—Lo que hemos perdido y lo que hemos sacrificado nos ha llevado a este instante y no voy a permitir que nada nos arrebate lo que finalmente hemos encontrado. Tú eres mi refugio y mi fuerza. Te he amado en silencio, en culpa, en miedo y ahora no pienso esconder ni un instante más de este amor que me consume, que me quema y que me redime. Quiero sentir tu cuerpo, tu risa, tus lágrimas, cada temblor de tu alma, y que tú sientas el mío con la misma intensidad que me arde por dentro. Lo quiero todo, absolutamente todo y no pienso renunciar a nada.

—Hay algo a lo que deberás renunciar —afirmó Linette con un sentimiento de culpa que no podía evitar.

—Si es a dejar de compartir tu lecho hasta que te convierta en mi esposa, olvídalo. No pienso renunciar a ti más allá del tiempo

que me retenga esta herida. —Lo dijo con tanta contundencia que Linette sintió ganas de reír al saber que no pensaba apartarse ni un instante de ella.

—¿Das por sentado que diré que sí? —exclamó mordiéndose el labio.

Alexander la obligó con los brazos a acercarse a él y se apoderó de su boca en el modo al que ella ya se había acostumbrado e incluso anhelado que siempre lo hiciera. Demandante, salvaje, apasionado… una clara muestra del deseo de poseerla que por sus venas corría.

Ella respondió sin resistencia, dejándose arrastrar por la intensidad del momento, por el roce de sus labios incumbiendo un fuego que ni siquiera sabía que podía arder con tanta fuerza. Su corazón se aceleraba mezclándose con miedo, con éxtasis y sintiendo que no existía ningún impedimento que les detuviera a partir de ahora. Él la sostuvo mas cerca mientras su lengua se mezclaba con la de ella y emitía un gemido ahogado ante la pasión que la embargaba a la vez que la retenía como si no quisiera que aquel momento finalizara, pero se separó débilmente de ella.

—¿Es eso un sí? —clamó en un tono grave y ella descubrió el brillo del deseo en sus ojos.

—No podré casarme de inmediato dadas las circunstancias —murmuró Linette.

—No me importa esperar. Esperaría toda la vida si se trata de ti. Acepté que no pudieras ser completamente mía y no me importó. Jamás deseé la muerte de mi hermanastro a pesar de todo el daño que nos causó, sobre todo a ti, pero nunca quise que terminara así, que tuviera que ser yo quien le arrebatara la vida.

—No tuviste otra opción, Alexander —lo increpó Linette—. Solo te defendiste.

—Lo sé, pero eso no merma la culpa de que los hechos hayan ocurrido así. Y el único alivio que siento es saber que no podrá volver a herirte, amenazarte o utilizarte contra mí.

—Le cegó la envidia y el rencor. Nunca podrías haber hecho suficiente para él a pesar de que no le debías nada. Los tipos como Reishart no acaban bien, destruyen todo lo que hay a su paso y solo dejan un camino de sangre y dolor en sus víctimas. Aunque mi padre hubiera conseguido la anulación, él no habría permitido que ninguno de los dos prosiguiera con su camino. Estaba dispuesto a matarte antes que dejar que le vencieras.

Alexander cerró los ojos y respiró profundamente aceptando esa realidad.

—Y por un momento pensé que lo haría. Que tu vida volvería a estar en peligro y quise que muriera, lo deseé con todas mis fuerzas, eso me dio la firmeza necesaria para contrarrestar sus golpes y vencerle, pero cuando lo hice, cuando mi espada rozó su cuello, no fui capaz. La imagen de mi madre pidiéndome que fuera su mentor, que vigilara sus pasos y me asegurase de su porvenir me hizo retroceder… hasta que te oí gritar y supe que ya no le debía nada. Que cumplí con esa promesa en todos los modos posibles y me sentí completamente liberado de ella.

—Si tu madre hubiera sabido como era realmente, jamás te habría obligado a prometerle tal cosa. Ella habría entendido que solo defendiste tu vida.

—Lo sé. Y también sé que le habría encantado conocerte.

Linette sonrió.

—Alexander… el médico acaba de confirmar que es muy probable que esté embarazada —dijo sin atreverse a mirarle.

No sabía cuál sería su reacción ante lo que significaba ese hecho, sobre todo cuando ambos lo habían vivido en sus propias carnes.

Linette sintió como él le colocaba un dedo en el mentón y la obligaba a alzar la mirada.

—Es nuestro hijo y lo querremos como tal. No importa nada más.

—Pero no podrás reconocerlo. No podremos casarnos hasta que…

—Cssh —siseó obligándola a abrazarle—. Nos casaremos en privado cuando se confirme para asegurar la tutela de su herencia y lo haremos público más tarde. Todo el mundo aceptará que me hiciera responsable de la esposa de mi hermanastro y su hijo para asegurar su porvenir. Nuestro hijo heredará por derecho de sangre aquello que le pertenece y yo seré su padre en todos los sentidos.

—Hablas como si fuera demasiado sencillo, como si el mundo no fuera a juzgarnos sabiendo lo que ambos hemos vivido, incluso tú debías vivir recluido.

—Que juzguen lo que quieran. Tuve que vivir demasiado tiempo bajo las expectativas de otros hasta que me di cuenta de que no servirían. No permitiré que nadie le arrebate a nuestro hijo el lugar que le corresponde por derecho propio o que puedan dudar de su legitimidad. Me he escondido demasiado tiempo, pero no pienso hacerlo más. Ya no me importa lo que puedan decir o juzgar, por ti afrontaré todo lo que esté por venir.

Linette sintió cómo el nudo en su pecho comenzaba a aflojarse. Tal vez el camino que tenían por delante estaría lleno de miradas y murmullos, pero por primera vez no se sentía sola para enfrentarlo.

Apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos un instante.

—Entonces no me sueltes —murmuró—. Porque si vamos a desafiar al mundo, quiero hacerlo a tu lado.

Alexander la estrechó contra sí con más fuerza, como si aquella simple petición fuera un juramento que pensaba cumplir toda la vida.

—Nunca —respondió en voz baja—. Nunca volveré a soltarte.

Aleksei llegó en cuanto fue informado de lo sucedido, pidiendo disculpas por no haber mantenido un control más exhaustivo de sus guardias y confirmó que dadas las circunstancias de lo sucedido, actuó en legítima defensa y protegió a la familia real con su vida, por tanto, la versión oficial que emitiría la corte imperial es la de que el marido de la hermana de la emperatriz había fallecido en un fatídico accidente. Su cómplice sería retenido bajo

cargos graves sin posibilidad de repatriación, él mismo se encargaría de que no volviera a ver la luz del sol y la verdad jamás saliera de las verjas de palacio. No habría acusaciones, ni juicio o sentencias. Ni siquiera se sabría que Reishart habría muerto a manos de su hermanastro al defenderse cuando intentaba matarlo.

—Uno de mis oficiales partirá inmediatamente con un informe oficial utilizando la ruta más rápida hasta Londres e informará sobre lo acontecido a vuestro padre. No conviene en estos momentos que se inicien los tramites de una anulación, podría ser demasiado sospechoso.

—Gracias Aleksei —dijo Linette y él le dedicó una sonrisa.

—Cualquier cosa para complacer a la hermana de mi emperatriz —dijo dedicándole una de esas miradas cómplices y ella sonrió aún más.

Acto seguido los saludó antes de marcharse.

—Lástima que no lleve en persona el dichoso informe. Al menos se perdería de vista —murmuró Alexander sintiendo verdadero fastidio. No era solo el dolor en la pierna lo que lo martirizaba, sino los celos al notar como coqueteaba libremente con Linette.

Sin duda, ella no era consciente de su belleza, de lo que su simple presencia lograba despertar en otros hombres y ni siquiera se daba cuenta.

—¿Por qué dices eso? Aleksei solo está siendo amable.

—Todo lo amable que sería un hombre que pretende que entres en su lecho.

—¿Estás celoso de él? —sonrió Linette como si la situación le pareciera graciosa.

—¡Maldita sea!, ¡Claro que lo estoy! Ha coqueteado descaradamente contigo desde que llegamos.

—¿Y eso te hace pensar que yo caería fácilmente en sus brazos? —gimió ella.

—No… si… ¡No lo sé! Eres tan bella, tan delicada, tan preciosa… que siento no ser suficiente para ti. Me volviste loco desde el primer instante en que te vi y aunque me lo negué una y otra vez, te deseaba con tanto fervor que no era capaz de concentrarme en nada más que no fueses tú. ¡Hasta te obligué a trabajar para mí porque no era capaz de mantenerme lejos de ti!

—¿No lo hiciste para recuperar tu inversión? —frunció el ceño.

—¿Crees realmente que en algún momento me importó el dinero? —preguntó emitiendo una mueca de dolor—. Me fastidiaba pensar que pudieras ser cómplice de Reishart en algún modo y ya había vivido demasiadas situaciones con él que me llevaban a mantener esa desconfianza, pero el dinero es algo que nunca me ha importado y eso es lo que más fastidiaba a mi hermanastro. Yo lo tenía todo y no lo quería, pero él lo anhelaba solo para malgastarlo.

—¿Y todas las veces que evidenciaste tu falta de modales?, ¿Tus silencios?, ¿Tus ausencias? —preguntó deseando saberlo todo.

—Al principio quería demostrarte mi rehusa a tenerte en mi casa y después, solo era un claro rechazo hacia lo que inevitablemente estaba comenzando a sentir por ti. Deseaba que te marcharas porque no tocarte era una verdadera tortura y al mismo tiempo, saber que te irías provocaba un vacío enorme. Llenaste los silencios de ese hogar. Hiciste que deseara estar allí. Le diste vida y me devolviste las ganas de sonreír.

—Iba a quedarme —dijo Linette empleando un tono suave—. Estaba dispuesta a aceptar ser tu amante —confesó con una débil sonrisa—. Aunque renunciase a todo e incluso a mi familia o tener hijos, estaba dispuesta a dejar todo para estar contigo.

—Te amo —confesó Alexander—. Te amo de una forma que no sabía que existía, de una forma que me transforma y me desnuda por dentro. No es solo deseo, ni solo cariño, es algo más profundo, algo que me hace sentir que mi vida cobra sentido cuando estás en ella. Y quiero que estés el resto de mi vida.

—Nunca pensé que podría llegar a sentir esto, pero durante mucho tiempo lo anhelé en silencio, deseé desde lo más profundo de mi corazón encontrar a alguien que me amara tanto como yo le amase a él. Algo verdadero, intenso, real. Y descubrí que el amor tiene una forma extraña de abrirse paso, incluso cuando uno intenta contenerlo. Porque traté de todas las formas posibles de no enamorarme de ti. Y aún así, lo hice. Te amo, Alexander. No de una forma ligera o banal, sino con una certeza profunda y poderosa que no me abandona ni un solo instante. Te amo en todo lo que eres. En tu fortaleza y en tus heridas, en la luz que llevas dentro y también en las sombras que crees que nadie ve. Porque me enamoré del hombre que me dejaste ver y también del que escondías bajo varias capas de piel.

Alexander la agarró y estiró de ella para que se pudiera colocar de nuevo a su lado en la cama.

—¿Aceptarás ser mi esposa y convertirte en la duquesa de Nordville? —preguntó mirándola con intensidad.

—¿Que me ofreces? —sugirió con diversión.

—Puedo ofrecerte una alcoba con chimenea propia, un invernadero extenso acristalado con buenas vistas y una biblioteca enorme con tomos provenientes de todas las culturas existentes —respondió provocándole ligeras cosquillas en el costado para que se acercara más a él.

—¿Tendré que compartir mi cama? —sugirió ella.

—Me temo que sí. La cama, en algunas ocasiones el baño y sobre todo el invernadero. Aún recuerdo lo que casi ocurrió y desde entonces solo sueño con el momento de tumbarte en esa mesa y besar cada rincón de tu cuerpo.

—¡Es completamente acristalado! —bramó ella como si hubiera dicho una blasfemia.

—¿Y qué? Si alguien nos viera solo sería testigo de tu magnífica belleza —aclaró apartándole delicadamente los mechones que se habían desprendido de su rostro al empujarla hacia la cama —. Y también verían que me perteneces.

—Tal vez si sigues adulándome de ese modo, mi respuesta sea afirmativa.

—Si no estuviera en estas condiciones, te ataría a esta cama hasta obtenerla —jadeó acercándose a sus labios—, pero esta vez haré las cosas como se deben y, en primer lugar, necesitaré la bendición de tus padres, sobre todo teniendo en cuenta quien es realmente el mío.

—¿Te preocupa que mi familia no te acepte? —exclamó a pesar de saber que no pondrían ninguna objeción, es más, su madre parecía realmente feliz de saber que el barón de Brighdawn sí tuvo un hijo, aunque fuera ilegítimo.

—Estás embarazada de un hombre que no era tu marido. Entendería su oposición, aunque sería capaz de arrastrarte al fin del mundo para estar a tu lado, pero confiaron en mí para protegerte y ponerte a salvo, solo espero que me permitan también hacerlo el resto de tu vida.

Linette observó el brillo de sus ojos ante lo que inevitablemente desbordaba sinceridad y pasión unidas. Sin duda él representaba todo cuanto había anhelado encontrar y ahora estaba allí, a un paso de poder ser feliz y tener todo lo que siempre quiso.

—Te advierto que mi familia es bastante grande… tal vez te sientas abrumado.

—No me importa si ello conlleva estar a tu lado.

—Y me gustaría tener muchos hijos —afirmó mordiéndose el labio.

—Todos los que quieras y más. Cualquier cosa por complacerte —contestó sintiendo que su voz se volvía cada vez más ronca.

—Soy tuya. Te pertenezco, pero no quiero ser una de tus posesiones. Si voy a ser tu esposa, seré tu igual. Nada de secretos entre nosotros, ni de ocultar información por temor a dañar al otro. Quiero ayudarte en tus propósitos, ser tu confidente y que tú seas el mío. No quiero más silencios, ni discusiones y si las hay, porque

seguro que tendremos discrepancias, no te marcharás, no te alejarás de mí y no dormirás en otro lugar que no sea a mi lado.

Alexander sonrió ante lo que eso significaba.

—Te doy mi palabra de que así será.

—Y tú siempre cumples tu palabra —dijo ella acercándose a sus labios.

—Siempre, mi amor. Siempre —contestó antes de sellar su promesa con un beso que le habría encantado que fuera mucho más ardiente, pero el deseo por la que sin duda sería su futura esposa aunque aún no hubiera aceptado era apremiante, tendría que esperar para volver a hacerla suya en el modo que realmente anhelaba.

Capítulo 44

Siete días fueron más que suficientes para que Alexander no pudiera soportar estar en aquella cama sin hacer nada más que mirar el techo. Así que a pesar de las recomendaciones médicas se levantó. El dolor era insoportable, pero más aún lo suponía la ociosidad.

—Aún no me acostumbro a este frescor en primavera. —La voz de la duquesa de Sylverston lo alertó cuando estaba acercándose a una de las terrazas que daban al jardín con la intención de buscar a Linette entre los transeúntes.

Sabía que ella estaría dando un paseo junto a su hermana, y aunque le molestaba no poder acompañarla por su estado, al menos podría divisarla desde el interior de palacio.

—Ciertamente nuestro clima es mucho más agradable que a este lado del continente, lady Emily.

—Mi hija dice que Nordville es un poco más fresco que Londres, pero que aún así le encantará vivir allí. ¿Que opina de ello, excelencia? —inquirió Emily.

—Que donde ella decida estar se convertirá también mi hogar. Si quiere vivir en Nordville, Londres, San Petersburgo o cualquier otro lugar que la haga estar feliz, no me importará.

Emily sonrió.

—Imaginé que diría eso —contestó acercándose a él—. ¿Le importa? —objetó señalando si podía agarrarse a su brazo.

—Por supuesto —contestó ofreciéndoselo él mismo.

—He querido hablar con usted en privado desde que se presentó por sorpresa en mi casa, pero las circunstancias no me lo han permitido y ciertamente no deseaba abrumarle con una conversación que tal vez no sea agradable a sus oídos.

—¿Se refiere a mi padre? —exclamó Alexander—. Quiero decir a mi verdadero padre, por supuesto.

—Si —afirmó con delicadeza—. Sé cuanto os importa Linette hasta el punto de no confesarle la verdad cuando pensasteis que ella era vuestra hermana y probablemente también os habrá contado lo feliz que fue William cuando supo que yo esperaba a un hijo, aunque no fuera suyo. Él se maravilló con la noticia porque creía que nunca sería padre y al veros… con ese parecido tan asombroso que parece realmente que sois él… —Emily sintió que sus ojos se empañaban—. Fue el hombre más gentil, generoso y bueno que tuve el placer de conocer. Sé que siempre habréis considerado como vuestro padre al duque de Nordville y no pretendo que cambiéis ese pensamiento, pero deberíais estar orgulloso también del hombre que os dio vida, porque dejó un gran legado y me otorgó una gran lección de vida.

Aunque siempre se había sentido incómodo al hablar de las condiciones de su nacimiento, la forma en que lady Emily hablaba de aquel caballero eran tan alentadoras que sintió deseo por conocer más detalles sobre el hombre que le dio la vida.

—¿Cómo murió? —preguntó con voz calmada.

—Contrajo sífilis cuando aún era joven. Deduzco que debió concebiros poco antes de contraerla o en sus inicios para no haberos contagiado. Eso concuerda con la diferencia de edad que existe entre Linette y vos. ¿No volvió a tener contacto con vuestra madre?

—No. Según la versión de mi difunta madre, ni siquiera le conocía antes de esa noche —confesó sin dar más detalles que pudieran escandalizar a la duquesa sobre su difunto marido.

Había bastado una única vez para que naciera él después de que sus padres llevasen años intentándolo de forma infructífera. Es posible que si el viejo duque de Nordville hubiera sabido antes de morir que él no era legítimamente su hijo, tampoco le hubiera importado. Al fin y al cabo, el propio duque había estado en el lecho cuando fue concebido junto a su madre y ese amante fugaz.

La simple idea era tan descabellada y desvergonzada, que su pensamiento resultaba inmoral, pero… ¿Quien era él para dictar las reglas pactadas por un matrimonio? Si su madre tenía un amante que al mismo tiempo era compartido por su marido, también era impropio que él mismo lo juzgase, aunque la sola idea de compartir a Linette le resultara despreciable.

Pero sus padres no se amaban. Puede que su madre lo intentara, pero si se lanzó a los brazos del padre de Reishart fue precisamente por la falta de amor que vivió en su primer matrimonio.

De haber tenido elección es posible que no habría deseado tener dicha información sobre su concepción, pero su madre se lo reveló en un vano intento de hacerle sentir que le correspondía el título del ducado por derecho propio, puesto que fue el difunto duque de Nordville que en paz descanse quien orquesto el encuentro.

Tal como lo veía él, esa información murió cuando lo hizo su madre y no consideraba que nadie más debiese conocerla, menos aún la que se convirtió años más tarde en la esposa de su padre.

—Me consta que William pasó mucho tiempo en Francia y comenzó a frecuentar en menor medida su ciudad natal. Le conocí gracias a su prima, es a día de hoy una de mis grades amigas.

Saber que tenía familia hizo que el temor que siempre había albergado a que le reconocieran aflorase, pero iba a tener que enfrentarse a ello tarde o temprano.

—Se alegrará tanto como yo de vuestra existencia —añadió Emily apretándole el brazo al notar su reacción—, pero también quería daros las gracias.

Alexander imaginó que era por acompañar a Linette hasta allí y además, salvarla de las garras de Reishart para siempre.

—Hice lo que tenía que hacer —sopesó—. Había tenido siete días con sus respectivas noches para procesar el sentimiento de culpa de haber arrebatado una vida. Y, aunque el mundo ganara mucho más con la perdida de Reishart que si aún siguiera vivo, era difícil convencerse de que no existió otra alternativa, aunque cada vez que Linette estaba a su lado, ese sentimiento desaparecía.

—Hiciste mucho más que eso, la salvasteis y no una, sino tres veces. La recompusisteis cuando llegó hasta vos completamente rota. La seguisteis cuando su vida estaba en peligro para aseguraros de protegerla. Y casi disteis vuestra vida aquí para aseguraros que él no la tocara. Habéis demostrado de todas las formas posibles cuánto la amáis y eso es todo lo que una madre desearía encontrar en el hombre al que a entregado el corazón su hija. Linette no tuvo una vida fácil como su hermana, su padre y yo tuvimos la culpa de ello y a su vez, sé que ella se culpa de que nos sintamos mal al respecto. Saber que vos compartís con ella el mismo sino y que a su vez, forméis parte de ello, me llena de júbilo.

—¿Aprobáis nuestra relación? —exclamó a pesar de intuir la respuesta.

—¿Si la apruebo? —exclamó con una sonrisa y los ojos cristalinos—. Sois una bendición. Un milagro de la vida. No solo es la admiración que sentí por vuestro padre, sino saber que una parte de él sigue viviendo en ti. Tenéis el mismo corazón generoso y altruista que tenía él, no puedo pensar en un caballero con más valor que el vuestro para ganarse el corazón de mi Linette.

—Se lo agradezco, mi lady. Sus palabras significan mucho para mí.

—¿Que significan exactamente? —Ambos se giraron para ver el rostro del duque de Sylverston en persona.

—¡Henry! —exclamó Emily acercándose hacia él y lanzándose a sus brazos—. ¿Como has podido llegar tan pronto?

—Hay una conexión de barco a vapor hasta Hamburgo y luego tren hacia San Petersburgo con la que he podido llegar en apenas tres días. Recibí el correo urgente y pude detener la audiencia en la corte.

—¡Menos mal! Temía que gracias a tu influencia las cosas se hubieran agilizado.

—Y habría sido mucho antes de no ser por la salud de la reina, pero a sus ochenta años es normal que su agenda se haya visto afectada, solo hemos tenido cierta ventaja pero Linette deberá regresar para formalizar su situación actual. Tal vez deberíamos adelantar nuestro traslado a la finca de campo aprovechando que Daniel permanece en Eton, será comprensible y detendrá cualquier posible rumor que haya surgido.

—Puesto que está aquí y que se dispone a establecer un plan de actuación para el porvenir de lady Linette. Me gustaría solicitar formalmente la mano de su hija en matrimonio, lord Sylverston.

—¿Qué? —exclamó Henry.

—Te costará un poco asimilarlo, tesoro —dijo Emily mientras palmeó su hombro—, pero solo necesitas saber que ella le ama.

—¡Pero si apenas lo conoce! —exclamó—. Por supuesto estoy más que en deuda con usted, lord Kingsmere, pero tendrá que decirme por qué desea exactamente casarse con mi hija. Porque créame que, si la respuesta no es extraordinariamente convincente, no estoy dispuesto a entregarla después de todo lo que ha tenido que pasar en su primer matrimonio.

Alexander observó al hombre y sintió verdadero respeto por el amor y preocupación que profesaba hacia sus hijos. Sin duda era un claro reflejo de la persona que él querría ser algún día.

—Porque su hija me ve. Ella ve mis dudas. Ve mis errores. Y, aun así, cuando me mira, no encuentra reproche sino confianza, una que no creo merecer todavía, pero que intentaré ganarme día tras día. Amo a su hija con todo mi ser. No es un capricho pasajero, ni un entusiasmo volátil, quiero estar a su lado cada día del resto de mis días y tener el privilegio de cuidar el corazón más valiente que he

conocido. Le prometo mi lord que, jamás haré de su hija una sombra de mí mismo. Si decide caminar a mi lado, será porque ella lo ha decidido libremente.

Henry dirigió su mirada hacia su esposa que sonreía complacida y supo que no tendría motivos para oponerse. No cuando aquel hombre había demostrado incluso con su propia vida cuánto estaba dispuesto a dar para proteger a su hija.

—Me llevará tiempo acostumbrarme a su rostro.

—¿Eso quiere decir que no te opondrás? —preguntó Emily.

—¿Serviría de algo? —exclamó con un amago de sonrisa—. No puedo negar que ha demostrado de todas las formas posibles cuanto está dispuesto a dar por ella y si para nuestra hija él es su felicidad, jamás me opondría.

—¡Padre! —Linette corrió hasta él y le abrazó con fuerza—. Nos avisaron de que habías llegado a palacio, ¡Catherine y yo te buscamos por todas partes! —exclamó con el rostro pegado a su hombro.

—Me encontré con tu madre y lord Kingsmere antes de llegar a mi habitación para cambiarme después del viaje.

—Lo siento padre. Siento haber causado todo este alboroto. Lamento haberte decepcionado y haber huido sin avisarte. Sé que debí escribir avisando de lo ocurrido, pero sentía tanta vergüenza… fui yo quien te pidió que respetaras mi decisión y lo hiciste. No quería que sintieras culpa alguna por mí cuando solo yo erré en mi elección.

—Csshh pequeña —siseó el duque acogiéndola en brazos—. Tú no tienes la culpa de nada. Absolutamente de nada. Jamás pienses que podrías ser una decepción para mí. Eres mi orgullo, siempre lo has sido. Una Sylverston aunque no lleves mi apellido, y no me importa que así sea, eso no merma el hecho de que seas mi hija. Así que no debes pedirme disculpas cuando tú solo quisiste confiar en la persona equivocada. Te engañó. Nos engañó a todos, pero eso solo nos fortalecerá como familia y nos hará estar aún más unidos de lo que estábamos.

Linette se apartó levemente y miró hacia Alexander.

—Lo hará —afirmó llevándose una mano al vientre y dando un paso hacia el hombre que amaba saliendo a su encuentro—. Y no solo porque estemos unidos, sino porque pronto seremos uno más.

Alexander le rodeó con sus manos la cintura y colocó las suyas sobre las de ella.

—Nos casaremos en privado para asegurar la protección y linaje del niño como el próximo heredero de la baronía de Brighdawn —dijo Alexander mirando en dirección a lady Emily que no pudo evitar derramar una lágrima.

—¿Tenemos tu bendición, padre? —preguntó Linette.

—No podría darle mi bendición a un hombre que te mereciera más que él —sonrió Henry cruzando la mirada con Alexander—. Sé bienvenido a la familia, hijo.

Capítulo 45

Tres meses después.

—¿Alguna sabe a qué viene todo este misterio? —preguntó Julia impaciente.

Todas habían recibido una carta de parte de su querida amiga Lady Emily que las citaba en el palacio de Nordville sin rehusa o excusa alguna y eso, viniendo de la duquesa de Sylverston era demasiado extraño.

—Tal vez solo quería reunirnos a todas porque nos extrañaba. No la culpo después de lo sucedido con Linette, ha tenido que ser duro para todos… pero no entiendo porqué aquí —murmuró Susan.

—Linette es muy joven, no tendrá dificultad en encontrar multitud de pretendientes que desearán desposarla, pero esta vez tendrán que pasar nuestro filtro —contestó Julia levantando un dedo en advertencia a todas.

—Yo diría que ya lo ha encontrado… —intervino Catherine paseándose por la sala—. ¿Verdad Camelia? De hecho, es muy apuesto y que nos haya dado cita aquí solo puede significar que mantienen una relación estable con el duque de Nordville.

Camelia rió ante el tono que utilizaba su amiga la duquesa de Lennox.

—Sin duda es apuesto —sonrió—, pero por el modo en que le trataba, no estoy muy segura.

—¿Creéis que tiene algo con el duque de Nordville? —exclamó Amelia—. No terminé de entender esa historia de que se casó precipitadamente por su culpa, pero luego resultó ser un impostor. ¿Eran hermanos de verdad o no?

—Eso no importa —atajó su hermana Catherine—, estoy segura de que Linette está enamorada de él y por el modo que tenía el duque de mirarla… sin duda era recíproco.

—Lástima que deba guardar un año de luto para casarse… —suspiró Susan.

—O dos —intervino Violette entrando en la conversación.

—¡Ay no! —gritó Julia a su cuñada—. Bastante tiene con sufrir por un hombre que ni amaba y que fue un rastrero que no se merece ni que lleve luto en su nombre —blasfemó airada.

—En cualquier caso —volvió a insistir Violette—. Sería completamente normal que deseara contraer nupcias si quiere que el legado de Brighdawn continúe.

—Mas motivo para que esta vez su futuro marido deba pasar por nuestro ojo inquisidor —insistió Julia.

Una dama se abrió paso entre ellas y todas exclamaron con sorpresa al ver a la emperatriz Ekaterina que les sonreía a la par que sentía numerosos brazos abiertos hacia ella.

—¿Tú también has venido? —preguntó su tía Catherine, la misma a la que le debía su nombre.

—Por nada del mundo me perdería esto —sonrió cómplice de que sabía exactamente lo que sucedería.

—Este misterio va a matarme. ¿Se puede saber que ha tramado tu madre para pedirnos venir aquí?

—Pronto lo descubrirás tía… —volvió a reír y tomó asiento junto a Susan justo antes de que finalmente su madre entrara en el gran salón.

Inesperadamente todas mantuvieron silencio como si aguardasen expectantes aquello que tenía que decirles, pero en lugar de hacerlo vieron como tuvo que llevarse una mano al pecho ante la evidente emoción que sentía.

—¿Ha muerto alguien? —susurró Susan consternada.

—Diría que más bien ha revivido —contestó Linette provocando que su tía le mirase con mayor confusión aún.

—Os he hecho venir a todas a este lugar porque necesitaba contaros algo que no se puede revelar con palabras. Ni siquiera soy capaz de expresarlo sin que me tiemble la voz porque es completamente inexplicable.

—Como no digas de una vez que ocurre, va a darme un síncope —clamó Julia.

—Pues date prisa —contestó Amelia—, porque no pienso pasar toda la tarde reanimándote mientras continúa con el misterio.

Camelia y Violette estallaron en risas.

—Si alguna se desmaya antes de que lo cuente. No pienso repetirle la historia —concluyó Catherine.

—¡Puedes aligerar, Emily! Porque no me apetece comerme las uñas —volvió a intervenir Julia.

—En primer lugar, habéis venido a ser testigos de una ceremonia —dijo Emily paseando la vista por todas—. El duque de Nordville desposará a Linette hoy mismo.

—¡Veis! —exclamó Catherine—. ¡Os lo dije!, ¡Si es que entre esos dos saltaban chispas!

—Bueno, ninguna puede culparla de enamorarse de ese hombre… —intervino Camelia provocando más de una risa.

—¿Está embarazada? —exclamó Violette y eso provocó el silencio inmediato de todas, porque la pregunta sería que, si realmente lo estaba, no tendría ningún sentido ocultárselo a ellas.

—Creo que será mejor que lo comprobéis vosotras mismas —dijo acercándose hasta la puerta que comunicaba con el recibidor

que daba a la escalera y todas guardaron silencio mientras escuchaban los pasos de alguien bajar.

La primera en entrar fue Linette que claramente sintió como todas las miradas se centraban en ella y su vientre ligeramente abultado, pero en cuanto estiró de la mano de Alexander que la escoltó desde atrás siete pares de ojos incluyendo los de la emperatriz de Rusia se centraron en él.

—¡Cielo santo! —exclamó Julia como si hubiera sido la primera en darse cuenta seguidamente de un grito de Susan que se quedó completamente pálida.

—Dios mío… —murmuró Amelia captando la atención de la que consideraba su hermana Catherine.

—¿Se puede saber que os ocurre? —preguntó la propia Catherine—. Os recuerdo que todas sois madres y no es tan extraño que…

—No creo que tenga algo que ver con que esté embarazada —susurró Camelia irrumpiéndola—, sino más bien con él.

—¿Sois real? —preguntó Julia con temblor en la voz.

—¿Alguien puede decirme que está pasando? —insistió Catherine ya que solo ella, Violette y Camelia parecían no entender la situación.

—Es exactamente igual a William —jadeó Susan con la voz rota…

—William… ¿Tu William? —exclamó Catherine dirigiéndose a Emily—. ¡Oh, Dios!, ¡Por eso creía haberlo visto con anterioridad! —No había conocido formalmente a Lord William Barnes ya que apenas se relacionaba con caballeros porque pensaban que su afección era contagiosa, pero le recordaba… ¡Claro que lo recordaba! Solo que no supo relacionarle con el primer marido de Emily hasta ahora. Su relación con ella inició cuando enviudó, así que fue incapaz de recordarlo cuando vio por primera vez al duque de Nordville en Florencia. ¿Y cómo era posible que se pareciera tanto a él?

—Os confiaría mi vida, por eso sé que la verdad no saldrá de estos muros —intervino Emily—. A William le habría gustado saber que tuvo un hijo y sin duda, se habría vanagloriado de que se pareciera tanto a él —sonrió acercándose a su futuro yerno—. Y ahora, su legado está aquí —añadió tocando el vientre de Linette—. Unido a la hija que reconoció como suya. Ellos dos son el inicio de una nueva historia. Una que no podrá ver, pero que se inició gracias a él.

Susan rompió a llorar sin poder detener las lágrimas y Julia la abrazó al mismo tiempo que la emperatriz apretaba con firmeza su mano.

—Lo siento. Sé que no es él, pero es que el parecido es tan… —hipó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Son como dos gotas de agua… —afirmó Julia.

—Al menos no se ha desmayado como lo hizo lady Emily —sonrió Alexander y se acercó a la dama en cuestión acuchillándose frente a ella.

—Es posible que también lo haga, aún no estoy segura —advirtió sintiendo como sus manos temblaban mientras las alzaba con la intención de tocarle el rostro creyendo que estaba frente a un fantasma.

Alexander sonrió y dejó que la dama acercara sus manos, al principio fue solo un roce y después acogió su rostro entre ambas mientras observaba como ella se emocionaba.

—Sus lágrimas solo me demuestran que William Barnes fue un hombre excepcionalmente amado y querido por quienes le rodeaban. Sería para mi un honor que me hablara de él y poder llegar a conocer al hombre que me dio la vida.

Susan asintió emocionada, sintiendo que era incapaz de pronunciar palabra alguna mientras la emoción vibraba en aquella sala.

La ceremonia se produjo esa misma tarde en la más estricta intimidad de los jardines de Nordville. El cuidado y mimo de cada una de aquellas flores que brillaban con la luz del atardecer

anaranjada le daba un simbolismo único, mostrando el lugar como algo mágico. Alexander fue hasta el el altar improvisado con un arco de flores acompañado de lady Emily y allí aguardaban como testigos la mismísima emperatriz de Rusia y Archie, el mejor amigo del duque. Linette llegó poco después y lo hizo del brazo de su padre por segunda vez acompasada por la música de violines.

Había elegido para ese día un vestido sencillo de seda suave en color crema con bordados y encaje de chantilly en las terminaciones de las mangas. La falda era amplia para permitirle una mayor comodidad en su nuevo estado. Había rehusado usar corsé y en su lugar, las lazadas del vestido en la parte de la espalda lograban ajustar la prenda adaptándola por completo a su cuerpo.

En el momento que estuvo frente al sacerdote y entrelazó sus manos con las de Alexander, supo que esta vez sellaba su destino por voluntad propia y que lo hacía entregando su corazón al hombre que amaba ciegamente e incondicionalmente. Le había pedido cada día desde hacía tres meses que se convirtiera en su esposa y, aunque jamás pasó por su mente la idea de rechazarle, no había aceptado abiertamente hasta que notó la primera patada del bebé que ambos esperaban.

¡Y desde que eso sucedió solo había transcurrido una semana!

En el momento en que les declararon marido y mujer, Alexander la estrechó entre sus brazos sin importarle los testigos presentes en el enlace. El murmullo respetuoso de los presentes pareció desvanecerse cuando inclinó el rostro hacia ella y atrapó sus labios en un beso fugaz, pero intenso, cargado de una emoción que no podía, ni quería disimular. Fue un gesto breve, casi robado al protocolo de la ceremonia, y sin embargo bastó para revelar la profundidad del sentimiento que ardía en su interior.

Aquel beso no representaba solo un arrebato impulsivo, sino una promesa silenciosa: la del deseo que ella despertaba en él, del anhelo de caminar a su lado más allá de ese instante. Entre los destellos de las miradas curiosas y el susurro contenido de los invitados, él la sostuvo con una firmeza protectora, como si quisiera

dejar claro que, desde ese momento, sus destinos quedaban irrevocablemente entrelazados.

—Ahora eres mía. Y yo soy vuestro. Juntos nos pertenecemos.

Ella sintió cómo el calor de sus manos y la intensidad de su mirada disipaban cualquier nerviosismo que aún pudiera albergar. Por un instante, el mundo pareció reducirse únicamente a ese espacio entre ambos, donde la emoción, la ternura y la pasión confesada latían al mismo compás.

—¿Dónde vamos? —preguntó Linette cuando comprobó que se alejaban de los invitados tras felicitarles y dejarles en un improvisado convite.

Desde que habían regresado de San Petersburgo, sus padres los habían acompañado en todo momento y sin que ella dijera nada, Alexander se propuso dar de nuevo vida al palacio de Nordville.

Nuevas doncellas, cocineras y sirvientes se encargaron de preparar todas las habitaciones, salas y salones de recepción para que todo estuviera preparado al recibir a la nueva duquesa de Nordville.

Y ahora, ella era esa duquesa.

—Hay algo que quiero enseñarte —dijo mientras la montaba en su caballo ya ensillado por el nuevo mozo de cuadras.

Si había alguien que se había beneficiado y se sentían enormemente complacidos era la señora Hadforks, Adeline y Herald, que se encargaban de dar órdenes al resto del personal.

—¿Y para eso tendremos que ir a caballo? —preguntó Linette agarrándose a él con firmeza.

La había llevado tantas veces en brazos cuando no podía caminar que ahora que su pierna estaba completamente sana y restablecida, echaba de menos esa cercanía.

—Sería un paseo largo e imagino que querrías regresar lo antes posible junto a tus invitados.

Linette se mordió el labio agarrándose a las riendas hasta que él montó tras ella y la sujetó con firmeza.

—Te recuerdo que entre ellos está el emperador de Rusia, el mismo que se ha convertido en un gran amigo tuyo.

Desde que Alexander le había revelado a Nikolai sus planes sobre la producción de plantas curativas para el acceso a los más necesitados, no solo había querido contribuir con su aportación y financiación, sino que además, deseaba hacer lo mismo en su propia tierra. La visión que el duque de Nordville compartía por el mundo era muy similar a la del emperador ruso y esto les había convertido en grandes confidentes y amigos.

—Compartimos bastantes cosas en común —sonrió Alexander —. Entre ellas la de caer bajo el embrujo de las hermanas Sylverston al primer golpe de vista.

Linette no pudo evitar reír.

—Eso se aplica a Nikolai, pero no podría decir lo mismo de ti —aseguró mientras reconocía el camino que les conducía hacia el invernadero y como la luz del atardecer se reflejaba en los cristales y despedía un brillo espectacular.

—Lo hice, otra cosa es que me negara a reconocerlo — susurró Alexander en su oído provocando que ella se estremeciera.

—¿Y ahora no te importa admitirlo? —sugirió ella y notó como él paseaba sus manos por la cintura hasta rozar ligeramente uno de sus pechos.

—En absoluto —confirmó él rozando con su nariz la mejilla y descendiendo hacia su cuello—. De hecho, puedo afirmar que sigo igual o más embrujado de ti —murmuró dejando un rastro de besos en su cuello que se volvían más intensos con el movimiento del caballo estrechando sus cuerpos.

Llegaron hasta el invernadero y Linette comprobó que la puerta estaba abierta y la luz se filtraba por todas partes dejando ver el interior. La disposición parecía similar, pero todo el suelo estaba lleno de pétalos amarillos y varias lamparas de aceite colgaban desde el techo

—¿Qué es todo esto? —preguntó observando a su alrededor con asombro sin comprender aún nada. Sus pasos se volvieron más lentos mientras recorría el lugar con la mirada, hasta detenerse al descubrir un caballete cuidadosamente dispuesto junto a un cómodo sillón. A su lado reposaban pinceles de distintos tamaños, tubos de pintura nuevos y una paleta de mezcla además de diferentes carboncillos y hojas que esperaban su creación en una mesa de madera tallada a mano.

—Quería mostrarte que también aquí tienes tu espacio y que formarás parte de él, si quieres.

—¿Te gustaría que estuviera aquí contigo?, ¿Qué forme parte de tu investigación? —preguntó con claro tono de interés.

Había pensado en numerosas ocasiones cuánto echaba de menos esos días que pasaba a su lado en tranquilidad y saber que formaba parte de algo mucho más grande. Que le hubiera concedido un espacio reservado a su lado, significaba mucho para ella.

—Desearía compartir cada instante de mi vida a tu lado, eso significa también mis logros y mis fracasos. Hasta ahora había rehusado a tener ayuda pensando que debía hacer todo solo, como si me hubiera impuesto ese castigo al tener que pasar mi vida refugiado en este lugar y me he dado cuenta de cuánto estaba errando, de que me había convertido en alguien desconfiado, sobre todo con quien no debía —confesó mostrando sus pensamientos más profundos—. No quiero que siga siendo así, sobre todo ahora que nada nos impedirá estar al lado del otro.

—Sorprendentemente he pasado la mayor parte de mi vida en la ciudad. He conocido toda clase de entretenimientos, juegos o diversión. He visitado lugares maravillosos, viajado en bastantes ocasiones y por supuesto he estado en numerosos bailes y fiestas de la alta sociedad, pero en ninguno de esos sitios me he sentido tan llena de plenitud y sosiego como aquí. Por extraño que parezca este lugar se hizo un hueco en dentro de mí y sentí que una parte de él también me pertenecía.

—Es tu hogar, Linette y estoy deseando vivir cada instante para llenar de vivencias y recuerdos todos los rincones que lo componen.

Ella se alzó de puntillas hacia él y rápidamente la acogió entre sus brazos mientras la alzaba con suavidad sin estrecharla demasiado, teniendo muy presente proteger su vientre. A diferencia de otras veces, fue ella quien se lanzó a sus labios obteniendo una respuesta súbita por su parte, pero adaptándose al ritmo suave de su beso como si no tuviera ninguna intención de marcar el ritmo, sino que pensaba dejar que lo hiciera ella.

Linette paseó sus manos por el pecho del hombre que acababa de convertirse en su marido muy consciente de que a pesar de ser su segundo matrimonio, había sido él quien le dio el primer beso, ese que la había hecho suscitar partes de sí misma que desconocía hasta ese entonces y logrando despertar en ella un aliciente jamás conocido.

Recordó por un instante ese momento en su alcoba, el salvajismo, la posesión, la absoluta falta de pudor y la pasión que desbordaba.

Si. Sin lugar a duda había sido mucho más de lo que podría haber imaginado y ahora, ese aliciente volvía a emerger en ella con un hambre renovado. Sus labios le poseyeron con alevosía y cuando notó como existía en él una respuesta innata, gimió ante la necesidad de desear mucho más que una simple caricia.

—Dime qué es lo que deseas y será tuyo… —susurró él separándose solo un instante de su boca como si deseara darle ese espacio.

—Quiero que me hagas sentir cuanto me deseas, esposo mío.

Alexander emitió un gruñido o quizá era más bien un ronco jadeo de absoluto descontrol por el deseo incontrolado que en él se despertaba, pero dispuesto a cumplir la orden de su esposa, la llevo hasta el centro del invernadero donde se hallaba la mesa larga de trabajo completamente libre y la alzó para sentarla frente a él.

Linette recordó de inmediato la última vez que estuvo en esa posición, en como ambos casi perdieron el control y en aquel momento lo único que deseaba era perderlo por completo y sentir como su marido lo perdía junto a ella.

—¿Estás segura? —preguntó con serenidad al saber que estaban completamente rodeados de vidrieras que dejaban ver al completo el interior del lugar.

Puede que la veintena de invitados que habían sido testigos de su enlace estuvieran lo suficientemente lejos para no verlos y percatarse de cuáles debían ser sus intenciones si habían desaparecido. Puede que el sol jugara a su favor emitiendo destellos sobre los cristales que impedían la visión al interior a menos que estuvieran lo suficientemente cerca. Y puede que el hecho de estar expuestos de aquella manera hiciera que la excitación fuese aún mayor hasta el punto de no importarles otra cosa que no fuera sentir como sus cuerpos se anhelaban con frenesí, pero lo único cierto es que todo se reducía a ese sentimiento de pertenencia que los había envuelto desde el primer momento, a esa sensación de que el mundo desparecía a su alrededor salvo ellos dos haciendo que todo lo demás careciera de importancia.

—Completamente —afirmó sin importarle nada más que lo que ocurriera en ese instante.

Alexander volvió a poseer su boca sin ninguna delicadeza y ella movió sus piernas haciéndole hueco entre ellas para sentirle aún más cerca. Las manos de él viajaron rápidamente a través de sus piernas, agradeciendo que estuvieran en pleno verano para sentir la ligereza de ropa interior hasta tocar la carne suave de sus muslos y llegar rápidamente a su centro. Húmedo. Caliente. Y gimió al notar como ella se estremecía al pasar su dedo por toda la abertura y detenerse en su clítoris.

—Tienes el peligroso don de hacerme perder la razón, esposa —murmuró moviendo su pulgar sobre el punto exacto provocando que ella se arqueara hacia él exigiendo más de aquel contacto.

—¿Eso es algo malo, esposo? —jadeó notando como su respiración se volvía más rápida y errática.

—¿Hacerme perder todo el dominio de mí mismo? Diría que sí, consigues que olvide cualquier rastro de prudencia… —contestó mientras introducía dos dedos en su interior y a ella se le escapó un gemido ahogado.

—Quizá sea porque en el fondo no deseas recordarla cuando estás conmigo —contestó comenzando a moverse al mismo ritmo que lo hacían los dedos de él, como si estuviera saliendo a su encuentro para provocar una mayor fricción.

—Lo único que puedo recordar cuando estoy contigo es que jamás he deseado a nadie con la intensidad con la que te deseo a ti.

Aquella confesión hizo que el candor en el pecho de Linette aumentara y su palpitación fuera aún más acelerada ante la inminente necesidad de sentirse extasiada. Esa urgencia la apremió a tomar la iniciativa con un arranque pasional que comenzaba a descubrir en ella misma. Agarró el pañuelo anudado que él llevaba al cuello y tiró de él obligándolo a acercarse a sus labios sin llegar a poseerlos.

—Demuéstramelo, querido esposo. Deseo arder y que seas tú quien me incendie.

Si a Alexander le quedaba un mínimo de cordura en su ser, este se se esfumó de inmediato, así que levantó la falda del vestido arrullándola en sus caderas y de un solo tirón se deshizo de su ropa interior dejándola completamente accesible para él. Ver su disposición, el deseo vibrante en sus ojos y la simple idea de que aquella mujer le pertenecía en cuerpo y alma, hizo que su propia excitación se volviera inquietante y salvaje.

La necesidad de poseerse era mutua y a pesar de que deseaba probar cada minúscula porción de piel que componía su cuerpo, ahora sentía una apremiante necesidad por poseerla, pero a pesar de su fehaciente ardor, respiró con quietud diciéndose que debía ser delicado con ella debido a su estado. Acarició lentamente sus muslos a pesar de saber que estaba más que preparada para

recibirle y hundió su rostro en el cuello desnudo y aquel escote en forma de corazón del que sus pechos incitaban querer salir de su escondite para saborearlos.

Volvió a introducir sus dedos en ella lentamente a la par que su boca descendía hacia su escote y ella se aferraba a él sin desear soltarse. La tortura para Linette fue lenta, pero deliciosa, hasta que su propio cuerpo era incapaz de resistirse ante la necesidad de liberarse, así que agarró a Alexander de sus cabellos obligándole a alzar a vista hacia ella y luego poseyó su boca con urgencia, buscando su lengua, haciéndole saber que estaba dispuesta a presentar batalla y que no pensaba rendirse fácilmente. Sus manos volaron desde su cabeza hasta su pecho, descendiendo por la cintura y atrapando los primeros botones de su pantalón. Percibió enseguida la dureza de su excitación y eso hizo que mordiera el labio de él en un acto de anticipación por el placer que aquello le producía.

Saber la necesidad que Linette sentía porque la poseyera hizo que él aumentara el ritmo de aquel beso con apremio y en el momento que sintió sus manos rodeando la piel de su carne liberándola fuera del pantalón gimió ante el contacto.

Linette se apartó rápidamente de él confundiéndole. La mesa era demasiado alta para su propia comodidad, pero además, tenía en mente algo mucho más perverso, así que se deslizó para bajar pegándose al cuerpo de él y luego lo empujó de frente sintiendo como Alexander seguía sus movimientos caminando hacia atrás hasta que tropezó con la propia silla que él había dispuesto para ella y cayó sentado, dejando toda su erección erguida para ella.

—Definitivamente seré yo el que arda bajo tu llama —confesó con la mirada oscura disfrutando de la sensualidad que emanaba su esposa.

Sin ropa interior bajo la falda, Linette agarró el tejido que se moldeaba con facilidad y se colocó sobre él a horcajadas, acogiendo con su mano la excitación de él para guiarla hacia su propio placer a la par que Alexander la observaba expectante. Conforme sentía que la llenaba, perdió todo rastro de pudor o conciencia del lugar en el

que se encontraba, sintiendo que solo importaba él, ella y ese momento único que compartían.

Alexander aferró sus manos a sus glúteos guiándola en cada movimiento mientras ella se aferró a sus hombros a la par que sus caderas oscilaban en movimientos ascendentes y curvados ofreciéndole un placer exquisito, bombeando una, otra y otra vez acercándola al clímax del placer.

Su frente se pegó a la suya, sus respiraciones se volvieron agitadas y sus miradas se cruzaban intensamente sin apartarla el uno del otro conforme el ritmo creciente se volvía cada vez más ascendente haciendo que el ruido de sus gemidos fuera el único idioma entre ellos, pero con el que se decían mucho más que cualquier confesión posible.

Ella notó como la intensidad del fuego que la devoraba en su interior se volvía tan penetrante que la necesidad de que la arrastrara por completo era tan plausible como su propio aliento, entrecortado entre sus labios conforme el mundo a su alrededor se reducía a la calidez que la embargaba y al temblor de su propio cuerpo anticipándose. Cada pulso, cada latido, parecía sincronizarse con la fuerza que la consumía hasta que no quedase nada de ella en ese instante.

Sus manos se aferraron con desesperación al cuello de Alexander en una clara advertencia de que estaba a punto de desvanecerse por su propio éxtasis y él la agarró con firmeza mientras provocaba que el ritmo fuese aún más vehemente ofreciéndole todo cuanto ella deseaba obtener. El estremecimiento recorrió cada fibra de su ser haciéndola ceder por completo a la marea que la arrastraba sin compasión y cerró los ojos para entregarse con plenitud absoluta, haciendo que el fuego interior la envolviera por completo, arrasara con todo a su paso y borrase cualquier límite, prudencia o vergüenza para dejar únicamente el delicioso sabor de ser consumida y sostenida al mismo tiempo.

La intensidad del clímax la hizo desplomarse sobre el pecho de Alexander sin ser siquiera consciente de su respiración agitada o de que él también había alcanzado el clímax junto a ella al dejarse

llevar por su propia excitación. En el momento que alzó la mirada hacia él sintió la ternura en su forma de mirarla acompañada de los vestigios de pasión que aún no se habían esfumado.

—Intuyo que te ha gustado tu nueva mesa de trabajo —confesó con una clara sonrisa pícara.

—La he encontrado absolutamente fascinante y alentadora —sonrió sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Adoraba esa sensación de plenitud, comodidad e intimidad que suponía ese momento y deseaba saborearlo por completo.

—Me alegro, porque después de esto, creo que la haré pasar una gran cantidad de horas en esa mesa y en esta silla, duquesa —alegó en tono perspicaz mientras se acercaba ligeramente con la intención de robarle un beso fugaz, pero ella le colocó un dedo en los labios para impedírselo.

—No quiero que te sientas en la obligación de darme un lugar aquí solo porque ahora estemos casados o porque creas que debes hacerlo. Sé lo importante que es para ti este sitio y que no solo forma parte de tu trabajo, sino que además es un refugio donde logras sentirte en paz contigo mismo.

Alexander acogió su mano con la suya apartándola de sus labios y le depositó un beso en el interior de la muñeca.

—Ahora mi refugio eres tú. No me importa este lugar, la casa, las tierras o el condado entero de Nordville si tú no estás aquí. Mi hogar estará donde tu estes y si no formas parte de él, entonces no lo quiero. ¿Lo entiendes? —clamó acercándose a su rostro—. Mi prioridad eres tú por encima de todo y no como deber u obligación, sino porque mi amor es como el tiempo que nunca se detiene, que nunca se rinde, sino que siempre avanza y crece. Linette, te amo más allá de mis propios límites, de mi propio sentido, de mi propia vida y trataré de demostrarlo cada instante de cada día, durante el resto de nuestras vidas.

Ella se congratuló del roce de sus labios sintiendo que sus ojos se empañaban por unas lágrimas de emoción provenientes del hombre que amaba. Cada vez que había llorado, cada dolor que la

marcó en silencio, cada instante de miedo, espera o desconsuelo la habían conducido hasta ese preciso momento donde su corazón henchido respiraba la plenitud de una felicidad tan intensa que podría desbordarse en los límites de su propio ser. Comprendió en ese momento que cada tropiezo, sombra o lágrima derramada habían sido necesarios para llegar hasta él, para obtener lo que más había ansiado y anhelado en su vida.

El destino había tejido con cuidado cada hilo de sus vidas solo para provocar que ese instante existiera y que pudiera sentirse completa, amada, correspondida y deseada de un modo imposible de describir con palabras.

Finalmente sentía que había alcanzado la plenitud de su felicidad y no temía lo que estaba por venir, sino que anhelaba descubrirlo de la mano del hombre al que había entregado su corazón.

—Mi corazón te pertenece, Alexander. Hoy. Mañana… y siempre.

—Y el mío, Linette. Prometo amarte cada instante que me quede, con la fuerza de todo lo que soy, hasta que este corazón deje de latir. Soy tuyo hoy. Mañana… y siempre.

Sus labios sellaron aquella confesión antes de saber que tendrían que regresar a su propio convite, pero siendo muy conscientes de que tendrían toda la noche por delante para amarse y, también, el resto de sus vidas.

Epílogo

Alexander caminaba por el pasillo de la planta superior de un extremo a otro conforme el sonido de sus botas impactando contra el suelo de mármol eran lo único que rompía el silencio en aquel momento de amarga espera.

Se había despertado como una mañana cualquiera, había salido a cabalgar al igual que el resto de días, aunque llevaba semanas acortando sus paseos a caballo conforme se acercaba el momento de recibir a su primogénito. La espera era tan dulce como amarga la incertidumbre de no saber cuando vendría, pero aquel día, al regresar, Adeline le aguardaba en las caballerizas para decirle que la duquesa de Nordville se había puesto de parto y uno de los sirvientes había acudido a la aldea para avisar tanto al médico como a la comadrona del pueblo para que la asistieran.

Que Linette estuviera en buenas manos no disminuía su evidente preocupación ante los acontecimientos y que le hubieran reiterado una y otra vez que el primer parto era el más largo y difícil no ayudaba, sobre todo cuando la abuela materna de su esposa había fallecido al alumbrar una novena hija.

Su inquietud le hizo girarse y volver a caminar de un lado a otro del pasillo hasta detenerse cuando observó a la propia Adeline abrir la puerta con cuidado y cerrarla justo después. Llevaba consigo

una palangana de agua con paños ensangrentados y eso solo provocó que su inquietud pasara a ser una preocupación insana.

—¿Como está? —exclamó con ansia.

—Cansada. El dolor de las contracciones no le da tregua, pero aún falta para que la criatura nazca —contestó con sinceridad.

—¿Hay algo que pueda hacer? Lo que sea para aliviar su dolor —insistió con desasosiego.

—La duquesa es una mujer fuerte, excelencia. Por desgracia esto es algo que solo puede hacer ella.

En cuanto Adeline dio aquello notó el desgarro de dolor que se produjo al otro lado de la puerta y dio un paso en su dirección provocando que la criada le irrumpiera el paso.

—Quiero estar con ella —dijo claramente.

—Es mejor que espere fuera, excelencia. Ella necesita seguir las indicaciones apropiadas y su madre la acompaña en todo momento. Sé que es difícil para usted, pero la ayudará más si aguarda al otro lado de la puerta.

Alexander asintió con desgana mientras la doncella se alejaba con el balde y probablemente regresara con agua limpia y más paños que acabarían igual de ensangrentados. Su estómago era un revoloteo constante de inquietud mezclado con nerviosismo e impotencia por sentirse completamente inútil en aquel momento.

Lo único que había podido hacer, era enviar una misiva urgente al duque de Sylverston para avisar de que Linette estaba de parto. Al menos, la madre de su esposa había decidido venir unas semanas antes por si la criatura decidía adelantarse y eso había provocado que estuviera decididamente más tranquilo por la compañía constante de la que disfrutaba Linette en sus últimos días de embarazo.

Otro grito desgarrador le paralizó el corazón y sintió como la nausea quemaba su garganta. Observó a ambos lados del pasillo desierto donde nadie le impedía el acceso a la alcoba de su esposa y de pronto se dijo a sí mismo que él era dueño y señor de ese lugar en el que no debía seguir ninguna norma que no fuera la de su

propio instinto o deseo. Colocó la mano en la manivela antes de escuchar un grito aún más fuerte y sin pensárselo dos veces entró, quedándose completamente bloqueado sin que sus músculos respondieran al ver a su esposa pálida, claramente agitada y empapada en sudor por el esfuerzo.

—¿Por qué se está retrasando tanto? —inquirió finalmente delatando su intrusión.

—¡Alexander! —exclamó Linette con un suspiro de alivio justo antes de que gritara de nuevo y aferrara la mano de su madre que la sostenía con devoción.

—No debería estar aquí, excelencia —mencionó Hemrson preparando el instrumental sobre una mesa auxiliar improvisada.

Haciéndole caso omiso se acercó al lecho y se colocó al otro lado de la madre de Linette, acercándose a ella y cogiendo su mano con fuerza sin la menor intención de marcharse.

—La criatura viene más grande de lo que se imaginaba y el médico se niega a que le coloque la tenaza —dijo la comadrona dirigiéndose a él—. Si no lo hago, perderá a la criatura.

—Y si lo hace, la duquesa podría sufrir daños irreparables —indicó Hemrson.

—Diles que pase lo que pase, tienen que salvar a nuestro bebé —murmuró Linette.

Por un momento Alexander dejó de respirar ante la posibilidad de perderla y ni siquiera se dejó arrastrar ante aquella contemplación, ya que para él no existía ninguna vida en la que ella no estuviera.

—Pase lo que pase yo voy a estar aquí, contigo y haremos esto juntos —declaró acercándose a ella y dándole un fugaz beso antes de que volviera a gritar de dolor—. ¿Ha hecho esto antes? —preguntó dirigiéndose a la comadrona.

—Solo una vez, excelencia —afirmó la mujer y sintió que su corazón se encogía.

No tenían tiempo. Ni opciones. Tampoco podía dejar morir a su hijo como tampoco deseaba poner en riesgo la vida de Linette.

—Dile que lo haga. ¡No me importa!, ¡Dile que lo haga! —gritó Linette antes de volver a sentir que el dolor la embargaba.

—Los dos están sufriendo… —intervino Emily.

—¿Tiene una opción mejor que los salve a los dos? —preguntó a Hemrson y este negó con la cabeza.

Alexander vio la sangre, la incertidumbre y el dolor de su mujer ante aquella desesperación. Supo que lo único que podía hacer por ella es seguir su propia voluntad.

—Hágalo —dijo dirigiéndose a la comadrona—. Sea lo que sea lo que deba hacer para sacar a la criatura, hágalo ahora.

La mujer no contestó, solo cogió las pinzas de acero y sin saber qué haría con ellas o como pretendería sacar a su hijo, se llevó la mano de Linette a sus labios notando como la humedecía con sus propias lágrimas.

No podía perderla. No sabría vivir sin ella. Y aún así, ella estaba allí poniendo en riesgo su vida de la forma más gentil y desinteresada que existía para conceder el milagro de otra vida.

—¡Ahora duquesa!, ¡Puje! —gritó la comadrona y ella lo hizo sintiendo que se quedaba sin fuerzas por el dolor que sintió como si algo dentro de ella se rompiera—. ¡Sí!, ¡Está saliendo!, ¡Vuelva a pujar!

—No puedo…. —gimió sintiendo que desfallecía.

—Sí que puedes mi amor. Estoy aquí contigo, no pienso abandonarte —incitó Alexander y le colocó una mano en la espalda para incorporarla.

Linette sintió la presión de nuevo y pujó con toda la fuerza que le quedaba sintiendo que se quedaba completamente vacía y notando una liberación extraña en su interior.

—¡Es un niño! —gritó Adeline que acababa de llegar en ese momento—. ¡Un varoncito! —volvió a exclamar sabiendo lo que eso significaba.

Había nacido el quinto barón de Brighdawn.

Linette comenzó a reír porque Alexander había pasado los últimos meses diciendo que sería una niña mientras que ella aseguraba con firmeza que se equivocaba. Que tuviera razón en ello le causaba especial gracia.

Adeline y la duquesa de Sylverston se encargaron de limpiar a la criatura mientras Hemrson hizo su labor y tras expulsar la placenta se aseguro de que Linette no sufría ningún desgarro que provocara una hemorragia.

—Es un niño precioso —dijo Emily cuando lo llevó junto a sus padres y se lo entregó a su propia hija.

—No debería subestimar a mi esposa… está claro que siempre acabaré perdiendo —susurró Alexander mientras su vista se dirigía hacia la pequeña criatura que reposaba en los brazos de Linette y sintió como su amor se expandía ante aquel ser que acababa de nacer—, pero estoy descubriendo que me gusta perder.

Era sangre de su sangre y la inquietante sensación de protección hacia él lo abrumó.

—Es absolutamente perfecto, ¿Verdad? —exclamó Linette sin poder apartar los ojos de su bebé.

—Es mucho más que perfecto. Es nuestro —afirmó Alexander.

—¿Que nombre llevará la criatura? —preguntó Emily aun emocionada.

—Alexander insistió tanto en que sería una niña que nunca hablamos de nombres en el caso de que fuera un niño…

—Querida, eso es porque si era un niño, su nombre ya le correspondería por derecho propio —dijo extendiendo los brazos y acogiendo a su hijo por primera vez—. Su excelencia lord William Barnes, quinto barón de Brighdawn.

Alexander apartó la mirada un instante de su hijo para dirigirlas hacia su esposa y la madre de esta que lloraba de pura emoción.

—Sin duda es un gran nombre, digno de su abuelo al que le habría encantado conocerle.

—Lo hará… —afirmó Alexander—. Nosotros le hablaremos de él para que siempre se sienta orgulloso de quien fue.

Aquel sería sin duda un niño querido, deseado y amado por todos los que le rodeaban, al igual que los hermanos que un día tendría y que, tal vez uno de ellos heredara el mismo don que tenía su abuelo, ese con el que inició un imperio.

Nota de autora

Inicié esta serie hace exactamente nueve años. Si. Resulta irónico que siendo una serie de nueve libros la acabe justo nueve años después sin siquiera haberlo hecho a conciencia.

¿Destino?

Quizá el nueve era significativo y mi inconciencia me ha llevado hasta este momento por algo, a saber que debía cerrar este ciclo que inicié de un modo especial, sencillo, pero a la vez maravilloso.

Escribir esta historia me ha llenado de emoción al saber que era el final y tengo que admitir, que me ha costado demasiado soltarla. He llorado. He reído. Me he emocionado. Y sentido que vosotras compartiríais conmigo este momento que habéis esperado durante esos nueve años.

Linette y Alexander eran esas dos almas sufridoras que necesitaban encontrarse, que necesitaban saber que sus vidas tenían un sentido y no he podido disfrutar más de escribir esta historia desde el corazón, desviviéndome por cada sentimiento mutuo que entre ellos crecía.

Es de lejos, la historia más larga de toda la saga y es que no podía darle un final sin más, debía cerrar un ciclo.

Nunca pensé que cuando escribí La novena hija del conde tendría esa acogida y os agradezco haberme acompañado a lo largo de este camino, aunque haya sido la última, este no es el final. No es un adiós, pero es una saga que se cierra para dar lugar a otra que está a punto de llegar.

Porque sí, queridas flores… vuestros ruegos y peticiones se harán realidad y la historia de Aleksei está por llegar. En el libro anterior su personaje os conmovió y como habréis podido observar en este, su historia debe ser contada y es que la siguiente serie histórica iniciará con él y me muero de ganas de que la conozcáis al mismo tiempo que deseo ponerme manos a la obra.

Soy plenamente consciente de cuanto os conmoverá.

Agradecimientos

Escribir un libro es mágico, pero es una labor muy solitaria en la que todo aquel que te rodea ni siquiera es consciente de la influencia que ejerce con sus actos o palabras. A veces nos invaden dudas, temores o inseguridades, y salir de esas aguas profundas en las que nos hemos sumergido para respirar una bocanada de aire resulta liberador.

Por eso quiero dar las gracias, en primer lugar, a las dos personas que pasan cada día a mi lado; mi marido y mi hijo, que me regalan sus sonrisas, sus abrazos y, sobre todo, su valioso tiempo. Ellos son la razón de que hoy estés leyendo esto, los que me impulsan a avanzar, a sonreír, a ser yo misma, a abrir las alas y volar hacia donde me lleve el viento.

A Ángela porque me recuerda que la bondad tiene nombre y no tiene palabras para demostrarla. Gracias por darme tiempo para poder acabar esta historia a tiempo.

Gracias a mi grupo de escritoras, por apoyarme en esos momentos de escritura para no sentirme tan sola, sobre todo a Alba y Susana que me acompañan cada mañana y que sé que leerán estas palabras. Con vosotras escribir se convierte en algo mucho más fácil.

Gracias infinitas a mi pelirroja favorita, mi querida Ángeles. Siempre lo he dicho y siempre lo diré, eres la persona con el corazón más grande que conozco, fui afortunada el día que apareciste en mi camino.

Gracias a mi querida Joana, por estar al otro lado del teléfono aguantando mis audios eternos sobre mis dudas o vacilaciones sobre las historias que escribo a pesar de los años y de la distancia.

Gracias a mi preciosa Paqui, por hacerme hablar de otra cosa que no sean mis historias y estar siempre ahí para escucharme.

Gracias a mis padres por ser ese constante apoyo día tras día que me hace reír, me llena de alegría y comprenden mis espacios.

Gracias a mi hermana, mi cuñado y mi sobrino, por esos tiempos que pasamos juntos en familia y que son inolvidables.

Gracias a Paola y Andrea, por estar, por ser y por sentir que a veces la familia se elige en lugar de escogerse.

Gracias a mi querida amiga Federica, por sacarme del mundo irreal en el que a veces vivo y con quien paso tiempos infinitos charlando sobre como arreglar este mundo para nuestros hijos.

Gracias a Serena, que puede convertir un día gris en un maravilloso sol resplandeciente. Nunca me canso de hablar contigo, amiga.

Gracias a Gema y Luis, porque no importa el tiempo que transcurra para que siempre que nos veamos no parezca que ha pasado un solo día sin vernos.

Gracias a mi querida Cris, que a pesar de que pasen los años y nos mantengamos en la distancia siempre has estado al otro lado para mí.

Gracias a Silvia y Rocío por nuestras charlas internacionales en las que pensamos como mejorar las cosas.

Gracias a Lucia, por ser la dulzura convertida en persona, eres un rayo de luz en plena tormenta.

Gracias a Georgia y a Rita, por esas cenas interminables en las siempre acabo con ideas nuevas para mis historias.

Gracias a Sara por esos momentos en los que las risas se convierten en tardes amenas.

Gracias a todos mis compañeros de máster, que siguen cada uno de mis pasos y me apoyan fielmente, sois lo más.

Y, por supuesto, gracias infinitas a todos mis lectores, sois ese apoyo constante e incondicional que forma parte de mi día a día,

que me impulsa a crecer y a ofreceros cada historia con la que, espero, os emocione.